JAMES

ELLROY

CLANDESTINO

El rostro más oscuro de Los Ángeles
por el autor de *Seis de los grandes*

Los Ángeles, 1951. Fred Underhill, 26 años, es un policía inteligente, perseverante y mujeriego, que tiene además una debilidad: un «prodigio» que se halla en las calles de la ciudad, en los locales nocturnos, en el misterio, el crimen sin resolver, la vida o, tal vez, la muerte y los móviles que conducen a ella. Fred es sumamente ambicioso y está dispuesto a hacer lo que sea para llegar a los puestos más destacados del Departamento. El asesinato de una mujer, la investigación del caso y el descubrimiento de un criminal le servirán de trampolín a la fama. Con la guerra de Corea como telón de fondo, James Ellroy describe la carrera de un joven policía, su imparable ascenso y su estrepitosa caída en el marco de un intricado caso criminal vinculado a los ambientes más mugrientos de la ciudad

James Ellroy

Clandestino

ePub r1.0
whatsername 05.05.14

Título original: *Clandestine*
James Ellroy, 1982
Traducción: Hernán Sabaté & Montserrat Gurguí

Editor digital: whatsername
ePub base r1.1

Para Penny Nagler

Prólogo

Durante el frío y triste invierno de 1951 trabajé en la patrulla de Wilshire, jugué mucho al golf y busqué la compañía de mujeres solitarias para relaciones de una noche.

La nostalgia engaña al incauto inculcándole el deseo de una simplicidad y una inocencia inalcanzables. Los años cincuenta no eran una época más inocente. Ya estaban presentes en ella los sombríos rasgos dominantes que gobiernan la vida en la actualidad; sencillamente, eran más difíciles de encontrar. Por eso me había hecho policía y por eso perseguía mujeres. El golf no constituía más que una isla de pureza, algo que hacía extraordinariamente bien. Era capaz de mandar la pelota a trescientas yardas. El golf era de una limpieza y una sencillez pasmosas.

Mi compañero de patrulla se llamaba Wacky Walker. Me llevaba cinco años y llevaba el mismo tiempo que yo en el Departamento. Nos tropezamos un buen día en la sala de destinos de la comisaría de Wilshire, cargados con sendas bolsas de golf. Los dos sonreíamos y nos reconocimos de inmediato.

Para Wacky sólo existían la poesía, el prodigio y el golf; para mí, las mujeres, el prodigio y el golf. El «prodigio» significaba lo mismo para ambos: el trabajo, la calle, la gente y el genio cambiante de quien tenía que tratar a diario con borrachos, adictos, pandilleros, busconas, grifotas, chorizos e innumerables detritos solitarios de la raza humana. Nos hicimos amigos íntimos y, más tarde, compañeros en la guardia diurna.

El jefe de la guardia de día, el teniente William Beckworth, era

un fanático del golf y un pegapelotas incurable. Cuando se enteró de que era un jugador *scratch*, de primera, hizo que me pusieran en la guardia de día a cambio de que le diese lecciones. Se trataba de un trato justo, pero a Beckworth no había modo de enseñarle nada. Lo tenía a comer de la palma de mi mano —incluso me hacía de cadi los sábados por la mañana, cuando arreglaba partidos en clubes de campo y en campos municipales— y, así, no tuve dificultad para conseguir que Wacky saliera del tumo de noche y me lo asignaran como compañero en la guardia diurna. Lo cual nos hizo aún mejores amigos.

Herbert Lawton Walker tenía treinta y dos años, estaba obsesionado con la muerte y era alcohólico. También era un héroe de los auténticos, condecorado en la Segunda Guerra Mundial con la medalla de Honor del Congreso por haber barrido dos nidos de ametralladoras llenas de japos, en Saipan. Habría podido escoger el trabajo que hubiese querido. Las compañías de seguros lo bombardearon a ofertas cuando anduvo de gira para promocionar los bonos de guerra, pero se decidió por el Departamento de Policía de Los Ángeles, el uniforme azul, un arma y el prodigio. Por supuesto, como alcohólico, su percepción de esto último estaba un tanto subordinada a la cantidad de bebida que consumía. Yo era su guardián, el que le negaba el traguito por la mañana y el que regulaba su consumo hasta que terminaba la ronda y volvíamos a la comisaría.

Cuando terminábamos la jornada, antes de salir en busca de mujeres, Wacky y yo pasábamos un rato en su apartamento hablando del prodigio o de la guerra, que yo había eludido y gracias a la cual él se había labrado un nombre. Wacky estaba convencido de que matar a los quince japos en Saipan lo había convertido en un adicto al prodigio y que la clave de éste era la muerte. Yo disentía. Discutíamos. Le decía que la vida era buena. Nos poníamos de acuerdo. «Hemos jurado proteger la vida», le decía. «Pero la clave está en la muerte, Freddy —me replicaba—. ¿No te das cuenta? Si alguna vez tienes que matar, lo sabrás». Siempre llegábamos a aquellas tablas, y cuando tal cosa sucedía, Wacky me llevaba hasta la puerta, me estrechaba la mano calurosamente y se retiraba de nuevo a su salón, a beber y a escribir

poemas. Y ello me ponía a mí, Frederick Upton Underhill, veintiséis años, agente de talla extragrande con el cabello cortado a cepillo, en la puerta de su casa contemplando el anochecer, las luces de neón y el carácter irremediable de lo que más tarde significaría la época final de mi juventud.

Esa época se convertiría en un rito de pasaje compuesto de numerosas salidas en falso y conclusiones erróneas. Iba a tropezar con el amor y a llamarlo de muchas maneras distintas; iba a saborear los atractivos de la vida de seductor y a sentir los últimos impulsos de inexperta energía. Iba a matar, finalmente, y a refutar con ello, de forma concluyente, la tesis de Wacky, pues incluso con sangre de héroe en las manos y con laureles a mis pies, el prodigio en su estado más último se me escapaba como un faro cuya luz se mantuviera fija mientras, a su alrededor, las aguas turbulentas se transformaban constantemente en muerte y autorrenovación.

Fueron esas aguas las que me atraparon y me proporcionaron, muchos años después, mi salvación. Si alguien repasa todos y cada uno de los vínculos del caso Eddie Engels hacia atrás y hacia delante en el tiempo, verá que no existe ni principio ni final. Cuando mi rapaz ambición me arrojó, en 1951, a un laberinto brutal de muerte, traición y vergüenza, éste sólo fue mi comienzo. Durante los acontecimientos finales, en 1955, comprendí que el prodigio era mi deseo de formar parte de un puñado de vidas conducidas horrorosamente en medio de un tráfico clandestino. Eso era el prodigio y era, al tiempo, mi redención definitiva.

PARTE I

LA ÚLTIMA ETAPA

1

Wacky y yo llevábamos tres meses como compañeros de patrulla cuando *Night Train* entró en nuestras vidas. El sargento que pasaba lista nos habló de él cuando ya subíamos a nuestro Ford del 48 blanco y negro en el aparcamiento de la comisaría de Wilshire.

—Walker, Underhill. Venid aquí un momento —nos gritó. Nos acercamos. El sargento se llamaba Gately, llevaba barba de dos días y sonreía—. El reparto os manda una buena, par de golfistas. Siempre estáis de suerte. ¿Os gustan los perros? Yo los odio. Tenemos un perro que aterroriza a unos críos y les roba el desayuno en la escuela elemental de Orange con Olympic. Es un mal bicho callejero que antes andaba con un borracho. El conserje de la escuela lo ha capturado. Dice que va a matarlo o a cortarle las pelotas. Los de Protección de Animales no quieren hacerse cargo porque dicen que el conserje está loco. Id y llevad el maldito bicho al depósito. No le disparéis porque hay un montón de niños que podrían traumatizarse. Siempre os toca la buena, golfistas.

Wacky metió el coche patrulla blanco y negro en el tráfico de Pico, sonriente y hablando en verso, como hacía en ocasiones cuando el café reactivaba la priva de la noche anterior que aún permanecía en su cuerpo

—Oh, noble animal, ha llegado tu día fatal; oh noble sabueso, pronto caerás preso. Te espera la perrera; luego, el gas y la tierra.

Reí sin parar mientras Wacky continuaba profiriendo su poema.

El conserje de la escuela Wilshire Crest era un orondo japonés de unos cincuenta años. Wacky le hizo *unos guiños* y con ello rompió el

hielo y se ganó unas risas. El hombre nos condujo hasta el perro, que estaba encerrado en un retrete portátil de los que se usan en las obras en construcción. Cuando nos aproximamos, oí un lamento que surgía de la endeble estructura.

A la señal convenida con Wacky, abrí a patadas un hueco en la pared del excusado y eché por él nuestro desayuno: dos bocadillos de jamón y queso, uno de sardinas, uno de carne asada con pan de centeno y dos manzanas. Se oyó el sonido de una masticación furiosa. Abrí la puerta, distinguí una forma oscura y peluda con unos dientes brillantes y afilados y le aticé una patada con todas mis fuerzas en pleno costillar. El perro se derrumbó, al tiempo que escupía parte del bocadillo de jamón y queso. Wacky arrastró fuera al animal.

Era un labrador negro de buena planta, pero muy gordo. Tenía una polla gigantesca que debía de arrastrar por el suelo al andar. Wacky se enamoró de él.

—¡Oooh, Freddy! ¡Míralo, pobrecillo! ¡Oooh…! —Levantó del suelo al perro inconsciente y lo acunó en sus brazos—. ¡Oooh! Tío Wacky y tío Freddy te llevarán a la comisaría y te buscarán una buena casa. ¡Oooh!

El conserje nos miraba con desconfianza.

—¿Estal muelto? —preguntó, pasándose un dedo por el cuello de lado a lado, y miró a Wacky, que ya se llevaba amorosamente a su nuevo amigo al coche patrulla.

Me puse al volante.

—No podemos llevar el perro a comisaría —dije.

—¡Y una mierda! Lo guardaremos en el vestuario. Cuando termine el turno, me lo llevo a casa. Este perro será mi cadi. Voy a ponerle un arnés para que me lleve la bolsa.

—Beckworth te echará una bronca.

—A Beckworth, que lo jodan. Ocúpate tú de él.

El perro despertó cuando entrábamos en el aparcamiento de la comisaría. Se puso a ladrar, furioso. Me volví en el asiento para atizarle otra vez, pero Wacky desvió el golpe.

«¡Auuu! —aulló al animal—. ¡Auuu, auuu!»

Y calló.

Arrastré el chucho hasta el vestuario por la puerta de atrás.

Wacky se llegó hasta el puesto de perritos calientes que había junto a Sears y volvió con seis hamburguesas. Yo estaba acariciando al perro delante de mi taquilla cuando Wacky llegó y dejó caer al suelo aquel montón grasiento. El animal se lanzó sobre él y Wacky y yo salimos a toda prisa por la puerta y reanudamos la ronda. Así empezó la odisea de *Night Train*, nombre por el que sería conocido el perro.

Por la noche, cuando volvimos de nuestra guardia, oímos el saxo de Reuben Ramos sonar en el vestuario. Reuben es un agente motorizado que desarrolló su afición por el jazz cuando trabajaba en la brigada contra el vicio de la calle Setenta y siete, donde hacía redadas con regularidad en los garitos de bebop de Central Avenue, en busca de prostitutas, corredores de apuestas y toxicómanos. Aunque aprendió a tocar el saxo de oído, casi siempre a base de bufidos y notas falsas, a veces se las arregla para sacar adelante alguna melodía sencilla, del tipo *Green Dolphin Street*. Esa noche estaba bordando, una y otra vez, el tema principal de *Night Train*.

Cuando Wacky y yo entramos en el vestuario, no dimos crédito a lo que vimos. Reuben, en calzoncillos, se contoneaba y soplaba las primeras furiosas notas de *Night Train* mientras el negro y gordo labrador se retorcía en el suelo soltando gañidos, aullidos y un tremendo chorro de orina. Los agentes que terminaban el servicio entraban y salían con cara de desagrado. Reuben se cansó de tocar, se marchó a su casa, donde lo esperaba su familia, y dejó a Wacky proclamando a gritos la «genialidad potencial» del perro.

Wacky lo bautizó *Night Train* y se lo llevó a casa. Durante semanas, le dio serenatas de música de saxo en el gramófono y lo alimentó a base de bistés, todo ello con la vana esperanza de convertirlo en cadi. Finalmente, Wacky se dio por vencido, decidió que el chucho era un espíritu libre, y lo dejó suelto. Pensábamos que ya habíamos visto bastante al perro, pero no fue así. *Night Train* iba a adquirir proporciones de leyenda en la historia del Departamento de Policía de Los Ángeles.

Un par de días después de su liberación, *Night Train* apareció en la comisaría de Wilshire con un gato muerto entre los dientes. El sargento de guardia lo expulsó del recinto y arrojó al gato a un cubo de la basura. Al día siguiente, *Night Train* reapareció con una gata

muerta. Esta vez lo ahuyentaron con el cadáver aún en las fauces. Al cabo de un rato regresó con la misma gata, en bastante peor estado. Fue muy oportuno, cuando Wacky y yo terminábamos el turno. Cuando el perro vio a Wacky meneó la cola, soltó su regalo de amor en forma de felino descoyuntado, corrió hacia los brazos extendidos de mi compañero y le meó todo el uniforme. Wacky se llevó a *Night Train* a mi coche y lo encerró en él. Mi amigo, sin embargo, estaba resentido con el teniente Beckworth. Habían quedado en que éste le llevaría dos cajas de Cutty Sark de un perista que él conocía, con un descuento del setenta y cinco por ciento, pero no había cumplido.

Wacky quería vengarse, de modo que recogió la gata destrozada y, con un alfiler, le sujetó a la piel una nota que rezaba: «Esta es la única gatita a la que pondrás la mano encima en toda tu vida, soplapollas». Acto seguido, dejó el cadáver del minino sobre la mesa del teniente.

Al día siguiente, Beckworth se lo encontró allí y montó en cólera. Dio orden de busca y captura del perro. No tuvo que buscar mucho. *Night Train* fue encontrado donde había pasado la noche anterior: en el asiento trasero de mi coche. Beckworth no podía tomarlas conmigo porque sabía que yo lo amenazaría con poner término a las lecciones de golf, pero, desde luego, sí podía descargar su furia sobre el perro. Ordenó que lo detuvieran y lo encerrasen en el calabozo de los borrachos. Fue una mala decisión. *Night Train* atacó a tres mendigos alcohólicos y a punto estuvo de matarlos. Cuando el carcelero acudió, alarmado por los gritos, y abrió apresuradamente la puerta de la celda, *Night Train* escapó a la carrera, salió por la puerta de la comisaría, cruzó Pico Boulevard y continuó sin detenerse hasta el mismísimo apartamento de Wacky, donde los dos vivieron felices, escuchando música de saxofón, hasta el final de la última etapa de mi juventud.

Una semana después del episodio del gato, Beckworth aún seguía furioso.

Estábamos en la zona de prácticas de Rancho Park, donde yo intentaba —sin éxito— corregir sus defectos crónicos con el *drive*.

Era desesperante. El precio de trabajar en el turno de día era muy alto.

—¡Mierda! ¡Joder! ¡Oh, Dios! —murmuraba Beckworth—. Enséñame otra vez, Freddy.

Agarré su hierro tres y pegué un golpe limpio y fluido. Dos veinte. Recto.

—Los hombros hacia atrás, jefe. Los pies, más juntos. No alargue el golpe. Ataque la bola.

Beckworth lo hizo todo perfectamente hasta que inició el *swing*. Entonces hizo exactamente lo contrario de lo que le había indicado y falló lamentablemente. La bola apenas se movió diez yardas.

—Tranquilo, jefe. Pruebe otra vez.

—Maldita sea, Freddy. Hoy no soy capaz de pensar. El golf es noventa por ciento concentración. Tengo la coordinación de un atleta superior, pero no puedo mantener la cabeza en el juego.

Le seguí la conversación:

—¿Qué le preocupa, jefe?

—Pequeñeces. Minucias. Ese capullo colega tuyo… No tengo buena impresión de él. Obtuvo una Medalla al Honor, de acuerdo, y buenas notas en la Academia, pero no tiene aspecto de policía ni actúa como tal. Suelta poesías y canta rock and roll. Creo que es marica.

—¿Wacky? ¡Qué va, jefe! Le encantan las mujeres.

—No me lo creo.

Hice alusiones a la secreta, aunque bien divulgada, afición del teniente por los chochitos negros. Todos los agentes de uniforme de la calle Setenta y siete sabían que era un habitual de Minnie Roberts's Casbah, la casa de putas negras más ostentosa de todo el South Side.

—Bueno, jefe —añadí, con voz contenida— le gustan las mujeres, pero las de cierto tipo, no sé si me entiende…

Beckworth mordió el cebo. Sonrió, algo que rara vez hacía, y dejó a la vista dos dientes salidos e irregulares en las comisuras de los labios.

—Cuéntamelo mejor, Freddy, muchacho.

Miré alrededor para cerciorarme de que no nos oyera nadie.

—Mujeres coreanas, jefe. Nunca le bastan. Lo que pasa es que no

quiere hablar de eso, porque estamos en guerra. A Wacky se le cae la baba por las orientales. Hay una casa allí, en Slauson y Hoover, especializada en ellas. Está justo al lado de ese garito de las chicas de color, ¿cómo se llama…? Sí, Minnie's Casbah. Wacky va por ese burdel. A veces aparca el coche y toma unos tragos antes de entrar. Me contó que ha visto a un montón de peces gordos del Departamento acudir al Casbah para echar un polvo, pero no ha querido dar nombres. Wacky es un tío legal. No detesta a los jefes, como tantos agentes de la calle.

Beckworth había palidecido, pero se le pasó enseguida.

—Bueno, quizá no sea marica, pero es un capullo. El muy jodido… He tenido que fumigar mi despacho. Soy un hombre sensible, Freddy, y he tenido pesadillas con ese gato muerto. Y no me digas que no fue cosa de Walker porque me consta.

—No lo niego, teniente. Lo hizo él. Pero tiene que entender sus motivos.

—¿Qué motivos? No me traga, ¡ése es el motivo!

—Se equivoca, jefe. Wacky lo respeta. Incluso lo envidia.

—¡Respeto! ¡Envidia! ¿De qué demonios estás hablando?

—Es verdad. Wacky envidia su capacidad para el golf, teniente. El me lo ha dicho.

—¿Estás loco? Yo soy un pegabolas. Él es hándicap bajo.

—¿Quiere saber qué dijo de usted? «Beckworth tiene todos los fundamentos. Lo que fastidia su juego y lo que le impide desarrollarlo sólo es la falta de concentración. Tiene demasiadas cosas en la cabeza. Es un buen policía. Me alegro de ser un simple agente de uniforme que recorre las calles. Por lo menos, puedo hacer el campo en menos de ochenta golpes. El teniente está demasiado ocupado y eso arruina su juego. Si no fuera tan buen poli, sería mucho mejor jugador». Eso fue lo que dijo.

Le di un minuto para asimilarlo. Beckworth estaba radiante. Bajó el hierro cuatro que blandía y me dedicó una sonrisa beatífica.

—Dile a Walker que venga a verme. Dile que tengo un buen whisky. ¡Dios, coreanas! No será comunista, ¿verdad, Freddy?

—¿Wacky Walker, sargento del Estado Mayor de los Marines, comunista? ¡Muérdase esa lengua, teniente!

—Tienes razón, Freddy. Ha sido impropio de mí. Vámonos. He

tenido suficiente por hoy.

Acompañé a Beckworth hasta su coche y volví a mi apartamento en Santa Mónica. Me duché y me puse ropa limpia. Luego metí mi 38 de cañón corto, de uso personal, en una pequeña funda de cintura y la sujeté al cinturón, junto a la columna vertebral, por si me daba por bailar y me ponía romántico. Después, subí al coche y salí a buscar mujeres.

Decidí seguir el tranvía rojo que iba de Long Beach hasta Hollywood. Era viernes por la noche, y las noches de fin de semana el tranvía rojo transportaba grupos de chicas en busca de una velada divertida en el Strip que, probablemente, no podían permitirse. El tranvía circulaba por unos raíles ligeramente elevados, en el centro de la calle, de modo que los pasajeros quedaban casi fuera de la vista. Lo mejor que uno podía hacer era conducir pegado a él y echar un vistazo a las chicas cuando lo abordaban.

Prefería las chicas de L.A. Eran más independientes y solitarias que las de los «suburbios». Así pues, fui a encontrar el tranvía rojo en Jefferson y La Brea. Quería darme cinco minutos o así de suspense antes del filón de Wilshire Boulevard: grupitos de vendedoras de Ohrbach y de May Company, y secretarias de las compañías de seguros que se sucedían en la calle más concurrida de la ciudad. Avancé en mi Buick del 47 descapotable con el adorno del capó como un punto de mira y contemplé encantado a la gente que había en el tranvía.

Hasta Wilshire, el desfile era predecible: ancianos, estudiantes de instituto, algunas parejas jóvenes… En Wilshire, un pelotón de chicas que no paraban de chillar saltó a bordo dando codazos y empujones, aunque sin mala intención. Hacía frío y las gabardinas impedían hacerse una idea de los cuerpos, pero daba igual: el espíritu es más importante que la carne. Subieron deprisa y no me dio tiempo a distinguir rostros. Esto suponía un inconveniente, pues si bajaban todas en Fountain o en Sunset, tendría que darme prisa en aparcar y abordarlas sin tiempo de pensar un comentario adecuado para una de ellas en particular.

Pero esa noche no importó, porque en La Brea, casi a la altura de Melrose, la vi. Salía a toda prisa de un restaurante chino, sujetando el bolso por las asas, enmarcada por un instante en el brillo de las luces de neón del Gordon Theater. Era una chica de aspecto inusual, identificable no por su tipo, sino por una cierta intensidad de sentimiento. Advertí en ella un nerviosismo de preocupación y temor que rasgaba la noche de L.A. Vestía con estilo, pero no seguía la moda: pantalones holgados, sandalias y una cazadora de nailon de hombre. La ropa podía ser masculina, pero sus rasgos eran suaves y femeninos, y llevaba el cabello largo.

Alcanzó el tranvía en el último instante y subió con un saltito de antílope. No atiné a adivinar su destino, pues tenía demasiado estilo para dirigirse al Strip. Quizá se encaminara a alguna librería de Hollywood Boulevard, o a una cita con un amante que me dejaría fuera de juego. Me equivoqué: bajó en Fountain y echó a andar hacia el norte.

Aparqué deprisa, puse un rótulo de «Vehículo Policial Oficial» tras el limpiaparabrisas y la seguí a pie. Tomó hacia el este por De Longpre, una tranquila calle residencial en el límite del distrito comercial de Hollywood. Si se dirigía a su casa, yo no tendría suerte aquella noche; mis métodos requerían una calle o un lugar público concurridos, y lo máximo que podría esperar era una dirección como referencia futura. Sin embargo, observé dos coches patrulla aparcados en doble fila un poco más adelante, con las luces rojas encendidas. Tal vez se hubiera cometido un delito.

La mujer los vio, timbeó, dio media vuelta y se encaminó hacia mí. Recelaba de los policías y su actitud me llamó la atención. Decidí aprovechar a fondo aquel temor y la intercepté al pasar.

—Disculpe, señorita. —Le enseñé la placa—. Soy agente de policía y esto es la escena de un delito. Por favor, permítame escoltarla a un lugar seguro.

Asintió, asustada, y por un instante su rostro, inexpresivo, palideció. Estaba encantadora y tenía esa combinación de fuerza y vulnerabilidad que es la esencia de mi amor y respeto hacia las mujeres.

—Está bien —dijo y añadió «agente» con un leve asomo de incomodidad. Volvimos hacia La Brea sin mirarnos.

—¿Cómo se llama? —le pregunté.

—Sarah Kefalvian.

—¿Dónde vive, señorita Kefalvian?

—No muy lejos de aquí. Pero no iba a casa, sino al Boulevard.

—¿Dónde, exactamente?

—A una exposición de arte. Junto a Las Palmas.

—Permita que la lleve —me ofrecí.

—No, creo que no…

Evitó mis ojos, pero al llegar a la esquina de La Brea me lanzó una mirada fogosa y desafiante con la que me mandaba a paseo.

—A usted no le gustan los policías, ¿verdad, señorita Kefalvian?

—No. Maltratan a la gente.

—Ayudamos a más gente de la que maltratamos.

—No lo creo. Gracias por acompañarme. Buenas noches.

Sarah Kefalvian me dio la espalda y echó a andar con paso rápido en dirección al Boulevard. No podía dejar que se fuera. La alcancé y la agarré del brazo. Ella se desasió enérgicamente.

—Escuche —le dije—, yo no soy un policía como los demás. Me escabullí del servicio militar. Sé que hay una exposición de Picasso en esa librería de Las Palmas. Estoy ávido de cultura y necesito a alguien que me guíe.

La obsequié con una de esas sonrisas que me daban un aire de adolescente tímido. Ella empezó a aplacarse, muy ligeramente. Sonrió.

—Por favor… —insistí.

—¿De veras rehuyó el servicio militar?

—Algo así.

—Iré con usted a la exposición si no vuelve a tocarme y si no le dice a nadie que es policía.

—Trato hecho.

Volvimos hasta el coche que había aparcado ilegalmente; yo, entusiasmado, y Sarah Kefalvian, interesada, contra su voluntad.

El lugar de la exposición era la librería Stanley Rose, en otros tiempos punto de encuentro de intelectuales angelinos. Sarah Kefalvian avanzó ligeramente por delante de mí, murmurando comentarios con voz de respetuosa admiración. Los cuadros no eran pinturas auténticas sino litografías, pero ella no le dio importancia.

Era evidente que acariciaba la idea de salir conmigo. Le dije que me llamaba Joe Thornhill. Nos detuvimos ante una reproducción del *Guernica*, el único cuadro que conocía lo suficiente para atreverme a hacer un comentario.

—Es un cuadro tremendo —dije—. Vi un montón de fotos de esa ciudad, cuando era un crío. Esto me hacer recordar… Sobre todo, ese toro con la lanza clavada en lo alto. La guerra debe de ser dura.

—Es la cosa más cruel y horrible que existe, Joe —repuso Sarah Kefalvian—. Dedico mi vida a acabar con ella.

—¿Cómo?

—Difundiendo la obra de grandes hombres que han visto la guerra y lo que hace.

—¿Está en contra de la guerra de Corea?

—Sí, de todas las guerras.

—¿No quiere frenar a los comunistas?

—La tiranía sólo puede frenarse mediante el amor, no con la guerra.

Aquello me interesó. A Sarah se le humedecieron los ojos.

—Vamos a charlar a alguna parte —le propuse—. La invito a cenar. Hablaremos de la vida. ¿Qué le parece?

Sarah Kefalvian soltó una risita y su rostro se transformó.

—Ya he cenado, pero lo acompañaré si me cuenta por qué rehuyó el reclutamiento.

—Trato hecho.

Cuando salimos de la librería, la tomé del brazo y la guié. Ella se puso en guardia, pero no se resistió.

Fuimos a un antro latino en Sunset y Normandie. Por el camino me enteré de que Sarah tenía veinticuatro años, era estudiante de Historia en la U.C.L.A. y armenio-americana de primera generación. Sus abuelos habían sido aniquilados por los turcos y las terroríficas historias sobre la vida en Armenia que le habían contado sus padres habían modelado su vida. Sarah quería parar la guerra, prohibir la bomba atómica, acabar con la discriminación racial y redistribuir la riqueza. Hizo una pequeña concesión hacia mi persona y dijo que consideraba necesarios a los policías, pero que deberían tener cultura artística y elevados ideales, en lugar de portar armas. Como empezaba a caerle bien, no me atreví a decirle que estaba chiflada.

También ella empezaba a caerme bien, y al imaginar lo mucho que íbamos a gozar en unas horas, se me encendía la sangre.

Aprecié su franqueza y decidí que la única moneda de cambio aceptable sería la sinceridad. Resolví no burlarme; quizá nuestro encuentro la hiciese un poco más realista.

El restaurante era un pequeño local, auténticamente familiar, con unos descoloridos carteles turísticos de Roma, Nápoles, Parma y Capri, intercalados con unas botellas de chianti vacías que colgaban de una falsa parra. Decidí olvidar la comida y pedí una jarra grande de tinto italiano. Levantamos las copas en un brindis.

—Por el fin de las guerras —dije.

—¿Lo dices de verdad?

—Claro. Que no lleve pancartas ni monte alborotos no significa que no esté en contra de ellas.

—Cuéntame por qué evitaste el alistamiento —dijo Sarah con voz suave.

Apuré la copa y volví a llenarla. Sarah bebía a pequeños sorbos.

—Soy huérfano. Me crié en un asqueroso orfanato de Hollywood. Era católico y lo dirigían un puñado de monjas sádicas. Servían una comida espantosa. Durante la Depresión no comíamos otra cosa que patatas, caldo de verduras aguado y leche en polvo. Sólo veíamos la carne una vez a la semana, y eso con suerte. Todos los chicos estaban anémicos, en los huesos, y hacían mala cara. La comida me desagradaba. Era incapaz de probar un bocado. Me provocaba tal malhumor que se me irritaba la piel. Luego nos enviaron a un colegio católico de Western Avenue. Allí nos daban la misma bazofia. Cuando tenía unos ocho años supe, o intuí, que si continuaba comiendo aquello me arriesgaba a no llegar a adulto. De modo que empecé a robar. Actué en todas las tiendas de Hollywood. Robaba latas de sardinas, queso, fruta, galletas, pasteles, leche, cualquier cosa. Los fines de semana, a los chicos mayores nos enviaban con familias católicas ricas para que conociéramos un poco la buena vida. A mí solían mandarme con una familia de Beverly Hills. Estaban forrados. Tenían un hijo de mi edad, un chaval salvaje y un ladrón de tiendas consumado. Su especialidad eran los bistés, y saqueamos todas las carnicerías del West Side. El chico estaba gordo como un cerdo. No podía dejar de comer. Era un

auténtico dirigible.

»Durante la Depresión, el Griffith Park era una auténtica jungla de vagabundos. La policía desalojaba a los indigentes con regularidad, pero volvían a congregarse en otro lugar. Un sacerdote del Immaculate Heart College me habló de ello. Fui a buscarlos. Yo era un chico curioso y solitario y pensaba que ser vagabundo era romántico. Llevaba conmigo una buena carga de filetes, lo que me convirtió en toda una novedad. Yo era ya bastante corpulento y nadie se metió conmigo. Escuché las historias que contaban los viejos, de policías y ladrones, de ferrocarriles y hombres de la agencia Pinkerton, de tinieblas. Cosas extrañas de las que la mayoría de la gente no tenía la menor idea. Perversiones. Cosas indescriptibles. Quise conocer todo aquello…, pero mantenerme a salvo de ello.

»Una noche, estábamos asando filetes y tomando un trago de whisky que había robado cuando la policía hizo una batida. Yo logré escabullirme y escapar. Oí a los agentes detener a los vagabundos. Se mostraban firmes, pero se lo tomaban con calma, y pensé que, si me hacía policía podría tener las tinieblas junto con cierta precaria impunidad. Sabría, pero estaría a salvo.

»Entonces llegó la guerra. Yo tenía diecisiete años cuando el bombardeo de Pearl Harbor. Y tuve una nueva inspiración, aunque esta vez fue por otro camino. Supe que si combatía en aquella guerra, moriría. Y también supe que necesitaba un recurso «honorable» para asegurarme el acceso al Departamento de Policía.

»Nunca conocí a mis padres. Mis primeros padres adoptivos me dieron el nombre antes de devolverme al orfanato. Urdí un plan. Leí las leyes del alistamiento y descubrí que el único hijo superviviente de un soldado muerto en una guerra en el extranjero estaba exento de alistarse. También tenía un tímpano perforado, lo que constituía una segunda salida, pero quise cubrirme bien las espaldas. Así pues, intenté entrar en el ejército en el 42, nada más graduarme en el instituto. Descubrieron la lesión de mi oído y me declararon inútil.

»Luego conocí a una vieja borracha, una actriz arruinada. Me acompañó cuando presenté mi apelación contra la junta de alistamiento. La mujer aseguró, con gritos y sollozos, que me necesitaba para que trabajase y la sacara adelante. Dijo que su

marido, mi padre, murió en la campaña china del 26, por lo cual fui enviado al orfanato. Fue una actuación estelar. Le pagué cincuenta pavos. La junta de alistamiento creyó en ella y me dijo que no volviera a intentar alistarme nunca más. Aunque supliqué de vez en cuando, se mantuvieron firmes. Admiraban mi patriotismo, pero la ley era la ley. Irónicamente, el tímpano perforado no impidió en absoluto que me hiciese policía.

A Sarah le encantó el relato y, cuando terminé, lanzó un suspiro. A mí también me gustó oírme; reservaba aquella historia para una mujer especial, que supiese apreciarla. Aparte de Wacky, era la única persona que conocía aquella parte de mi vida.

Puso su mano sobre la mía. La levanté hasta mis labios y la besé. Sarah tenía un aire triste y melancólico.

—¿Has encontrado lo que buscas? —preguntó.

—Sí.

—¿Me llevarás a ver esa jungla de vagabundos? ¿Esta noche?

—Vamos ahora. A las diez andan cerca de la calle del parque.

Era una noche fría y muy despejada. En Los Ángeles, enero es el mes más frío, y también el más hermoso. Los colores de la ciudad, impregnados del aire gélido, parecen cobrar vida propia y reflejar una tradición de calidez e insularidad.

Enfilamos Vermont en el coche y aparcamos en el recinto del observatorio. Luego, subimos por la pendiente hacia el norte, tomados de la mano. Conversamos relajadamente y le hablé de los aspectos más amables y picarescos del trabajo de policía: los borrachines amistosos, los coloristas músicos de jazz con sus trajes de espaldas y pantalones anchos, los cachorros perdidos que Wacky y yo devolvíamos a sus jóvenes propietarios. No le hablé de las violaciones, de los menores víctimas de abusos y malos tratos, de los cadáveres en las escenas de los accidentes o de los sospechosos de delitos que eran interrogados habitualmente en las salas de la comisaría de Wilshire. Sarah no tenía necesidad de oír tales cosas. Los idealistas como ella, a pesar de su candidez, consideraban que el mundo era, básicamente, un estercolero. Yo necesitaba templar su sentido de la realidad con una parte de alegría y de misterio. No

había modo de que Sarah aceptase que las tinieblas iban unidas a la alegría. Tuve que atemperarla al estilo de Hollywood.

Le enseñé el lugar de la antigua jungla de vagabundos. No había estado allí desde 1938, hacía trece años. Lo que encontré fue un claro invadido por las malas hierbas y sembrado de botellas de vino vacías.

—¿Aquí fue donde empezó todo para ti? —preguntó Sarah.

—Sí.

—El tiempo y el lugar me imponen.

—A mí, también. Estamos a 30 de enero de 1951. Hoy es hoy y no volverá a ser.

—Eso me asusta.

—No te asustes. Forma parte del prodigio. Aquí estamos muy a oscuras. ¿Te asusta la oscuridad?

Sarah Kefalvian levantó la hermosa cabeza y rió en el claro de luna. Fue una carcajada rotunda, digna de sus antepasados armenios.

—Lo siento, Joe. Es que estamos hablando de manera tan sombría, tan simbólica, que resulta casi gracioso.

—Entonces, seamos más literales. Yo me he confiado a ti. Ahora, confíate tú. Cuéntame algo de tu vida. Algo sombrío y secreto que nunca le hayas contado a nadie.

Ella se lo pensó y murmuró:

—Te va a escandalizar. Me gustas y no quiero ofenderte.

—No puedes escandalizarme. Soy inmune a los escándalos. Cuéntame.

—Bien. Cuando era estudiante, en San Francisco, estuve liada… con un hombre casado. Cuando se acabó, me dolió mucho y empecé a aborrecer a los hombres. Estudiaba en Berkeley. Había una profesora, una mujer guapísima. Se interesó por mí. Fuimos amantes. Hicimos cosas…, cosas relacionadas con el sexo que la mayoría de la gente ni siquiera ha imaginado. A esa mujer también le gustaban los chicos. Los chicos muy jóvenes. Sedujo a su sobrino de doce años. Lo compartimos.

Sarah retrocedió un paso, como si temiera que fuese a abofetearla.

—¿Ya está? —dije.

—Sí.

—¿Eso es todo?

—¡Sí! No voy a explicártelo gráficamente. Quise a esa mujer. Me ayudó en una época difícil. ¿No te parece lo bastante sombrío?

Su irritación alcanzó el punto culminante y se volcó sobre mí en una ardiente oleada de cólera e indignación.

—Sí, me lo parece. Ven aquí, Sarah.

Nos abrazamos, con su cabeza apretada contra mi hombro. Cuando nos apartamos, me miró. Sonreía y tenía las mejillas bañadas en lágrimas. Las sequé con mis pulgares.

—Deja que te lleve a casa —le dije.

Nos desvestimos sin pronunciar palabra en la sala a oscuras del apartamento de Sarah Kefalvian, en Sycamore Street. Sarah temblaba y respiraba aceleradamente en la fría estancia, y cuando estuvimos desnudos la envolví con mi cuerpo para aliviar sus temblores. Luego la alcé en brazos y la llevé hacia donde tenía que estar el dormitorio.

No había cama; sólo un colchón, cubierto de colchas, sobre una tarima. La deposité encima de él y me senté en un ángulo con mis largas piernas torpemente encogidas. El haz de luz de una farola bañaba la habitación de un resplandor difuso y me permitió distinguir unos estantes llenos a rebosar de libros y unas paredes adornadas con litografías de Picasso y carteles sindicales de la época de la Depresión.

Sarah me miró con la mano apoyada en mi rodilla. Acaricié sus cabellos, me incliné sobre ella y deposité unos besos breves en su cuello y en su hombro. Suspiró. Le dije que era muy hermosa y soltó una risita. Busqué imperfecciones, los pequeños pero significativos defectos corporales. Los encontré: unos pocos pelos oscuros sobre los pezones, unas marcas de acné en el omoplato derecho. Besé aquellos lugares hasta que Sarah tomó mi cabeza entre sus manos y acercó mi boca a la suya.

Nos besamos intensa y largamente; luego, Sarah abrió la boca como en un bostezo y se arqueó para recibirme. Nos unimos y acoplamos con fuerza, violentamente, con los músculos tensos para no separamos mientras cambiábamos de posturas y hacíamos caer al suelo todas las colchas. Nos corrimos juntos, y Sarah sollozó

mientras yo hundía el rostro en su cuello, restregando la boca y la nariz en la humedad de nuestro mutuo sudor.

Descansamos, inmóviles, por un rato, acariciando con suavidad zonas desconocidas de nuestros respectivos cuerpos. Decir algo habría sido traicionar el momento; yo lo sabía por experiencia, y ella por intuición. Finalmente, fingió que se quedaba dormida, lo que era una manera silenciosa y cariñosa de aliviar la incomodidad de mi partida.

Me vestí en la oscuridad. Luego tendí la mano y acaricié otra vez sus largos y negros cabellos y la besé en la nuca. Al marcharme, pensé que esa vez quizás había dado tanto como había recibido.

Volví a casa, saqué mi diario y referí las circunstancias en que había conocido a Sarah, de qué habíamos hablado y qué había aprendido. Describí su cuerpo y cómo hicimos el amor. Después me acosté y dormí hasta entrada la tarde.

2

—¿Qué, Freddy? Ligando por las noches, ¿eh?

Al sábado siguiente, por la mañana muy temprano, Wacky y yo nos disponíamos a aparcar junto al campo municipal de golf de Rancho Park.

Estaba ávido de golf, no de fanfarronadas masculinas, y la pregunta de Wacky me sentó como una puñalada en el costado. No respondí hasta que él carraspeó y empezó a hablar en verso:

—Dónde vas tú oh follador bendito, de los montes de Venus insaciable adicto, oh noble pasma, nunca dirás basta…

Puse el freno de mano y miré a mi compañero.

—No has contestado a mi pregunta —dijo.

—La respuesta es sí. —Suspiré.

—Vaya. ¿Y a qué precio?

—A uno muy bajo. Sólo voy a bares como último recurso. —Saqué la bolsa de los palos del asiento trasero y le hice a Wacky un gesto de que me siguiera. Mientras me colgaba la bolsa al hombro y cerraba la puerta del coche, Wacky me dirigió una de sus escasas miradas frías y sobrias.

—No me refería a eso, Fred.

—¿A qué, entonces, Wacky? He venido aquí a golpear pelotas de golf, no a escribir mis memorias sexuales.

Me dio una palmada en la espalda y frunció el entrecejo.

—¿Todavía sueñas con ser jefe de policía algún día? —preguntó esta vez.

—Desde luego.

—En tal caso, supongo que te das cuenta de que la comisión jamás nombrará a un soltero mujeriego. Sabes que van a pillarte, ¿verdad?

Solté otro bufido, esta vez de irritación.

—¿De qué me estás hablando, concretamente?

—Del precio, Freddy. Las mujeres empezarán a abrumarte. Te cansarás de chicas de una noche, te pondrás romántico y tonto y empezarás a buscar a algún bombón que te ligaste hace años. A la mujer que nunca podrá competir con la emoción de los encuentros fugaces. Estarás jodido en los dos sentidos. Haces que me alegre de no ser corpulento, guapo y encantador. Haces que me alegre mucho de ser sólo poeta y policía.

—Y borracho.

Lamenté al instante haberlo dicho, y busqué, apurado, un modo de arreglarlo.

Wacky lo repitió, confirmándolo.

—Sí, y un borracho.

—Pues fíjate tú en el precio. Cuando yo sea jefe de policía y tú mi jefe de detectives, no te quiero moribundo de cirrosis.

—Yo nunca lo conseguiré, Fred.

—Claro que sí.

—¿No has oído los rumores, joder? El capitán Larson se retira en junio. Beckworth será el nuevo mandamás de Wilshire y a mí me enviará a la calle Setenta y siete, al barrio negro. Y tú, avatar del golf de Beckworth y su niño bonito, irás a Antivicio, un buen destino para un cazador de chochos. Sé todo esto de muy buena fuente, Freddy.

Fui incapaz de mirarlo a los ojos. Había oído los rumores y les había dado crédito. Empecé a cavilar estratagemas para evitar que Beckworth trasladara a Wacky, y de pronto caí en la cuenta de que había quedado con el teniente aquella mañana en Fox Hills para una lección. Dejé la bolsa en el suelo con hastío.

—Wacky —dije.

—¿Sí, Fred?

—A veces haces que desee ser yo el borracho y el tarado de la pareja.

—¿Quieres explayarte al respecto?

—No.

El campo de prácticas estaba desierto. Wacky y yo rescatamos nuestro acopio de bolas usadas de su escondite, en un tronco hueco, y nos dispusimos a practicar golpes. Wacky se calentó apurando un botellín de bourbon mientras yo hacía unas flexiones y unos estiramientos. Empecé con hierros siete; ciento setenta yardas con un ligero desvío. No era un buen golpe. Corregí la posición, afiné el efecto y gané diez yardas más. Estaba acercándome a mi nivel óptimo cuando Wacky me agarró del hombro y me susurró:

—¡Freddy, mira, Freddy!

Golpeé la tierra a mis pies con la cabeza del palo y me desasí de Wacky.

—¿Qué demonios pasa ahora?

Wacky señaló a un hombre y una mujer que discutían en el *green*. El hombre era alto y gordo, con el vientre en forma de aguacate. Tenía el cabello castaño rojizo y muy revuelto, y una nariz larga como mi brazo. Poseía un aire pícaro, étnico y atractivo y en torno a la boca mostraba unas marcadas arrugas de reír. En conjunto su rostro hablaba de cincuenta y cinco años de tolerancia y buen humor. La mujer, de unos treinta años y ciento veinte kilos de peso, por lo menos, tenía la misma nariz larga y el mismo cabello rojizo del hombre, además de un bozo abundante sobre el labio superior.

Emití un gruñido. A Wacky, las mujeres apenas le interesaban y las gordas eran las únicas que lo excitaban. Sacó otro botellín del bolsillo trasero y dio un largo trago; después, señaló a la pareja y comentó:

—¿Sabes quién es, Freddy?

—Sí. Una gorda de verdad.

—No me refiero a la mujer, Freddy, sino a él. Ese es Big Sid Weinberg. El tipo que produjo *La novia del monstruo marino*, ¿recuerdas? Vimos la película en el Westlake. Tú te chiflaste por la rubia de las tetas grandes, ¿recuerdas?

—Sí. ¿Y?

—Y voy a pedirle un autógrafo y a venderle *El distrito de los*

muertos para su próxima película.

Solté otro gruñido. Wacky era un fanático de las películas de terror, y *El distrito de los muertos* constituía su intento de captar en prosa la monstruosa locura de Hollywood. En su poema hablaba de un mundo de los muertos que coexistía con el real, pero que permanecía invisible para los vivos. Los habitantes de ese mundo eran adictos al prodigio, porque todos ellos habían muerto asesinados. Aquél era, para mí, uno de sus trabajos más deficientes.

Wacky me miro y frunció el entrecejo.

—Te prometo una cosa, compañero.

—¿Qué?

—Cuando sea un gran guionista de Hollywood, nunca te echaré de menos.

—Ve con cuidado, Wacky. —Me eché a reír—. Los productores de Hollywood son unos pájaros de mucho cuidado. Ve a por su hija, mejor. Quizá consigas dar el braguetazo.

Wacky soltó una carcajada y se alejó al trote mientras yo volvía a la bendita soledad del golf.

Estuve así más de una hora, saboreando la unión mística que se produce cuando uno se sabe un practicante talentoso de algo mucho más grande que uno mismo. Ya estaba lanzando *drives* de trescientas yardas con fluida regularidad cuando poco a poco advertí que alguien me taladraba la espalda con la mirada. Me detuve en mitad de un *swing* y me volví hacia el intruso. Era Big Sid Weinberg. Venía trastabillando, casi febril, con la mano derecha tendida hacia mí. Sorprendido, alargué la mía en un acto reflejo e intercambiamos saludos con un enérgico apretón.

—Sid Weinberg —dijo.

—Fred Underhill —repuse.

Sin soltar mi mano, Weinberg me observó de arriba abajo como a una pieza selecta de carne.

—Usted tiene un hándicap seis, pero el *putt* se le da mal, ¿verdad? —arriesgó.

—Se equivoca.

—De acuerdo. Tiene un cuatro y le sabe pegar largo a la bola perfectamente, pero su juego corto es horrible, ¿no es eso?

—Se equivoca otra vez.

Weinberg me soltó la mano.

—Entonces, ¿usted es…?

—Soy un jugador *scratch* —lo interrumpí—. Puedo alcanzar trescientas yardas de salida, tengo un juego corto fabuloso, manejo el *putt* mejor que Ben Hogan y soy guapo, encantador e inteligente. ¿Qué se le ofrece, señor Weinberg?

Mi interlocutor me miró con sorpresa al oírme llamarlo por su nombre.

—Así pues, ese chiflado tenía razón…

—Se refiere a mi compañero.

—Sí. Me dijo que ustedes dos son policías y patrullan juntos, y luego me contó una historia de locos sobre una ciudad de muertos. ¿Cómo demonios consiguió entrar en el cuerpo?

—Allí tenemos un montón de chiflados, aunque la mayoría lo disimula mejor.

—¡Joder! Ahora está leyéndole la historia a mi hija. Son el uno para el otro; está tan loca como él.

—¿Qué desea, señor Weinberg?

—¿Cuánto gana en la policía?

—Doscientos noventa y dos al mes.

Weinberg soltó un bufido burlón.

—Hasta los patos del lago de Echo Park consiguen más pasta.

—No lo hago por la pasta.

—¿No? Pero ¿le gusta el dinero?

—Sí, me gusta.

—Bien. No es ningún crimen. ¿Le apetece ir al otro lado de la calle, a Hillcrest, y jugar en un campo de primera clase? Por parejas. Nosotros dos contra unos chorizos que conozco. Los destrozaremos. A cien pavos, por el sistema Nassau. ¿Qué me dice?

—Le digo que ponga el dinero y que mi colega venga con nosotros para leer los *greens*. Se llevará el veinte por ciento de lo que saquemos. ¿Qué me dice usted, señor Weinberg?

—Digo que, en su reencarnación anterior debía de ser usted judío.

—Quizá lo sea en ésta.

—¿Qué significa eso?

—*Nunca* he conocido a mis padres.

Big Sid echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada:

—¡Ja, ja, ja! Estamos al par del campo en eso, muchacho. Tengo dos hijas y tampoco sé absolutamente nada de ellas. Trato hecho.

Nos estrechamos la mano otra vez y de ese modo sellé la última alianza despreocupada de mi juventud.

Hillcrest sólo estaba a la vuelta de la esquina, geográficamente, pero en todos los demás aspectos quedaba a años luz de Rancho: calles de hierba lozana y perfectamente cuidada, trampas de arena bien cuidadas y ubicadas en puntos estratégicos y *greens* ondulantes y rápidos como el rayo.

El grupo lo formábamos ocho: Big Sid y yo, nuestros contrincantes, dos cadis y nuestros risueños y cautivados acompañantes, Wacky y Siddell, la gigantesca hija de Big Sid.

La pareja parecía estar cayendo rápidamente en la lascivia, tropezándose el uno con el otro mientras avanzaban por la maleza y la pista, y tomándose de la mano a escondidas cuando Big Sid les daba la espalda.

Sid tenía razón. Nuestros contrincantes, un agente de Hollywood y un médico joven, eran unos jugadores impresentables; daban golpes cortos, desviados a la izquierda o a la derecha hacia los árboles, y fallaban lastimosamente en los pocos tiros decentes de aproximación. Big Sid y yo jugamos de forma conservadora y sólida, y embocamos los golpes al hoyo. Además, nos ayudaron mucho las excelentes lecturas del campo por parte de Wacky, así como la selección de palos y el cálculo de distancias de nuestro cadi, *Din Road* Dave, el borrachín.

—¡Eh, eh, mierda, mierda! —mascullaba Dave—. Juega un siete blando y pega corto al *green*. Bota de izquierda a derecha en el montículo. ¡Eh, eh, mierda, mierda!

Dave me resultaba fascinante, era a la vez hosco y coloquial, sucio y orgulloso, y tenía un aire de suprema indiferencia que se contradecía con la expresión de terror de sus ojos azules. Por alguna razón, deseé poseer sus conocimientos.

El partido terminó en el hoyo catorce. Big Sid y yo vencimos a nuestros contrincantes por cinco y cuatro golpes respectivamente. Novecientos dólares cambiaron de manos, cuatrocientos cincuenta para Big Sid y cuatrocientos cincuenta para mí. Me sentí rico y

efusivo.

Big Sid me dio unas palmaditas en la espalda.

—¡Esto es sólo el principio, amigo! ¡Tú quédate con Big Sid y el límite es el cielo! ¡Ba-ba-ba-buuum!

—Gracias, Sid. Eso me halaga.

—¡Ba-ba-ba-buuum, muchacho!

Eché un vistazo alrededor. Wacky y Siddell habían desaparecido entre los árboles. Nuestros contrincantes se dirigían a la casa-club abatidos, con la cabeza gacha. Le dije a Sid que nos veríamos allí y fui en busca de *Din Road* Dave. Avanzaba por la maleza en dirección al hoyo dieciocho con la bolsa de Big Sid y la mía colgadas de su huesudo hombro derecho. Le di unos golpecitos en éste y, cuando se volvió, le puse un billete de cincuenta en la palma encallecida de la mano.

—Gracias, Dave —le dije. *Din Road* Dave se descolgó las bolsas, metió el dinero en la cartera y me miró—. Cuéntame —añadí.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Lo que has visto. Lo que sabes.

Din Road Dave dejó caer mi bolsa en la hierba y escupió.

—Sé que eres un policía joven con mucha labia. Sé que el bulto bajo el jersey es una pipa y unas esposas. Sé la clase de cosas que tú y los tuyos hacéis y que pensáis que la gente no sabe. Sé que los tipos como tú mueren hambrientos.

Su rotundidad era, admirable. Cogí mi bolsa y me dirigí a la casa-club, pero antes de llegar otro chiflado se cruzó en mi camino.

Era Wacky, que se materializó ante mí surgido de una arboleda, dándome un susto de muerte.

—¡Joder! —exclamé.

—Lo siento, compañero —susurró—, pero tenía que hablar contigo sin que Big Sid nos oyera. Necesito que me hagas un favor, un favor enorme.

—Dime —repuse con un suspiro.

—El coche… Una hora, más o menos. Tengo una cita urgente que no puede esperar, un pastel de pasión con mucho futuro. Un pastel genuino, colega. ¡No puedes decirme que no, joder!

Decidí concedérselo, pero con una condición.

—No lo hagas en el coche, Wacky. Alquila una habitación, ¿de

acuerdo?

—Por supuesto. Soy un policía. ¿Crees que me saltaría la ley?

—Sí.

—¡Ja, ja, ja! Una hora, Fred.

—Vale.

Wacky desapareció entre los árboles, donde su risa aguda se unió a los suspiros de barítono de Siddell Weinberg. Continué hacia la casa-club entristecido y agobiado con tanto desconocido

3

Calculé que Wacky tardaría un par de horas más de lo prometido en devolver el coche y, por otra parte, la cortesía dictaba que me quedara a beber y charlar con Big Sid. Me hubiera gustado acercarme a Santa Bárbara a buscar mujeres, pero para eso, necesitaba el coche.

Me duché en el vestuario. No se asemejaba en nada al que teníamos en la comisaría de Wilshire, que parecía una mazmorra. En el club, la instalación tenía moqueta gruesa de pared a pared, y en éstas, de madera de roble, colgaban retratos de socios notables del Hillcrest. En el vestuario se hablaba de negocios cinematográficos y de fusiones de empresas, y el golf quedaba, a distancia, en tercer lugar. Por alguna razón, eso me incomodó, de modo que me duché deprisa, me cambié de ropa y fui en busca de Big Sid.

Lo encontré en el comedor, sentado a la mesa junto a la gran cristalera panorámica que dominaba el hoyo dieciocho. Hablaba con una mujer, que me daba la espalda cuando me acerqué. Tuve la sensación de que se trataba de una mujer con clase y procedí a alisarme el pelo y a colocar bien el pañuelo del bolsillo mientras avanzaba.

Big Sid me vio.

—¡Freddy, muchacho! —exclamó. Le dio unos suaves golpecitos en el hombro a la mujer y añadió—: Cielo, te presento a mi nueva pareja de golf, Freddy Underhill. Freddy, ésta es mi hija, Lorna.

La mujer se volvió en la silla para observarme y sonrió con

expresión de aturdimiento.

—Señor Underhill… —murmuró.

—Señorita Weinberg —dije.

Tomé asiento. Estaba en lo cierto: la mujer tenía clase. Si Siddell Weinberg había heredado los rasgos amplios de su padre, Lorna exhibía una versión más refinada: tenía el cabello más castaño claro que rojo y los ojos, pardos, más pálidos y cristalinos que opacos. Mostraba la misma barbilla acentuada que Big Sid y la boca sensual de éste, sólo que a una escala más suave. La nariz era larga pero hermosa y confería al rostro un aire de inteligencia y de cierto atrevimiento. Iba sin maquillar. Vestía un traje de tweed con una blusa blanca de seda. Observé que era alta y delgada y que tenía unos pechos muy desarrollados para aquel cuerpo.

Al instante, deseé conocerla y contuve un cursi impulso de coger su mano y besarla, pues comprendí que tal gesto no le gustaría. En lugar de hacerlo, me senté frente a ella, donde podía mantener contacto visual.

Big Sid me arreó tal palmada en la espalda que casi me di con la cabeza contra el tablero de la mesa.

—¡Freddy, muchacho! ¡Los hemos machacado! ¡Cuatrocientos cincuenta billetes! —Big Si se inclinó hacia delante y explicó a su hija—: Freddy es mi nuevo chollo. Y viceversa. ¡Vaya *swing*!

Lorna Weinberg sonrió. Le devolví la sonrisa. Dio unas palmaditas en la mano a su padre y me dirigió una mirada exageradamente apreciativa.

—Papá es un fanático y tiene una personalidad hiperbólica. Le encanta clasificar a la gente empleando coloquialismos. Tiene usted que perdonarlo.

Lo dijo cariñosamente, pero con un levísimo aire de superioridad con respecto a su padre… y de desafío hacia mí.

Big Sid se rió, pero yo acepté el reto.

—Una percepción interesante, señorita Weinberg. ¿Es usted psicóloga?

—No, soy abogada. ¿Y usted?

—Soy agente de policía.

—¿En Los Ángeles?

—Sí.

Lorna volvió a sonreír, esta vez con mesura.

—¿Es usted tan bueno en su trabajo como jugando al golf?

—Mejor.

—Entonces, constituye una doble amenaza.

—Esa es una expresión sobre la que debería extenderse.

—*Touchée*. —Lorna Weinberg me taladró con la mirada. En sus ojos titilaba una amarga hilaridad—. Soy ayudante del fiscal de distrito para la ciudad de Los Ángeles. Tenemos el mismo superior. Preferiría ser ayudante del abogado de oficio, pero ése es el intríngulis del *green*, como diría papá. Trato con policías a diario, y no me gustan. Ven demasiado poco y demasiado a menudo, cuando no entienden o no quieren aceptar algo, detienen o dan palizas. Las cárceles de Los Ángeles están llenas de gente que no debería estar allí. Yo me ocupo de preparar casos para presentarlos ante el jurado de acusación. Hurgo entre toneladas de informes de detectives excesivamente celosos. Con franqueza, me veo como perro guardián de unos cuerpos policiales locos por llenar las cárceles. Esto me reporta las críticas de mis colegas, pero me aceptan porque soy una profesional muy buena y les ahorro un montón de trabajo.

Encajé la perorata y respondí con una sonrisa que pretendía ser irónica.

—De modo que no le gustan los policías —dije—. Como a casi todos, vaya novedad. ¿Preferiría la anarquía? Sólo hay una respuesta, señorita. Este no es el mejor de los mundos posibles. Tenemos que aceptarlo y continuar con la administración de justicia.

Big Sid advirtió que su hija despedía fuego por los ojos y se alejó a toda prisa en dirección a la barra, incómodo con la intensidad de nuestra conversación.

Lorna no cedió.

—No puedo aceptar eso, ni quiero. No se puede cambiar la naturaleza humana, pero se pueden cambiar las leyes, y de ese modo erradicar a algunos de esos sociópatas con insignia y pistola.

Por ejemplo, mi padre me ha contado que usted mostró curiosidad por el cadi que los acompañaba hoy. Yo lo conozco. Es una víctima de la policía. Un abogado que es miembro de este club representó una vez a *Dirt Road* Dave en una demanda contra el

Departamento de Policía de Los Ángeles. Durante la Depresión había robado alimentos de una tienda. Dos policías lo vieron y lo persiguieron y, cuando por fin lo alcanzaron, estaban furiosos. Lo dejaron inconsciente a golpes de porra. Dave tuvo una hemorragia interna y estuvo a punto de morir. Sufrió daños cerebrales irreparables. La Unión Americana por las Libertades Civiles llevó a juicio a su Departamento y perdió. Los policías están por encima de la ley y pueden hacer lo que les de la gana. Abe Dolwitz, el abogado, cuida de Dave en cierto modo, pero Dave sólo está lúcido la mitad del tiempo. Imagino que la otra mitad es una pesadilla para él. ¿Entiende lo que le cuento?

—Entiendo que está usted entrando en temas que no son de su competencia. Entiendo que su opinión de los policías es académica y tendenciosa y ajena al contexto diario en el que trabajamos. Comprendo su compasión y entiendo que los problemas que ha descrito son insolubles.

—¿Cómo puede ser tan ramplón?

—No. Lo que soy es realista. Usted sostiene que los policías ven demasiado poco y detienen demasiado. Para mí es al contrario. Yo trabajo precisamente para ver, no por el sueldo mísero que gano.

—Me resulta muy difícil de creer —dijo Lorna Weinberg bajando la voz, en tono de condescendencia.

Yo bajé la mía hasta igualarme a la suya.

—En realidad, no me importa mucho, letrada. Una pregunta, sin embargo. Ha dicho que constituyo una «doble amenaza». ¿Qué tiene el golf de amenazador?

—El golf —respondió ella con un suspiro— impide a la gente pensar en los asuntos importantes de la vida.

—También le evita pensar en los no importantes —repliqué. Ella se encogió de hombros. Estábamos empatados. Me levanté para marcharme, pero aún hice una última pregunta—: Si tanto detesta el golf, ¿por qué viene a este club?

—Porque preparan la mejor comida de Los Ángeles.

Me reí y le estreché la mano despreocupadamente.

—Buenos días, señorita Weinberg.

—Buenos días, agente —repuso ella, en esta ocasión con la voz cargada de ironía.

Fui a buscar a Big Sid, le agradecí el placer de su compañía como golfista y le prometí que lo llamaría pronto para otro partido. Me ofreció su amistad de forma conmovedora, pero el encuentro con Lorna Weinberg me había puesto agresivo e irritado.

Recogí mis palos y salí al aparcamiento a buscar el coche. No lo vi en el recinto principal destinado a socios ni en el de los empleados del club. Fui caminando hasta la verja de la salida a Pico. Wacky empezaba a ser demasiado informal para confiar en él.

Crucé la calle y decidí matar el rato dando un paseo por los alrededores de los estudios de la 20th Century Fox. Caminé hacia el norte y dejé atrás un gran solar de parcelas vacías.

El día estaba oscureciéndose a causa de unas nubes negras que disputaban la primacía a un luminoso cielo azul. Deseé que lloviese. La lluvia era un buen catalizador, de gran utilidad para buscar mujeres por la noche. El mal tiempo parecía hacerlas más vulnerables y abiertas.

Casi había llegado a Olympic cuando distinguí mi Buick del 47 rojo y blanco en una callejuela tras el departamento de utillaje del estudio. El coche se sacudía y salían gemidos de su interior. Me acerqué y miré por la ventanilla del lado del conductor. El cristal estaba empañado por la agitada respiración, pero aun así distinguí claramente a Wacky y a Siddell Weinberg debatiéndose desnudos en un cálido abrazo.

Noté la calma perfecta que me posee cuando me enfado de verdad. Saqué un hierro cinco de la bolsa y abrí la puerta del coche.

—¡Agente de policía! —exclamé al tiempo que Wacky y Siddell se ponían a chillar e intentaban cubrirse. No se lo permití. Hinqué el hierro cinco entre los dos y hurgué, raspé y empujé allí por donde estaban unidos—. ¡Salid del puto coche ahora mismo, par de soplapollas! —seguí gritando—. ¡Vamos! ¡Fuera! ¡Fuera, digo!

Torpemente, consiguieron desengancharse y se apearon trastabillando. Siddell sollozaba e intentaba cubrirse los pechos con las manos. Les arrojé las ropas, cogí la sobaquera de Wacky con la 38 y las esposas y las arrojé al otro lado de la tapia del departamento de utillaje. Mientras Wacky intentaba ponerse los pantalones, le arreé una patada en el culo.

—¡Puto cabrón, no andes jodiéndome! ¡No me jodas la carrera,

puta desgracia de policía! ¡Coge a tu puta cerda cebona y vete a follar fuera de mi vida!

Los dos se alejaron por la callejuela dando traspiés, vistiéndose sin dejar de andar. Miré en el coche. Había una botella de bourbon medio vacía en el suelo. Tomé un largo trago y la arroje en dirección a ellos. Las nubes oscuras ya habían eclipsado casi por completo el cielo azul.

Recuperé la botella y seguí bebiendo a la espera de que empezase a llover. Pensé en Lorna Weinberg. Cuando cayeron las primeras gotas, me deshice de la botella y puse en marcha el coche sin una idea concreta de adonde ir.

Consumí tres horas conduciendo sin rumbo. Lorna Weinberg, Wacky y *Dirt Road* Dave consumieron la mayor parte de mis pensamientos. Eran unos pensamientos deprimentes, y conducir al azar acentuó mi estado de ánimo sombrío.

La lluvia caía formando cortinas de agua, impulsada por un viento intenso. Oscureció temprano y, sin que hubiera ninguna razón lógica, me vi atraído hacia la ventosa y traicionera autopista de Pasadena. Tomar a toda velocidad sus curvas cerradas sobre un pavimento resbaloso por la lluvia hizo que me sintiera mejor. Empecé a pensar en mis oportunidades de promoción y en todo lo maravilloso que me proporcionaría el trabajar en Antivicio.

Esto último me sugirió un destino. Cuando llegué a Pasadena, di media vuelta y volví a Los Ángeles, a la comisaría de Wilshire, a algunos puntos calientes de vicio de los que me habían hablado ciertos veteranos. Pasé por la zona de putas de West Adams, donde grupitos de prostitutas negras, probablemente toxicómanas, esperaban bajo el paraguas por si aparecía algún cliente que desafiara la lluvia y les proporcionase el dinero para la dosis. Rondé por Western, por los garitos conocidos, y contemplé el ir y venir de los apostadores. Parecían tan desesperados como las drogadictas.

Tuve la impresión de que el prodigio, en Antivicio, sería triste, penoso y desesperado. Los rótulos de neón de los bares y clubes nocturnos por delante de los que pasé parecían anuncios baratos de erradicadores de soledad.

Eran casi las nueve. Me detuve en The Original Barbecue, en Vermont, y cené sin prisas un costillar de cerdo. Me pregunté dónde

habría mujeres. Era muy tarde y llovía demasiado para imaginar otra cosa que bares y mujeres que buscaban lo mismo que yo. Aquello me apenó, pero decidí que, mientras patrullaba, podía echar un repaso al panorama de bares desde el punto de vista de un policía novato de Antivicio y, tal vez, aprender unas cuantas cosas.

El tugurio de Normandie y Melrose estaba muerto. Su principal atractivo era el televisor sobre la barra. Unos parroquianos estupefactos se reían con el show de Sid Caesar. Salí. En el siguiente local, junto al L.A. City College, no había más que estudiantes excitados, todos sin pareja, la mayoría de los cuales discutían a gritos sobre Traman, MacArthur y la guerra.

Me dirigí al sureste. En Western, descubrí un bar que no había visto hasta entonces: el Silver Star, dos manzanas al norte de Beverly. Parecía cálido y bien atendido. Tenía un letrero de neón tricolor: tres estrellas, amarilla, roja y azul, situadas en torno a una copa de martini. El neón con el nombre, Silver Star, en anaranjado brillante, se encendía y se apagaba.

Estacioné al otro lado de la callé, en el aparcamiento del supermercado Ralph's, y corrí hacia el refugio de neón, sorteando los coches. El Silver Star estaba lleno, y cuando mis ojos se acostumbraron a la luz fluorescente del interior, me percaté de que el local servía más como punto de citas que como abrevadero del barrio. Los hombres hacían proposiciones a las mujeres que estaban sentadas junto a ellos. Los avances eran torpes y las mujeres fingían interés y una camaradería provocada por la bebida. Pedí un whisky doble con soda y me dirigí hacia una fila oscura de reservados junto a la pared del fondo. Ocupé el único que estaba vacío. Tenía las piernas demasiado largas para que me cupieran entre el asiento y la mesa, de modo que las estiré fuera del reservado y bebí un sorbo de whisky, tratando de aparentar despreocupación al tiempo que me mantenía alerta, con la mirada en la barra y en la puerta del local.

Una hora y dos copas después, vi entrar a una mujer bonita, de treinta y tantos, con el cabello rubio como la miel. Titubeó por un instante, como si el local le resultara desconocido y potencialmente hostil.

La observé mientras se sentaba ante la barra. El camarero estaba ocupado en otra cosa, de modo que la desconocida se puso a hurgar

en el bolso mientras esperaba a que la atendieran. A su lado había un taburete vacío, y hacia él me encaminé. Cuando tomé asiento, la mujer se volvió y me miró.

—Hola —dije—. Hoy está bastante concurrido. El camarero no podrá atenderla hasta el martes por la tarde, me temo.

La mujer rió y apartó ligeramente el rostro. Adiviné la razón. Tenía una dentadura fea y quería resultar atractiva sin mostrarla. Me pareció el primer detalle afectuoso de lo que deseé que fuese una larga noche llena de ellos.

—Este local resulta muy agradable, ¿no le parece? —Tenía una voz nasal y un ligero acento del Medio Oeste.

—En efecto. Sobre todo, en una noche como ésta.

—Brrr… —se estremeció—. Ya sé a qué se refiere. Nunca había entrado aquí hasta ahora, pero iba en un taxi y me ha parecido tan cálido y acogedor que he tenido que pararme y entrar. ¿Y usted? ¿Había estado aquí alguna vez?

—No. También es mi primera vez. Pero, por favor, disculpe mis modales. Me llamo Bill Thornhill.

—Yo soy Maggie. Maggie Cadwallader.

—¡Vaya! —Me reí—. Tenemos unos apellidos tan rotundos como si fuéramos ingleses de pura cepa.

Maggie también rió.

—Pues sólo soy una chica de campo de Wisconsin.

—Y yo un paleto de la gran ciudad.

Siguieron las risas. Había buenas vibraciones. Cada cual representaba su papel con naturalidad y refinamiento. Llegó el camarero y pedí una cerveza para mí y una menta con brandy para Maggie. Pagué yo.

—¿Llevas mucho tiempo en Los Ángeles, Maggie? —pregunté.

—¡Oh, vivo aquí desde hace años! ¿Y tú, Bill?

Al oír aquella familiaridad de trato tuve la certeza de que sucedería. El alivio y el ardor me invadieron.

—Desde hace demasiado, creo. En realidad, he nacido aquí.

—¡Serás uno de los pocos…! En cualquier caso, ¿verdad que es una ciudad admirable? A veces creo que vivo aquí porque puede suceder cualquier cosa, ¿sabes a qué me refiero? Una anda de paseo por la calle y de pronto, sin más, le ocurre algo desquiciado y

maravilloso.

El prodigio, en pocas palabras. Maggie empezó a caerme bien.

—Sé perfectamente a qué te refieres. —Asentí, y era sincero—. A veces pienso que eso es lo que me impide marcharme. Mucha gente viene aquí por el glamour y el cine. Yo he nacido aquí, de modo que sé que todo eso es una sarta de mentiras. Si me quedo es por el misterio.

—¡Qué bien lo has resumido! ¡El misterio! —Maggie me apretó la mano—. Espera un momento —añadió mientras apuraba la copa —. A ver si sé adivinar a qué te dedicas. ¿Eres atleta? Tienes pinta de serlo.

—No. Vuelve a probar.

—Hummm… Eres muy grandullón. ¿Trabajas al aire libre?

—Frío. Prueba otra vez.

—¿Eres escritor?

—No.

—¿Abogado?

—No.

—¿Hombre de negocios?

—No.

—¡Estrella de cine!

—¡Ja, ja! No.

—¿Bombero?

—Tampoco,

—Me rindo. Dime qué haces y te diré lo que hago yo.

—Está bien, pero prepárate para llevarte una decepción. Vendo seguros.

Lo dije con fingida humildad y resignación de crío. A Maggie le encantó.

—¿Qué hay de malo en ello? ¡Yo sólo soy bibliotecaria! Lo que hacemos no es lo que somos, ¿verdad?

—No —mentí.

—¡Pues eso! —Maggie volvió a apretarme la mano.

Hice una seña al camarero, que nos trajo otra ronda. Alzamos los vasos en un brindis.

—Por el misterio —dije.

—Por el misterio —repitió ella.

Maggie terminó su copa rápidamente. Yo tomé unos tragos de mi cerveza. Me pareció que era momento de atacar.

—Maggie, si no hiciera un tiempo tan horrible, podríamos dar una vuelta en coche. Conozco Los Ángeles como la palma de mi mano y hay muchos sitios bonitos donde podríamos ir.

Me dedicó una cálida sonrisa, esta vez sin molestarse en ocultar la dentadura.

—A mí también me gustaría dar una vuelta, pero tienes razón: hace un tiempo pésimo. Podríamos ir a mi apartamento y tomar una última copa.

—Me parece estupendo —dije con la voz algo tensa.

—¿Has venido en coche? A mí me ha traído un taxi.

—Sí, tengo el coche aquí. ¿Dónde vives?

—En Hollywood. En Harold Way. Es una callecita que da a Sunset. ¿Sabes dónde digo?

—Claro.

—Por supuesto. Conoces L.A. como la palma de tu mano, ¿no?

Volvimos a reír, salimos del bar y apretamos el paso bajo la lluvia, por Western Avenue, hasta mi coche.

El chaparrón empezó a menguar mientras me dirigía al norte por Wilton Place. Maggie y yo evitamos flirtear, y en lugar de ello, hablamos de otros asuntos, del tiempo y de su gato. A mí, los gatos no me gustaban especialmente, pero fingí un gran interés por conocer el suyo.

Me pregunté cómo sería su cuerpo. En el bar, no se había quitado el abrigo ni por un instante. Tenía unas piernas bien torneadas pero antes de que nos desnudáramos ansiaba saber el tamaño de sus pechos y la amplitud de sus caderas.

Harold Way era una calle secundaria, estrecha y apenas iluminada. Maggie me indicó dónde aparcar. Su apartamento estaba en un edificio posterior a la guerra, feo y con motivos hawaianos. Era una enorme estructura en forma de caja, de ocho o diez viviendas, de estuco y con adornos de falso bambú en las puertas y ventanas. Las entradas se hallaban en los costados del edificio.

Maggie y yo hablamos con nerviosismo mientras recorríamos el

largo pasillo de acceso a su apartamento. Cuando abrió la puerta y encendió la luz, un orondo gato gris apareció de la oscuridad para recibimos. Maggie dejó el paraguas y levantó del suelo al animal.

—Mmm…, cariñito —dijo con un ronroneo mientras acariciaba al felino—. *León*, te presento a Bill. Bill, éste es *León*, mi protector.

Acaricié la cabeza del gato.

—Hola, *León* —dije con naturalidad, sin cambiar el tono—. ¿Qué tal te va en esta auténtica noche de invierno? ¿Has cazado algún ratón, últimamente? ¿Ya te ganas el sustento en esta maravillosa morada que te ha regalado tu dueña?

Mi voz y mi expresión impasibles provocaron en Maggie un torrente de risas.

—¡Oh, Bill, qué gracioso eres! —exclamó. Estaba ligeramente bebida.

Cogí el gato y Maggie cerró la puerta. *León* estaba muy gordo y, probablemente, no fuese un cazarratones con cascabel. Eché un vistazo a la habitación. Estaba ordenada y era una auténtica oda a lugares remotos: en las cuatro paredes aparecían representadas Grecia, Roma, Francia y España, cortesía de Pan American Airways. Deposité el gato en el suelo, y de inmediato se puso a olisquearme las perneras del pantalón.

—Bonito apartamento, Maggie. Es evidente que te has ocupado mucho de él.

Maggie sonrió, radiante. Luego, me tomó de la mano y me condujo a un lujoso sofá cubierto de cojines.

—Siéntate, Bill, y dime qué te apetece beber.

—Coñac, solo —respondí.

—Un minuto.

Mientras Maggie estaba en la cocina, pasé la pistola y las esposas de mi cinto al bolsillo del gabán. Al cabo de un momento, regresó con dos copas de boca estrecha, cada una de ellas con una generosa ración, y se sentó en el sofá, a mi lado. Brindamos en silencio. Cuando el coñac hizo efecto, me di cuenta de que tenía poco que decir. No había nada que pudiese enseñar a aquella mujer —probablemente diez años mayor que yo— que ella no supiese ya.

Maggie me quitó la copa de la mano. Apuró el contenido de la suya y la dejó en la mesilla auxiliar. El gato vino hacia nosotros y

me entretuve jugueteando con su cola. Maggie tendió la mano para acariciarlo y nuestros hombros se rozaron. Nos miramos durante décimas de segundo, la abracé y rodamos por el suelo. Ella se rió y yo me dejé llevar. Me puse a ladrar como un perro faldero y cubrí sus hombros de tiernos mordisquillos, pellizcando apenas la piel bajo la ropa.

Maggie rió y rió. Apretó los brazos en torno a mí.

—¡Oh, Bill! ¡Oh, Bill! ¡Oh, Bill! —exclamó entre un acceso de risa y el siguiente.

Seguí mordisqueando, descendiendo por la espalda y volviéndome cada pocos instantes para observar su rostro bañado en lágrimas. Le levanté el borde de la falda, continué los pellizcos con los dientes piernas abajo hasta los tobillos, procurando no rasgarle las medias de nailon. Mientras, su mano acariciaba y revolvía mis cabellos. La descalcé y le mordí los dedos de los pies, uno tras otro, mientras ladraba, «guau, guau», entre mordisco y mordisco. Maggie comenzó a retorcerse y a sacudirse, presa de una risa incontrolable.

Ahora que estaba seguro de lo que iba a ocurrir, la hice rodar boca arriba a mi lado y me incorporé sobre los codos hasta que quedamos cara a cara. Se produjo un largo ínterin durante el cual Maggie me abrazó con fuerza mientras yo le acariciaba la cabeza. Cuando su risa remitió, volví a ladrarle, «guau, guau», al oído y a besarle el cuello hasta provocar otro acceso de carcajadas.

Finalmente, Maggie apartó la cabeza de mi pecho y me miró.

—¡Guau!, Bill Thornhill —murmuró.

—¡Guau!, hermosa Maggie Cadwallader —repuse.

A Maggie se le había corrido el carmín, que había manchado las solapas de mi chaqueta y la pechera de la camisa. Cuando me incliné lentamente hacia ella para besarla, su boca estaba completamente entregada. Nuestros labios y lenguas en encontraron y jugaron en una comunión perfecta, experimentada. Rodamos juntos por el suelo sin dejar de besarnos, volcamos la mesilla auxiliar e hicimos caer al suelo revistas y búcaros llenos de flores artificiales. Cuando interrumpimos el largo beso, Maggie emitió unos ruiditos mientras mis manos se afanaban torpemente con la cremallera de la espalda de su vestido.

—Primero el baño, Bill, por favor.

Cuando la solté, se apartó de mis brazos y se puso de pie tambaleándose. Entre nuevos ruiditos, se dirigió al cuarto de baño.

Yo también me incorporé y me desvestí, dejando la ropa en el sofá, bien ordenada. En calzoncillos solamente, me encaminé al baño. La puerta estaba ligeramente entornada y la luz, encendida. Oí que Maggie revolvía en el armario de las medicinas. Se trataba de un ritual que yo hacía tiempo que deseaba presenciar.

Abrí la puerta. Maggie estaba empezando a colocarse el diafragma cuando me vio. Sobresaltada e irritada, saltó a la bañera y se ocultó tras la cortina.

—Joder, Bill —dijo, sonrojada—, dame un momento, por favor. Espera en el dormitorio, cielo. Por favor. Voy enseguida.

—Sólo quería mirarte, encanto —repuse—. Ayudarte con eso.

—Es un asunto privado, Bill —insistió ella, nerviosa—. Es una cosa de mujeres. Si no me ves ponérmelo, no sabrás realmente si lo llevo o no. Es mejor para ti, créeme, cielo.

—Te creo, pero quiero verlo. Enséñamelo, por favor.

—No.

—Por favor…

Bajé la cabeza y arrinconé a Maggie contra la pared de la ducha con suaves testarazos. Se le escapó una risita. La saqué de la bañera, la levanté del suelo, la moví en volandas y la deposité en tierra en la misma postura en la que estaba cuando había abierto la puerta del baño.

—¿Nunca pierdes en nada, Bill?

—No.

—¿Cuántos años tienes?

—Cumpliré los veintisiete la semana que viene.

—Yo tengo treinta y seis.

—Eres muy atractiva. Quiero amarte mucho.

—Y tú eres muy guapo. ¿Nunca has visto a una mujer poniéndose el diafragma?

—No.

—Entonces, te lo enseñaré. Una vez que lo hubo hecho, añadió: Eres un chico extraño y curioso, Bill.

—Esas intimidades significan mucho para mí.

—Te creo. Ahora, hazme el amor.

Maggie me condujo al dormitorio. Dejó la luz apagada. Se desabotonó la blusa, se desabrochó el sostén y dejó que las prendas cayeran al suelo. Me quité los calzoncillos. Nos acostamos y permanecimos abrazados largo rato. Acaricié sus cabellos. Ella ronroneó sobre mi pecho. Me cansé de aquello e intenté levantar su barbilla para besarla, pero se resistió y apretó la cabeza contra mí con más fuerza. Al cabo de unos momentos, aflojó el abrazo y conseguí cubrirle de besos el cuello. Suspiró y empecé a chuparle los pechos. Noté su mano entre mis piernas, atrayéndome hacia ella. Se colocó debajo y me guió hacia la entrada. Empecé a moverme. Maggie no respondió. Probé unos movimientos lentos, exploratorios, y seguí con otros más enérgicos e insistentes. Maggie siguió allí tendida, inmóvil. Me alcé, apoyado en las manos, para observar mejor su rostro. Ella me miró, sonriente. Levantó las manos y tomó mi rostro, con una sonrisa más beatífica cuando mis movimientos se hicieron más acelerados y urgentes. Me corrí con fuerza. Gemí, me estremecí y me derrumbé sobre su cuerpo. Ella no pronunció una palabra. Cuando por fin volví a mirarla, todavía sonreía. Y yo me di cuenta de que había estado pensando en Lorna Weinberg.

Maggie parecía haber cambiado durante nuestro abrazo. Ya había conseguido lo que quería, y no era amor, ni sexo. Su sonrisa y el ritual posterior al coito, ofreciéndome coñac en una bandeja, parecía decir: «Ahora que hemos acabado con esto, ya podemos pasar a lo verdaderamente importante de nuestro encuentro».

Sentados en la cama, desnudos ambos, dimos unos sorbos al coñac. El cuerpo de Maggie me gustaba; tenía la piel pálida y pecosa, los hombros suavemente redondeados, el vientre plano y unos pechos pequeños y blandos con pezones grandes y muy oscuros. Y me gustaba aún más su manera de enseñármelo abiertamente. No sentí el menor deseo de marcharme. El coñac era bueno, pero medí lo que bebía. Maggie daba sorbos de su copa con regularidad y pensé que pronto estaría achispada. Cuando cambiamos de postura, me obsequió con una amplia sonrisa. Enarqué las cejas como hacía Wacky. Maggie no dejó de sonreír. Le conté algunas mentiras sobre el fraude organizado de los seguros.

Siguió sonriendo

—Bill, vamos al salón, ¿quieres? —dijo por último. Sacó dos albornoces del armario y me condujo al salón. Me dio un gran beso en la mejilla y me hizo sentar en el sofá como una madre cariñosa o como una maestra. Luego, volvió al dormitorio y regresó con un gran álbum de fotos encuadernado en piel.

Se sentó entre yo y mis prendas apiladas y se sirvió más coñac. Mi albornoz, bien conservado, olía a fresco. Mientras Maggie ponía el álbum sobre la mesilla, yo me ocupaba de que su bata dejara a la vista un buen escote. Su reacción fue un recatado beso en la mejilla. Me disgustó que me lo diera. Los diez años de diferencia de edad entre ambos empezaban a notarse.

—Son recuerdos, Bill —me explicó—. ¿Quieres dar un paseo por el callejón de los recuerdos con la vieja Maggie?

—Tú no eres vieja.

—En algunos aspectos, sí lo soy.

—Estás en la flor de la vida.

—Me halagas…

Abrió el álbum. En la primera página había fotos de un hombre alto, de cabellos claros, vestido con el uniforme de soldado de infantería de la Primera Guerra Mundial. El hombre aparecía en solitario en muchas de las fotografías en sepia y ocupaba un lugar destacado en las de grupo.

—Es mi padre —dijo Maggie—. Mamá se exasperaba con él, a veces, y lo criticaba. Una vez, cuando era pequeña, le pregunté: «Si papá es tan malo, ¿por qué te casaste con él?», y ella me respondió: «Porque era el hombre más guapo que había visto nunca».

Volvió la página. Fotos de bodas y de bebés.

—Esto es la boda de mamá y papá, en 1910. Y ésa soy yo de niña, poco antes de que papá se incorporase al ejército.

—¿Eres hija única, Maggie?

—Sí. ¿Y tú?

—También.

Pasó las páginas del álbum más deprisa. Advertí el paso del tiempo. En pocos minutos vi envejecer a los padres de Maggie y a ésta pasar alegremente de la infancia a la adolescencia. Su rostro, mientras bailaba en algún refinado instituto de otra época, era una

versión angustiosamente prometedora del que tenía ahora.

Tomó más coñac y habló en tono lastimero y monocorde, apenas consciente de mi presencia. Daba la impresión de que quería llegar a alguna parte, de avanzar poco a poco hacia un objetivo que explicaría por qué me quería allí.

—Fin del primer volumen, Bill.

Se puso en pie tambaleándose, y tiró al suelo mi gabán. Cuando lo recogió, notó que pesaba demasiado y empezó a hurgar en el bolsillo en el que había guardado la pistola y las esposas. Antes de que pudiera detenerla, sacó la 38, soltó un grito y se apartó de mí, empuñando el arma con mano temblorosa, apuntada al suelo.

—¡No, no, no, no! —exclamó—. ¡No, por favor! ¡No dejaré que me hagas daño! ¡No!

Me levanté y di unos pasos hacia ella mientras intentaba recordar si los dos seguros estaban puestos.

—Soy policía, Maggie —le dije con voz suave y tranquilizadora —. No quiero hacerte ningún daño. Dame la pistola, encanto.

—¡No! ¡Ya se quién te ha enviado! ¡Sabía que lo haría! ¡No! ¡No!

Cogí los pantalones y saqué la placa con su funda de cuero. La sostuve en alto.

—¿Lo *ves, Maggie? Soy* agente de policía. No quería decírtelo. A mucha gente no le gustan los policías. ¿Lo ves? Es una placa de verdad, encanto.

Maggie bajó el arma entre sollozos. Me acerqué a ella y la abracé con fuerza.

—Ya está. Siento haberte asustado. Debería haberte dicho la verdad. Lo siento.

—Yo también lo siento —murmuró, sacudiendo la cabeza—. He sido una tonta. No eres más que un hombre. Querías dar un revolcón y has mentido. He sido una tonta. Soy la única que debe sentirlo.

—No digas eso. Tú me importas.

—Sí, claro.

—De veras. —La besé en la raya del pelo y la aparté de mí con suavidad—. Ibas a enseñarme el volumen número dos, ¿recuerdas?

—Está bien. —Sonrió—. Siéntate y llénate la copa. Estoy un poco mareada.

Mientras ella iba a buscar otros álbumes, guardé de nuevo el arma en el bolsillo del gabán. Regresó con un álbum delgado de tapas negras entre los brazos. Sonreía como si el episodio de la pistola no se hubiera producido nunca.

Retomamos las cosas donde habían quedado. Abrió el álbum. Contenía una docena de instantáneas de un bebé, probablemente de apenas unos meses, aún sin pelo, que alzaba una mirada de curiosidad hacia algún objeto fascinante. Maggie se llevó los dedos a los labios y los depositó a las fotos.

—¿Tu hijo?

—Sí, mío. Mi bebe. Mi amor

—¿Dónde está?

—Se lo llevó su padre.

—¿Estás divorciada?

—El padre no era mi marido, Bill. Era mi amante. Mi verdadero amor. Ahora está muerto. Murió a causa de lo mucho que me amaba.

—¿Cómo, Maggie?

—No puedo decírtelo.

—¿Qué fue del niño?

—Está en un orfanato, en el este.

—¿Por qué, Maggie? Los orfanatos son sitios horribles. ¿Por qué no lo tienes contigo? Los niños necesitan padres, no orfanatos.

—¡No digas eso! ¡No puedo! ¡No puedo quedármelo! Lamento habértelo enseñado. Pensaba que lo entenderías.

Le tomé la mano.

—Y te entiendo, cariño. Más de lo que piensas. Volvamos a la cama, ¿quieres?

—Sí, pero quiero enseñarte una cosa más. Tú eres policía. Sabes mucho de crímenes, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, ven aquí. Te enseñaré dónde tengo escondido mi tesoro.

Regresamos al dormitorio. Cuando me senté en la cama, Maggie desenroscó el remate del poste delantero izquierdo del lecho, lo sacó e introdujo los dedos en el interior hueco del poste. Sacó una bolsa de terciopelo rojo cerrada con una cinta.

—¿Bill, miraría un ladrón en un sitio como éste? —me preguntó.

—Lo dudo.

Maggie abrió la bolsa de terciopelo y sacó de ella un broche de diamantes antiguo. Casi quedé sin respiración; las piedras, de las que había al menos una decena, parecían auténticas y estaban perfectamente talladas. Intercaladas entre ellas había varias gemas azules más grandes, y el conjunto estaba engastado en sólidas tiras de oro auténtico. La joya debía de valer una pequeña fortuna.

—Muy bonito, Maggie.

—Gracias. No lo enseño a mucha gente. Sólo a quien me cae bien.

—¿De dónde lo has sacado?

—Es un regalo de mi amor.

—¿De tu amor verdadero?

—Sí.

—¿Quieres un consejo? Guárdalo en una caja de seguridad. Y no se lo cuentes a nadie. Nunca se sabe con qué gente se encuentra uno.

—Sé en quién puedo confiar y en quién no.

—Está bien. Guárdalo, ¿quieres?

—¿Por qué? Creía que te gustaba.

—Sí, pero me pone triste.

Maggie volvió a guardar el broche en su escondite. La levanté en mis brazos y la deposité en la cama.

—No me apetece —dijo—. Quiero hablar y tomar otra copa.

—Después, encanto.

Maggie se quitó la bata a regañadientes. Intenté mostrarme apasionado, pero mis besos eran rutinarios y me asaltó una sensación de pérdida de la que no conseguí librarme ni siquiera haciendo el amor.

Cuando terminamos, Maggie sonrió y me besó en la mejilla con aire ausente. Después, se puso la bata y fue a la cocina. Era mi oportunidad. Me deslicé hasta el salón sin hacer ruido y me vestí en la penumbra. Maggie salió de la cocina con una bandeja en la que llevaba una botella de licor y unos vasos cortos. Al ver que me marchaba, su rostro se desnudó por un instante, pero se recuperó enseguida, como veterana que era.

—He de irme, Maggie —murmuré. Ella no apartó la bandeja, de modo que me incliné sobre ésta, choqué ligeramente con el borde y le di un suave beso en la mejilla—. Adiós, Maggie.

No dijo nada. Se quedó allí, inmóvil, sosteniendo la bandeja.

Me dirigí al coche. Empezaba a romper el alba y el aire fresco me sentó bien.

Me di cuenta de que aquel sábado, 6 de febrero de 1951, había sido un día nefasto para mí. De regreso en casa, escribí en mi diario sólo lo que sabía: «Maggie Cadwallader y Lorna Weinberg». Pero hasta tiempo después no comprendería que aquélla había sido la fecha fundamental de mi vida.

4

Beckworth me llamó a su despacho el lunes por la mañana. Pensaba que estaría furioso conmigo por haberle dado plantón, pero se mostró sorprendentemente magnánimo. Me confirmó sin ambages lo que ya había oído de otras fuentes menos fiables: para junio, sería el nuevo jefe de la comisaría de Wilshire e iniciaría una purga de «gente inútil» enviando a media docena de «agentes incapaces» a la comisaría de la calle Setenta y siete, en el distrito negro, en los barrios negros, donde aprenderían el «verdadero sentido del trabajo policial». No mencionó nombres. No hacía falta. Para Wacky sería, estaba claro, el primer paso para acabar en Watts, y ya no había nada que yo pudiera hacer para evitarlo.

Wacky y yo habíamos solventado nuestras diferencias aquel fin de semana con bebida y poesía. El domingo, me había presentado en su apartamento con varios regalos: un crujiente billete de cien como pago por su ayuda en los *greens*, esposas y pistola, una botella de Old Grand Dad y un volumen de la poesía temprana de W. H. Auden, en edición limitada. Wacky se mostró encantado y estuvo a un tris de llorar de gratitud, lo que provoco en mí una sensación de extrañísimo desapego, de amor mezclado con lástima y amargo resentimiento por su dependencia de mí. Sería una sensación que me acompañaría hasta el final de mi juventud.

Entré en la sala de revista para asistir al inmortal rito policial de la lista matinal de los lunes. Gately, el sargento de revista,

necesitaba un buen afeitado, como de costumbre.

Me senté junto a Wacky, que tenía la mirada baja y fingía leer unos informes de tráfico que apoyaba en el regazo. Cuando me senté, observé lo que leía en realidad: dentro de la carpeta de tráfico llevaba un ejemplar de los *Cuatro cuartetos* de T. S. Eliot.

Gately hizo un resumen. Nada de detener borrachos —el calabozo de Lincoln Heights estaba inundado a causa de las recientes lluvias— y muchas multas de tráfico; el fiscal metropolitano quería toneladas de ellas, lo cual producía la penosa sensación de que la ciudad necesitaba pasta. Nos dijo que dejáramos de molestar a los paseantes de West Adams y buscáramos a unos asaltantes: dos mexicanos armados habían atracado una licorería y un par de comercios en el límite sur de la jurisdicción, cerca del Coliseum. Unos testigos presenciales habían declarado que los tipos conducían una furgoneta Ford blanca, trucada. Llevaban automáticas del 45. Cuando Gately mencionó el asunto, se produjo una reacción inmediata en la sala; «para eso estamos todos aquí», parecía pensar cada uno de los policías presentes en la sala. Incluso Wacky se estremeció y levantó la vista de su Eliot. Me apuntó con su índice derecho y alzó el pulgar. Asentí; yo también estaba para eso.

Sacamos del aparcamiento nuestro coche patrulla blanco y negro y nos dirigimos al este por Pico hasta Hoover; luego, al sur hacia el Coliseum. Wacky quería dedicar un rato a advertir a los comerciantes locales sobre la existencia de los atracadores mexicanos. Estaba efusivo y quería charlar con sus «electores».

Aparcamos y Wacky insistió en que lo acompañara a hablar con Jack Chew. Jack era un chino con acento tejano. Tenía una tiendecita de comestibles y carnicería en la Veintiocho con Hoover y Wacky lo adoraba, pero Jack Chew detestaba a Wacky porque éste picoteaba de los lichis enlatados que el hombre ocultaba bajo el mostrador para los policías de ronda. Jack era muy cortés y tradicional; le gustaba ofrecer y que le pidieran cosas, y pensaba que Wacky era un cerdo por coger los lichis sin que lo invitaran.

Cuando entramos en su tienda, estaba detrás del mostrador de la carnicería, envolviendo una especie de pato almibarado para una anciana china.

—Eh, Jack —dijo Wacky—, ¿de dónde has sacado ese pato? Pensaba que los chicos de Rampart te habían dicho que dejaras de rondar por Westlake Park. ¿No sabes que todos esos condones usados que flotan por el lago estropean el sabor? Los chicos de Rampart me han dicho que, por la noche, los patos se ponen los condones en el pico para calentarse. ¡Ay de ti, pico de pato!; jugo del pito y pronto al plato. Qué mala, mala pata acabar en Jack's, ¡qué mala forma de acabar!

Jack gruñó y la anciana soltó una risita mientras Wacky avanzaba hacia ella lentamente remedando al monstruo de Frankestein, con los brazos extendidos y emitiendo rugidos roncos.

—Que te jodan, Walker —dijo Jack y, dirigiéndose a mí, añadió —: Ah, sí, agente Freddy… —Tendió hacia mí una lata de lichis abierta. Jack dijo unas cuantas palabras en chino mirando a la mujer y ésta se marchó sonriendo y saludando a Wacky con la mano.

—Todas me adoran, Jack. ¿Qué tendré? —dijo Wacky—. Pero esto no es una visita social.

—Bien. —Jack asintió.

Wacky rió y continuó hablando:

—Jack, hay unos hispanos malos que rondan por esta zona. Van armados y les gustan las pequeñas tiendas como la tuya, y, como son jóvenes, quizá no sepan que los chinos son oponentes duros. No pasan de veinti…

No llegó a terminar. Una mujer joven entró en la tienda. Tenía la boca abierta, como si gritara, pero de ella no salía sonido alguno. La mujer agarró del brazo a Wacky.

—¡Ah, ah, ah, ah…! —jadeó.

Wacky le sujetó los brazos a los lados del cuerpo y le dijo con calma:

—Sí, mujer, «agente». ¿Qué sucede?

—A… agente —consiguió articular ella—, mi, mi…, mi vecina… ¡Muerta!

—¿Dónde?

La mujer señaló hacia la calle Veintiocho y echó a correr en esa dirección. Corrí tras ella. Wacky me siguió. Nos condujo hasta la mitad del bloque y subió hasta el portal de una casa de madera.

Luego señaló la escalera que conducía al piso de arriba. La puerta estaba abierta de par en par.

—¡Ah…, ah…! —repitió. Indicó la escalera y retrocedió hasta chocar contra una hilera de buzones, al tiempo que se mordía los nudillos.

Wacky y yo nos miramos y asentimos. Wacky empezó a esbozar una sonrisa. Sacamos las pistolas y subimos corriendo por la escalera. Yo entré el primero en lo que una vez había sido un salón decente. En aquel momento era un caos: sillas, estanterías y cómodas aparecían volcadas y el suelo estaba sembrado de cristales. Contuve el aliento y avancé despacio, con el arma apuntando al frente. A mis espaldas oí que Wacky respiraba roncamente.

Delante había una pequeña cocina. Entré en ella de puntillas. El linóleo blanco estaba profusamente salpicado de sangre coagulada. Wacky lo vio y, al instante, irrumpió en las otras habitaciones del apartamento, descuidando cualquier precaución. Corrí tras él y casi chocamos en la puerta del dormitorio en el mismo instante en que oía sus primeras exclamaciones de horror:

—¡Oh, Dios, Freddy!

Lo aparté de un empujón y miré en el interior. Tendida de espaldas en el suelo del dormitorio había una mujer desnuda. Tenía el cuello amoratado y torcido hacia un costado. La lengua, enormemente hinchada, colgaba fuera de la boca. Los ojos sobresalían de las órbitas. Mostraba heridas punzantes en los pechos y en el abdomen, y profundos tajos en la parte interna de los muslos. Estaba cubierta de sangre seca.

Consulté el reloj. Eran las 9.06 de la mañana. Wacky miró sucesivamente a la muerta y a mí, como si no acabara de creerse lo que estaba viendo. Su mirada iba de uno a otro frenéticamente, mientras permanecía inmóvil.

Bajé corriendo por la escalera. La mujer que nos había llamado seguía junto a la puerta abierta de su apartamento, mordiéndose los nudillos.

—¡El teléfono! —le grité. Lo encontré en el abigarrado recibidor y llamé a comisaría; luego, subí otra vez por la escalera.

Wacky seguía contemplando a la muerta. Parecía decidido a guardar en su memoria los detalles de la profanación. Recorrí el

apartamento y anoté descripciones: los muebles caídos, los cristales rotos, y la forma de las manchas de sangre seca de la cocina. Me arrodillé para estudiar la alfombra: era una persa falsa de color anaranjado oscuro, pero no lo bastante para que el reguero de sangre no resultara visible todavía. Lo seguí hasta la habitación donde yacía la muerta. Wacky habló de pronto detrás de mí y a punto estuve de dar un bote hasta el techo:

—¡Dios santo, Freddy! ¡Vaya lío, joder!

—Sí. Los detectives y el forense están en camino. Voy a seguir mirando por aquí. Tú baja y tómale declaración a la mujer.

—De acuerdo.

Wacky se fue, y volví a mis anotaciones. Era un sencillo apartamento familiar, de clase media, limpio y confortable, en absoluto el lugar en que entraría a robar ni siquiera un drogadicto desesperado, pero al parecer eso era lo que había ocurrido. La inspección descubrió un albornoz de rizo empapado en sangre en el suelo del pequeño comedor que separaba el salón de la cocina. Al fondo de ésta había una puerta que llevaba, por una escalera que descendía, a lo que semejaba el cuarto de la lavadora; en los inseguros peldaños de madera había huellas de sangre.

Revisé el piso en busca del arma homicida, pero no encontré nada, ningún instrumento cortante de ninguna clase. Volví a estudiar a la víctima. Era una morena atractiva de veintitantos años. Tenía un cuerpo esbelto y unos ojos verdes muy claros. Llevaba las uñas de los pies pintadas de un rojo oscuro que hacía juego a la perfección con el color de su sangre seca. El cuerpo estaba tendido en una postura que parecía una aceptación, aunque a regañadientes, de la muerte, pero el rostro, con la boca abierta y los ojos desorbitados, parecía gritar: «¡No!»

Inspeccioné de nuevo las habitaciones, buscando más detalles que pudieran tener algún significado. Encontré parte de una huella dactilar en la pared del pasillo, junto a la puerta del dormitorio. La marqué con un círculo. En el salón había una repisa de teléfono en la cual, en lugar de éste, había un cenicero de cristal lleno de cajas de cerillas. Una de éstas me llamó la atención. Era una chillona caja anaranjada con tres estrellas dispuestas en torno a una copa de martini. El Silver Star. Hurgué en el cenicero. Todas las cerillas eran

de bares y clubes nocturnos de la zona centro de Los Ángeles y de Hollywood. Busqué objetos de fumar, pipas, cigarrillos o cualquier clase de tabaco. Nada. La muerta quizá frecuentase bares o fuera coleccionista de cajas de cerillas.

Oí unas fuertes pisadas procedentes de la escalera. Era Wacky, seguido de dos policías de paisano y de un tipo mayor, un ayudante del forense, al que ya conocía. Indiqué el dormitorio con un gesto de la cabeza. Entraron delante de mí. Oí silbidos, gemidos, soplidos de disgusto y exclamaciones:

—¡Oh, Dios! ¡Oh, mierda! —masculló el primer detective.

—Dios santo —musitó el otro.

El ayudante del forense se limitó a mirar fijamente y exhaló el aire despacio; luego, avanzó y se arrodilló junto al cadáver. Hincó el dedo, pellizcó su piel y pasó la uña del pulgar por encima de la sangre coagulada de las piernas.

—Lleva muerta veinticuatro horas, al menos —dictaminó—. Causa de la muerte, asfixia, aunque las heridas del vientre y del pecho podrían haber sido mortales. Pero ya ven los ojos y la lengua… Murió porque le faltó el aire. Busquen una navaja… y a un jodido lunático.

—¿Quién encontró el cuerpo? —preguntó el primer detective, un tipo alto y fornido al que en ocasiones había visto en la comisaría.

—Yo —repuso Wacky.

—¿Nombre y número de placa?

—Walker, cinco ochenta y tres.

—Bien, Walker. Soy DiCenzo y mi compañero se llama Brown. Vámonos de aquí, los muertos me deprimen. Brown, llama a los de laboratorio.

—Ya lo he hecho, Joe —informó Brown.

—Bien.

Nos trasladamos todos al salón, excepto el doctor, que se quedó junto al cadáver, sentado en la cama y revolviendo el contenido de su maletín.

—Bien, Walker, cuénteme —dijo DiCenzo.

—Bien. Mi compañero y yo estábamos en la tienda de la esquina cuando la mujer que vive en el piso de abajo entró histérica, y nos

trajo aquí. Eso es todo, Después, descubrimos el cadáver y llamamos. Yo me ocupé de calmar a la mujer. Me dijo que tenía la sensación de que algo iba mal. La muerta era amiga suya y no la había visto ni ayer ni hoy. Trabajaban en el mismo sitio, además. La mujer tiene una llave del piso de la difunta porque ésta, a veces, se marchaba de fin de semana y ella se ocupaba de su gato. En fin, tenía esa sensación, y subió y abrió la puerta del piso. Encontró el cadáver y salió corriendo a llamar a la policía. La mujer se llama June Haller y la muerta, Leona Jensen. Era secretaria en el Auto Club del centro. Tenía veinticuatro años. Sus padres viven en algún lugar del norte, cerca de San Francisco.

—Bien, Walker. —DiCenzo asintió. Nos interrumpió un equipo de tres tipos del laboratorio forense. Iban de paisano y llevaban cámaras y equipos de buscar pruebas.

Brown señaló el dormitorio.

—Es ahí, chicos. El forense los espera.

DiCenzo empezó a observar el salón, bloc en ristre. Le di unos golpecitos en el hombro y lo guié a la cocina.

—¡Joder! —exclamó cuando vio el suelo de linóleo rociado de sangre.

—Sí —señalé—. La pinchó aquí y la llevó al dormitorio para estrangularla. Ella se resistió mientras la arrastraba por el salón: de ahí los muebles volcados y los cristales rotos. Al fondo de la cocina hay una puerta que da a una escalera. Allí he encontrado unas huellas ensangrentadas de pisadas que conducen abajo. El tipo tuvo que entrar y salir por esa vía. Hay una huella dactilar con sangre en el pasillo, cerca del dormitorio. La he marcado. ¿Qué opina usted, detective?

DiCenzo iba asintiendo a mis palabras.

—¿Cómo se llama, agente?

—Underhill —respondí.

—¿Tiene usted estudios, Underhill?

—Sí, sargento.

—Bien, yo diría que nada de lo que aprendió usted cuando estudiaba nos será de ayuda en este homicidio. A menos que la huella esté completa y pertenezca al asesino. A mí me parece un robo frustrado. Cuando tengamos el informe del laboratorio, nos

veremos en la obligación de detener a todos los ladrones de pisos conocidos, todos los drogadictos y a todos los degenerados de Los Ángeles. Lo que espero es que la muerta también haya sido violada; el robo con violación es un modus operandi bastante raro y no hay demasiados cabrones con esa característica. ¿Es su primer caso de asesinato?

—Sí.

—¿Y lo tiene alterado?

—No.

—Bien. Usted y su compañero, vuelvan a comisaría y redacten sus informes.

—De acuerdo, sargento.

DiCenzo me hizo un guiño y añadió:

—Es una lástima, ¿verdad, Underhill? Ese bombón lo tenía todo. ¿Sabe a qué me refiero?

—Sí, lo sé.

Encontré a Wacky en el dormitorio. Los flases de la cámara se sucedían mientras él tomaba notas en su bloc, protegiéndose los ojos del resplandor y lanzando miradas esporádicas a la difunta Leona Jensen. Los hombres del laboratorio lo observaban con una mueca de irritación, de modo que lo hice salir al pasillo.

—Vámonos. Tenemos que volver a comisaría y redactar el informe.

Wacky continuó garabateando en el bloc.

—Ya está —dijo—. Ya he terminado. He escrito un poema sobre la muerta. Es una obra maestra. Está dedicada a John Milton y se titula *Pedazo de asno perdido*.

—Olvídalo, Wacky. Larguémonos de aquí y basta.

Subimos al coche y nos dirigimos al norte por Hoover, en silencio.

—¿Crees que pillarán al tipo que la mató? —preguntó Wacky finalmente.

—DiCenzo cree que hay posibilidades de que sí.

—Yo, con franqueza, soy pesimista al respecto.

—¿Porqué?

—Porque la muerte, lo percibo, va a ser la nueva moda. Estoy escribiendo un poema épico al respecto. Cada uno de los cuarenta y

ocho estados va a tener la bomba atómica y la va a lanzar contra los otros. Los Ángeles la soltará sobre San Francisco por robarle turistas. Los Dodgers de Brooklyn la soltarán sobre los Giants de Nueva York. Lo percibo.

—Estás chiflado, Wacky.

—No, soy un genio. Freddy, tienes que llamar a Big Sid. Hillcrest me encantó. Quiero jugar allí. Es un campo para buenos pegadores. Allí sería capaz de hacer un sesenta y ocho.

—Eso es mucho suponer. Lo que quieres es echarle otro tiento a Siddell. Por cierto, Wacky, dime, ¿llegaste hasta el final con ella?

—Sí, pero he estado llamándola para intentar otra cita y siempre contesta una criada y me dice: «La señorita Siddell no está, agente». Creo que quiere darme esquinazo.

—Tal vez, pero no importa. Hay muchas gorditas por ahí.

—Sí, pero no son como Siddell. Ella tiene clase. Mira, socio, necesito que me hagas un favor. ¿Querrás hablar con Siddell y sondear qué siente por mí? Tú estás a buenas con Big Sid y podrías hacerlo.

Titubeé un instante y luego noté que mis engranajes empezaban a ponerse en marcha.

—Claro, Wacky. Pasaré por casa de Big Sid en algún momento del fin de semana. Me dio carta blanca en lo que a visitas respecta. Soy su nuevo chollo.

Wacky me dio una palmada en el brazo.

—Gracias, colega. Cuando esté esquivando flechas encendidas en el barrio negro y tú seas el rey de Antivicio en Wilshire, recordaré este momento.

Nos detuvimos en el aparcamiento de la comisaría. Me disponía a soltarle una réplica como muestra de resistencia, pero me fue imposible. En vez de ello, subí a la sala de la brigada y mecanografié mi informe.

El sábado, a primera hora de la noche, me dirigí a Beverly Hills. Mientras conducía, fui sincero conmigo mismo. Podía inventarme todos los pretextos que quisiera, pero sabía que me encaminaba al hogar de Big Sid por una única razón: encontrar a Lorna Weinberg y

satisfacer, de algún modo, la curiosidad que me inspiraba. La casa estaba en Canyon Drive, al sur de Sunset. Esperaba algunas muestras pretenciosas de ostentación y me sorprendió comprobar que el gran edificio colonial, blanco y con un cuidado césped al frente, era discreto, casi sombrío. Llamé a la puerta y me atendió una criada negra que me informó de que «el señor Big Sid no está en casa y la señorita Siddell está en su habitación, echando una siesta».

—¿Y Lorna? —farfullé.

La vieja criada cubierta de arrugas me miró como si viera a un chiflado.

—La señorita Lorna se marchó hace años.

—Lo lamento. —Eché un vistazo por la rendija de la puerta entornada y adiviné un salón amueblado con maderas añejas y ricas telas. No sé por qué, presentí qué aquel lugar podía ser un tesoro de prodigio, incluso en ausencia de Lorna. Hice una pausa y añadí con tono enérgico—: Despierte a Siddell, haga el favor. Tengo un mensaje importante de un amigo suyo.

La vieja me miró con suspicacia, abrió la puerta y me indicó el salón.

—Espere aquí —me dijo—. Avisaré a la señorita.

La criada se alejó escalera arriba y me dejó a solas en la sala, ricamente amueblada. Observé unas fotografías enmarcadas sobre el hogar de ladrillo rojo y me acerqué a mirarlas. Eran los retratos de Big Sid, Siddell y Lorna, respectivamente. Big Sid posaba orgulloso, Siddell aparecía lo más delgada que podía sacarla un buen fotógrafo y Lorna estaba seria y abstraída, luciendo el birrete y la toga de la graduación. Había otra, más grande, del trío familiar: Big Sid con el omnipresente habano en la mano, Siddell con aire hosco y Lorna apoyada en un bastón. Vi que tenía la pierna derecha deformada y contrahecha y noté que me invadía un sofoco nervioso. Sacudí la cabeza para aliviarlo y recordé que durante nuestro único encuentro Lorna había permanecido sentada. ¿Y dónde estaba mamá Weinberg?

Sumido en mis pensamientos, noté un enérgico tirón de la manga y, al volverme, vi a Siddell Weinberg, que se me venía encima.

—Sé lo que debes de pensar de mí —decía—, pero no creas que siempre ando haciendo esas cosas…

Me mantuve a un brazo de distancia de la febril muchacha y me puse muy serio; me pareció el mejor modo de trasmitirle la información que, en esas circunstancias, era preciso que le diera.

—Claro, señorita Weinberg, pero no es para tanto. Debería llamar a Wacky. Usted le gusta y quiere verla de nuevo.

—Ya lo sé, pero no puedo. Debe decirle a Herbert que no me llame aquí. Papá cree que cualquiera que se interese en mí anda tras su dinero. Además, estoy prometida.

—¿Y Big Sid aprueba su noviazgo?

—No, por supuesto, pero al menos mi novio es judío y está a punto de graduarse. Tiene futuro.

—¿Y los policías no lo tienen?

—¡No era mi intención decir tal cosa! A papá usted le cae bien, pero cree que Herbert está chiflado.

Llevé a Siddell a un mullido sofá de cuero rojo, cerca de la chimenea.

—Su padre tiene razón —le dije—. ¿Está enamorada del hombre con el que va a casarse?

—¡Sí! ¡No! ¡No lo sé!

—Entonces, llame a Wacky. Aparece en el listín: Herbert L. Walker, South St. Andrew, 926, Los Ángeles. ¿De acuerdo?

—De…, de acuerdo. La semana que viene estaré fuera, pero llamaré a Herbert cuando vuelva.

—Bien. —Le di unas palmaditas en la mano y empecé a buscar un tema de conversación que me llevara al verdadero motivo de mi visita. Por fin, encontré una excusa—: Qué casa tan espléndida, Siddell. Es evidente que su madre dedica mucho tiempo a ella.

Siddell bajó la cabeza.

—Mamá murió —murmuró.

—Lo siento. ¿Ha sucedido recientemente?

—No. Fue en 1933. Yo tenía nueve años y Lorna, trece.

—Hace mucho tiempo de eso.

—Sí y no.

—O sea, ¿todavía siente pena?

—Sí…, pero Lorna lo lamenta aún más. —Su voz había

adquirido la resonancia de alguien que explicara una profunda verdad.

—¿A qué se refiere, Siddell? —inquirí con suavidad.

—Pues… Mamá murió y Lorna sufrió lo de la pierna al mismo tiempo, de forma que detesta y quiere a mamá, a la vez. Iban en coche por Sunset. Mamá estaba de nuevo embarazada. Llovía y el coche patinó y se estrelló contra un árbol. Mamá golpeó con el vientre contra el volante. Perdió el bebé pero, salvo eso, no se hizo daño. Lorna salió disparada por el parabrisas, tuvo fracturas de pelvis y por eso anda raro y tiene la pierna derecha tan fastidiada. Se rompió todas las terminaciones nerviosas. Pero mamá quería otro bebé, muchísimo. Sabía que papá deseaba un varón. Se guardó el bebé dentro. Debería haber ido al hospital para que se lo quitaran, pero no lo hizo. El bebé le produjo una infección en el vientre y mamá huyó. La encontraron muerta en las colinas de Hollywood. Se había hecho un refugio con toda la ropita del bebé que había comprado en Bonwit Teller. No aceptó que su hijo estaba muerto.

Aquello era casi más de lo que deseaba saber.

Siddell se dio cuenta de ello.

—No se ponga triste —dijo—. Fue hace mucho tiempo.

—¿Y su padre no volvió a casarse?

Siddell sacudió la cabeza.

—Papá no ha vuelto a tocar a una mujer desde el día en que mamá murió.

Me dispuse a marcharme. A modo de despedida, Siddell añadió:

—Dígale a Herbert que lo llamaré. Dígale que me gusta.

Caminé hasta el coche, alcé la mirada al cielo y deseé una buena lluvia. Cuando hice girar la llave del encendido, el prodigio me cautivó. Y también la ironía: mi familia de adopción también era huérfana.

5

El lunes y el martes, Wacky estuvo de baja con gripe y Beckworth se lo creyó porque mi compañero casi nunca recurría a la baja por enfermedad. En realidad, estaba muy animado, trabajando en su nuevo poema «épico» y a la espera de que Siddell Weinberg lo llamara.

El miércoles por la mañana, a primera hora, cuando salíamos del aparcamiento de la comisaría, alivié sus temores:

—Estará fuera de la ciudad una semana o así. Te llamará cuando vuelva.

—¿De verdad?

—Sí. Tuvimos una buena charla. Está comprometida con un tipo judío, pero no lo ama.

—¿Y le apetece una ración extra de carne gentil? —A Wacky casi se le caía la baba.

—Eso creo. Me parece que te considera un genio.

Wacky celebró la buena nueva con una vuelta de ciento ochenta grados en pleno tráfico, el aullido de la sirena y un acelerón con el gas a fondo durante unos buenos cinco minutos, entrando y saliendo a toda velocidad de las tranquilas calles residenciales que circundaban la comisaría. Cuando por fin volvió a una velocidad de conducción normal y desconectó la sirena, estábamos en Adams con la Séptima y sonreía como un amante saciado.

—Gracias, colega —dijo.

—¿Por qué?

—Por todo. No me pidas que lo explique. Hoy me siento elíptico.

—Eso me recuerda que tienes un regalo —le indiqué—. Está en mi taquilla. Una antología poética. Pero cuidado; la he repasado bien y la próxima vez que juguemos a «adivina el poeta» voy a darte una paliza.

—Ese día no llegará. ¡Un perrito caliente! Hoy me siento bien. ¿Quieres café y una rosquilla? Invito yo.

—Aceptado.

Llegamos al local de rosquillas de la Veintitrés y Western, donde compramos una docena de rosquillas recién azucaradas y un par de cafés. Comimos y bebimos en silencio.

Ocupé un asiento que daba a la calle y dejé vagar la mente con un prodigio prosaico: un día frío y soleado de invierno. Era mi ciudad. La propiedad nacida de mi conocimiento especial, interno.

Al otro lado de la calle, en Western, frente a la licorería, un chico de instituto estaba convenciendo a un borracho de que entrara a comprarle una botella. Cuando el borracho entró, el chico echó una mirada lasciva a la prostituta mulata apoyada en el quicio siguiente, frente a la parada de taxis. El borracho salió al cabo de un instante y entregó subrepticiamente al chico una bolsa de papel marrón. El chico se largó a la carrera y, al pasar, soltó alguna grosería a la mulata, que lo envió a la mierda con un gesto. El borracho se alejó en dirección contraria, dando sorbos del botellín de moscatel que el chaval le había pagado por sus servicios.

Un coche patrulla pasó por la calle, despacio, conducido por mi compañero, Tom Brewer. El borracho escondió rápidamente el botellín en el bolsillo de atrás y lanzó una mirada de culpabilidad alrededor.

Brewer siguió la ronda sin advertir ninguna actitud de temor. Aunque lo hubiese notado, no le habría dado importancia. Su padre era alcohólico y él había adorado a su padre, de forma que dejaba en paz a los borrachos. Tom me había hablado de su padre una noche, mientras presenciábamos un partido de softball en la Academia, cuando él mismo estaba medio borracho.

Mi ciudad. Mi prodigio.

Tres horas más tarde, circulábamos hacia el sur por Berendo cuando nos cruzamos con una furgoneta Ford de color blanco que venía en dirección contraria. Volví la cabeza y distinguí en la cabina a un par de mexicanos. La furgoneta giró a la derecha en la esquina, fuera de mi campo de visión, y supe de inmediato quiénes eran.

—Para el coche, colega —indiqué.

Wacky advirtió el tono de gravedad de mi voz y frenó junto al bordillo.

—Tenemos una buena, Wacky —le dije—. Junto a la esquina que acabamos de pasar hay una tienda. Los atracadores mexicanos de la furgoneta Ford acaban de doblar la esquina…

No fue necesario que terminase la frase. Wacky asintió y, muy lentamente, dio media vuelta con el coche y avanzamos en sentido contrario. Nos detuvimos justo antes de la intersección.

Nos apeamos muy despacio, perfectamente sincronizados. Nos miramos, asentimos y desenfundamos las pistolas; después, avanzamos centímetro a centímetro ante el escaparate de una lavandería hasta llegar a la esquina.

La furgoneta Ford estaba aparcada en doble fila hacia la mitad del bloque, delante de la tienda.

—Ahora, socio —susurré y nos pegamos a la pared del edificio de la esquina para avanzar hacia la tienda, tres puertas más allá.

Ya estábamos a pocos metros de ella cuando dos hombres salieron corriendo, con las armas en la mano. Nos vieron casi al instante, se volvieron y apuntaron sus 45 casi al azar. De inmediato, Wacky y yo abrimos fuego. Disparé tres tiros, y el primer pistolero rodó sobre la acera y soltó lo que parecía una bolsa llena de billetes. Wacky descerrajó un par de tiros a bulto contra el otro hombre, que se volvió y disparó contra mí.

Estábamos a corta distancia, pero me invadió una especie de calma extraña y devolví el fuego. Le acerté en el pecho, y cayó en la cuneta. Wacky disparó dos veces más contra el tipo de la acera y avanzó hacia él lentamente. Estaba tendido boca abajo, con los brazos extendidos y la mano aún aferrada a la pistola.

Wacky ya estaba prácticamente encima de él cuando vi que el tipo de la cuneta apuntaba. Disparé por dos veces y ya me dirigía

hacia él cuando sonó otro tiro. Me volví y vi que Wacky retrocedía tambaleándose, perplejo, y se llevaba las manos al pecho. Dejó caer el arma y gritó, «¡Freddy!», antes de desplomarse de espaldas.

Solté un grito. El tipo de la acera alzó la automática y disparó cuatro tiros al azar que impactaron en la pared del edificio, por encima de mi cabeza. La última estuvo a punto de acertarme. Me refugié en la tienda y volví a cargar. Oí detrás de mí los chillidos de una pareja de ancianos.

Me asomé. Wacky yacía en la acera, inmóvil. El pistolero de la cuneta parecía muerto. El que había disparado contra Wacky se arrastraba hacia el bordillo para alcanzar la furgoneta y me daba la espalda. Eché a correr, cogí a Wacky y lo arrastré para ponerlo a cubierto. Ya en la tienda, abrí a tirones la camisa de uniforme empapada en sangre y apliqué el oído al pecho de mi compañero. Nada.

—No, no, no, no, no —murmuré. Temblando, le agarré la muñeca y le busqué el pulso. Nada. Observé su rostro. Tenía los ojos cerrados. Le abrí los párpados. Sus ojos estaban inmóviles, paralizados en su última imagen de terror e incredulidad.

Incorporé a Wacky para abrazarlo. Cuando empecé a estrechar su cabeza contra mí, se le abrió la boca y un torrente de sangre se derramó sobre mi pecho. Solté un grito y salí corriendo del local.

El pistolero superviviente aún se arrastraba hacia la furgoneta. Llegué por detrás, lo rodeé y le arranqué el arma de una patada. Le apunté con la mía y soltó un alarido. Le disparé seis tiros en el pecho y el ruido de los estampidos se confundió con el de mis gritos. Seguí gritando mientras una docena de coches patrulla llegaban a la calle y cuatro agentes me metían en la parte trasera de una ambulancia, junto a Wacky, y creo que aún gritaba cuando, en el hospital, intentaban separarme de él.

Ante la insistencia del médico que me atendió en el hospital, me dieron una semana de permiso con paga completa para recuperarme de la impresión. Cuando regresé al servicio, recibí una mención especial y una ovación al pasar lista.

Wacky tuvo el entierro de un héroe y su fotografía de la

graduación en la Academia fue ampliada, enmarcada tras un cristal y colgada en el vestíbulo de la comisaría de Wilshire. En la foto, tomada cuatro años antes apenas,

Wacky aparecía muy cambiado y muy joven. Bajo el marco había una plaquita de metal que rezaba: «Agente Herbert L. Walker. Incorporado en mayo, 1947. Muerto en acto de servicio el 18 de febrero, 1951».

La noticia del tiroteo apareció en la prensa de Los Ángeles muy destacada, con fotos de Wacky y mías. Los periódicos dieron gran importancia a la medalla de Honor concedida a mi compañero. Lo llamaban un «auténtico héroe americano» y calificaban su muerte de «llamada a todos los americanos a seguir la senda del valor y el deber». Era demasiado ambiguo para mí; no sabía de qué estaban hablando.

La madre y la hermana de Wacky llegaron de San Luis en avión para asistir al funeral. Yo las había llamado para darles la noticia y fui a buscarlas al aeropuerto. Estuvieron muy educadas, pero bastante distantes, lo que resultaba desconcertante. Las dos pensaban que Wacky «debería haberse dedicado a los seguros, como su padre». Tras convencerme de que no tenían la menor idea de quién era Wacky, las dejé y volví a casa para llorar en privado la pérdida de mi amigo.

Lamenté la pérdida de Wacky y reprimí la idea de sentirme culpable por el modo en que lo había tratado en las semanas anteriores. Pensé en su aceptación fatalista de todas las cuestiones relacionadas con la vida y la muerte. Recordé nuestra última patrulla y lloré, sabedor de que mi absolución era inmediata y mirada con amor.

El día del funeral el cielo amaneció cubierto de unas nubes altas y sombrías. Llegué al cementerio de Glendale impaciente por que todo aquello terminase.

Las exequias se celebraron en una zona acotada, una loma alta cubierta de hierba en el medio del cementerio.

Estaban presentes cientos de policías de uniforme, desde patrulleros a altos mandos. Wacky fue exaltado por media docena de agentes que no lo habían conocido. No hubo ningún ministro del Señor y no se mencionó a Dios una sola vez. Hacía unos años,

Wacky había dejado instrucciones muy concretas al respecto a un viejo capellán de la policía.

Fui uno de los que cargaron con el féretro. Los otros cinco eran agentes a los que nunca había visto. Mientras entregábamos el cuerpo de Wacky a la tierra, un pelotón policial disparó una salva de honor de veintiún disparos y un corneta interpretó el toque de queda. Entonces vi que la madre y la hermana de Wacky eran conducidas apresuradamente hacia una larga limusina. Observé un grupo de periodistas y fotógrafos que esperaban junto a ésta para abordarlas.

Beckworth me alcanzó en el aparcamiento.

—Freddy…

—Hola, teniente —respondí.

—Vamos a mi coche a hablar, Fred. Lo necesitamos.

Anduvimos hasta donde tenía aparcado el coche, junto a un paseo con estatuas de Jesús arrodillado entre animalitos amistosos.

Beckworth me apoyó una mano en el hombro con gesto afectuoso y me arregló el nudo de la corbata con la otra. Me dirigió una mirada paternal y suspiró.

—Freddy, por cruel que suene esto, no hay remedio a lo sucedido. Walker está muerto. Tú tienes una mención especial y un caso limpio con muerte de dos delincuentes en tu historial. Dentro de unos años, tu expediente se verá aún mejor. Muchos jefes que jamás han sacado el arma quedarán impresionados con él conforme subas en el escalafón.

—No lo dudo. ¿Cuándo voy a Antivicio?

—Este verano. Cuando el capitán Larson se jubile.

—Bien.

—Ha sido un buen trabajo, Freddy. Sé que querías lo mejor para Walker. En cierto modo, lo ha conseguido. Ha sido un auténtico héroe. Una medalla al Honor en la guerra y una muerte heroica en la guerra contra el crimen. Estoy seguro de que era consciente de ello cuando murió. Es curioso, Freddy. Aunque he soltado palabras furiosas sobre Walker, creo que, no sé cómo, sabía que se trataba de un héroe de verdad y tenía que morir.

Beckworth bajó el tono de voz para conseguir un efecto dramático y me apretó el hombro con más fuerza. Supe lo que tenía

que hacer.

—Es usted pura mierda, teniente. Wacky Walker era un jodido borracho chiflado y no hay más. Y a mí eso no me importaba. Yo lo quería, de modo que no me venga con tonterías. No insulte mi inteligencia. Lo conocía mejor que nadie y no lo entendía; ¡no me diga ahora que usted, sí!

—Freddy, yo…

Sacudí el hombro para sacarme su mano de encima.

—Es usted pura mierda, teniente —repetí.

Beckworth se puso rojo y empezó a temblar.

—¿Sabes tú quién soy yo, Underhill? —me susurró.

—Sí, es una mierda para la ciudad —mascullé y le levanté la corbata, azotándole el rostro.

Cuando llegué al apartamento de Wacky, había empezado a llover. La casera, intimidada por el uniforme, me dejó entrar.

El salón estaba destrozado. Descubrí la razón: *Night Train* había estado encerrado allí, solo, desde la muerte de Wacky y había roto el sofá y volcado las sillas en busca de comida. Lo encontré en el patio trasero. A mordiscos, el mañoso animal había abierto un hueco en una puerta mosquitera y estaba tumbado bajo un gran eucalipto, mascando los huesos de un gato.

Cuando lo llamé, vino a mí.

—Wacky ha muerto, *Train* —le dije—. Ha dejado el tumulto de esta vida mortal, pero no te preocupes, puedes vivir conmigo si no te cagas dentro de la casa.

Night Train soltó los restos del gato y se restregó contra mis piernas.

Volví al apartamento. Encontré el rincón de los poemas de Wacky: tres grandes cajones metálicos de archivador. Wacky era desordenado en todo y su apartamento estaba en un absoluto caos, pero los poemas los guardaba impecablemente: archivados, fechados y numerados.

Llevé la obra de su vida al coche y la guardé en el maletero; después, volví al piso y encontré sus palos de golf en la pesada bolsa de cuero que tanto quería y también los llevé al coche.

Night Train saltó al asiento delantero, a mi lado, y me dirigió unas miradas de perplejidad. Encontré una emisora con música animada de jazz y subí el volumen. *Night Train* meneó la cola, muy feliz, mientras lo conducía a su nuevo hogar.

Encontré un rincón seco y seguro en el armario del vestíbulo para los tres cajones llenos de papeles. Le preparé a *Night Train* una hamburguesa y me senté a escribir una breve biografía de Wacky, para enviarla a algún editor con algunos de sus poemas.

Escribí: «Herbert Lawton Walker nació en San Luis, Misuri, en 1918. En 1942, se alistó en la Unidad de Marines de los Estados Unidos. Recibió la medalla de Honor del Congreso en 1943, cuando servía en el teatro de operaciones del Pacífico. En 1946 se trasladó a Los Ángeles, California, y en 1947 ingresó en el Departamento de Policía de Los Ángeles. Fue herido de muerte por el disparo de un atracador el 18 de febrero de 1951. Escribió poesía, única en su humorística preocupación por la muerte, desde 1939 hasta el momento de su propia muerte».

Me eché hacia atrás en la silla, dispuesto a seleccionar los textos que considerase mejores. También podía buscar a alguna autoridad en poesía, pagarle para que revisara el contenido de los cajones y escogiera los poemas que creyese publicables y, luego, enviarlos a editores y revistas de poesía. Tal vez Big Sid tuviera algún amigo en el sector editorial y lograra ponerme en contacto con él. Y, si todo lo demás fallaba, siempre podía hacer imprimir y distribuir la obra completa de Wacky en edición personal. Era algo que le debía.

Pero no me parecía que bastase. Tenía que hacer penitencia. Entonces se me ocurrió una idea. Saqué mi bolsa de golf del dormitorio, me la cargué al hombro, junto con la de Wacky, y llevé ambas al coche.

Todavía de uniforme, conduje hasta Los Ángeles Este y me detuve al borde del canal asfaltado de desagüe conocido afectuosamente como «el río». Miré el fondo del conducto, diez metros más abajo. El agua alcanzaba casi dos metros de altura en todo el tramo y fluía hacia el sur a gran velocidad. Esperé un respiro en la lluvia y me dio tiempo para evocar y tratar de saborear el prodigio que, según Wacky, había en la muerte. Esperé largo rato. Cuando la lluvia amainó por fin, ya oscurecía. Llevé las

dos bolsas de golf hasta el borde de la rampa de cemento, las arrojé al agua repleta de basura y contemplé cómo el revoltijo de hierro, madera y cuero se desplazaba hacia el sur hasta desaparecer de mi vista. Con él, las aguas se llevaban un millón de sueños.

Ese fue el final de mi juventud.

PARTE II

MUERTE POR ESTRANGULAMIENTO

6

Wacky Walker nunca llegó a ser destinado a la comisaría de la calle Setenta y siete, en Watts, el corazón de la negritud de Los Ángeles. Yo, en cambio, sí.

Beckworth cumplió su promesa y en junio, cuando el capitán Larson se retiró sin fanfarrias, después de treinta y tres años de servicio, recibí la orden: agente Frederick U. Underhill, 1647, a la comisaría de la calle Setenta y siete para aliviar la escasez de efectivos.

Lo cual era una broma: en la calle Setenta y siete las fuerzas de la policía estaban hinchadas hasta reventar. El antiguo edificio de ladrillo rojo, que se ocupaba de la zona con mayor índice de delitos de toda la ciudad, estaba lamentablemente superpoblado de agentes y penosamente desabastecido de toda infraestructura para la lucha contra el crimen, desde papel higiénico hasta tinta para tomar huellas. Había escasez de sillas, mesas, espacio, taquillas, jabón, escobas, bayetas e incluso de material de escritura. De lo que no había escasez, en cambio, era de detenidos. Día y noche, se producía un desfile extraordinario de ladrones de casas, rateros, toxicómanos, borrachos, autores de malos tratos, pendencieros, chulos, putas, pervertidos y chiflados.

Las quince celdas para cuatro estaban al doble de su capacidad casi todos los días, y los fines de semana la cosa empeoraba. Los borrachos eran puestos en libertad, aunque todos solían volver unas horas más tarde, y los demás autores de faltas leves eran soltados con la obligación de presentarse ante el juez. Así, el pequeño y

rebosante calabozo de la comisaría quedaba «sólo» con un mínimo de un centenar de delincuentes aulladores, a los que se unían otros más cada hora que transcurría.

La tarde de mi primer paso de lista en la comisaría me sentí un pigmeo en una reunión de gigantes. Con mi metro ochenta y cinco y mis casi noventa kilos era un renacuajo, un enano, comparado con los armarios que tendría por compañeros. Todos ellos estaban cortados por el mismo patrón: veteranos combatientes de la Segunda Guerra Mundial, procedentes del Sur o del Medio Oeste, con resultados mediocres en los exámenes de la Academia y amplia experiencia en culturismo y educación física, que odiaban a los negros y parecían dominar, todos ellos, un centenar de sinónimos esotéricos de la palabra «negrata».

En cuanto al físico, estaban espléndidamente dotados para combatir la delincuencia, gracias a su gran tamaño y a las ilegales balas dumdum, pero allí terminaba su eficacia. Los enviaban a la Setenta y siete para mantener en su sitio la tapa de un caldero hirviendo a base de meter miedo o dar palizas a sospechosos reales o imaginarios, y nada más. No tenían capacidad para el prodigio, sólo manía por el orden. Sabiéndolo, y sabiendo también que en menos de un año aprobaría el examen de sargento con notas muy altas, decidí sacar el máximo provecho de Watts y volcarme en el trabajo policial como no lo había hecho hasta entonces. En realidad, sería fácil. Las patrullas nocturnas pondrían fin a mi manía de ligar mujeres y me permitiría contemplar muy de cerca el prodigio.

Tras pasar lista, el jefe de la comisaría, un viejo capitán de aspecto rudo llamado Jurgensen, me llamó a su oficina. Me cuadré para saludarlo y me indicó que tomara asiento. Tenía un expediente personal abierto sobre la mesa y observé que el hombre estaba desconcertado. En cierto modo, aquello era bueno, pues significaba que no era colega de Beckworth y no había conspirado con él para mi traslado.

Jurgensen me dio un apretón de manos que igualaba en dureza la expresión de su rostro. A continuación, fue al grano:

—Tiene usted un historial excelente, Underhill. Tiene estudios. Notas extraordinarias en la Academia. Mató a dos atracadores que acabaron con la vida de su compañero. Excelentes informes sobre

sus aptitudes. ¿Qué diablos hace usted aquí?

—¿Puedo serle sincero, señor? —inquirí.

—Por supuesto, agente.

—Señor, el capitán Beckworth, el nuevo jefe de la comisaría de Wilshire, no me traga. Es un asunto personal; por eso no aparece ningún comentario desfavorable acerca de mi rendimiento.

Jurgensen reflexionó sobre lo que le decía. Me di cuenta de que me creía.

—Bien, Underhill, pues es una lástima… —comentó—. ¿Y cuáles son sus planes como policía?

—Llegar lo más lejos que pueda en el menor tiempo posible, señor.

—Entonces, tiene usted la posibilidad de desarrollar un auténtico trabajo policial. Precisamente aquí, en este trágico sumidero.

—Estoy impaciente por empezar, señor.

—No me cabe duda de ello, agente. Todos los que llegan a esta comisaría empiezan de la misma manera haciendo la ronda nocturna en el corazón de la jungla. El sargento McDonald le adjudicará un compañero.

A modo de despedida, Jurgensen señaló la puerta con un gesto de la cabeza.

—Buena suerte, Underhill.

Cuando conocí a mi nuevo compañero en la sala de listas, repleta de agentes sudorosos, supe que iba a necesitar suerte y algo más. Se llamaba Bob Norsworthy. Era de Tejas y mascaba tabaco. Mientras el sargento nos presentaba, se acarició el cinturón Sam Browne, con la consabida tira de cuero ciñiéndole el hombro derecho, e hizo girar en un círculo perfecto la porra que llevaba junto a la cadera. Norsworthy medía poco menos de dos metros y pesaba unos ciento veinte kilos. Tenía unos cabellos negros cortados casi a ras de su cabeza plana y unos ojos azules tan claros que parecía que los hubiera llevado a blanquear.

—Bueno, Underhill —me dijo cuando el sargento McDonald se alejó—. Bienvenido al Congo.

—Gracias —repuse y le tendí la mano, de lo que me arrepentí al instante cuando me la estrujó entre sus enormes dedos.

—¿Te ha gustado el apretón? —Soltó una carcajada—. He estado trabajándolo con uno de esos aparatos de gimnasia. He ganado todos los certámenes de pulso que organizamos en la comisaría.

—Te creo. ¿Qué vamos a hacer durante la ronda esta noche, Norsworthy?

—Llámame Nors. ¿Cómo he de llamarte yo?

—Fred.

—Muy bien, Fred. Esta noche daremos un largo paseo por Central Avenue y haremos notar nuestra presencia. Hay cabinas para llamadas cada dos manzanas y llamamos a comisaría cada hora para recibir instrucciones. El viejo Mac, en centralita, nos dice dónde se produce el problema. Tengo la llave de todas las cabinas. Son de acero, ¿sabes? Si no las tuviéramos bien selladas, los delincuentes las reventarían y harían ruidos raros.

»Disolvemos muchísimas reuniones ilegales. Una reunión ilegal son dos negros rondando por la calle después de anochecer. Apretamos a los camorristas, que son casi todos los que andan por ahí, Registramos los bares y las licorerías y detenemos a los negratas malos. Ahí es dónde el trabajo se hace divertido. ¿Te gusta meter el miedo en el cuerpo a los negratas, Fred?

—Nunca lo he probado —respondí—. ¿Es divertido?

Nors soltó otra carcajada.

—Tienes sentido del humor. Me han hablado de ti. Despachaste a dos pachucos al otro mundo cuando estabas en Wilshire. Eres un auténtico héroe. Pero debes de haber pillado la lepra, o no te habrían trasladado aquí. Eres mi tipo de policía. Vamos a ser grandes colegas.

Norsworthy me agarró impulsivamente la mano y volvió a estrujármela. La retiré antes de que me rompiera un hueso.

—Basta, socio —le dije—, necesito la mano para escribir los informes.

—¡En esta jurisdicción vas a necesitar esa mano derecha para mucho más que para redactar informes, blanquito! —exclamó con una risotada.

Si Norsworthy carecía de sensibilidad, resultaba, en otro aspecto, sumamente instructivo. De mala gana, a pesar de su racismo y de su grosería, empecé a apreciarlo. Esperaba que fuese brutal, pero no lo era; se mostraba severo y cortés con la gente con la que tratábamos en la calle y, cuando se requería la violencia para reducir a un sospechoso desarmado, sus métodos eran suaves, en comparación con lo habitual en la calle Setenta y siete: agarraba al individuo, lo sometía a un feroz abrazo del oso, lo estrujaba hasta que los brazos mostraban un tono amoratado y lo dejaban caer al pavimento, inconsciente. Funcionaba.

Cuando patrullábamos por Central Avenue al sur de la calle Cien, una zona que Norsworthy denominaba «el África más negra», nadie, salvo los muy borrachos, los drogadictos y los desconocidos, nos dedicaba otra cosa que atemorizados asentimientos, a modo de saludo, con la cabeza. Norsworthy estaba tan seguro de que todos sabían lo peligroso que era que concedía a los negros, a quienes maldecía en privado, un estricto respeto, casi maquinal. Nunca tenía que alzar la voz. Bastaba su presencia gigantesca, mascando tabaco. Y yo, como compañero suyo, entraba en el halo de respeto y temor que él inspiraba.

Así, nuestra sociedad funcionó… durante un tiempo. Hicimos la ronda y efectuamos un montón de detenciones por borrachera, posesión de narcóticos y asalto. Entrábamos en los bares y deteníamos alborotadores. Normalmente, Norsworthy apaciguaba cualquier amago de bronca con sólo entrar y carraspear, pero a veces teníamos que recurrir a las porras y reducir al bronquista, arrojarlo al suelo, esposarlo y llamar a un coche patrulla para que lo condujese a comisaría.

Las «reuniones ilegales» de las que me había hablado Norsworthy eran fáciles de dispersar. Nos acercábamos a pie tranquilamente, Nors decía, «Buenas noches, señores» y el grupo parecía desvanecerse.

Así transcurría el trabajo, pero cada vez me aburría más y empecé a hartarme de mi compañero. Su verborrea constante —sobre el servicio militar en Itaba, sobre su capacidad atlética, sobre el tamaño de su polla, sobre «negratas», «judíos», «pachucos» y «amarillos»— me fastidiaba y me deprimía y emborronaba el

prodigio y la peculiaridad de la vida en Watts. Quería librarme de la imponente y temible presencia de mi compañero para gozar del prodigio en paz, a mi aire, de modo que urdí un plan. Convencí a Norsworthy de que seríamos doblemente eficaces si patrullábamos por separado, manteniendo en todo momento contacto visual y auditivo. Me costó mucho persuadirlo, pero finalmente aceptó, con la condición de que, como aquello iba contra las normas, nos juntáramos cada hora para comparar notas y decidir sobre los posibles puntos calientes que pudieran precisar la intervención de ambos.

De modo que quedé libre, hasta cierto punto, para dejar que mi mente vagara y se asombrara con fragmentos de música nocturna de neón brumoso. Sentí cada vez menos la muerte de Wacky, y mi curiosidad por Lorna Weinberg, antes casi obsesiva, fue difuminándose.

Cuando me sentí más cómodo por el hecho de patrullar en solitario, acabé por desembarazarme por completo de Norsworthy y recorrí las calles numeradas que daban a Central, con sus hileras de casas deslucidas de fachadas blancas, chozas de cartón embetunado y edificios de pisos superpoblados. Compré tres prismáticos a buen precio y, durante la ronda, me valía de ellos para observar por las ventanas desde las azoteas de los edificios. En plena madrugada, enfocaba las estancias iluminadas en busca de crímenes y de prodigio. Los encontré. Vi toda la gama, desde la homosexualidad —con la que jamás me metí—, hasta las febriles sesiones de jazz, los acalorados encuentros en la cama y las lágrimas. También presencié escenas de drogadicción, contra la que sí actué pasando siempre a los detectives toda la información obtenida sobre consumo de marihuana y otras cosas peores, sin tratar jamás de destacar llevando a cabo las detenciones. Quería demostrar que era un jugador de equipo, algo que no había sido nunca en Wilshire, y pretendía obtener unos informes de primera clase, acordes con el grado de sargento que sería mío en cuanto cumpliese veintiocho años.

Hice detenciones, desde luego. Y buenas. Encontré una joya de soplón, un viejo limpiabotas chalado que detestaba a los toxicómanos y a los camellos. Willy lo veía y lo retenía todo. Y

tenía la tapadera perfecta. Los chulos, chorizos y traficantes acudían a él para «lustrarse los cocodrilos» y charlaban a sus anchas en su presencia. Willy era considerado un débil mental seboso que había terminado de aquel modo después de treinta años de oler betún de zapatos.

Willy accedió a colaborar, trabajando por unas monedas en su puesto al tiempo que me vendía información por una parte considerable de mi paga. Gracias a Willy, logré detener a una serie de vendedores de hierba y de traficantes de heroína, incluido un tipo buscado por homicidio en el Este.

Norsworthy se tomó a mal mi éxito. Consideró que había usurpado su poder y había conseguido que sus informes parecieran pobres, en comparación. Advertí que su resentimiento y su frustración iban en aumento. Me di cuenta de lo que se disponía a hacer y, de inmediato, di los pasos necesarios para evitarlo.

Me dirigí al jefe de la Brigada de Detectives y confesé. Le hablé de las detenciones que había entregado a sus hombres y le conté cómo había conseguido la información que las había facilitado: había estado haciendo la ronda de noche yo solo, sin la presencia de mi entrometido compañero de patrulla.

Al viejo teniente, entrecano y enjuto, le gustó lo que oyó. Le parecí un chico duro. Le conté que el camorrista Bob Norsworthy estaba a punto de enviar todo aquello al carajo, que se sentía burlado y quería llamar la atención sobre mi actuación, que se disponía a denunciarme al capitán Jurgensen por escaquearme en la ronda.

El viejo teniente sacudió la cabeza.

—No podemos permitir que eso suceda, ¿verdad que no, hijo? —comentó—. Desde ahora, Underhill, eres el único patrullero de a pie solitario de esta comisaría. Que Dios se apiade de tu alma si te metes en problemas, o si Norsworthy deja algún día el Departamento.

—Gracias, teniente —dije—. No se arrepentirá.

—Eso ya se verá. Una advertencia, sin embargo, hijo. Cuidado con la ambición. A veces, perjudica más que ayuda. Ahora, al salir cierra. Voy a poner en marcha el ventilador.

7

El miércoles siguiente, estaba en casa friéndole a *Night Train* su hamburguesa matinal cuando recibí una noticia que habría de cambiar mi vida para siempre.

Mi casera, la señora Gates, había venido quejándose de que *Train* le mordía las plantas, los arbustos, las sillas de jardín, los periódicos y las revistas. Le gustaban los perros, pero a menudo me decía que el mío era un «chucho embrujado» y que debería «corregirlo» para contener su carácter alborotador. Así pues, cuando oí un grito —«¡Señor Underhill!»— procedente del jardín delantero, puse mi sonrisa más amplia y salí, dispuesto a hacer algo para aplacarla.

La señora Gates estaba encima de *Night Train*, sacudiéndolo con una escoba. El perro parecía disfrutar del alboroto y rodaba sobre el lomo en el césped con el periódico matinal firmemente sujeto entre las mandíbulas babeantes.

—¡Dame el periódico, chucho embrujado! —protestaba—. ¡Ya lo mascarás cuando haya terminado de leerlo! ¡Dámelo!

Me reí. En los meses transcurridos desde la muerte de Wacky me había encariñado con *Night Train*, que nunca dejaba de sorprenderme.

—¡Señor Underhill, haga que ese perro malo deje de morder mi periódico! ¡Ordénele que lo suelte!

Me agaché y le rasqué la tripa a *Train* hasta que soltó el diario y empezó a frotar el hocico contra mí. Abrí el periódico para demostrarle a la señora Gates que no había sufrido daño alguno,

pero leí el titular y me quedé anonadado.

«Mujer encontrada estrangulada en un apartamento de Hollywood», rezaba. Debajo del titular había una fotografía de Maggie Cadwallader, la misma Maggie con la que me había acostado en febrero, poco antes de que mataran a Wacky.

Aparté a empujones a *Train* y a la casera chillona, me senté y leí:

Una mujer joven fue encontrada estrangulada en su apartamento de Hollywood el pasado lunes por la noche. El hallazgo lo realizaron unos vecinos que habían oído ruidos raros y salieron a investigar. La mujer, Margaret Cadwallader, de treinta y seis años, residente en Harold Way, 2311, Hollywood, trabajaba de contable en la compañía Small World ImportExport, de Virgil Street, en Los Ángeles. La policía acudió al aviso y el cadáver fue levantado, pendiente de autopsia. Sin embargo, el ayudante del forense del condado de L.A., David Beyless, declaró que «sin lugar a dudas se trata de un estrangulamiento». Detectives de la brigada de Hollywood del Departamento de Policía de Los Ángeles han precintado el apartamento y apuntan al robo como móvil de la muerte.

«Creo que la mujer fue asesinada al despertar mientras saqueaban su casa. El estado de la vivienda lo confirma. Ese será el punto de comienzo de nuestra investigación. Esperamos novedades en cualquier momento», declaró el sargento Arthur Holland, al frente del caso.

La víctima procedía de Waukesha, Wisconsin, y llevaba dos años residiendo en la zona de Los Ángeles. Le sobrevive su madre, señora de Marshall Cadwallader, de Waukesha. Los compañeros de la empresa donde trabajaba se ocuparán de su funeral.

Dejé el periódico y fijé la vista en la hierba.

—¿Señor Underhill? ¿Señor…? —estaba diciendo la señora Gates. No hice caso de ella. Volví al apartamento y me senté en el sofá con la mirada fija en el suelo.

Maggie Cadwallader, una mujer solitaria, mi conquista de una noche, había muerto. Su final no era muy distinto del de aquella mujer cuyo cadáver habíamos descubierto Wacky y yo.

Probablemente las muertes no guardaran relación, pero había ciertos indicios, por mínimos que fueran, que las unían: había conocido a Maggie en el Silver Star. Su primera vez, me había dicho. Pero quizás había vuelto por allí con frecuencia. Me estrujé la cabeza para dar con el nombre de la mujer cuyo cadáver habíamos encontrado Wacky y yo. Por fin, lo recordé: Leona Jensen. En un cenicero lleno de cajas de cerillas, tenía una del Silver Star. Era muy poco, pero bastaba.

Me cambié de ropa, me puse el traje de verano de gabardina azul claro, preparé café y lloré a Maggie, pensando sobre todo en el chiquillo del orfanato, allá en el Este, que nunca más vería a su madre. Maggie, tan sola, tan necesitada de algo que ni yo ni, creo, ningún hombre estaba en condiciones de darle. La noche que había pasado con ella había sido triste. Mi curiosidad y su soledad habían quedado sin resolver, con la cólera por su parte y por la mía, y el disgusto conmigo mismo, como única resolución. De algún modo, me sentía responsable de lo que le había ocurrido.

Supe qué tenía que hacer. Tomé rápidamente tres tazas de café y encerré a *Night Train* en el apartamento con media docena de grandes huesos para el caldo, subí al coche y me fui a mi viejo hogar, la comisaría de Wilshire.

Dejé el coche en el aparcamiento de Sears, a una manzana, y telefoneé a centralita para que me pasaran con el detective sargento DiCenzo. Se puso al aparato al cabo de un minuto.

—Aquí, DiCenzo —dijo en tono de preocupación—. ¿Con quién hablo?

—Sargento, soy el agente Underhill, ¿me recuerda?

—Claro que me acuerdo de ti, muchacho. Te hiciste famoso justo después de conocernos. ¿Qué sucede?

—Me gustaría hablar con usted unos minutos, lo antes posible.

—Salgo a almorzar en cinco minutos. Como en el Shamrock, al otro lado de la calle. Estaré allí una hora, prácticamente.

—Voy ahora mismo —dije, y colgué el auricular.

El Shamrock era un local de comidas y bar especializado en bocadillos de *comed-beef*. Encontré a DiCenzo al fondo, dando cuenta de un «especial», acompañado de una cerveza. Me recibió calurosamente.

—Siéntate, chico. Tienes buen aspecto. Lamento lo de tu compañero. ¿Por dónde andas? No te he visto últimamente.

Lo puse al corriente lo más deprisa que pude. Se mostró satisfecho, pero sorprendido de que me gustara trabajar en Watts.

—¿Y qué es lo que quieres, muchacho? —preguntó por fin.

Intenté mostrarme interesado en el tema, pero sin ningún motivo en especial.

—¿Recuerda la mujer muerta que mi compañero y yo encontramos en la calle Veintiocho?

—Sí, una joven muy guapa. Una verdadera pena.

—Sí. Me preguntaba cuál fue el resultado de la investigación. ¿Encontraron al asesino?

DiCenzo me miró con curiosidad.

—No, no dimos con él. Detuvimos a un montón de ladrones de pisos, pero ninguno relacionado con el caso. Revisamos la vida personal de la mujer y no había nada especial: no tenía enemigos y todos sus amigos y parientes contaban con una coartada. La huella en la pared que señalaste era de la propia mujer. Una docena de chiflados confesaron haber cometido el crimen, pero no tenían nada que ver. Ya sabes, muchacho, a veces se gana, a veces se pierde. ¿A qué viene tu interés?

—La mujer se parecía a una antigua novia mía —mentí. Bajé la cabeza y fingí incredulidad ante el sinsentido de la muerte.

DiCenzo se lo tragó.

—Ya superarás estas cosas —me dijo y, en voz más baja, añadió —: Tendrás que hacerlo, si quieres conservar el empleo.

Me incorporé y me dispuse a marchar.

—Gracias, sargento —le dije.

—Ven cuando quieras, muchacho. Sé bueno. Cuídate.

DiCenzo sonrió abiertamente y siguió con su almuerzo.

Me dirigí a la comisaría de Hollywood, en Wilcox, justo al sur de Sunset, y probé suerte. Crucé con descaro el vestíbulo, saludé con un movimiento de la cabeza al sargento del mostrador y subí por la escalera hacia la sala de la brigada de detectives, donde acababa de iniciarse una reunión relacionada con el asesinato de Maggie Cadwallader.

La salita estaba abarrotada. Una veintena de detectives, o más,

se encontraban allí, sentados o de pie, escuchando atentamente a un policía corpulento y veterano que explicaba lo que había que hacer. Me quedé en el umbral e intenté pasar por un agente más fuera de servicio. Nadie encontró extraña mi presencia.

—Creo que se trata de un robo —decía el policía—. El apartamento de la mujer fue registrado a fondo, pero estaba limpio. No hay huellas. Las únicas que hemos encontrado son de la víctima o de su casera, con la que jugaba alguna partida de cartas. El vecino que descubrió el cuerpo dejó algunas, también. Los han interrogado y no hay motivos para sospechar de ellos. En los libros no tenemos ningún homicidio reciente que se parezca. Bien, lo que quiero ahora es que se detenga e interrogue a todos los ladrones que se sepa que han utilizado violencia. No hubo violación, pero quiero que traigan también a todos los ladrones de pisos con agresiones sexuales en su historial. Quiero que se comprueben todos los expedientes de robo con escalo en la zona de Hollywood durante los últimos seis meses que hayan llevado a detenciones y hayan sido puestos a disposición del juez. Llamen a la Oficina del Fiscal de Distrito para que nos envíen los casos que tengan. Quiero saber cuántos de los cabrones que pillamos vuelven a estar en la calle, y quiero que sean detenidos e interrogados sin excepción.

»Tengo a dos hombres charlando con los vecinos. Quiero saber qué objetos valiosos poseía esa Cadwallader. A partir de ello, podemos interrogar a los peristas e investigar en las casas de empeño. Quiero que detengan e interroguen a fondo a todos los toxicómanos del boulevard. Puede que estemos ante un homicidio por pánico, y un adicto en busca de una dosis sería capaz de estrangular a la mujer y, luego, huir sin llevarse nada. Tengo a dos hombres que preguntan a la gente del vecindario acerca de esa noche. Si alguien vio u oyó algo, lo sabremos. Es todo por ahora. La reunión ha terminado.

Fue lo que necesitaba oír para marcharme. Consulté el reloj. Las tres menos veinte. Tenía tres horas hasta el momento de presentarme al servicio.

Me encaminé al coche entre un montón de detectives malhumorados. Bajé la capota, me senté al volante y reflexioné. No cesaba de repetirme: «No, nada de robo; esta vez, no». La otra

mujer, la Jensen, tal vez, y quizá las cerillas fuesen una mera coincidencia, pero Maggie Cadwallader tenía un aire extraño, como si la rodease una especie de halo de fatalidad inminente, y cuando había visto mi pistola, había exclamado: «¡No, por favor! ¡No permitiré que me hagas daño! ¡Sé quién te envía! ¡Sabía que lo haría!». Maggie había sido una mujer extraña, que se había encerrado herméticamente en su pequeño mundo pero, con frecuencia, permitía entrar en él a desconocidos.

El sitio donde debía empezar a investigar era el Silver Star, pero resultaba inútil presentarse allí durante el día, de forma que me acerqué a un teléfono público y conseguí la dirección de la compañía Small World Import-Export: North Virgil, 615. Conduje hasta allí, excitado… y sintiéndome ligeramente culpable por ello.

La Small World Import-Export estaba en un amplio almacén industrial en medio de un bloque residencial especializado en alojamientos para estudiantes del L.A. City College, a unas calles de distancia. Todas las casas del bloque anunciaban «Alojamiento para estudiantes» y «Alquileres bajos para estudiantes». Había un montón de «estudiantes» sentados en los porches, tomando cerveza y jugando a lanzar pelotas de béisbol en los agostados céspedes de las viviendas. Tenían mi edad, más o menos, y el aire de superioridad de los licenciados del ejército. «Dos guerras, Underhill —me dije—. Evitaste ambas y conseguiste lo que querías. Y ahora, aquí estás, de patrullero en Watts e imitando a los detectives en Hollywood. Andate con cuidado».

Lo hice. Entré en el almacén por la destartalada puerta principal, en la que destacaba un globo terráqueo grabado por un individuo que, desde luego, no tenía grandes conocimientos de geografía. La recepcionista, en cambio, sabía reconocer a un agente y una placa nada más verlos, y cuando le pregunté por los amigos de Maggie Cadwallader, respondió: «Oh, es muy fácil». Marcó un número en el teléfono del escritorio y añadió:

—La señora Grover, nuestra contable jefe, era buena amiga de Maggie. Almorzaban juntas casi todos los días. —Se puso a hablar por el aparato—: Señora Groves, tengo aquí a un policía que quiere hablar con usted acerca de Maggie. —Colgó el auricular y me informó con una sonrisa—: Bajará en un minuto.

Le devolví la sonrisa.

Íbamos ya por la octava o novena sonrisa respectiva cuando se presentó en la sala de espera una mujer de unos cuarenta años, de aire eficiente.

—¿Agente? —inquirió.

—Señora Grover —repuse—, soy el agente Underhill, del Departamento de Policía de Los Ángeles. ¿Podría hablar con usted?

—Por supuesto —contestó en un tono formal—. ¿Quiere que pasemos a mi despacho?

Yo estaba a gusto en mi papel, pero sus modales ásperos me irritaban.

—Sí, desde luego.

Recorrimos un sucio pasillo y oí el ruido de numerosas máquinas de coser que chirriaban tras las puertas cerradas. La señora Grover me ofreció asiento en una silla de madera de su despacho, escasamente amueblado. Encendió un cigarrillo, se acomodó tras el escritorio y comentó:

—Pobre Maggie. Qué manera de morir tan espantosa… ¿Quién cree usted que lo hizo?

—No lo sé. Por eso estoy aquí.

—He leído en los periódicos que la policía sospecha que fue un ladrón. ¿Es verdad eso?

—Tal vez. Tengo entendido que Maggie Cadwallader y usted eran buenas amigas.

—En cierto sentido, sí —respondió—. Comíamos juntas todos los días laborables, pero aparte de eso nunca nos veíamos fuera del trabajo.

—¿Qué motivo había para eso?

—¿A qué se refiere?

—Veamos, señora Grover: lo que intento es formarme una idea de la difunta. Saber qué clase de persona era, sus costumbres, sus gustos, lo que le desagradaba, las personas con las que se relacionaba, esas cosas…

La señora Grover me miró, fumando resueltamente.

—Comprendo. —Asintió—. Bien, puedo decirle una cosa, si le sirve de algo: Maggie era una mujer tan brillante como perturbada, y, en mi opinión, una mentirosa patológica. Me reveló cosas de sí

misma y luego me contó otras que se contradecían con las primeras. Creo que tenía problemas con la bebida y que se pasaba las noches sola, leyendo.

—¿Qué clase de historias le contaba?

—Sobre sus orígenes. Un día era de Nueva York; otro, del Medio Oeste. Una vez me contó que había tenido un hijo fuera del matrimonio, de un «amor perdido», ¡y al día siguiente me aseguró que era virgen!

»Me di cuenta de que se sentía muy sola, y en una ocasión, intenté prepararle una salida a cenar con un soltero rico, amigo de mi marido. No quiso. Estaba aterrorizada. Maggie era una persona cultivada y manteníamos conversaciones muy agradables sobre teatro, pero me contaba tantas incoherencias…

—¿Como cuáles?

—Como esa chifladura de que tenía un bebé en el Este. Una vez me enseñó una foto. Me rompió el corazón. Estaba claro que la había recortado de una revista. Me dio tanta pena…

—¿Sabe usted si había hombres en su vida, señora Grover?

—No, agente. Ninguno. Realmente, creo que, en efecto, murió virgen.

—Bien —dije, al tiempo que me ponía de pie—, gracias por su tiempo, señora. Ha sido usted de gran ayuda.

—Maggie se merecía algo mucho mejor, agente. Por favor, encuentre al asesino.

—Lo haré —repuse. Y hablaba en serio.

No serví de mucho durante la ronda de aquella noche. Tenía la cabeza en otro lado. Necesitaba un traslado inmediato a la guardia diurna para poder continuar con mis investigaciones por la noche. Pensé en las opciones: ¿una solicitud a Jurgensen?, ¿al jefe de la brigada de detectives, quizá?, ¿pedir una baja por enfermedad? Todas eran demasiado arriesgadas.

A la mañana siguiente fui a comisaría y llamé a la puerta del capitán Jurgensen. Me recibió calurosamente, sorprendido de verme allí, de día. Le conté lo que quería: un amigo de los tiempos del orfanato estaba muy enfermo y necesitaba que alguien cuidara de él

por la noche, pues su mujer trabajaba en la Douglas Aircraft. Quería pasar temporalmente a la guardia de día, para ayudar a mi amigo y conocer mejor la zona en la que hacía el servicio.

Jurgensen dejó a un lado su ejemplar de *Ricardo III* y dijo:

—Empieza hoy mismo, Underhill. Tenemos un hombre de vacaciones. Pero no irás solo. Nada de locuras de «chico brillante». Harás la ronda a pie con un compañero. Ahora, ve a trabajar.

Aquella noche, a las once y media, cometí el primer delito como adulto. Llegué a Hollywood, aparqué junto a una gasolinera y me acerqué caminando al apartamento de Maggie Cadwallader en Harold Way. Me puse unos guantes, forcé la cerradura, entré y me dirigí a oscuras al dormitorio. Tenía una linterna de bolsillo y, encendiéndola por un instante cada pocos segundos, lo que constituía un riesgo, comprobé que todas las pertenencias personales de Maggie habían sido retiradas, seguramente para mostrar mejor el apartamento a posibles nuevos clientes cuando la muerte de aquélla fuese olvidada.

Volví a la comisaría de Hollywood, aparqué, entré y mostré la placa al sargento de la puerta.

—Estoy con los detectives de la Setenta y siete —dije—. ¿Hay alguien arriba con quien pueda hablar?

—Inténtelo —repuso él en tono cansino.

La sala de la brigada estaba desierta, salvo un viejo policía cansado que escribía informes. Entré como si fuera el amo del lugar y el veterano levantó la vista de los papeles por un instante. Al comprobar que no veía lo que buscaba, carraspeé para llamar su atención.

Alzó la cabeza de nuevo y esta vez me observó con ojos enrojecidos.

—¿Sí? —inquirió en el mismo tono cansino.

Traté de hablar con firmeza y dar la impresión de que era mayor de lo que aparentaba.

—Underhill, de los detectives de la calle Setenta y siete. Estoy

investigando una tienda de empeños de South Central. El botín me ha conducido hasta aquí para comprobar el informe de propiedades de la mujer que han matado, esa tal Cadwallader. En la Setenta y siete encontramos un montón de cosas empeñadas que proceden de Hollywood y de Los Ángeles Oeste. El teniente ha pensado que tal vez podrían ayudarnos.

—¡Joder! —exclamó el veterano. Se levantó del asiento y se acercó a una hilera de archivadores—. No hubo ningún indicio de robo, si eso es lo que quiere saber. Mi compañero y yo redactamos el informe. —Me entregó un sobre que contenía tres páginas manuscritas—. Según la casera, no faltaba nada. Y conocía bien a la muerta. Puede que el tipo se dejara llevar por el pánico, qué sé yo…

El informe estaba escrito en el habitual estilo lacónico del Departamento y había listas que lo incluían todo, desde la comida para gatos hasta el detergente, pero no hacía mención de un broche de diamantes o de cualquier otra joya.

Había una declaración firmada de la casera, una tal señora Crawshaw, en la que decía que, pese a que el apartamento estaba completamente revuelto, no parecía faltar nada. También afirmaba que Maggie Cadwallader, por lo que ella sabía, no poseía alhajas, acciones ni bonos ni ocultaba en su apartamento grandes sumas de dinero.

El viejo agente me miró y preguntó, con su aire de hastío:

—¿Quiere una copia de esto?

—No —respondí—. Tenía usted razón, es un informe insulso. Gracias. Ya nos veremos.

El hombre parecía aliviado. Ya me sentía igual.

Era la una menos cuarto y sabía que ya no podría dormir, aunque quisiera. Deseaba pensar, pero que resultara sencillo, sin especular presa del pánico sobre los enormes riesgos que estaba corriendo. Decidí romper un callado voto de abstinencia y me dirigí a Silverlake, donde llamé a la puerta de un viejo colega del orfanato.

Él se alegró ligeramente de verme, pero su esposa no. Les dije que no se trataba de una visita social, que sólo quería que me prestara sus palos de golf. Incrédulo, me los entregó. Prometí devolvérselos pronto y pagarle el favor con una buena cena en un

restaurante. Irónica, la mujer dijo que se lo creería cuando lo viera, y conminó a su marido a volver a la cama.

Comprobé los palos. Eran unos Tommy Armours, de los buenos, y en los bolsillos de la bolsa había al menos cincuenta pelotas gastadas. Pensé en un lugar donde soltar mi pegada y poder pensar.

Volví a casa, donde *Night Train* se alegró de verme, impaciente por salir a hacer ejercicio. Saqué unas chuletas de cerdo de la nevera y se las di. Ya estaba royendo los huesos cuando le puse la correa y me colgué la bolsa de golf al hombro.

—A la playa, *Train* —le dije—. Veamos qué clase de labrador eres realmente. Voy a lanzar pelotas al océano. Tiros cortos. Si consigues recuperarlas en la oscuridad, te daré filetes durante un año. ¿Qué dices?

Night Train ladró y echamos a andar hacia el Pacífico, del que nos separaban tres calles.

Era una noche cálida y sin brisa. Solté a *Night Train* y salió corriendo con un hueso de chuleta todavía en la boca. Dejé caer las pelotas en la arena húmeda y saqué de la bolsa el hierro para *rough*. Tomarlo entre las manos fue como abrazar a un querido amigo ausente durante largo tiempo. Me sorprendió comprobar que no había perdido mis aptitudes. Mi alejamiento del golf no había afectado el punto de calidad que mi juego había tenido prácticamente desde la primera vez que había cogido un palo.

Ensayé suaves tiros dirigidos hacia las blancas crestas de las olas, disfrutando de la sincronización entre mente y cuerpo que es la esencia del golf. Al cabo de un rato, la parte mental se hizo innecesaria, *swing* y yo nos convertimos en uno y volví mis pensamientos a otras cosas.

Cierto: me había hecho pasar por detective dos veces, utilizando mi propio nombre, lo cual podía costarme una suspensión si me descubrían. También era cierto que me movía por una mera corazonada y mis observaciones acerca de Maggie Cadwallader se basaban en su comportamiento de una sola noche; pero…, pero…, pero, de algún modo, yo sabía… Se trataba de algo más que intuición, lógica deductiva o valoración de carácter. Aquél era mi pedazo de prodigio particular, y a mí me correspondía descifrarlo. Y el hecho de que la víctima me hubiera entregado su cuerpo,

tenuemente, en su búsqueda de algo más, confería a la búsqueda peso y sentido.

Llamé a *Night Train* con un silbido y acudió al trote. Volvimos paseando al apartamento y pensé que Wacky estaba en lo cierto: la clave del prodigio se hallaba en la muerte. Ya había matado, por dos veces, y aquello me había cambiado. Pero la clave no residía en la muerte, sino en el descubrimiento de lo que había conducido a ella.

Me sentí extrañamente magnánimo y benigno, como un escritor que se dispusiera a firmar un libro. Esto va por ti, Wacky, me dije; esto va por ti.

8

Me resultó extraño entrar en un bar buscando a un asesino, en lugar de a una mujer.

La noche siguiente, liberado de la obsesión que solía conducirme a tales locales, estuve sentado con un whisky aguado en la mano, observando a personas que se emborrachaban, se enfadaban, se volvían habladoras y, en un acceso de efusividad alcohólica, soltaban la historia de su vida a perfectos desconocidos. Yo buscaba hombres que iban a la caza, como yo mismo, pero esa noche en el Silver Star no había más que desesperación de mediana edad al compás de la música de los viejos temas de antes de la guerra que sonaban en la máquina de discos.

Me marché a la una de la mañana tras preguntarle al camarero cuándo tenía «ambiente» el local.

—Los fines de semana —me informó—. Se pone realmente a tope. Venga mañana por la noche. Ya lo verá.

El camarero tenía razón. Llegué al Silver Star a las ocho menos cuarto del sábado y comprobé que aquello bullía. El local estaba atestado de parejas jóvenes, soldados de permiso —fácilmente reconocibles por el corte de pelo al cepillo y los zapatos negros sin ningún tipo de adorno—, alcohólicos entrados en años y hombres y mujeres solos que lanzaban miradas solitarias y expectantes.

Esa noche, la música era más animada y pensada para una clientela más joven: arreglos ligeros de melodías conocidas, incluso

algo de jazz. Una mujer atractiva de unos treinta me invitó a bailar. La rechacé de mala gana y le dije como excusa que no tenía bien una pierna. Se volvió hacia el hombre sentado a mi lado ante la barra, y él aceptó.

Yo buscaba ligones, conquistadores, donjuanes, tipos capaces de ganarse la confianza de una mujer y de terminar en la cama con ella con sorprendente facilidad. Tipos como yo mismo. Pasé allí tres horas, sentado a ratos a la barra y a ratos a una mesa y tomando ginger ale, sin dejar de observar. Empecé a comprender que aquélla iba a ser una vigilancia larga y tediosa. Pese a toda mi actividad ocular, no vi gran cosa.

Empezaba a sentirme deprimido y hasta un poco irritado cuando advertí la presencia de dos tipos muy vulgares que se acercaban a la barra y se inclinaban sobre ésta para decirle algo en voz baja al camarero, a quien se le iluminó el rostro. Señaló una puerta al fondo del local, junto a los teléfonos y las máquinas de cigarrillos, y a continuación los tres se encaminaron hacia ella. La barra quedó desatendida.

Los observé hasta que cerraron la puerta a sus espaldas y esperé dos minutos. Luego, me acerqué a la puerta, me arrodillé y olfateé por la rendija del suelo. Humo de porro. Sonreí, trasladé la pistola de su funda al bolsillo de mi chaqueta deportiva, abrí la funda de cuero de la placa y, relajada pero enérgicamente, golpeé con el hombro derecho el batiente de la puerta, que se abrió de par en par con una lluvia de astillas.

El ruido fue fuerte y seco, semejante al de una explosión. Los tres fumadores estaban contra la pared del fondo, junto a una pila de cajas de whisky que llegaba hasta el techo. Cuando oyeron el ruido y vieron la placa y el arma, dieron un respingo y levantaron las manos en un movimiento reflejo.

Me volví por un instante a observar el local. Nadie parecía haberse percatado de lo que había sucedido. Cerré la puerta detrás de mí, con suavidad.

—Agente de policía —dije con mucha calma—. Moveos hacia la izquierda y poned las manos contra la pared, por encima de la cabeza. Ahora mismo.

Obedecieron. El olor de la marihuana era intenso y sensual.

Cacheé a los tres tipos en busca de armas o droga, pero sólo encontré tres gruesos canutos ya liados. Los tipos estaban temblando, y el camarero empezó a farfullar sobre su esposa y sus hijos.

—¡Silencio! —le solté.

Agarré a los otros dos por el cuello de la camisa y los envié hacia la puerta de un empujón.

—¡Largaos, basura! —mascullé—. ¡Que no vuelva a veros aquí nunca más!

Los dos salieron precipitadamente, lanzando miradas de preocupación al camarero.

Bloqueé la puerta colocando contra ella una caja de botellas de ginebra. Cuando me acerqué a él, el camarero se acurrucó contra la pared. Con dedos temblorosos, buscó un cigarrillo en sus bolsillos y me pidió permiso con una mirada implorante.

—Adelante, fuma —le dije. Una vez que hubo encendido el cigarrillo, le pregunté—: ¿Cómo te llamas?

—Red Julián —respondió, con la mirada fija en la puerta.

Tranquilicé sus temores.

—Esto no llevará mucho tiempo, Red. No voy a detenerte. Sólo necesito un poco de ayuda.

—No conozco a ningún vendedor, se lo aseguro, agente. Sólo fumo de vez en cuando. Cincuenta centavos el cigarrillo, ya sabe…

—No me importa, Red —dije con una sonrisa burlona—. No soy de narcóticos. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

—Tres años.

—Entonces, conocerás lo que pasa en el local, a todos los que lo frecuentan, a los artistas de la estafa…

—El local está limpio, agente. No permito que…

—Cállate y escucha. Me interesan los estafadores, los aprovechados, tipos que vengan por aquí con regularidad. Ayúdame y haré la vista gorda contigo. Si no, te denuncio. Llamo a la patrulla y les cuento que has intentado venderme esos tres canutos. Eso son de dos a diez años en San Quintín. ¿Qué prefieres?

Red encendió otro cigarrillo con la colilla del anterior. Le temblaban las manos.

—Hay clientes que tienen mucho éxito, pero vienen y van —dijo

—. Hay un tipo de esos que vienen y van, pero cuando está en la ciudad siempre viene por aquí. Es un tipo apuesto que se llama Eddie. Es lo único que sé de él, de verdad. No para de ligar.

Red retrocedió de nuevo, apartándose de mí.

—¿Está aquí esta noche? —le pregunté.

—No; viene cuando el local ya está más tranquilo. Es un hombre auténticamente refinado. Viste de forma impecable. Esta noche no ha venido, en serio.

—Bien. Escúchame. A partir de ahora tienes otro cliente habitual: yo. ¿Qué noche libras?

—Ninguna. El jefe no me deja. Trabajo de seis a medianoche, siete días a la semana.

—Bien. ¿Has visto últimamente a ese tal Eddie? ¿Ha ligado?

—Sí. Es un auténtico seductor.

—Bien. Vendré cada noche. Cuando aparezca Eddie, me avisas. Y ya sabes lo que pasará si intentas advertirle de algo. —Sonreí y paseé los cigarrillos de marihuana ante sus narices.

—Sí, ya lo sé.

—Bien. Ahora, lárgate. Me parece que tus clientes están sedientos.

Aquella noche volví a quedarme hasta que el bar cerró. No apareció ningún Eddie.

A la mañana siguiente, domingo, empecé por acudir a una tienda de Santa Mónica donde revelaban fotos en el mismo día. Dejé cuatro fotografías de periódico de Maggie Cadwallader y le dije al encargado —que meneaba la cabeza con expresión dubitativa— que quería que ampliara la mejor reproducción a tamaño normal y me preparase seis copias para las seis de la tarde. Cuando moví un billete de veinte dólares ante sus narices y se lo introduje en el bolsillo de la camisa, el hombre ya no tuvo tantas dudas. Las fotos que escogí aquella tarde eran más que indicadas para mostrarlas a posibles testigos.

El mismo domingo, a primera hora de la noche, Red estaba

secando una copa con nerviosismo cuando tomé asiento ante la barra. Fuera hacía un calor sofocante, pero en el Silver Star la temperatura era polar.

—Hola, Red —lo saludé.

—Hola, señor…

—Llámame Fred —le dije, magnánimo, al tiempo que le acercaba la foto ampliada de Maggie Cadwallader, deslizándola sobre el mostrador. —¿Has visto alguna vez a esta mujer?

Red asintió.

—Unas cuantas veces, sí, pero no últimamente.

—¿La has visto alguna vez con Eddie?

—No.

—Qué lástima. Una noche floja, ¿eh, Red? —dije tras echar un vistazo al local, casi vacío.

—Sí. El adelanto del horario mata el negocio, a esta hora. A la gente no le parece correcto tomar una copa antes de que anochezca. Excepto a los bebedores empedernidos. —Señaló a una pareja de gordos que se sobaba en uno de los sofás.

—Ya sé a qué te refieres. Tuve un amigo al que le encantaba la bebida. Decía que sólo le gustaba beber cuando estaba solo o con gente, de noche y de día. Mi amigo era un filósofo.

—¿Qué le sucedió?

—Lo mataron de un tiro.

—¿Ah, sí? Qué lástima.

—Sí. Voy a sentarme en uno de esos sofás, de cara a la puerta. Si aparece nuestro amigo, vienes y me lo dices, ¿entendido?

—Sí.

A las ocho, el local estaba a medio aforo y, a las diez, la oscuridad permanente ya me hacía sentir como un murciélago en las cuevas de Carlsbad.

Hacia las once, Red se acercó y me avisó.

—Es ése —dijo—, en la barra. El tipo de la camisa hawaiana.

Indiqué a Red que se apartara y pasé junto al individuo camino de los excusados. Cuando volví, ocupé el taburete contiguo al suyo y percibí el perfume de su colonia de lilas. Llamé a Red en voz alta y pedí un whisky doble a fin de llamar la atención de Eddie. Éste se volvió hacia mí, y registré en la memoria un rostro agraciado,

delicado y arrogante a la vez, bronceado, con unos cabellos castaños rizados y bastante largos y unos ojos pardos hundidos, de mirada suave. Eddie volvió a darme la espalda rápidamente, concentrado en su martini y en la mujer que ocupaba el taburete contiguo, una morena delgada en uniforme de enfermera que fingía, por cortesía, seguir con interés su conversación.

—… De modo que, últimamente me ha ido bien. Sobre todo, con los trotones. No creas lo que leas por ahí. Hay sistemas que funcionan.

—¿Oh, de verdad? —respondió la morena, aburrida.

—De verdad. —Eddie se inclinó hacia la mujer—. ¿Cómo has dicho que te llamas?

—Corrinne.

—Hola, Corrinne. Yo soy Eddie.

—Hola, Eddie.

—Hola. ¿Te gustan los caballos, Corrinne?

—Pues no.

—¡Ah! En realidad, sólo es cuestión de entender las carreras, ¿sabes?

—Supongo que sí. No lo sé. A mí me aburre. Tengo que marcharme. Encantada de haberte conocido. Adiós.

La morena se levantó del taburete y se marchó. Eddie suspiró, apuró la copa y volvió a dirigirse al lavabo de caballeros, pero se detuvo ante el gran espejo de cuerpo entero colocado en la pared y llevó a cabo un complejo ritual consistente en alisarse el pelo, arreglarse la camisa, comprobar la raya del pantalón y sonreírse varias veces desde diferentes ángulos. Parecía complacido y, en efecto, debía estarlo: era el prototipo del gallo de salón angelino de lengua ágil, nacido para encantar, manipular y seducir. Durante unas décimas de segundo, sentí repulsión por mis propias andanzas de mujeriego, hasta que me dije a mí mismo que mis motivos eran, con toda certeza, completamente distintos.

Me trasladé a otro asiento, al fondo del local, que me permitía una visión de todo el bar. Vi cómo Eddie intentaba, sin éxito, pegar hebra con tres mujeres jóvenes. Advertí su disgusto y su desesperación mientras pagaba la cuenta, apuraba su último martini y se marchaba precipitadamente. Me apresuré a salir y lo seguí por

una calle secundaria. Se metió en un sedán Oldsmobile. Yo tenía el coche aparcado al otro lado de la calle, en sentido contrario. Cuando Eddie arrancó su vehículo, eché a correr hacia el mío. Le di treinta segundos de ventaja y, a continuación, di media vuelta y lo seguí. Eddie tomó a la izquierda por Wilton y, luego, kilómetro y medio después, a la derecha por Santa Mónica. No me costó seguirlo: tenía la luz trasera derecha estropeada y conducía tranquilo por el carril central.

Me llevó hacia Hollywood Oeste. Estuve a punto de perderlo al cruzar La Brea, pero cuando por fin se arrimó al bordillo en Santa Mónica y Sweetzer, volví a ponerme detrás de él.

Tras haber cerrado con cuidado el coche, Eddie entró en un bar llamado The Hub. Le di un minuto y entré también. Esperaba encontrar un animado local de alterne fuera de la zona del Strip; sin embargo, me equivocaba: era un lugar de alterne, pero no había ninguna mujer, sólo hombres de aspecto ansioso.

Me preparé y me dirigí a la barra. Se acercó el camarero, un gordo calvo, y pedí una cerveza. Se alejó para traerla y busqué a Eddie.

Primero lo vi; luego, lo oí. Estaba en un reservado del fondo, discutiendo con otro hombre, un tipo bien parecido, decididamente masculino, de cincuenta y tantos. No alcanzaba a oír la conversación, pero por un instante me sentí perplejo. ¿Qué estaba haciendo allí? Yo lo tenía por un donjuán.

La discusión se hizo más acalorada, pero seguí sin entender de qué hablaban. Finalmente, el otro hombre le entregó a Eddie algo que me pareció un sobre grande de papel manila, se levantó de la mesa y desapareció por la puerta trasera del bar. Con el rabillo del ojo vi que Eddie permanecía sentado en el reservado, muy quieto, y de repente saltaba como movido por un resorte en dirección a la puerta principal. Me encogí sobre mi cerveza cuando pasó por mi lado y salí tras él.

Mientras abría a toda prisa la puerta de mi coche, Eddie tomó hacia el norte con un chirrido de neumáticos y salió a Sweetzer, por la empinada cuesta que conduce al Strip. Quemé llanta en persecución del coche y lo alcancé finalmente cuando giraba a la izquierda en dirección a Sunset. Permanecí pegado a él durante un

kilómetro, hasta que dobló a la derecha en una calleja llamada Horn Drive y aparcó casi de inmediato. Yo continué y estacioné unos cincuenta metros más allá. Salí del coche justo a tiempo de verlo cruzar la calle y entrar en el patio de un grupo de bungalós de estilo español.

Crucé la calle a la carrera con la esperanza de ver a Eddie en el momento de entrar en alguna de las viviendas, pero no tuve suerte. El patio de cemento estaba vacío. Repasé la hilera de buzones del patio en busca de un Edward, Edwin, Edmund o cualquier nombre que comenzara por E. Tampoco hubo suerte: sólo aparecía el apellido de los inquilinos de los quince bungalós.

Volví al coche y lo llevé frente a la entrada del patio, al otro lado de la calle, decidido a esperar a que Eddie saliese. Mi curiosidad hacia él estaba en su punto culminante. El individuo era un ave nocturna escurridiza y quizá pronto se dispusiese a hacer otra ronda.

No fue así. Esperé, esperé y esperé, me quedé casi dormido en ocasiones, y se hicieron las nueve y media de la mañana. Cuando Eddie apareció por fin, impecablemente vestido con otra fresca camisa hawaiana, pantalones de algodón azul claro y sandalias, noté que mi irritación bajaba en picado. Estudié su rostro y sus movimientos mientras se acercaba al coche y busqué indicios de sus inclinaciones sexuales. Lo envolvía un aire despectivo que no acababa de encajar, pero lo borré de mi mente.

Eddie condujo deprisa y con agresividad, sorteando el tráfico hábilmente. Me mantuve detrás de él, dejando algunos coches entre ambos. Recorrimos así todo el centro hasta la autovía de Pasadena, la tortuosa autopista a Pasadena Sur y, luego, hacia el este hasta el hipódromo de Santa Anita, en Arcadia.

Al entrar en el vasto aparcamiento del hipódromo, me sentí aliviado y esperanzado. Era un día claro y radiante, no hacía demasiado calor, el aparcamiento ya estaba casi lleno y había suficiente concurrencia como para pasar inadvertido mientras seguía a mi sospechoso. Recordé lo que me había dicho un veterano de Antivicio en una ocasión: los hipódromos son buenos lugares para sacar información a la gente, porque ésta se siente en pecado y algo culpable por estar allí, en cuanto se le pone una placa delante,

se acobarda.

Aparqué y corrí a los tornos de entrada. Pagué y luego rondé un puesto de recuerdos, con disimulo, a la espera de que Eddie apareciese. Lo hizo al cabo de diez minutos; mostró un pase al portero y recibió una gran sonrisa como respuesta. Cuando pasó por mi lado consultando la hoja de carreras, me volví de espaldas.

El amplio vestíbulo y los pasadizos que conducían a la tribuna se llenaban rápidamente, de forma que dejé entre Eddie y yo un buen grupo de aficionados a las carreras mientras nos dirigíamos a las escaleras mecánicas que conducían a las taquillas de apuestas. Eddie se dirigió a las de primera clase, las de apuestas de cincuenta dólares. Era el único de la cola. El cajero lo recibió efusivamente, y oí la conversación desde la ventanilla de apuestas de diez dólares, a pocos metros.

—¿Qué tal va, Eddie? —preguntó el cajero.

—Nada mal, Ralph. ¿Qué hay por aquí? ¿Tienes algún buen soplo para mí? —La voz de Eddie parecía tensa, a pesar de las bromas rituales.

—No, ya me conoces, Eddie. Me gustan todos. Por eso trabajo aquí, en lugar de apostar aquí. Me gustan todos. Demasiado.

Eddie se rió.

—Te entiendo. Pero hoy me siento afortunado. —Le entregó al hombre una hoja de papel y un fajo de dólares—. Aquí tienes, Ralph, esto es para las cuatro primeras carreras. Ocupémonos de todo ahora. Quiero echar un vistazo a la tribuna.

El hombre de la ventanilla recogió la hoja con anotaciones y el dinero y emitió un silbido. Preparó una tira de comprobantes y se la entregó a Eddie, meneando la cabeza.

—Hoy podrías sufrir pérdidas, Eddie.

—Nunca, amigo. ¿Has visto alguna espectadora por aquí? Ya sabes cuál es mi tipo…

—Muévete por el Turf Club, muchacho. Ahí es dónde van las damas con clase.

—Demasiado elegante para mí. Ahí dentro no puedo respirar. Volveré por mi dinero al final de la jornada, Ralph. Ténmelo preparado.

Ralph soltó una carcajada.

—¡Tú eres el que apuesta, muchacho! —exclamó.

Seguí a Eddie hasta su localidad, en una de las mejores zonas de la tribuna principal. Compró una cerveza y cacahuetes a un vendedor y se instaló a leer la hoja de carreras mientras jugueteaba con unos prismáticos guardados en una funda de cuero.

Me preguntaba qué hacer cuando me vino a la cabeza una idea. Esperé a que comenzase la primera carrera, y cuando los pasillos quedaron despejados y el público empezó a gritar, volví al puesto de recuerdos y compré un ejemplar del último número del *Life*, el *Collier's* y el *Ladies's Horne Journal*.

Me las llevé a uno de los servicios de caballeros, me encerré en un retrete y las hojeé. Encontré casi al instante lo que buscaba: cinco fotos en blanco y negro de rostros de mujeres bastante corrientes. Las corté, dejé el resto de las revistas en el suelo y coloqué entre ellas la foto ampliada de Maggie Cadwallader.

A continuación fui en busca de Ralph, el hombre de la ventanilla de apuestas de cincuenta dólares. No estaba en su puesto y anduve sin rumbo fijo por los pasadizos, desiertos en aquel momento, hasta que lo vi salir de la cabina de locutores con una taza de café en la mano y fumando un habano.

Él también me vio, y tuve la impresión de que me reconocía ya antes de enseñarle la placa.

—Sí, agente —dijo en tono paciente.

—Sólo serán unas preguntas —expliqué. Señalé un puesto de refrescos con mesas y sillas, al fondo del vestíbulo.

Ralph asintió, resignado, y abrió la marcha. Nos sentamos el uno frente al otro ante una mesa metálica manchada de grasa. Hablé con tono brusco, casi amenazador.

—Estoy interesado en el hombre con el que hablaba en la ventanilla, hace una media hora. Un tipo llamado Eddie.

—¡Ah, sí, Eddie!

—¿Cuál es su apellido?

—Engels. Eddie Engels.

—¿A qué se dedica?

—Es jugador, un inútil. No creo que tenga un empleo.

—Me interesan las mujeres con las que va.

—¡A mí también! —Ralph se echó a reír con su propio chiste.

—No me venga con bromas; no es nada divertido. —Desplegué las seis fotos sobre la mesa, delante de él—. ¿Ha visto a Eddie con alguna de ellas?

Ralph estudió las fotos, timbeó por un instante y posó el grueso dedo índice en la instantánea de Maggie Cadwallader. Todo el cuerpo se me revolvió por dentro y sentí un escozor en la piel.

—¿Está seguro? —inquirí.

—Sí —respondió.

—¿Cómo es que lo está?

—Esta tía es un adefesio, comparada con alguno de los bombones que ha traído Eddie.

—¿Cuándo los vio juntos?

—No sé… Creo que hace un par de meses. Sí, exacto: el día de la Copa del Presidente, en junio.

Recogí las fotos y dejé a Ralph con una severa advertencia:

—Ni una palabra de esto a Eddie, ¿entendido?

—¡Desde luego, agente! Siempre he imaginado que Eddie no era trigo limpio…

Antes de que terminara la frase, yo ya estaba en la puerta, buscando frenéticamente un teléfono público.

Llamé a Investigaciones del DPLA, les di el nombre y el número de placa y les expliqué lo que buscaba. Al cabo de cinco minutos, me llamaron con la respuesta: no había en Los Ángeles ningún Edward, Edwin o Edmund Engels, varón blanco, treinta años aproximadamente, con antecedentes criminales. Me disponía a colgar el auricular cuando se me ocurrió otra idea: le dije al agente que revisara las licencias de conducir de los últimos cuatro años. Esta vez, la búsqueda dio resultado: Edward Engels, Horn Drive, 1911, Hollywood Oeste. Tenía dos coches, el sedán Oldsmobile verde del 46 al que había seguido y un Ford descapotable del 49, rojo con la capota blanca y matrícula JY 861. Di las gracias al agente, colgué y me dirigí a mi coche a toda prisa.

Mi siguiente parada fue en Pasadena, donde busqué los centros de venta de Ford y Oldsmobile. Me llevó un rato, pero los encontré y conseguí lo que buscaba: fotos de anuncio de los modelos del 46 y

del 49. Después me llegué a una tienda de baratijas de Colorado Boulevard y compré una caja de lápices de colores para críos. Ya en el aparcamiento, puse manos a la obra, pintando el sedán Oldsmobile de color verde mar pálido y el Ford de un rojo brillante con la capota de un blanco impoluto. El resultado me satisfizo.

Cuando terminé eran las dos menos cuarto y la humedad había aumentado considerablemente. Necesitaba un cambio de ropa y un afeitado. Volví a casa, me duché, me rasuré y me mudé. Saqué el diario y destruí todas las páginas relativas a mi encuentro con Maggie Cadwallader. Después, me tumbé en la cama e intenté dormir.

No lo conseguí. Mi cerebro no quería dejar de pensar, de hacer planes, proyectos, contingencias y expectativas. Finalmente, me di por vencido. Hice salir al patio trasero a *Night Train*, cerré la casa y me dirigí a Sunset Strip.

Llegué en el tiempo previsto, dejé el coche en el aparcamiento de una gasolinera en Sunset y Doheny y emprendí la marcha a pie. Los clubes nocturnos acababan de abrir, preparándose para otra velada agitada, y los camareros, porteros y vigilantes de aparcamiento con los que quería hablar acababan de llegar y tenían mucho tiempo para responder a mis preguntas.

En mi cabeza, estaba desarrollando una teoría respecto a Eddie Engels; lo veía como un tipo arrogante, engreído en extremo, un fanfarrón vocinglero y lo bastante estúpido para llevar a su propia casa a mujeres a las que pensaba agredir o incluso matar, para cenar y beber juntos. Parecía lógico. Vivía en la zona de los clubes nocturnos más concurridos de la ciudad y estaba claro que le encantaba que lo viesen con compañía femenina.

Con estas teorías en mente, caminé en dirección al este y mostré la foto de Maggie Cadwallader a vigilantes de aparcamiento y a conserjes, encargados y camareros de locales de la zona. Entré en todos los clubes nocturnos y bares musicales de ambas aceras de Sunset desde Doheny a La Ciénaga, sin ningún resultado. Ya estaba dispuesto a reconocer mi derrota cuando decidí ampliar las pesquisas a los restaurantes.

En el tercero de ellos, recibí la primera confirmación. Se trataba de un local italiano, cuyo locuaz camarero asintió cuando le mostré

la foto de Maggie y dijo reconocerla. Recordaba que la mujer había estado en el restaurante unas semanas antes, y se disponía a embarcarse en una larga perorata sobre lo que había comido, cuando lo interrumpí y le pregunté si la noche en cuestión iba acompañada.

Sorprendido, el camarero sonrió y tras exclamar «¡por supuesto!», pasó a describirme a Eddie Engels y, acto seguido, a hablarme de las «atractivas *bambinas*» que el «atildado joven» llevaba a cenar allí. Era suficiente confirmación, pero yo quería pruebas. *Quería* tener el *asunto* absolutamente cubierto desde todos los ángulos, de forma que cuando presentara el caso ante mis superiores no hubiera el menor cabo suelto.

Visité otros cuatro restaurantes, todos en el radio de cinco bloques en torno al apartamento de Horn Drive, y obtuve otras tres identificaciones positivas de camareros que recordaban a Eddie como un tipo que dejaba generosas propinas y que siempre hablaba en voz alta de sus ganancias en las carreras. A Maggie la recordaban callada, agarrada a Eddie y siempre con un vaso de ron y Coca Cola en la mano.

Anoté el nombre, la dirección particular y el número de teléfono de todos los testigos y volví al coche. Eran las ocho y media, lo cual me daba, calculé, un par de horas hasta que la mayoría de la gente se acostara.

Me dirigí a Hollywood y empecé a llamar a las puertas. Las personas con las que hablé no se mostraron sorprendidas; otros agentes las habían visitado la semana anterior para hacerles preguntas. Cuando les mostré las fotos coloreadas de los dos coches, se sorprendieron. Los otros agentes no les habían preguntado nada al respecto; sólo estaban interesados en si había alguna «cosa extraña» o algún «suceso curioso» que hubieran visto u oído la noche del asesinato. Uno tras otro, todos respondieron con negativas. Nadie había visto el Oldsmobile del 46 ni el Ford descapotable del 49. Recorrí todo Harold Way y salí a De Longpre, con cierto desánimo. Las luces empezaban a apagarse; la gente comenzaba a irse a la cama.

En la esquina de De Longpre y Wilton, tropecé con tres chicos de instituto que jugaban con unas pelotas de béisbol a la luz de una

farola. Intervine en el juego en plan colega e incluso les permití examinar mi arma. Una vez que me hube ganado su confianza, les mostré las fotos.

—¡Eh! —exclamó el mayor de los tres chicos.

—¡Vaya descapotable! ¡Qué maravilla!

Uno de sus amigos cogió la foto y la estudió en silencio.

—Yo he visto un coche así. Justo ahí, al final de esta calle —dijo por último.

—¿Cuándo? —pregunté con calma.

El chico, pensativo, se volvió hacia el mayor buscando apoyo.

—Larry —dijo—, ¿recuerdas que la semana pasada me largué un rato y luego volví?

—Sí, lo recuerdo. Fue el lunes por la noche. Yo tuve que ir a…

Los interrumpí con voz severa y paternal:

—¿Y el coche era rojo y blanco como en de la foto?

—Sí —confirmó el chico—. Exacto. Tenía una cola de zorro en la antena, realmente genial.

Me sentí extasiado. Tomé nota de sus nombres y números de teléfono y les dije que estaban camino de convertirse en héroes. Ellos se pusieron serios. Les estreché la manó a los tres con aire solemne y me marché.

Entré en una cabina de teléfonos de Hollywood Boulevard y pedí a información el número de Eddie Engels. Marqué y dejé que sonara quince veces. Eddie el búho había salido de caza.

Volví al Strip, doblé al norte por Horn Drive y aparqué frente al patio del bungaló, al otro lado de la calle. Busqué en el maletero algo que pudiera servirme de ganzúa y vi unos útiles de dibujo, entre ellos había una doble escuadra de metal con los bordes lo bastante finos para hacer saltar un cerrojo. Con la improvisada herramienta y una linterna, crucé en dirección al patio en penumbra.

Esta vez localicé un Engels en el número 11. Vivía tres bungalós más allá, en el lado de la izquierda. Todas las luces estaban apagadas. Abrí una endeble puerta mosquitera, miré en ambas direcciones, a continuación, iluminé con un destello clandestino la puerta interior y estudié el mecanismo. Era un cerrojo sencillo; saqué la doble escuadra, sujeté la linterna en el hueco del codo

izquierdo, introduje el borde metálico entre el cerrojo y el quicio de la puerta y empujé. Estaba duro, pero insistí hasta casi partir la hoja de la herramienta. Finalmente, se oyó un sonoro chasquido y la puerta se abrió.

Entré rápidamente y cerré la puerta. Barrí las paredes con la luz de la linterna en busca de un interruptor, lo encontré y lo pulsé, iluminando por un instante un salón decorado con gusto. Vi alfombras persas, muebles modernos de madera blanca y, en las cuatro paredes, cuadros al óleo de caballos de carreras con los colores de diversas cuadras.

Apagué la luz y me dirigí al pasillo. Encendí otra luz y estuve a punto de llevarme un teléfono por delante. El mueble sobre el que se hallaba el aparato tenía tres cajones, y los abrí con la esperanza de encontrar alguna libreta de teléfonos. No había nada. Los tres cajones estaban vacíos.

Volví a apagar la luz y me encaminé hacia el dormitorio. Me iba acostumbrando a la oscuridad y, por ello, me resultó fácil distinguir el mobiliario: la cama, un armario y unas estanterías de libros. La ventana estaba cubierta con una gruesa cortina de terciopelo y decidí arriesgarme a dejar la habitación iluminada mientras investigaba. Encendí una lámpara de mesa y vi una estancia extrañamente formal: una cama sencilla con una colcha a cuadros, una estantería abarrotada de libros de fotos sobre carreras de caballos, carteles de toros y grabados enmarcados en los que aparecía un hermoso caballo palomino. Detrás de la cama había un profundo armario empotrado, lleno de ropa. Cincuenta chaquetas de sport, por lo menos, colgadas de las perchas, treinta o cuarenta pantalones, montones de camisas, de vestir y de sport. El suelo del armario estaba forrado de toda clase de zapatos, perfectamente abrillantados y ordenados. Allí estaba Eddie, el fulano. Pero no bastaba. Quería pruebas que descubrieran al Eddie degenerado, al Eddie asesino.

Inspeccioné a fondo los cuatro cajones de la cómoda, buscando libretas con teléfonos, periódicos, fotos o cualquier otra cosa que vinculara a Eddie Engels con Maggie Cadwallader o con Leona Jensen. No había nada. Sólo ropa interior de hombre, de seda dorada, pero aquello no bastaba para acusarlo.

Volví al gran armario y palpé los bolsillos de las chaquetas. Nada. Cuando acabé, apagué la luz de la habitación y regresé al salón, donde utilicé la linterna para examinar los rincones y mirar en las estanterías y debajo de las sillas y de los sofás. Nada. Nada personal. Nada que indicase que Eddie Engels era otra cosa que un tipo coqueto que adoraba los caballos.

Había un mueble bar con botellas de whisky, bourbon, ginebra y coñac. No vi fotos familiares o de otros seres queridos. Aquél era un lugar terriblemente impersonal. El hogar de un fantasma.

Entré en la cocina. Como esperaba, era pequeña y estaba muy limpia. Tenía un rincón para desayunos, un fregadero en el que no había platos, un frigorífico que sólo contenía una botella de agua, y un calendario de 1950 clavado a la pared, sin anotación alguna en sus páginas.

Quedaba el cuarto de baño. Quizás el tal Eddie se soltara el pelo allí dentro. Tal vez tuviese la bañera llena de sirenas y cocodrilos. No hubo suerte: el cuarto de baño, con paredes de azulejos rosados, estaba impoluto y tenía un espejo gigante sobre el lavamanos y otro de cuerpo entero en la cara interior de la puerta. Eddie, el narcisista.

Sobre el retrete había un botiquín. Lo abrí pensando que encontraría la pasta de dientes y la maquinilla de afeitar, pero lo que vi allí fue media docena de pequeños estantes que contenían corbatas de seda enrolladas. Eddie, el impecable, utilizaba el espejo de cuerpo entero para asegurarse de que llevaba un nudo Windsor perfecto. Pasé la mano por la colección de corbatas, dispuestas según colores y diseños. Qué manía por el orden; qué manía por los detalles. Entonces advertí lo que parecía una extraña anormalidad; una corbata de seda, verde, sobresalía un poco de las demás. La toqué con el índice y noté algo sólido en el interior. La saqué con cuidado, la desenrollé, y cayó en mi mano el broche de diamantes de Maggie Cadwallader.

Lo contemplé perplejo. Al cabo de un minuto, más o menos, mi mente empezó a urdir planes. Volví a enrollar la corbata con el broche dentro y la coloqué de nuevo en su sitio, exactamente igual que como la había encontrado. Apagué la luz del cuarto de baño, salí y crucé el apartamento a oscuras hasta la puerta principal.

Cerré detrás de mí y comprobé el cerrojo para asegurarme de que no quedaban rastros de que hubiera sido forzado. No vi ninguno.

Todas las luces del patio estaban apagadas. Me quedé allí unos instantes, saboreando el prodigio de la noche y lo que acababa de descubrir, y me encaminé a la parte trasera del complejo de bungalós. Había un saliente de plancha ondulada debajo del cual se hallaban los coches de los residentes. El último de ellos, reluciente bajo el claro de luna, era un Ford del 49 rojo intenso con una capota blanca, de cuya antena de radio pendía una cola de zorro. Con un dedo, la agité.

—Tú has matado a Maggie Cadwallader y Dios sabe a quién más, degenerado hijo de puta —murmuré—, y voy a ocuparme de que pagues por ello.

9

Mi caso. Mi sospechoso. ¿Mi venganza? ¿Mi arresto? ¿Mi gloria y mi chollo? Todos esos pensamientos me asaltaron al día siguiente mientras hacía la ronda por una Central Avenue abrasada por el sol.

Había que tomar una decisión: actuar de manera racional o de manera quijotesca. Pensé más a fondo en mis opciones y, al terminar la ronda, tomé una decisión, humillante pero segura. Me puse la ropa de paisano y llamé a la puerta del capitán Jurgensen.

—Adelante —gritó.

Entré y lo saludé. Jurgensen dobló la punta de una página de su *Otelo* de edición de bolsillo, lo cerró y me miró.

—¿Sí, Underhill?

—Señor —respondí—. Sé quién mató a la mujer que apareció estrangulada en Hollywood la semana pasada. Tal vez haya matado a otras. Yo no puedo hacer el arresto. Tengo que poner mis pruebas a disposición de alguien en condiciones de formalizar la investigación, y por eso he venido a verlo.

—Perdición, apodérate de mi alma —dijo Jurgensen, y luego sacó una pipa y una bolsa de tabaco del cajón de su escritorio. Permanecí de pie mientras él se tomaba su tiempo en llenarla y encenderla. Era como si hubiese olvidado que yo me encontraba allí. Estaba a punto de aclararme la garganta cuando añadió—: Siéntate, por Dios, Underhill, y cuéntame lo que sabes.

Me llevó veinte minutos hacerlo, según el reloj eléctrico colgado en la pared del despacho del capitán.

Lo conté todo, excepto mi aventura sexual con Maggie

Cadwallader. Le hablé de las similitudes entre el asesinato de ésta y el de Leona Jensen. Le dije que en febrero había visto las cerillas en el apartamento de la última, y que eso había sido lo que me había llevado al Silver Star. No mencioné la existencia del broche de diamantes.

Mientras le contaba la historia, vi que la expresión de Jurgensen, normalmente estoica, oscilaba entre la curiosidad, la ira y una especie de amarga diversión. Cuando terminé, me miró en silencio. Le sostuve la mirada y sentí una falsa contricción, nadie iba a creer las libertades que me había tomado. Nos miramos a los ojos unos instantes más.

El capitán estaba muy serio. Empezó a golpear la cazoleta de la pipa contra la palma de la mano, de forma lenta y deliberada.

—Underhill —dijo—, eres un joven demasiado arrogante. En el transcurso de lo que arrogantemente llamas tu «investigación», has transgredido normas del Departamento que podrían acabar con tu carrera. Has cometido dos delitos que podrían mandarte a San Quintín y, de manera implícita, has puesto en ridículo a los detectives de dos divisiones y a la Brigada de Homicidios…

—Señor, yo…

—¡No me interrumpas, Underhill! Yo soy un capitán y tú un agente de patrulla, no lo olvides. —Jurgensen estaba rojo de furia, y una vena azul palpitaba en su cuello.

—Le pido disculpas, señor.

—Muy bien. Podría crucificarte por tu arrogancia, pero no lo haré.

—Gracias, señor.

—Todavía no me des las gracias. Eres un joven muy dotado, pero tu arrogancia es más grande que tu talento. En los agentes de policía, la arrogancia es intolerable. Tolerarla significaría fomentar la anarquía. El Departamento de Policía de Los Ángeles es una burocracia excelentemente organizada, y tú has jurado lealtad a ella. Tus acciones han denostado al Departamento. Debes saber, Underhill, que tu ambición está amenazando con matarte como policía. ¿Me comprendes?

—Sí, señor —respondí, tras aclararme la garganta—. He obrado de manera impulsiva y le pido disculpas, y no sólo a usted, sino

también al Departamento. Creo, sin embargo, que mis motivos eran sensatos. Quería que se hiciese justicia.

—No, Underhill. —Jurgensen sacudió la cabeza y rió con desprecio—. Tú no querías que se hiciese justicia. Eso lo creería de muchos agentes jóvenes, pero no de ti. Aparte del autobombo, creo que ni siquiera sabes lo que quieres, pero seguro que no es justicia. ¿Te burlas del código penal de este estado y afirmas que lo que quieres es justicia? No insultes mi inteligencia, por favor.

La ira de Jurgensen empezaba a disminuir. Intenté desviar su ataque.

—Con el debido respeto, señor, ¿qué piensa de mi caso?

—¿Tu caso? Creo que, en este momento, no tienes más que un sospechoso importante y el don de una intuición increíble. Por ahora, ese hombre, Engels, no es más que un jugador y un mujeriego, y ni uno ni lo otro constituyen delito. Probablemente también sea marica, lo que no lo convierte en un asesino. No *tienes* ninguna prueba de peso contra él. A decir verdad, tu caso no me merece demasiado respeto.

—¿Y mi intuición, capitán?

—Confío en ella, Underhill, o ya te habría suspendido de tu cargo hace media hora.

—¿Entonces, señor?

—Entonces, ¿qué es lo que quieres, Underhill?

—Quiero participar en la investigación y, a final de año, cuando apruebe el examen a sargento, quiero entrar en la Brigada de Detectives.

Jurgensen rió con acritud. Abrió un cajón del escritorio, sacó un bloc de notas y escribió algo en él. Luego, arrancó la hoja y me la tendió.

—Ésta es la dirección de mi casa, en Glendale. Ven esta noche a las ocho y media. Quiero que le cuentes tu historia a Dudley Smith. El decidirá la trayectoria de esta investigación. Y ahora, déjame en paz.

Cuando dijo «Dudley Smith», los gélidos ojos azules de Jurgensen se clavaron en los míos como si fueran dardos envenenados, al tiempo que esperaban que yo mostrase miedo o aprensión. No lo hice.

—Sí, señor —dije. Me puse en pie y me marché sin saludarlo.

Dudley Smith era teniente de la Brigada de Homicidios, un personaje temible y un poli legendario que había matado a cinco hombres en acto de servicio. Nacido en Irlanda y criado en Los Ángeles, todavía conservaba su acento agudo y musical, tan bien afinado como un Stradivarius. A menudo daba conferencias en la Academia sobre técnicas de interrogatorio, y recordé que ese acento podía sonar tranquilizador o brutal, inquisitivo o de azoramiento compasivo o airado.

Medía más de un metro ochenta de estatura y era ancho como un armario. Todo él era pardo: cabello pardo cortado al uno, pequeños ojos pardos y un sempiterno color pardo. La expresión de su rostro metía miedo, fuera cual fuese la técnica de interrogatorio que estuviera explicando. Era un actor consumado, poseía un ego enorme y estaba acostumbrado a cambiar de papel en un abrir y cerrar de ojos, y sin embargo siempre conseguía transmitir una personalidad cabal al papel que representaba.

Cuando se realizó la investigación de la Dalia Negra, yo era alumno de la Academia. Smith se encargó de encerrar a todos los delincuentes sexuales conocidos de Los Ángeles. Después de terminar su conferencia, siendo como era un actor enamorado de los aplausos, nos habló sobre la «escoria humana» con la que debía tratar. Nos dijo que en su búsqueda del asesino de Elizabeth Short, «esa muchacha trágica y ansiosa de emociones», había oído, visto y hecho cosas que esperaba que nosotros, la «crema de la hombría de Los Ángeles», a punto de entrar «en la misión más grandiosa de esta tierra de Dios», no tuviéramos que oír, ver o hacer jamás. Fue un discurso brillante y elíptico. Durante muchas semanas, las especulaciones sobre la severidad de los métodos de Smith fue el principal tema de conversación en la Academia. Quise saber más sobre él y pregunté al sargento Clark, uno de mis instructores.

—Es un hijo de puta brutal que siempre se sale con la suya —respondió.

Nunca se descubrió al asesino de Elizabeth Short, lo cual significaba que Smith era humano y falible. Ese anochecer, mientras

me dirigía en coche de Los Feliz a Glendale, me animé a fuerza de lógica. Repasé mi relato desde todos los ángulos posibles, sabiendo que no podía admitir, de ninguna manera, haber conocido personalmente a Maggie Cadwallader. Estaba dispuesto a representar un gran papel, a lamerle el culo al gran irlandés, a mostrarme confidente, a hacerme el ignorante, el servil, cualquier cosa menos el estúpido, en mi esfuerzo por participar en la investigación que conduciría al arresto de Eddie Engels.

El capitán Jurgensen vivía en una pequeña casa de estructura de madera en una calle sin árboles que daba a Brand Avenue, cerca del centro de Glendale. Mientras subía la escalera, un perro empezó a ladrar y oí que Jurgensen lo hacía callar.

—Es un amigo, *Coronel*. Un amigo. Silencio.

El perro gimoteó y se acercó corriendo a saludarme, al tiempo que se lanzaba de lleno a mi entrepierna.

Jurgensen estaba en el interior del porche acristalado, sentado en una silla de jardín.

—Hola, Underhill —me dijo—. Siéntate. —Señaló un sillón de mimbre que había junto a él, y me senté.

—Lo de esta tarde, capitán…

—Olvídalo, Fred. —Me hizo callar como al perro—. Ya se ha dicho bastante. A partir de ahora, quedarás temporalmente vinculado a la Brigada de Detectives. El teniente Smith te lo contará. Llegará en unos minutos. ¿Quieres un té helado? ¿Una cerveza?

—Prefiero una cerveza, señor.

El capitán la trajo en un tazón de café, y justo en ese instante vi un viejo Dodge de antes de la guerra detenerse junto al bordillo. Dudley Smith cerró cuidadosamente la portezuela, se subió los pantalones y cruzó el patio delantero en dirección a nosotros.

—No tengas miedo, Fred —dijo Jurgensen—. Es humano.

Reí y bebí un trago de cerveza al tiempo que Dudley Smith llamaba con fuerza en la endeble estructura de madera del porche.

—Pom, pom —dijo, con su aguda y musical entonación—. ¿Quién anda ahí? Dudley Smith. Ladrones salid. —Se rió de su ripio y luego entró y tendió una enorme mano al capitán Jurgensen—. Hola, John, ¿cómo estás?

—Dudley —dijo el capitán.

—¿Y este es nuestro joven y brillante colega, el agente Fred Underhill? —preguntó Smith al tiempo que señalaba con la cabeza en mi dirección.

Me puse en pie para estrechar la mano del gran policía y advertí, con satisfacción, que yo era cinco centímetros más alto que él.

—Hola, teniente —dije—. Es un placer conocerlo.

—El placer es mío, muchacho. ¿Por qué no nos sentamos? Tenemos cuestiones serias que discutir, y nuestros cuerpos deben estar relajados mientras nos estrujamos el cerebro. —Smith se encajó en la única silla acolchada del porche. Estiró sus largas piernas y miró a Jurgensen con una sonrisa—. Una cerveza, John, por favor. En botella, y tómate tu tiempo para traerla.

El capitán se alejó, diligente, mientras el gran irlandés me miraba con unos brillantes y pequeños ojos pardos, intensamente resaltados por su rudo y colorado rostro. Al cabo de unos instantes, dijo:

—Oficial Frederick U. Underhill, veintisiete años, graduado universitario, no ex combatiente. Calificaciones extraordinarias en la Academia, excelentes informes sobre su forma física en Wilshire y en la calle Setenta y siete. Ha matado a dos hombres en acto de servicio. Estoy gratamente impresionado, y me importan un carajo las acciones de vigilancia que hayas emprendido estos días por tu cuenta. John es un policía irritable y tradicional.

Yo no. Aplaudo tus acciones y te felicito por la sensatez de haber puesto tus hallazgos en manos de un oficial de rango superior. Ya basta de disparates. Háblame de mujeres muertas y asesinos. Tómate tu tiempo. Soy bueno escuchando.

Sus pequeños ojos pardos no se apartaron ni un instante de los míos, y permanecieron fijos en su objetivo mientras hurgaba en los bolsillos de los pantalones en busca de cigarrillos y cerillas. Encendió uno y echó el humo en mi dirección.

—Gracias, señor —dije, tras aclararme la garganta—. En febrero, trabajaba en la patrulla de Wilshire. Mi compañero y yo acudimos a la escena de un crimen, llamados por una mujer trastornada. La víctima era una joven llamada Leona Jensen. Había sido estrangulada y acuchillada en su apartamento. El lugar había sido

saqueado. Llamé a los detectives. Llegaron y dijeron que todo apuntaba a que la mujer había sorprendido al ladrón. En una mesa vi una caja de cerillas del bar Silver Star, pero en ese momento no le di ninguna importancia.

»La semana pasada, otra mujer fue estrangulada en su apartamento de Hollywood; lo leí en los periódicos. Se llamaba Margaret Cadwallader. Empecé a pensar en el parecido entre ambos casos. Los polis de Hollywood dijeron que de nuevo se trataba de un caso de robo con asesinato, y basaron toda su investigación en esa tesis. Yo, sin embargo, tuve la intuición de que las cosas eran distintas.

»Esa corazonada no me dejaba dormir, y yo confío en mis corazonadas, señor. Por eso, mi cifra de delincuentes arrestados es tan elevada.

»No sé cómo, pero intuí que ambas muertes estaban relacionadas. Me colé en la casa de esa tal Cadwallader… —Hice una pausa antes de soltar mi primera mentira flagrante—. Y bajo uno de los extremos de la alfombra de la sala encontré una caja de cerillas del mismo bar.

—Adelante, agente —me animó Dudley Smith.

—Bien. Entonces supe que esa mujer, Cadwallader, había estado en el Silver Star al menos una vez. Conseguí cambiarme al turno de día para poder ir al bar por la noche. Tenía la corazonada de que tanto Jensen como Cadwallader habían sido cazadas allí por un donjuán. Conseguí la ayuda del camarero, que me habló de un tal Eddie, un hábil manipulador que había ligado con muchas mujeres en el local. Eddie se presentó a la noche siguiente. El camarero me lo indicó con una seña. Intentó ligar, pero las mujeres lo rechazaron. Salió y lo seguí hasta un bar de maricas en Hollywood Oeste, y allí tuvo una discusión con un tipo. Luego lo seguí hasta el bungaló donde vive, junto al Strip. Permaneció allí toda la noche. A la mañana siguiente, lo seguí hasta el hipódromo de Santa Anita. Por su conversación con el hombre de la ventanilla de las apuestas de cincuenta dólares, deduje que era un jugador empedernido que, a menudo, iba a las carreras acompañado de mujeres.

»Enseñé una foto de Margaret Cadwallader al hombre de la ventanilla. Este me dijo que el apellido de Eddie era Engels, y que

en junio, había llevado a esa mujer al hipódromo para presenciar el premio Copa del Presidente. La identificó sin el mínimo asomo de duda. Yo llevaba la foto mezclada con la de otras mujeres, por lo que sé que la reconoció de veras.

»Luego llamé a Recepción e Inspección para obtener alguna información sobre los antecedentes de Engels y los coches que poseía. No tenía antecedentes, pero sí dos coches. A continuación visité distribuidores de automóviles y conseguí fotos de los coches que Engels tiene y los pinté con los colores auténticos. Después pasé por todos los locales nocturnos de Sunset Strip. Cuatro personas recordaron haber visto a Eddie Engels con Margaret Cadwallader. Apunté sus nombres y direcciones. Luego fui en coche hasta Hollywood. Un alumno de instituto recordó haber visto el Ford del 49 descapotable de Eddie Engels aparcado en la esquina del bloque del apartamento de Cadwallader la noche del crimen. Dijo que llevaba una cola de zorro atada a la antena de la radio. Más tarde, esa misma noche, me colé en el bungaló de Engels. No encontré ninguna prueba que pudiera relacionarlo con algún hecho delictivo pero vi su Ford del 49. Efectivamente, llevaba una cola de zorro en la antena. Y eso es todo, teniente.

Pensaba que Dudley Smith me atravesaría con su mirada severa e inquisitiva, pero no lo hizo. Se limitó a sonreír con malicia y encendió otro cigarrillo. Exhaló el humo y rió con ganas.

—Bien, muchacho —dijo—. Nos entregas a un asesino, eso seguro. En el caso de Cadwallader, no hay ninguna duda. En cuanto a la otra mujer…, ¿cómo se llamaba?

—Leona Jensen.

—Ah, sí. Bueno, de eso ya no estoy tan seguro… ¿Cuál fue la causa de la muerte, lo sabes?

—El forense que estuvo en la escena del crimen dijo que murió por asfixia.

—Ah, sí. ¿Quién estaba al mando de los detectives de Wilshire?

—Joe DiCenzo.

—Conozco a DiCenzo. Freddy, muchacho, dime cuál es tu impresión sobre ese degenerado de Engels.

—Creo que se ha cargado a Cadwallader, a Jensen y Dios sabe a cuántas más.

—¿Dios sabe? ¿Eres religioso, muchacho?

—No, señor, no lo soy.

—Pues tendrías que serlo. Oh, sí. En este caso, la Divina Providencia desempeña un importante papel.

El capitán Jurgensen regresó con una cerveza.

—Oh, gracias, John —dijo el teniente—. Danos diez minutos más, ¿quieres?

—Claro, Dud —respondió el capitán, antes de marchar de nuevo.

—Iba a decir, muchacho —prosiguió Smith—, que estoy enteramente de acuerdo contigo. ¿Cuántos años tienes? Veintisiete, ¿verdad?

—Sí, señor.

—No me llames señor, trátame de tú. Llámame Dudley.

—De acuerdo, Dudley.

—Magnífico. Bien, muchacho, yo tengo cuarenta y seis y he sido policía la mitad de mi vida. Durante la guerra, estuve en la Oficina de Servicios Estratégicos. Fui comandante en Europa y regresé a su puesto de sargento en el Departamento con la esperanza de ascender muy deprisa. Arresté a muchos criminales y me cargué a unos cuantos. Llegué a teniente y espero serlo siempre. Soy demasiado duro, listo y valioso como para convertirme en capitán y pasarme todo el día con el culo en el asiento, leyendo a Shakespeare como nuestro amigo John.

Dudley Smith se inclinó hacia mí y me agarró la rodilla con su enorme mano derecha. Bajó su voz de tenor y prosiguió:

—En Irlanda, los hermanos me enseñaron un amor y un respeto obedientes hacia las mujeres. Llevo casado veintiocho años con la misma mujer y tengo cinco hijas. Dios sabe que soy un tipo brutal, pero la dulzura que haya en mí se la debo a los hermanos y a las mujeres que he conocido. Odio a los asesinos, y odio a los asesinos de mujeres más que al mismísimo Satanás. ¿Compartes mi odio, muchacho?

Era su primer examen y yo quería pasarlo con la mejor nota. Tensé el rostro y con voz ronca susurré:

—Con todo mi corazón.

Smith me apretó más la rodilla. Quería que demostrase dolor en

señal de conformidad, y di un respingo. Me soltó y me froté la rodilla.

—Oh, sí. —Sonrió—. Magnífico. Es nuestro, Freddy, nuestro. Se ha cobrado a su última víctima. Que Dios tenga presentes mis palabras. —Se echó hacia atrás y se retrepó en su silla. Agarró la botella de cerveza y la vació de una sola vez—. Oh, sí. Magnífico. Detective Underhill. ¿Te gusta cómo suena, muchacho?

—Me gusta mucho, Dudley.

—Magnífico. Dime, muchacho, ¿cómo te sentiste cuando te cargaste a esos dos pachucos que habían matado a tu compañero?

—Me sentí enfadado.

—¿Y no lloraste, después?

—No.

—Magnífico.

—¿Cuándo empezamos, Dudley?

—Mañana, muchacho. Seremos cuatro. Dos jóvenes protegidos míos de la brigada y nosotros. Desde este momento, John queda apartado del caso. Desde este momento, yo soy tu superior. Durante la guerra, cuando estábamos en la Oficina de Servicios Estratégicos, teníamos un adjetivo para definir nuestras actividades; era «clandestino». ¿No te parece un adjetivo magnífico? Significa «secreto». Así será nuestro trabajo, clandestino. Sólo nosotros cuatro estaremos al corriente de él. Estoy en situación de conseguir cualquier cosa, cualquier expediente que necesitemos, tanto del Departamento como de cualquier otra agencia policial. Este caso es todo nuestro, y también lo serán la gloria, las aclamaciones todas nuestras, los elogios y los ascensos que consigamos tan pronto como atemos los cabos sueltos y obtengamos una confesión de ese monstruo de Eddie Engels.

—¿Y entonces?

—Entonces, muchacho, iremos al jurado de acusación, y dejaremos que el pueblo de nuestra magnífica República de California decida el destino de ese donjuán. Y sin lugar a dudas, mandarán al hijo de puta a la cámara de gas.

—Es lo que se merece, Dudley.

—Claro que sí, muchacho. Y ahora, escucha. Nuestro cuartel general estará en el hotel Havana, en el centro, en la Octava con

Olive. Ya he alquilado una habitación para nosotros, es la número dieciséis. Mañana preséntate allí a las ocho en punto. Ve de paisano, esta noche, duerme bien. Reza tus oraciones. Da gracias a Dios por ser blanco, libre, mayor de edad y un joven y brillante policía. Ahora, vuelve a casa. John se disgustará cuando se entere de que ha sido apartado del caso, y quiero poner freno a su orgullo. Ahora, vete.

Me puse de pie y estiré las piernas. Tendí la mano a Dudley Smith y le dije:

—Gracias, Dudley. No sabes lo mucho que esto significa para mí.

—Sí que lo sé, muchacho. Y sé que vamos a ser grandes amigos. Que Dios te bendiga. Y cuando reces tus oraciones, eleva una por el viejo Dudley.

—Lo haré.

—No, no lo harás —Smith rió—. Saldrás y te buscarás una chica estupenda, le mostrarás tu placa y le dirás que pronto serás el nuevo jefe de la policía. ¡Ja, ja, ja! le conozco, muchacho. Y ahora vete y déjame aplacar al viejo John.

Regresé al coche y me sentí tocado por la locura y el prodigio. Mientras conducía, me siguió una risa insensata y prodigiosa.

Aquella noche, la misma risa insensata llenó mis sueños. Me desgarraron unas dudas irritantes que adoptaron la forma de Wacky Walker y Dudley Smith, quienes hacían girar sus porras y se gritaban poemas obscenos el uno al otro. Reuben Ramos miraba, haciendo sonar su saxo y ofreciendo unos crípticos comentarios como si fueran los de un coro de drogatas en una tragedia griega. También estaba el capitán Bill Beckworth, que metía baza y me daba consejos que no le había pedido. «Cuidado, Freddy. Mejora mi *putt* y te convertiré en el rey de la comisaría de Wilshire. Tendrás todos los chochos y todo el prodigio que tu estómago sea capaz de tolerar. ¡Resucitaré a Walker y conseguiré que le den el premio Nobel! ¡Confía en mí!».

Desperté con una jaqueca terrible y la certeza de que Dudley Smith iba a excluirme de todos los aplausos que iba a ganar con el caso de Eddie Engels. Era el oficial superior, el que tomaba las decisiones, el que presentaría la acusación al fiscal de distrito cuando Engels fuese arrestado. Yo necesitaba una póliza de seguros,

y supe enseguida a quién debía llamar.

Me vestí despacio y desayuné. Freí una libra de hamburguesas para *Night Train*, que las engulló con avidez y lamió la parte interior del plato. De postre, le di un hueso. Lo royó mientras yo llamaba a Información y conseguía el número de la Oficina del Fiscal de Distrito de la ciudad de Los Ángeles. Todavía era temprano, pero esperaba que ya hubiese alguien allí. Marqué.

—Oficina del Fiscal de Distrito —respondió una voz de mujer.

—Buenos días —dije—. ¿Puedo hablar con la señorita Lorna Weinberg, por favor?

—¿Su nombre, señor, por favor?

—Soy el agente Fred Underhill.

—Un momento, agente. Ahora le paso la llamada.

Al cabo de unos instantes me llegó la voz de Lorna Weinberg.

—Hola —dijo en tono muy áspero.

—Hola, señorita Weinberg. ¿Se acuerda de mí?

—Claro que sí. ¿Me llama para algo relacionado con mi padre?

—No. Se trata de una cuestión personal y profesional. Necesito hablar con usted lo antes posible.

—¿Qué ocurre? —espetó Lorna.

—No puedo decírselo por teléfono.

—¿De qué se trata, señor Underhill?

—Sé algo que sin duda usted considerará importante. ¿Podemos vernos esta noche?

—Muy bien, pero no mucho rato. ¿Qué le parece delante del edificio del Ayuntamiento, en la entrada que da a Spring Street, a las cinco de la tarde. Puedo concederle quince minutos.

—Allí estaré.

—Buenos días, agente —se despidió Lorna Weinberg, y colgó el auricular antes de que yo tuviese tiempo de soltarle el ingenioso comentario que tenía preparado.

Hacía mucho calor, pero no me molestó en absoluto. Fui al centro, animado y expectante, y aparqué delante del hotel Havana, un viejo edificio de una sola planta construido con ladrillo rojo, en cuyo pequeño vestíbulo había un ascensor de aspecto frágil. Según mi reloj, eran las 7.59. Subí las escaleras de tres en tres para llamar a la puerta de la habitación dieciséis a las ocho en punto.

La abrió un corpulento hombre rubio con una camisa blanca de manga corta y una pistolera colgada del hombro. Le mostré mi placa y, con un movimiento de la cabeza, me hizo pasar. En medio de la sucia habitación estaban Dudley Smith y otro hombre, inclinados sobre una mesa de cartas plegable.

Smith volvió la cabeza y me saludó.

—¡Freddy, muchacho! ¡Bienvenido! Dejad que os presente. Caballeros, éste es el oficial Fred Underhill, mi nuevo protegido. Fred, éste es el sargento Mike Breuning. —Indicó con la cabeza al hombre rubio y fornido—. Y éste el agente Dick Carlisle. —Señaló hacia el otro hombre, un tipo alto y delgado, de rostro cetrino y con gafas de montura metálica. Estreché la mano a mis nuevos compañeros e intercambié frases ocurrentes con ellos, hasta que Dudley Smith se aclaró la garganta con fuerza y requirió nuestra atención.

—Ya basta de gilipolleces —dijo—. Freddy, cuéntales tu historia a Mike y a Dick. No omitas nada. Aquí, de pie junto a la mesa, como un buen maestro de ceremonias. Así… Magnífico.

Breuning y Carlisle acercaron sendas sillas mientras yo me situaba donde Smith me había indicado. Tardé quince minutos en contar mi relato. Mientras, Smith se sentó en la cama y fumó, bebió café y me sonrió. Breuning y Carlisle se mostraron impresionados. Miraron a Dudley Smith en espera de su confirmación, casi como perros que acatasen en todo a aquel enorme policía.

—Oh, sí —dijo con una sonrisa—. Un asesino de mujeres vivo y auténtico. ¿Algún comentario, muchachos? ¿Alguna pregunta?

Carlisle y Breuning negaron con la cabeza.

—¿Y tú, Freddy? —preguntó Smith.

—Sólo una. ¿Cuándo empezamos?

—¡Ja, ja, ja! ¡Magnífico! Ahora mismo. Escuchad: he aquí vuestras misiones. Tú, Mike, irás de inmediato a Horn Drive. Seguirás a Eddie Engels durante todo el día y toda la noche, hasta que regrese a casa a dormir. Si liga con alguna mujer, te pegarás a él cuanto puedas. ¿Captas el sentido de mis palabras, muchacho? Este monstruo no tiene que cobrarse ninguna víctima más. Freddy, tú también irás a Horn Drive. Interrogarás a la gente acerca de su degenerado vecino. Quiero nombres y direcciones de todos los que

hayan sido testigos de violencia o abusos por parte de Engels. Dedica todo el día a ello. Dick, tú irás a la comisaría de Wilshire y hablarás con el sargento Joe DiCenzo. Pregúntale por el asesinato de Leona Jensen. Dile a Joe que yo trabajo en esta investigación en mi tiempo libre… Ya entenderá lo que quiero decir. Lee los expedientes del caso, el informe del forense, el inventario que hicieron los detectives de las pertenencias de la mujer, sus posesiones, todo. Toma notas. Yo me dedicaré a hurgar en los antecedentes de Eddie. Mañana nos encontraremos aquí, a la misma hora. Y ahora, id a trabajad y que el Señor os acompañe. —Dudley batió palmas con sus enormes manos para indicar que nos disolviéramos.

Breuning y Carlisle salieron por la puerta con aire inflexible y decidido. Yo me disponía a seguirlos cuando Dudley Smith me tomó por el brazo.

—Llámame esta tarde al Departamento, muchacho. Hacia las cuatro.

—De acuerdo, Dudley —repuse.

Smith aumentó la presión y luego me empujó con gentileza hacia la puerta.

Breuning estaba en la acera esperándome.

—Ya que los dos vamos hacia el Strip —dijo—, he pensado que podría seguirte.

—Claro. ¿Dónde tienes el coche?

—Al doblar la esquina. —Breuning arrastraba los pies, nervioso.

Advertí que quería decirme algo, e intenté ponérselo fácil.

—¿Cuánto tiempo llevas en el cuerpo, Mike?

—Once años. ¿Y tú?

—Cuatro.

—Matar a esos dos mexicanos tuvo que ser un palo fuerte.

—No pienso demasiado en ello.

—Ya lo supongo. A Dudley le caes bien, ¿lo sabes?

—Lo imagino. ¿Por qué lo dices?

—Porque me he fijado en cómo lo mirabas. —El rostro germano e impasible de Breuning se ensombreció—. Lo estudiabas como si fuera un demente. Mucha gente cree que Dudley está pirado, pero no lo está. Es un tipo absolutamente cuerdo.

—Te creo. Sólo es un actor, y un actor extraordinario, maldita sea. Sabe motivar a la gente. Ese es su don.

—Exacto. Quiere echarle el guante a ese Engels.

—Lo sé. Me lo ha dicho. Odia a los asesinos de mujeres.

—Hay más que eso. Ya lo verás. Lo conozco desde que yo era un novato. Todavía está cabreado por lo de la Dalia Negra. Me ha dicho que este caso de Engels es su penitencia por no haber detenido al asesino de ésta.

Me quedé pensativo unos instantes.

—Pero él no estaba al cargo de toda la investigación, Mike. Ni el DPLA al completo ni el Departamento del Sheriff encontraron al asesino. No fue culpa de Dudley.

—Lo sé, pero él se lo ha tomado como si lo fuera. Es un hombre muy religioso y considera lo de Engels algo muy personal. ¿Por qué saco a relucir todo esto? Porque Dudley quiere convertirte en su hombre número uno. Dice que tienes capacidad para llegar a lo más alto del Departamento. A mí eso no me va, me gusta ser un sargento de la brigada, pero tú tendrás que seguirle el juego a Dudley, y veo que no le tienes miedo. Eso es malo. Si haces que se enfade, te joderá de verdad. Esto era lo que quería decirte.

Sonreí ante aquella advertencia, la cual hizo que aumentase el respeto que sentía hacia Dudley Smith y que respetase a Mike Breuning por haberlo mencionado.

—Gracias, Mike —dije.

—De nada. Y ahora, vayamos deprisa hacia el Strip. Estoy impaciente por empezar.

Mike montó en su coche y arrancó detrás de mí. Fui directo hacia Wilshire con la esperanza de que a Eddie Engels no se le ocurriera madrugar y Mike tuviese a alguien a quien seguir. Tomé hacia el norte por La Ciénaga, y diez minutos más tarde enfilaba el Strip, con el coche de Mike justo detrás del mío. Al llegar al cruce con Horn Drive, me acerqué a la acera y señalé el bungaló de Engels y su viejo sedán Oldsmobile. Mike sonrió, alzó el pulgar y yo seguí colina arriba. Aparqué y me dispuse a realizar mis interrogatorios a pie.

Llamé a puertas de bungalós, de casitas bien cuidadas, de edificios de apartamentos que imitaban castillos franceses, de estudios de artistas y de mansiones de estilo morisco. Obtuve una sucesión de miradas inexpresivas, bostezos y frases de tipo «no, lo siento, agente, no puedo ayudarlo», pronunciadas en tono de aburrimiento. Eddie el fantasma. Aquello me tomó cinco horas. A las dos en punto, me acerqué hasta el restaurante de la esquina de Horn y Sunset y pedí dos hamburguesas con queso, patatas fritas, ensalada y un batido de piña tamaño grande. Estaba famélico y también nervioso por mi cita con Lorna Weinberg.

El hombre que me sirvió en la barra tenía todo el aspecto de estar harto de tomar refrescos. Mientras yo comía la ensalada, se repantigó ante mí y se dedicó a hurgarse los dientes y la nariz. Era obvio que estábamos destinados a conversar, sólo faltaba saber quién hablaría el primero. Lo hice yo, por pura necesidad.

—¿Podrías pasarme el catsup, por favor?

—Claro, colega —respondió, al tiempo que me tendía una botella de Heinz y se inclinaba hacia mí, soltándome todo el aliento en la cara—. ¿Trabajas para la Oficina del Sheriff? —preguntó.

—No, para el DPLA. ¿Has estado detenido?

—Llevo seis años limpio. He superado la libertad condicional. Toquemos madera. —Con un ademán exagerado, el tipo golpeó el mostrador con los nudillos.

—Te felicito —dije—. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando en este tugurio?

—Dos años. Toquemos madera.

—¿Conoces bien a la gente del barrio?

—¿Te refieres a la gente del barrio o a los clientes habituales del local?

—Muy hábil. Me refiero a la gente que vive en la vecindad y que frecuenta el local.

—Ah. —El hombre entornó los ojos con aire de sabiduría taleguera—. ¿Tienes a alguien concreto en mente?

—Sí. Un hombre llamado Eddie. Es un tipo bien parecido de unos treinta años. Cabello castaño y rizado. Viste de manera llamativa. Un ligón. Siempre va acompañado de alguna mujer guapa. ¿Lo conoces?

El camarero me miraba impasible. Cuando terminé, asintió de manera casi imperceptible.

—Sí, creo que sí.

—Soy agente de policía y doy buenas propinas —señalé—. Desembucha.

Miró alrededor para comprobar si alguien nos escuchaba. No había nadie.

—Lo ha descrito muy bien. Un tipo bien parecido. Un ligón. Ya me gustaría a mí tener las mujeres con las que he visto a ese hijo de puta. Escuche, agente…

Metí la mano en el bolsillo para sacar la foto de Maggie Cadwallader. Se la enseñé.

—¿Y a ella, la conoces? —pregunté.

El camarero estudió la foto con atención y negó con la cabeza.

—No, ese ligón no iría jamás con un monstruo como ése. Que cosa más…

—Calla. Háblame de las mujeres con las que lo has visto.

—Estrellas de cine —prosiguió, en voz baja—. Auténticas bellezas. Putas caras que se abrazan a él como si el mañana no existiera…

—¿Conoces a alguna de esas mujeres? ¿Suelen venir por aquí?

—Sólo cuando él las trae para tomar una hamburguesa rápida, porque vive por aquí cerca.

—¿Cómo lo sabes?

—Eso sí que es curioso. Una vez, estuvo aquí con una rubia guapísima. Ella lo incordiaba con algo y él se puso nervioso. La tía tenía la mano sobre el mostrador y Eddie empezó a apretársela. A la tía se le llenaron los ojos de lágrimas, le dolía de veras, y sin embargo sólo dijo: «Ahora no, cariño. En el apartamento todo lo que quieras, pero aquí no. Estaremos de vuelta en un minuto. Por favor, cariño». Se la veía asustada y excitada a la vez. Sabe lo que quiero decir, ¿no?

—¿Y cuándo fue eso? —pregunté.

—No lo sé. Hará unos meses.

—¿Has visto de nuevo a esa mujer, con o sin Eddie?

—Creo que no.

—¿Has visto a Eddie violento con alguna otra mujer?

—No, pero yo a eso no lo llamaría violencia.

—Calla. —Arranqué una hoja de mi bloc de notas y se la tendí —. Apunta tu nombre y dirección —le dije.

El ex presidiario lo hizo; observé que la mandíbula le temblaba ligeramente.

—Mire, agente…

—No te preocupes —lo interrumpí con una sonrisa—. No tendrás ningún problema. Lo único que debes hacer es no comentar con nadie lo que hemos hablado. *Capisci*?

—Sí.

—Bien. —Me metí el papel en el bolsillo y dejé un billete de cinco dólares sobre el mostrador—. Quédate el cambio —añadí.

Encontré un teléfono público en el aparcamiento y llamé a Dudley Smith al hotel del centro. Tardó unos momentos en ponerse al aparato, y esperé en la sofocante cabina, sumido en mis pensamientos y con el auricular pegado a la oreja. De repente, me llegó su voz, aguda y musical.

—¡Freddy, muchacho! ¡Cuánto me alegro de oírte! Me recuperé deprisa y con voz calmada, dije:

—Buenas noticias, Dudley. En un restaurante de la zona vieron a nuestro hombre hace unos meses, con una mujer. El camarero me dijo que la maltrató físicamente y que a ella le gustó. Tengo su declaración.

Dudley Smith se quedó pensativo casi un minuto, considerando seguramente lo que acababa de decirle. En mi impaciencia, proseguí:

—Creo que es un sádico sexual, Dudley.

—Sí, claro. Bueno, muchacho, creo que nuestro amigo es muchas cosas. Yo también tengo noticias interesantes. Bien, mañana, Freddy, creo que vivirás algo grande. Pasa por casa a recogerme a las nueve en punto. Avenida Kelton, 2341, Westwood. Ponte un traje claro y ven dispuesto a aprender. ¿Has comprendido?

—Sí.

—Magnífico. ¿Querías decirme alguna otra cosa, muchacho?

—No.

—Magnífico. Entonces, nos vemos mañana.

—Adiós, Dudley.

Volví a casa, me duché y me cambié de ropa. Me afeité por segunda vez en el día. Conduje hasta el centro y combatí un cosquilleo de expectación que era nervios y excitación sexual a la vez. Entré en el aparcamiento para empleados del Ayuntamiento de la calle Temple y le mostré mi placa al empleado. Me peiné varias veces y comprobé en el retrovisor si tenía la raya del cabello bien hecha.

A las cinco en punto aparcaba frente a la entrada del edificio del Ayuntamiento que daba a la calle Spring, dispuesto a esperar a Lorna Weinberg.

Unos minutos más tarde, Lorna cruzaba la puerta acristalada. Cojeaba caminando con uno de los pies casi en ángulo recto, apoyada en un grueso bastón de madera con la puntera de goma. Llevaba un portafolios en la mano izquierda y parecía abstraída. Cuando me vio, frunció el entrecejo.

—Hola, señorita Weinberg —dije.

—Señor Underhill —repuso. Se pasó el bastón a la mano izquierda y tendió la derecha hacia mí. Se la estreché, y el apretón fue un recordatorio de que nuestra cita no era más que un encuentro entre dos profesionales.

—Gracias por haber accedido a verme —dije—. Sé que es usted una mujer ocupada.

Lorna asintió con brusquedad y cambió el peso de su cuerpo a la pierna buena.

—Y usted es un hombre ocupado. Busquemos un lugar donde hablar. Siento curiosidad por oír lo que tiene que decirme. —Quizá notó que estaba comportándose de manera demasiado cordial, porque añadió—: Espero que no me haga perder el tiempo. —Al ver que yo no respondía, preguntó—: No me lo hará perder, ¿verdad?

—Tal vez —respondí, y le ofrecí mi más amplia e inocente sonrisa—. ¿Cena usted?

—Sí, oficial. —Lorna frunció de nuevo el entrecejo—. ¿Y usted, agente?

—Sí, cada noche. Es una costumbre que arrastro desde niño. ¿Conoce algún restaurante decente por aquí cerca?

—No lo bastante cerca para llegar andando hasta allí.

—Podemos descansar por el camino o puedo llevarla en brazos. O podemos ir en coche.

Lorna recibió mis comentarios con una mueca y se mordió el labio inferior, pensativa.

—Sí —dijo—. Podemos ir en coche a algún sitio. En mi coche.

No le llevé la contraria ni por un instante, desde luego. Caminamos media manzana hasta Temple muy despacio y en silencio. Lorna cojeaba de manera uniforme, adelantando la pierna mala con una gracia y un ritmo casi perfectos. Si le dolía, no lo demostraba. Sólo el brazo en que llevaba el bastón, demostraba cierta tensión.

Intenté encontrar algo que decir, pero todas mis ocurrencias graciosas habrían estado fuera de lugar o habrían resultado bruscas. Al cruzar la calle, la tomé por el codo, pero se soltó, enfadada.

—Déjelo —dijo—. Me las apaño bien sola.

—Estoy seguro de ello —repuse.

Su coche era un Packard último modelo, con cambio automático y una plataforma especialmente dispuesta para su pierna mala. Sin consultarme, tomó hacia el norte, en dirección a Chinatown. Era buena conductora, y maniobró con destreza entre el tráfico de Broadway Norte, que por ser hora punta era muy abundante. Después de aparcar sin esfuerzo en un espacio pequeño y poner el freno de mano con un gesto ceremonioso, Lorna volvió su rostro hacia mí.

—¿Le gusta la comida china? —preguntó.

Por dentro, el restaurante era una maravilla arquitectónica de *papier-maché*. Las cuatro paredes tenían forma de cordilleras, con cataratas que se congregaban en una pecera llena de carpas doradas. Una luz azul verdosa que evocaba unos fondos submarinos bañaba el salón.

Un sumiso camarero nos condujo hasta un reservado del fondo y nos entregó los menús. Lorna estudió el suyo con solemnidad. Yo

articulé mis pensamientos de forma útil y concisa. Mientras leía el menú, la miré. Su rostro era muy hermoso, y tenía mucha fuerza. Alzó los ojos y se encontró con los míos.

—¿No va a comer? —preguntó.

—Tal vez —respondí—. Y si lo hago, ya sé qué tomaré.

—¿Tan rígido es usted? ¿No le gusta probar cosas nuevas?

—Sí, últimamente sí. Es por eso por lo que estoy aquí.

—¿Tiene eso un doble sentido, agente?

—Es una mezcla entre una proposición y una declaración de intenciones.

—¿Y eso tiene un doble sentido?

—Es una mezcla entre una paradoja y una falacia lógica.

—Y la parte que yo…

—La paradoja es el asesinato —la interrumpí—, letrada, y el hecho de que yo pretenda beneficiarme de la captura del asesino. La falacia lógica es que…, bueno, en parte estoy aquí porque es usted una mujer muy atractiva e interesante.

Lorna abrió la boca para protestar pero la hice callar alzando la voz.

—Perdone mi lenguaje, pero como dice un colega mío, basta de gilipolleces y comamos. Luego se lo contaré todo.

Lorna me miró con expresión de furia, y permaneció en silencio. Supe que estaba preparando una frase terrible como respuesta, pero, por suerte para mí, el camarero apareció y preguntó:

—¿Ya saben lo que van a tomar?

Antes de que Lorna lanzase su ataque, bebí un sorbo de té verde y empecé a contarle la historia de Freddy Underhill, el policía bribón, y su increíble persistencia e intuición. En varias ocasiones, empezó a preguntar, y me limité a sacudir la cabeza y continuar con la historia.

Durante mi monólogo, sólo cambió de expresión una vez, y fue cuando mencioné el nombre de Dudley Smith. Entonces, su mirada extasiada pasó a ser de enojo. Cuando terminé mi relato, llegó la comida. Lorna me miró, después miró el plato y lo apartó con una mueca.

—Después de lo que me ha contado —dijo—, no puedo comer.

—¿Me cree?

—Sí, al parecer todo encaja. ¿Y qué quiere de mí, exactamente?

—Cuando el caso esté cerrado, quiero presentar mis declaraciones personalmente a usted. Sé que Smith va a intentar apartarme de esto. No confío en ese hijo de puta, y para serle franco, quiero la gloria. ¿Todavía prepara usted casos para el jurado de acusación?

—Sí.

—Bien. Así que, tan pronto como tenga pruebas suficientes o tan pronto como arrestemos a Engels, iré a verla. Usted preparará el caso y el jurado de acusación declarará que hay indicios suficientes para juzgar a Engels.

—¿Y entonces, agente? —preguntó Lorna con sarcasmo.

—Entonces ambos tendremos la satisfacción de saber que Eddie Engels va derecho a la cámara de gas. Para su carrera, el caso le será de ayuda, y en cuanto a mí, entraré en la Brigada de Detectives.

Lorna permaneció callada, pensativa.

—Lo cual facilitará su trabajo —añadí, intentando animarla—. Presentaré muchos casos ante usted, pero sólo cuando esté seguro de que el arrestado es culpable. —Sonreí.

—Dudley Smith lo crucificará por esto —dijo Lorna.

—No, no lo hará. Es demasiado grande. El caso llegará a la prensa. Yo tendré mucho apoyo, tanto de ésta como del Departamento. Seré intocable.

Lorna revolvió el arroz frito con los palillos.

—¿Me ayudará? —pregunté.

—Sí —respondió—. Es mi trabajo, y mi deber.

—Bien. Muchas gracias.

—Es usted sumamente engreído.

—Lo que soy es sumamente eficiente.

—No lo dudo. Mi padre habla a menudo de usted. Lo echa de menos. Me dijo que usted ya no jugaba al golf.

—Lo dejé el invierno pasado. Poco después de conocerla a usted.

—¿Por qué?

—Mataron a mi mejor amigo y yo maté a dos hombres. El golf dejó de parecerme importante.

—Leí acerca de ello en los periódicos. A mi hermana le afectó

mucho. A mí también me preocupó. Me pregunté si estaría usted trastornado. Ahora veo que no. Entonces ya era un engreído, y ahora lo es todavía más. Es usted una persona de trato difícil.

—No, no lo soy. Soy un tipo agradable que se siente halagado porque se preocupó por mí.

—Pues no se sienta halagado. Fue algo puramente profesional.

—Digamos mejor puramente no profesional. No he dejado de pensar en usted desde que la conocí. Unos pensamientos agradables, cálidos, nada profesionales.

Lorna no contestó, pero se ruborizó. Fue un rubor puramente femenino, en absoluto profesional.

—¿Ha terminado de comer? —pregunté.

—Sí —respondió ella en voz baja.

—Pues vámonos.

Diez minutos después, habíamos regresado al aparcamiento de Temple. Me apeé y rodeé el coche hasta la puerta del conductor.

—Por favor, Lorna, sonría antes de darnos las buenas noches —le dije.

Lorna lo hizo a desgana, separando los labios y apretando los dientes.

—No está mal para una neófita. ¿Querrá cenar conmigo mañana? Conozco un sitio cerca de Malibú. Estará bien acercarnos al mar.

—No pienso que…

—Está bien, no piense.

—Mire, señor…

—Tutéame y llámame Freddy.

—Mira, Freddy, yo… —La resistencia y la voz de Lorna se debilitaron, hizo una mueca y sonrió, esta vez sin que lo hubiese pedido.

—Bien —dije, animado—. Quien calla, otorga. Te veré mañana a las seis en la puerta del Ayuntamiento.

Lorna clavó la vista en el volante para evitar mirarme a los ojos. Me apoyé en la ventanilla del coche y con gentileza, volví su cabeza hacia mí y la besé suavemente en sus labios cerrados. Soltó el

volante y me agarró el brazo con fuerza.

Interrumpí el beso.

—No pienses, Lorna. Mañana a las seis.

Corrí en dirección a mi coche sin darle tiempo a responder.

10

Dudley Smith y su prole femenina vivían en una casa modesta y espaciosa, un par de kilómetros al sur de Westwood Village. Me detuve ante la casa cinco minutos antes de la hora fijada para la cita. Me había puesto mi único traje claro, que estaba un tanto manchado y arrugado. Llamé al timbre y oí que varias voces y risitas de niña anunciaban mi llegada.

—¡Ya está aquí, papá!

—¡Papá, tu policía ha llegado!

—¡La visita, papá, la visita!

Las cortinas de la gran ventana panorámica que había junto a la puerta estaban descorridas, y vi el rostro de una niñita pecosa que me miraba. No dejó de hacerlo hasta que sonreí y la saludé con la mano. Entonces, me sacó la lengua y desapareció.

Al cabo de un instante, Dudley Smith abrió la puerta de par en par. Como era habitual, vestía un terno de lana, aunque estábamos en septiembre. La niña de rostro pecoso iba montada en sus hombros y lucía un vestido rosado de algodón. Desde su posición privilegiada me sonrió.

—Bienvenido, Freddy, muchacho —dijo Dudley tras agacharse y dejar a la niña en el suelo—. Bridget, querida, este joven caballero de tan magnífico aspecto es el agente Fred Underhill. Di hola al oficial, cariño.

—Hola, agente Fred —dijo Bridget, mientras me hacía una reverencia.

—Hola, Bridget, bonita.

—Oh, muchacho —dijo Dudley, tras una sonora carcajada que pareció auténtica—. Eres un rompecorazones, de veras. Bridget, llama a tus hermanas. Seguro que desean conocer a este joven caballero.

Bridget se marchó a toda prisa. Me asaltó un súbito sentimiento de pérdida, como me ocurre a veces cuando estoy rodeado de familias numerosas, pero lo superé de inmediato. Fue como si Dudley hubiese advertido el cambio repentino de mi estado de ánimo, porque dijo:

—Una familia es algo muy valioso, muchacho. Espero que tú también consigas formar una a su debido tiempo.

—Tal vez —dije, mientras echaba un vistazo a aquella sala de estar y notaba la calidez de su decoración—. ¿Por qué me has dicho que me pusiera un traje claro, Dudley?

—Se trata de algo simbólico, muchacho. Ya lo verás. No hablemos de esto aquí. Pronto lo sabrás.

Bridget volvió seguida de sus cuatro hermanas. Sus edades oscilaban entre los seis y los catorce años, y todas lucían el mismo vestido rosado de algodón. Eran como versiones bonitas y dulces de Dudley. Las chicas Smith se pusieron en fila detrás de Bridget, la más pequeña.

—Estas son mis hijas, Fred —anunció él, lleno de orgullo—. Bridget, Mary, Margaret, Maureen y Maidred.

Las chicas me hicieron una reverencia, que devolví de manera exagerada.

—Recordad mis palabras, damiselas —prosiguió Dudley, mientras me pasaba el brazo por el hombro con rudeza—. Algún día, este joven será jefe de policía. —Me agarró con más fuerza y mi hombro empezó a entumecerse—. Ahora, decid adiós a vuestro papá y al agente Fred, y despertad a vuestra madre, que ya ha dormido bastante.

—Adiós, papá. Adiós, agente Fred.

—Adiós, señor agente.

—Adiós.

Las chicas corrieron hacia su padre, lo agarraron por las piernas y comenzaron a tirar del traje. El les lanzó besos y las mandó hacia dentro antes de cerrar la puerta a nuestras espaldas. Mientras

cruzábamos el jardín en dirección a mi coche, dijo:

—¿Comprendes ahora, muchacho, por qué odio a los asesinos de mujeres más que al mismísimo diablo?

—Conduce y escucha, muchacho —decía Dudley—. Ayer conseguí algunos datos sobre ese guaperas de Eddie. Edward Thomas Engels, nacido el 19 de abril de 1919, en Seattle, Washington. Sin antecedentes delictivos, según he comprobado en el FBI. Sirvió en la Marina durante la guerra, del 42 al 46. Buen expediente. Licenciado con honores. Nuestro amigo tenía como pareja a una farmacéutica. He hablado con el Buró de Crédito de L.A. Financió la compra de dos coches a través de una empresa de préstamos, y ésta se informó acerca de él. Dio dos referencias de avalistas. Y ahora vamos hacia ahí, muchacho, a ver a los asociados conocidos de ese donjuán.

Nos detuvimos en el semáforo de Pico con Bundy. Miré a Dudley para que me diera alguna pista sobre nuestro destino.

—A Venice —dijo—. Sigue recto hacia el oeste.

—¿Y por qué el traje claro, Dudley? —insistí.

—Algo simbólico, muchacho. Jugaremos al poli bueno y al poli malo. Ese tipo al que vamos a ver, Lawrence Brubaker, es un viejo amigo de Eddie. Tiene un bar en Venice, un tugurio de maricones. Es un conocido homosexual con un largo historial de arrestos por conducta inmoral. Lo estrujaremos como si fuera un acordeón. Yo lo intimidaré y tú saldrás en su auxilio. Tú sígueme la corriente, muchacho. Confío en tu intuición.

Doblé a la izquierda por Lincoln y luego tomé el Venice Boulevard en dirección a la playa y a mi primer interrogatorio de verdad. Dudley Smith fumaba y miraba por la ventanilla con aire absorto.

—Aparca en Windward con Main —indicó por fin cuando divisamos el océano—. Iremos caminando hasta el bar y así tendremos tiempo de hablar.

Estacioné en el aparcamiento de la sede de la Legión Americana, me apeé, estiré las piernas y respiré aquel denso aire marino. Dudley cerró la portezuela del coche y apoyó la mano en mi

hombro.

—Ahora escucha, muchacho. He estado repasando la lista de asesinatos sin resolver de mujeres que encajen con el modus operandi de Eddie, el guapo. He encontrado tres, muchacho. Todas estranguladas, la primera en marzo de 1948. Otra fue encontrada a tres manzanas de aquí, en un callejón entre la calle Veintisiete y Pacific, apaleada y estrangulada. Tenía veintidós años, muchacho. Piensa en ello cuando interroguemos a ese degenerado de Brubaker.

Sonrió, con una expresión depredadora e impasible a la vez, y supe que ése era el auténtico Dudley Smith, despojado de toda su presunción como actor.

—De acuerdo, colega. —Asentí, al tiempo que un escalofrío recorría mi cuerpo.

Larry's Little Log Cabin se encontraba a una manzana de la playa y era una construcción de estuco pintada de rosa con puertas batientes de falsa secuoya y, por encima de éstas, un cartel con el horario del local, de seis de la mañana a dos de la mañana, el máximo permitido por la ley.

Antes de entrar, Dudley me dio un codazo y dijo:

—Sólo es un antro de maricones por la noche, muchacho. De día no es más que un local de tertulia de la gentuza de la zona. Sigue mi ejemplo y no molestes a esos canallas.

La sala era sumamente estrecha y estaba muy poco iluminada. En las paredes había cuadros con escenas de caza, y se veía serrín en el suelo. Dudley me dio otro codazo.

—Por la noche, Brubaker cambia la decoración, muchacho. Me lo dijo un sargento de la Brigada Antivicio de Venice.

Ante la barra en forma de tronco había siete borrachos mañaneros. Parecían acongojados y meditabundos. El camarero dormitaba al otro lado de la barra. Era como todos los camareros, un ser cansado. Dudley se acercó y dio un golpe con sus manazas sobre la barra. Esta tembló y los borrachos mañaneros salieron de su ensueño. El camarero sacudió la cabeza, sobresaltado, y empezó a decir:

—Bue… buenos días, se…

—¡Buenos días! —exclamó Dudley—. ¿Podría indicarme dónde encontrar al propietario de este distinguido establecimiento, el

señor Lawrence Brubaker?

El camarero intentó decir algo, pero cambió de opinión y señaló un pasillo que había en la parte trasera del local. Dudley asintió con la cabeza y luego me empujó delante de él en esa dirección al tiempo que me susurraba:

—Somos polis antagonistas, muchacho. Yo soy el pragmático y tú el idealista. Brubaker es marica y tú eres un joven muy atractivo. Le gustarás. Si tengo que ponerme duro con él, tú lo tranquilizarás con delicadeza. Además, no podemos ir al grano. Brubaker no debe saber que esto es la investigación de un asesinato.

Asentí con la cabeza y advertí, con sorpresa, que estaba muy excitado. Dudley llamó suavemente a la puerta.

—¡Larry, cariño, abre! —dijo en un extraño acento norteamericano, forzando las últimas sílabas y con una entonación ascendente.

Al cabo de unos instantes, nos abrió la puerta un mulato muy delgado, de ojos azules y prácticamente calvo. Nos miró fijamente por unos instantes antes de encogerse y retroceder en un acto casi reflejo.

—Pom, pom, ¿quién es? —dijo Dudley con su voz musical—. ¡Dudley Smith! ¡Maricones huid! ¡Ja, ja, ja! Somos agentes de policía, Brubaker, y estamos aquí para asegurar al electorado que hacemos bien nuestro trabajo, siempre alertas.

Lawrence Brubaker temblaba en medio de su despacho.

—¿Qué pasa, tío? —gritó Dudley—. ¿No tienes nada que decir?

—No molestes al caballero, Dud —intervine, siguiéndole el juego—. No es marica, sino el propietario de este local. —Le di un fuerte manotazo en la espalda—. Creo que ese sargento de la Antivicio está equivocado. Esto no es un antro de homosexuales, ¿verdad que no, señor Brubaker?

—No pregunto a mis clientes cuáles son sus preferencias sexuales, agente —repuso Brubaker con un hilo de voz.

—Bien hecho, ¿por qué tendría que hacerlo? —dije—. Soy el detective Underhill y éste es mi compañero, el detective Smith. —Propiné otra palmada en la espalda a Dudley, aún más fuerte. Dudley dio un respingo, pero me guiñó un ojo en señal de complicidad. Señalé un sofá que había al fondo del despacho y

añadí—: ¿Por qué no nos sentamos?

Brubaker encogió sus débiles hombros y ocupó la silla que estaba frente al sofá, mientras Dudley se sentaba en el borde del escritorio, con una pierna colgando y golpeando la papelera con el tacón del zapato. Por mi parte, me acomodé en el sofá y estiré las piernas hasta casi tocar los pies de Brubaker.

—¿Desde cuándo posee este bar, señor Brubaker? —pregunté al tiempo que sacaba un bloc de notas y un bolígrafo.

—Desde 1946.—Brubaker miró a Dudley y luego me miró a mí con aire taciturno.

—Bien —proseguí—. Señor Brubaker, tenemos numerosas quejas de que su bar es un centro de reunión de corredores de apuestas. Nuestros detectives nos han dicho que este local es un conocido garito.

—¡Y un antro de perversión homosexual! —gritó Dudley—. ¿Cómo se llamaba ese jugador de ropa llamativa al que interrogamos, Freddy?

—Eddie Engels, ¿no? —inquirí con inocencia.

—¡Ese es el pervertido! —exclamó Dudley—. Apostaba en todos los locales de maricones de Hollywood.

Cuando mencioné el nombre de Engels, los ojos de Brubaker brillaron un instante. Se mantenía en sus trece con estoicismo.

—¿Conoce a Eddie Engels, señor Brubaker? —pregunté.

—Sí, conozco a Eddie.

—¿Frecuenta este bar?

—En realidad no. Hace tiempo que no lo veo por aquí.

—Pero, antes, ¿solía venir?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Los primeros años que tuve el bar.

—¿Cuándo dejó de venir?

—No lo sé. Se mudó a otra zona. Se separó de la mujer con la que vivía. Ella era una asidua, y cuando rompieron Eddie dejó de venir.

—¿Eddie Engels vivió aquí, en Venice? —pregunté con aire cándido.

—Sí. El y Janet vivían en una casa cerca de los canales, junto a

la Veintinueve y Pacific.

—¿Cuándo fue eso? —pregunté tras contener una exclamación.

—A finales de los cuarenta. Desde mediados del 47 a principios del 49, creo recordar. ¿Por qué les interesa tanto Eddie? —Brubaker acercó sus pies a mis piernas estiradas y me rozó los tobillos. Sentí que se apoderaba de mí una especie de repulsión incómoda, pero no me moví. Con el rabillo del ojo vi que mi compañero movía el cuello.

—¡Ya basta de gilipolleces! —gritó Dudley—. Brubaker, ¿Eddie y tú sois amantes?

—Pero qué diablos… ¿Está usted…? —exclamó Brubaker.

—¡Calla, maldito degenerado! ¿Sí o no?

—No tengo que…

—¡Al carajo lo que tengas! ¡Esto es una investigación policial y debes responder a nuestras preguntas!

Dudley se puso en pie y se acercó a Brubaker, que se cayó de la silla, se levantó y retrocedió hacia la pared, tembloroso.

Me interpuse entre ellos mientras Dudley cerraba los puños.

—Tranquilo, Dud —dije, al tiempo que le daba un suave empujón en el hombro—. El señor Brubaker está cooperando y nuestra investigación no tiene que ver con homosexualidad, sino con apuestas ilegales.

—¡Vete a la mierda, Freddy, quiero pescar a ese degenerado de Engels! Quiero saber qué lo mueve.

Suspiré, solté a Dudley y volví a suspirar. Tomé a Brubaker del brazo y lo llevé al sofá. Se sentó y yo me acomodé a su lado, dejando que nuestras rodillas se rozaran.

—Señor Brubaker, le pido disculpas en nombre de mi compañero, pero tiene sus razones. ¿Podría hablamos de su amistad con Eddie Engels?

—Eddie y yo nos conocemos desde la guerra —dijo Brubaker—. Ambos estuvimos destinados en Long Beach. Nos hicimos amigos. Fuimos juntos a las carreras y nuestra relación de amistad continuó después de la guerra. Eddie es un tipo muy popular en el hipódromo y traía mucha gente aquí, al Cabin. Muchas mujeres hermosas, heterosexuales y lesbianas. Le presenté a Janet, Janet Valupeyk, y ambos se vinieron a vivir juntos a Venice. Eddie aún

aparece por aquí de vez en cuando, pero cada vez menos desde que rompió con Janet.

—Y le gustan los chicos, ¿verdad? —preguntó Dudley en un susurro.

—Eso no es asunto mío, agente.

—¡Responde, ahora mismo!

—Es bisexual —dijo Brubaker, mirándose el regazo, avergonzado de divulgar aquella intimidad.

Dudley soltó una risotada triunfal e hizo chasquear los nudillos.

—Y Eddie, señor Brubaker, ¿cómo se gana la vida? —inquirí con amabilidad.

—Juega. Juega mucho, y casi siempre gana. Es un ganador.

Dudley me señaló la puerta con un movimiento de la cabeza. Brubaker seguía con la vista fija en el regazo.

—Gracias por su cooperación, señor Brubaker. Nos ha sido de gran utilidad. Que tenga un buen día. —Me puse de pie dispuesto a partir.

—Y tú, escoria humana, no sueltes una palabra de todo esto a nadie. ¿Has comprendido? —masculló Dudley, a modo de despedida.

Brubaker asintió en silencio. Le apreté el hombro con suavidad y seguí a Dudley hacia la puerta.

Mientras caminábamos de regreso a mi coche, Dudley soltó un fuerte «hurra».

—Freddy, muchacho, has estado magnífico. Claro que yo también. Y tenemos pruebas de peso de que Eddie vivía a dos manzanas de distancia cuando esa desgraciada joven fue estrangulada en el 48. ¿Te das cuenta, muchacho?

—Sí. ¿Vamos a encargar a alguien que investigue ese caso?

—No podemos, muchacho. Mike y Dick siguen a Engels las veinticuatro horas del día. En esta investigación sólo estamos los cuatro, y además se trata de un caso demasiado viejo, han pasado tres años y medio. Pero no te preocupes, muchacho. Cuando arrestemos a Eddie por el asesinato de Margaret Cadwallader, confesará todos sus pecados, no temas.

—Y ahora, ¿adonde vamos?

—A ver a esa mujer, Janet Valupeyk. Vive en el valle. Era la otra avalista del crédito de Eddie. Podemos mezclar los negocios con el placer, muchacho. Conozco un sitio estupendo en Ventura Boulevard, donde sirven un *corned beef* que se derrite en la boca. Te invito muchacho, en honor de tu actuación estelar.

Con la tripa llena de *corned beef* y col, Dudley y yo nos dirigimos a la casa de Janet Valupeyk en Sherman Oaks.

—Sólo espero que ese mariconazo de Larry no la haya llamado para ponerla sobre aviso. Con ésta, guante de seda, muchacho —dijo al tiempo que señalaba una gran casa blanca, estilo rancho, de una sola planta—. Es evidente que le sobra la pasta y no tiene antecedentes policiales. No es ningún delito caer hechizada a los pies de un ligón como Eddie.

Llamamos y nos abrió una mujer que rondaba los cuarenta años, hermosa y de carnes abundantes. Tenía los ojos empañados y llevaba un arrugado vestido amarillo de verano.

—¿Sí? —preguntó con la voz algo temblorosa.

—Somos agentes de policía, señora —respondió Dudley, mostrándole la placa—. Soy el teniente Smith y éste es el agente Underhill.

—¿Sí? —La mujer seguía sin enfocar por completo la mirada. Dudó unos instantes—. Pasen, por favor —añadió finalmente.

Sin que nos lo hubiera indicado, nos sentamos en el sofá de una gran sala con aire acondicionado. Ella lo hizo en un confortable sillón, nos miró y pareció echar mano de un recurso secreto en su esfuerzo por modular correctamente la voz.

—Soy Janet Valupeyk —dijo—. ¿En qué puedo ayudarlos?

—Contestando a unas preguntas —respondió Dudley con una sonrisa—. Tiene usted una casa verdaderamente encantadora, dicho sea de paso. ¿Es usted decoradora?

—No. Soy agente inmobiliaria. Vendo propiedades. ¿De qué se trata?

—Claro, señora. ¿Conoce usted a Eddie Engels?

Janet Valupeyk se estremeció levemente, se aclaró la garganta y con voz serena repuso:

—Lo conocí, sí.

—Claro. Ha dicho «lo conocí»; ¿significa eso que no lo ha visto recientemente?

—No, no lo he visto. ¿Por qué? —Su voz era firme pero su compostura empezaba a debilitarse.

—¿Se encuentra usted bien, señora Valupeyk? —inquirí.

—Calla —me espetó Dudley.

—Señora Valupeyk, el objetivo de nues… —proseguí.

—¡He dicho que te calles! —rugió Dudley, con la voz a punto de quebrársele.

Janet Valupeyk parecía en un tris de echarse a llorar.

—Espérame en el coche —me susurró Dudley—. No tardaré.

Salí a la calle y esperé, sentado en el capó de mi coche y preguntándome que habría hecho para irritar a Dudley.

Apareció al cabo de media hora. Se mostró conciliador pero firme, y en tono paciente, como si explicara algo a un niño idiota, dijo en voz muy baja:

—Cuando te indique que te calles, cállate muchacho. Fíjate en mí. Tenía que abordar a esa mujer muy despacio. Estaba drogada, muchacho, y demasiado confusa para entender las preguntas que le formulaban dos hombres.

—De acuerdo, Dudley —repuse, dotando a mi voz de un mínimo tono de orgullo—. No volverá a ocurrir.

—Bien, muchacho. Tengo más confirmaciones. Vivió con Eddie durante dos años. Pagaba las facturas de ese gigoló. En ocasiones, él le pegaba. Una vez intentó estrangularla, pero controló sus instintos. Es un antiguo cazador de chochos, muchacho. Incluso viviendo con la solitaria Janet, salía por ahí a ligar con muchachas. Janet estaba enamorada de él, y Eddie la trató como si fuera basura. Fue de putas y les pagó para que soportasen sus abusos. Y es marica, muchacho, marica de verdad. Los chicos son su pasión y las mujeres sus víctimas.

—¿Y cómo le sacaste todo eso? —Yo estaba asombrado.

—Cuando advertí que no estaba borracha sino drogada —explicó Dudley tras una carcajada—, registré su botiquín. Había un frasco de pastillas de codeína recetadas por un médico. Es toxicómana, muchacho, pero legal. Entonces, jugué con su miedo a perder esas recetas y me lo contó todo: Eddie la dejó por un

musculitos. La mujer quiere a Eddie y lo odia a la vez, pero, por encima de todo, lo que más quiere es codeína. Una tragedia, muchacho.

De regreso a L.A. tomé el camino más largo sin que Dudley me lo indicase. Laurel Canyon Boulevard, con sus rústicas y sinuosas calles, me daría todo el tiempo necesario para sondear a aquel hombre que crecía ante mis ojos en distintas direcciones.

Dudley Smith era un mago del prodigio, pero un mago brutal, y experimenté un sentimiento extraño y contradictorio hacia él. Era demasiado agudo para los juegos elípticos, y por eso fui directamente al grano.

—Háblame de la Dalia.

—¿La dalia? ¿Qué dalia?

—Qué gracioso. Hablo de la Dalia.

—Ah, oh, claro, la Dalia. ¿Qué es lo que quieres saber exactamente, muchacho?

—Lo lejos que tuviste que llegar en tu investigación, lo que viste, , lo que tuviste que hacer. —Me volví y le dediqué una mirada que esperaba que le transmitiese, a partes iguales, interés y complicidad en el secreto. Esbozó una sonrisa diabólica y sentí otro escalofrío.

—Tú permanece atento a la carretera, muchacho y yo te contaré. Has oído historias al respecto, ¿verdad?

—Pues no.

—Entonces, escucha la de una fuente fidedigna. He visto muchas mujeres asesinadas, muchacho, y la muerte de Elizabeth Short las supera a todas de lejos. Las atrocidades cometidas con ella desafían la lógica del mismísimo Satanás. Fue torturada sistemáticamente durante días, y luego serrada por la mitad cuando aún estaba viva.

—Dios mío —musité.

—Sí, muchacho, Dios mío. La investigación llevaba tres semanas en curso cuando me incorporé a ella. Me asignaron una misión especial: investigar a todos los psicópatas confesos que eran retenidos sin fianza como testigos materiales, aquellos a quienes los detectives consideraban sospechosos. Eran treinta, muchacho, la escoria de la tierra. Unos degenerados que odiaban a sus madres, violaban bebés y follaban con animales. De entrada, eliminé

veintidós. Rompiendo un brazo aquí y una mandíbula allá, los confronté con datos íntimos de las heridas de la encantadora Beth. Ninguno de ellos lo había hecho. Se sentían culpables, eran degenerados repugnantes que querían ser castigados, y los complací. Pero ninguno de ellos era culpable del crimen contra Beth.

Dudley hizo una pausa efectista y se desperezó, a la espera de que yo le pidiera que continuase.

—¿Y los otros ocho? —pregunté al fin.

—Ah, sí. Mis sospechosos más firmes, esos cuyas reacciones el viejo Dudley no era lo suficientemente astuto para calibrar… Pues bien, muchacho, fui lo bastante astuto para advertir que esos ocho tenían algo en común: eran dementes intratables, lunáticos delirantes que echaban espuma por la boca, capaces de cualquier cosa, lo cual dificultaba tratar con ellos. Yo estaba seguro que su demencia era de tal intensidad que soportarían cualquier grado de violencia física. Además, todos ellos habían estrangulado a la encantadora Betty. Lo habían confesado, ¿verdad?

»Los detectives con los que hablé me dijeron que pensaban que el asesino había colgado a Beth de una viga del techo, pues tenía marcas de cuerdas en los tobillos. Eso me dio que pensar. Necesitaba conmocionar a esos psicópatas degenerados. Necesitaba abrir una brecha en su insania. Primero alquilé el almacén de un amigo. Era un sitio grande, solitario, abandonado. Entonces, gracias a un patólogo del depósito de cadáveres que le debía un favor al viejo Dudley, me procuré el cuerpo de una mujer atractiva. Ya he dicho que me debía un gran favor, muchacho. Hice la vista gorda con ese tipo, y quedó en deuda conmigo de por vida.

»Una noche, muy tarde, Dick Carlisle y yo metimos el fiambre en el almacén. Yo le teñí el cabello de negro azabache, como el de la Dalia. La desnudé, até sus tobillos con una cuerda y con ayuda de Dick la pusimos de pie y la colgamos de una viga del techo. Entonces, Dick salió, fue a los calabozos del Palacio de Justicia y trajo a nuestros ocho degenerados. Les enseñé la muerta uno por uno, con los aditamentos apropiados. Uno de ellos era un navajero, tenía antecedentes por peleas con arma blanca. Le tendí un cuchillo de carnicero y le dije que rebanara el cuerpo. Apenas consiguió

hacerlo. No lo llevaba dentro. Otro de los puercos abusaba sexualmente de niñas pequeñas. Acababa de salir de Atascadero en libertad condicional. Su modus operandi consistía en pedir a las niñas que le besaran las partes íntimas. Hice que besara las partes íntimas de la chica muerta, que oliera de cerca la carne de su sexo muerto. No pudo. Y así una y otra vez. Yo buscaba una reacción tan vil, tan inenarrable que me indicara que ese pervertido había matado a Beth Short.

Me quedé pasmado. Sin habla. Apreté con tanta fuerza el volante que pensé que saldría disparado por el parabrisas. Cuando asimilé todo aquello, pregunté con voz temblorosa:

—¿Y qué pasó?

—Pues que los tuve allí toda la noche, muchacho, obligándolos a mirar el cadáver. Les pegué, y Dick también, y les hicimos besar y acariciar el fiambre mientras los interrogábamos.

—¿Y?

—Y ninguno de ellos había matado a la encantadora Beth, muchacho.

—Dios mío.

—Dios mío, sí. No encontré al asesino de la Dalia, muchacho. Y en el fondo de mi corazón sé que nadie lo encontrará nunca. Llevé a la muerta de nuevo a la morgue para que la incineraran. Era una solitaria Jane no sé cuántos que, sin saberlo, ayudó a la justicia con su muerte. A la mañana siguiente, fui a confesarme. Le conté al sacerdote lo que había hecho y le pedí la absolución. Me la dio. Y luego fui a casa y recé a Dios, a Jesucristo y a la Virgen María pidiéndoles que me dieran la fuerza para volver a hacerlo, una y otra vez, si era necesario, en nombre de la justicia y la Iglesia.

Ya estábamos llegando a Hollywood. En el cruce de Crescent Heights y Sunset me acerqué a la acera y me detuve.

Miré el rostro demoníaco y enrojecido de Dudley, y él me sostuvo la mirada.

—¿Y entonces, muchacho? —preguntó, imitando mi acento.

—¿Y entonces, qué, Dudley? —conseguí decir con voz firme.

—¿Crees que Dudley es un lunático?

—No, creo que es un actor de primera categoría.

—¡Ja, ja, ja! Bien dicho. Actor… ¿No será un eufemismo de

«loco», muchacho?

—No. Lo que pasa que a veces no estoy seguro de qué papel estás representando.

—Mira, muchacho —dijo al tiempo que fijaba en mí sus diminutos ojos de depredador—, represento mis papeles en nombre de la justicia, y yo soy todos los papeles. Eso no lo olvides.

—Seguro, Dudley.

—Y no creas que no te conozco, muchacho. No pienses que no sé lo listo que te crees. No pienses que no he notado cómo te ha gustado darme esos golpes delante de Brubaker. No creas que no sé lo muy hijo de puta que opinas que soy. ¡Ja, ja, ja! Basta de tristeza y contención, muchacho. Llévame al centro y tómate libre el resto del día.

Dejé a Dudley en el cuartel general de la División Central en Los Ángeles Street. Me tendió su manaza y se la estreché.

—Hasta mañana, muchacho. A las ocho de la mañana en el hotel. Repasaremos nuestras pruebas y decidiremos cuándo detener a Eddie.

—De acuerdo, Dudley.

Me apretó la mano hasta que lo complací con una mueca de dolor. Entonces, me guiñó un ojo y se marchó, y yo me quedé pensando en la locura y la salvación.

Faltaban cuatro horas para mi cita con Lorna y no tenía nada que hacer. Fui a casa y escribí un informe completo de mi implicación en el caso de Margaret Cadwallader. Lo metí en un sobre y lo cerré. Di de comer a *Night Train*, me cambié de ropa y volví a afeitarme.

De camino al centro, me detuve en una floristería y compré una docena de rosas rojas de tallo largo para Lorna. No supe por qué, pero me hicieron pensar en la chica muerta cuyo sueño eterno Dudley Smith había interrumpido de manera tan perversa. Empecé a asustarme un poco, pero pensar en Lorna convirtió mi miedo en una extraña simbiosis de esperanza y de los raros vericuetos de la justicia.

Esperé impaciente, con las rosas rojas en la mano, frente a la

entrada del Ayuntamiento del lado de Spring Street hasta las seis y media.

Lorna estaba dándome plantón. Corrí hasta el aparcamiento de Temple y allí descubrí su coche. Enfadado, volví al Ayuntamiento y entré. Miré las placas del vestíbulo. La Oficina del Fiscal de Distrito ocupaba dos plantas enteras. Nervioso, monté en el ascensor, aunque lo que de verdad quería era subir corriendo los nueve pisos. Recorrí los pasillos desiertos de la novena planta y asomé la cabeza por las puertas abiertas que encontré. Todos los despachos estaban vacíos. Miré incluso en el lavabo de señoras. Nada.

Oí a lo lejos el tableteo de una máquina de escribir. Seguí el pasillo hasta una puerta de cristal con el letrero «Investigaciones del Jurado de Acusación» en letras negras. Llamé con suavidad.

—¿Quién es? —preguntó Lorna en tono de enfado.

—Un telegrama, señora —respondí, disfrazando mi voz.

—Mierda —murmuró—. Está abierto.

Abrí. Lorna alzó los ojos de la máquina de escribir, me vio y saltó hacia la puerta en un intento de bloquearme el paso. La esquivé y cayó al suelo.

—Mierda, oh mierda. Dios mío —dijo, al tiempo que se arrastraba hacia la pared para sentarse apoyada en ella—. ¿Qué demonios quieres hacerme?

—Acechar tu corazón —respondí, lanzando el ramo de rosas sobre su escritorio—. Vamos, deja que te eche una mano.

Me agaché, tomé a Lorna por las axilas y, con cuidado, la ayudé a levantarse. Hizo unos débiles intentos de apartarme, pero estaba claro que eran fingidos. La abracé con fuerza y no se resistió.

—Teníamos una cita, ¿recuerdas? —susurré entre sus cabellos castaños.

—Sí, lo recuerdo.

—¿Estás lista para salir?

—Pienso qué…

—Ya te dije anoche que no pensaras.

—No me digas lo que debo hacer, Underhill —murmuró—. No sé lo que quieres, pero sé que me subestimas. He vivido lo mío. Tengo treinta y un años. He catado la promiscuidad y el amor verdadero, y ambas cosas son como mi pierna mala, no funcionan.

No necesito un amante caritativo. No necesito un amante de las deformaciones. No necesito compasión, y lo que menos necesito es un policía.

—Pero a mí sí que me necesitas.

—¡No! —Alzó la mano para abofetearme.

—No lo hagas, letrada —le advertí—, porque tendré que denunciarte por atacar a un agente de policía. Deberás investigarlo tú misma y luego encontrarte en la incongruente posición de ser la acusada, la investigadora y la fiscal al mismo tiempo. Así que, adelante.

Lorna bajó la mano y se echó a reír.

—Muy bien —dije—. Retiro todos los cargos y te concedo la libertad bajo custodia.

—¿Bajo custodia de quién?

—De mí.

—Y, ¿en qué condiciones?

—Para empezar, que aceptes mis flores y que cenes conmigo esta noche.

—¿Y luego?

—Eso dependerá de tus informes de buena conducta.

—La buena conducta, ¿me rebajará la pena? —Lorna rió de nuevo.

—No —respondí—, porque creo que lo tuyo va a ser cadena perpetua.

—Estás fuera de tu jurisdicción, agente, como una vez dijiste tú de mí.

—*Touché*, Lorna. Dejémoslo así. ¿Vamos a cenar?

—De acuerdo. Las flores son preciosas. Permíteme que las ponga en agua y luego nos marchamos.

Fuimos a la playa, al Malibu Rendezvous, un elegante restaurante junto al mar que tenía en mi lista desde los «viejos tiempos», cuando soñaba con la mujer «definitiva».

En esos momentos, pasados los años, me dirigía en coche hacia allí como adulto, como policía, con una abogada judía tullida que, sentada a mi lado, hacía anillos de humo y me lanzaba miradas furtivas.

—¿En qué piensas? —le pregunté.

—Me dijiste que no pensara. ¿No te acuerdas?

—Lo retiro.

—Bien. Estaba pensando que eres demasiado guapo. Eso desarma, y es probable que la gente te subestime por ello. Sin embargo, hay un aspecto de ti que podría aprovecharse muy fácilmente.

—Muy perspicaz. ¿Y qué otras cosas pensabas?

—Pensaba que eres demasiado bueno para ser policía. No, no me interrumpas. No quería decir exactamente eso. Me alegra que seas policía. Si no lo fueras, Eddie Engels seguiría en libertad para matar con total impunidad. Lo que ocurre es que podrías ser cualquier cosa que quisieras. Así, literalmente. También pensaba que no me apetece que me adules en un restaurante de buen tono. No quiero atraer miradas de compasión con mi cojera.

—Entonces, ¿por qué no cenamos en la playa? Cualquier restaurante puede prepararnos un picnic y una botella de vino.

Lorna sonrió, me echó un anillo de humo a la cara y luego arrojó el cigarrillo por la ventanilla.

—Eso sí me parece una buena idea —dijo.

Estacioné en el aparcamiento de un restaurante que se encontraba a cien metros de la playa. Mientras yo iba por la comida, Lorna esperó en el coche. Pedí tres raciones de cangrejos y una botella de chablis. El camarero dudó ante la idea de tener que empaquetar una cena «para llevar», pero cambió de opinión cuando le pasé por la cara un billete de cinco dólares. Incluso descorchó la botella y me proporcionó dos vasos.

Cuando regresé, Lorna me aguardaba fuera del coche, fumando. Al verme, alzó la vista al cálido cielo estival y lo señaló con el bastón. Yo también miré hacia arriba, decidido a grabar en mi memoria aquella luz crepuscular y una formación de nubes bajas.

Para llegar a la arena había que bajar un tramo de inseguros escalones de madera. Yo llevaba la bolsa con la comida, y Lorna cojeaba a mi lado. Los escalones no eran lo bastante anchos para que bajáramos los dos a la vez por lo que tomé a Lorna por el hombro y se estrechó contra mi pecho al tiempo que descendía saltando sobre su pierna buena, riendo. Cuando llegamos a la playa, jadeaba.

Encontramos un buen sitio elevado en el que sentarnos. El sol era una esfera naranja que fenecía y se reflejaba en algunas hebras del cabello claro de Lorna, arrancándole reflejos dorados.

Nos sentamos en la arena y dispusimos la comida sobre la bolsa de papel marrón en que venía envuelta. Sin que nos detuviera ningún ceremonial, y sin pronunciar palabra, precedimos a dar cuenta de los cangrejos. El sol se puso mientras comíamos, pero la luz que salía por la gran ventana del restaurante proyectaba un fulgor ambarino que nos permitía mirarnos en silencio.

Serví dos vasos de vino y Lorna encendió un cigarrillo.

—Por el 2 de septiembre de 1951 —dije.

—Y por los inicios. —Lorna sonrió mientras hacíamos chocar los vasos.

Yo no sabía muy bien qué decir, pero Lorna sí.

—¿Quién eres? —preguntó.

Bebí el vino de un trago y noté que me subía a la cabeza casi de inmediato.

—Soy Freddy Upton Underhill —contesté—. Tengo veintisiete años. Soy huérfano, graduado universitario y policía. Eso lo sé. Y también sé que me has pillado en la época más excitante de mi vida.

—¿Pillado? —Lorna soltó una carcajada.

—No, para ser más exactos, yo te he pillado a ti.

—No me has pillado.

—Por ahora.

—Y es probable que nunca me pilles.

—Es probable que te equivoques, Lorna.

—Mira, Freddy, tú no me conoces.

—De momento.

—Muy bien, de momento.

—Pero, en cierto sentido, sí que te conozco. El invierno pasado estuve en casa de tu padre y vi fotos tuyas. Hablé de ti con Siddell, y ella me contó lo del accidente y la muerte de tu madre. Entonces presentí que te conocía, y ahora todavía lo presiento.

—No tienes ningún derecho a husmear en mi vida. —Los ojos de Lorna brillaron de ira, y su tono de voz era gélido—. Y si te doy pena, nunca más volveré a verte. Iré hasta ese restaurante, llamaré

a un taxi y desapareceré de tu vida. ¿Comprendes?

—Sí —repuse, asintiendo con la cabeza—. Comprendo. Comprendo que no sé lo que es sentir pena porque nunca la he sentido por mí mismo. Siento pena por algunas de las personas que conozco en el trabajo, pero eso es fácil; sé que nunca más volveré a verlas. No, no me importa si tienes una pierna mala o dos o tres. Cuando te conocí en febrero lo supe, y todavía lo sé.

—¿Qué es lo que sabes?

—No me hagas decirlo, Lorna. Es demasiado pronto.

—De acuerdo. ¿Quieres abrazarme un rato?

Me acerqué a ella y, con torpeza, le pasé un brazo por los hombros. Ella me agarró por la espalda y apoyó la cabeza contra mi pecho. Apoyé una mano en la rodilla de su pierna mala. Ella la cogió y la depositó sobre uno de sus pechos, cerrándola alrededor de éste. Permanecimos así un buen rato.

—¿Me llevas hasta mi coche? —dijo finalmente, con voz tierna.

Al cabo de una hora nos abrazábamos de nuevo, en esta ocasión en el aparcamiento de Temple. Nos besamos, alternando la dulzura con la pasión. Pasó un coche patrulla, nos iluminó con los faros y siguió adelante. El policía sacudió la cabeza.

—¿Lo conoces? —preguntó.

—No, pero te conozco a ti.

—M uy bien. Me conoces y yo empiezo a conocerte.

—¿Cenamos juntos mañana por la noche?

—Sí, Fred, pero no quiero salir a cenar por ahí. Prefiero cocinar para ti.

—Eso suena fantástico.

—Mi dirección es Charleville, 8987, en BeverlyHills. ¿Te acordarás?

—Sí. ¿A qué hora?

—¿A las siete y media?

—Allí estaré. Ahora bésame para que pueda dejarte marchar.

Volvimos a besarnos, esta vez con prisas.

—No prolonguemos la despedida —dijo al tiempo que se soltaba y se alejaba hacia su coche.

11

El miércoles 3 de septiembre a las ocho de la mañana nos reunimos en el hotel Havana. Con una expresión severa en el rostro, Dudley Smith nos pidió nuestros informes y conclusiones.

El fue el primero en comunicar los resultados de sus pesquisas, y refirió nuestro interrogatorio a Lawrence Brubaker y Janet Valupeyk. Prosiguió con los tres casos sin resolver de homicidio por estrangulación ocurridos en Los Ángeles Oeste y en Venice, haciendo especial hincapié en la mujer encontrada en el callejón cerca de los canales de esa zona en marzo de 1948.

Breuning y Carlisle soltaron sendos silbidos de asombro ante estas nuevas ramificaciones del caso. Mike alzó una mano y dijo:

—Dud, Dick no ha conseguido absolutamente nada que vincule a nuestro chico con el homicidio de Leona Jensen. Tengo un amigo en Detectives de Venice que me dejaría acceder a sus ficheros. Si Engels vivía a dos manzanas cuando se cometió el crimen, es posible que en sus expedientes haya alguna mención.

—Mike, muchacho —dijo Dudley, sacudiendo la cabeza con paciencia—, tenemos bien pillado a ese maníaco por el homicidio de Cadwallader. Tranquilo, muchacho. Ahora pienso incluso que la muerte de Jensen no está relacionada. Freddy, tú descubriste el fiambre, ¿qué opinas?

—No lo sé, Dudley —respondí, midiendo las palabras con cuidado—. Si no hubiese descubierto esas cerillas en la escena del crimen, ahora no estaríamos aquí, desde luego. Pero empiezo a creer que sólo fue una grandísima coincidencia y que Engels no se

cargó a Leona Jensen. Engels es un estrangulador, y aunque Jensen fue estrangulada, también la acuchillaron. Me da la impresión de que Engels es un homosexual muy competente y remilgado, alguien que odia a las mujeres pero que aborrece la sangre. Estoy de acuerdo con Dudley, olvidaos del asesinato de Jensen. No es el mismo modus operandi.

—Se nota que has ido a la universidad. —Dudley rió—. Siempre dándole a la neurona. Mike, tú has seguido a Eddie; ¿qué has averiguado?

El impasible Mike Breuning se aclaró la garganta y miró a Dudley con aire servil.

—Estoy de acuerdo con Underhill, jefe. Engels es demasiado pulido, pero ha estado persiguiendo faldas y se ha acostado en su casa con tres tías distintas durante tres noches seguidas. Yo aparqué en el cobertizo contiguo a su bungaló por si oía señales de violencia, pero no he tenido esa suerte. Las mujeres se marcharon a la mañana siguiente sin una sola marca. Las he seguido a las tres de regreso a su coche. Engels les pagó los taxis para que volvieran a donde estaban sus vehículos, que en los tres casos se encontraban aparcados junto a bares de alterne de Hollywood. Tomé los números de las matrículas de esas damas por si las necesitamos como testigos.

—Buen trabajo, Mike —dijo Dudley al tiempo que alargaba la mano para darle una paternal palmada en el hombro—. Y tú, Dick, muchacho, ¿qué tienes que contarnos?

—Lo único que sé es que Engels es un asesino de sangre fría y un hijo de puta muy hábil —respondió Carlisle en tono decidido y con una mirada gélida tras sus gafas de montura metálica—. Yo digo que lo cojamos antes de que se cargue a otra mujer.

Dudley exploró nuestras expresiones en aquella diminuta habitación de hotel y dijo:

—Creo que en eso estamos todos de acuerdo, ¿no, chicos? —Al ver que asentíamos, añadió—: ¿Alguna pregunta, muchachos?

—¿Cuándo presentaremos nuestros cargos a la Oficina del Fiscal de Distrito? —quise saber.

Breuning y Carlisle se echaron a reír.

—Cuando Eddie Engels confiese, muchacho —repuso Dudley.

—¿Y entonces? ¿En qué prisión lo meteremos?

Dudley miró a sus compañeros, más experimentados que yo, en busca de apoyo. Ambos me miraron, sacudiendo la cabeza, y volvieron a mirar a Dudley.

—La policía, muchacho, no presentará ningún cargo ni pondrá en marcha la máquina burocrática hasta que Eddie Engels confiese. Mañana por la mañana, a las seis menos cuarto, nos encontraremos frente al patio de la casa de Eddie, el guapo. Iré en mi coche. Mike, tú recogerás a Dick y a Freddy. Mike y Dick, vosotros llevaréis escopetas. Freddy, tú lleva tu pistola de servicio. A las seis menos cinco daremos una patada a la puerta y meteremos el temor de Dios en el cuerpo de cualquier chica u homosexual que comparta la cama con él. Luego lo haremos marchar. Ya tengo preparado el lugar para el interrogatorio, un motel abandonado en Gardena. Freddy, Dick, Engels y yo iremos en mi coche. Mike nos seguirá en el suyo. Es muy probable que se convierta en un interrogatorio muy largo, muchachos, así que pasad la velada con vuestros seres queridos y decidles que tal vez tarden unos días en volver a veros. Y ahora, de pie, muchachos.

Lo hicimos, y formamos un pequeño semicírculo.

—Poned las manos sobre las mías.

Obedecimos.

—Ahora, muchachos, rezad en silencio una breve plegaria por nuestra operación clandestina.

Breuning y Carlisle cerraron los ojos con aire reverente. Yo también los cerré por unos instantes, y al abrirlos observé que Dudley tenía la mirada perdida.

—Amén —dijo finalmente, tras hacerme un guiño.

Lorna vivía una manzana al sur de Wilshire, cerca del distrito comercial de Beverly Hills. Su apartamento era la representación perfecta de su orgullo y su competencia; un ordenado espacio de un solo dormitorio con unos muebles caros y austeros que reflejaban su manera de ser, su sentido del orden y de la propiedad y una preocupación no obsesiva por el populacho. La casa era como un centro de sus intereses profesionales: las estanterías estaban repletas

de textos de leyes y volúmenes y volúmenes de códigos tanto de California como del resto de la nación.

En un rincón de la sala había un escritorio de madera de cerezo colocado en diagonal sobre el cual se veía un enorme diccionario y lo que parecían papeles oficiales, cuidadosamente ordenados en cuatro montones.

El apartamento era también un centro de prodigio, y me sentí orgulloso cuando Lorna me lo enseñó y me contó detalles de los maravillosos cuadros que colgaban de las paredes. Había una reproducción de El Bosco que representaba la demencia, criaturas obsesivas y grotescas que, en un ambiente submarino, importunaban a Dios o a quien fuera, para dar rienda suelta a su locura. También una de Van Gogh en la que se veían campos de flores yuxtapuestos contra unas altas hierbas marrones y un cielo sombrío. Asimismo, el *Noctámbulos* de Edward Hopper, tres personas solitarias sentadas en una casa de comidas, sin dirigirse la palabra. Era pasmoso y estaba cargado del prodigio de la soledad.

Tomé la mano a Lorna y se la besé.

—Tú sabes qué es el prodigio, Lorna —dije.

—¿Qué es? —preguntó a su vez.

—No lo sé, las cosas misteriosas, hermosas y elípticas que nunca llegaremos a comprender del todo.

Asintió. Sabía de qué le hablaba.

—¿Y es por eso por lo que te convertiste en policía?

—Exactamente.

—Lo que yo quiero es justicia. El prodigio es para artistas, escritores y personas creativas en general. Sus visiones nos transmiten la compasión necesaria para afrontar nuestras propias vidas y tratar a los demás con decencia porque sabemos cuán imperfecto es el mundo. Pero yo quiero justicia. Quiero hechos concretos. Quiero poder mirar a las personas a las que mando a los tribunales y decir: «Es culpable. Que la voluntad del pueblo refleje esa culpabilidad», o: «Es culpable con circunstancias atenuantes, que la voluntad del pueblo refleje la clemencia que recomiendo», o: «Es inocente, no tendrá que presentarse ante el jurado de acusación». Quiero ver resultados, no sólo el prodigio.

Nos acercamos a un gran sofá tapizado con un estampado de

flores y nos sentamos. Vacilante, Lorna me acarició la mano.

—¿Comprendes, Fred? —preguntó.

—Sí, sobre todo ahora. Quiero que se haga justicia con

Eddie Engels, y así será. Pero el sistema del jurado de acusación se basa en la gente y la gente es imperfecta y está movida por el prodigio; por lo tanto, la justicia no es un absoluto, sino que está supeditada al prodigio.

—Y eso es precisamente lo que me hace trabajar tanto. Nada es perfecto, ni siquiera la ley.

—Sí, lo sé. —Hice una pausa y metí la mano en el bolsillo de la chaqueta. Saqué un gran sobre de papel manila y se lo tendí—. Lorna, mañana arrestaremos a Eddie Engels. Como agente que realiza el arresto, éste es mi informe.

—Te veo preocupado. —Me miró fijamente y me apretó la mano.

—No, no lo estoy, pero necesito un favor.

—¿Cuál?

—No abras el sobre hasta que te llame. Olvídate de este caso hasta que lo haga. Y cuando Dudley Smith se presente ante ti, quiero que sepas que la verdad está en mi informe. Si encuentras discrepancias, ponte en contacto conmigo y prepararemos el caso para el jurado de acusacción.

—De acuerdo —repuso Lorna, tras dudar por un instante—. Estás implicándote mucho en algo muy importante, Freddy.

—Lo sé.

—Y quieres apresar a Eddie más por tu carrera que por que se haga justicia.

—Sí —dije casi en tono de disculpa.

—No me importa. Tú sí me importas, y Engels es culpable. A ti te importa tu carrera por encima de todo, y a mí la justicia, y ambos conseguimos lo que queremos.

Reí, nervioso, ante la imperfección de aquella lógica.

—Y tú tienes miedo de Dudley Smith —añadió.

—Está como una cabra. No debería ser policía.

—¡Ja! La imperfección, el prodigio, ¿recuerdas?

—*Touché*, Lorna.

—¿Dónde arrestaréis a Engels?

—No lo sé.

Lorna advirtió que mi semblante se ensombrecía. Nos miramos a los ojos y supe que lo sabía. Se puso tensa, se incorporó con esfuerzo y anunció:

—Voy a preparar la cena.

Se dirigió a la cocina sin la ayuda del bastón, dando saltos. Permanecí en el sofá. Oí que se abría y se cerraba la puerta del refrigerador, y ruido de utensilios de cocina. Luego se produjo un inquietante silencio, y cuando ya no lo soporté me dirigí a la cocina, donde encontré a Lorna, apoyada en el fregadero, tocando distraídamente un cazo. Se lo quité de las manos. Ella se resistió, pero yo era más fuerte. Lo lancé contra la pared, donde se estrelló para a continuación caer hecho añicos al suelo. Lorna se me echó al cuello con apasionamiento. Me pegó en los hombros con los puños y soltó un profundo gemido. Le alcé la barbilla, que había clavado en mi pecho, y la besé, levantándola del suelo. Comenzó a debatirse y me golpeó los hombros con más fuerza aún, pero de repente pareció cambiar de opinión y dejó de hacerlo. La llevé en volandas hasta el dormitorio.

Más tarde, después de haber hecho el amor, saciado y sabedor de que me hallaba ante el inicio de algo, empecé a buscar las palabras adecuadas para encauzar el futuro, para lograr que ese momento se multiplicara infinitamente.

—De lo de Eddie En… —empecé a decir, pero Lorna me hizo callar apoyando un dedo en mis labios.

—Tranquilo, Fred. Tranquilo.

Permanecimos abrazados, y jugueteé con sus grandes y suaves pechos. Lorna me acarició con gesto maternal, pero yo tenía otras ideas. Procedí a besarle el vientre y recorrí su piel con los labios hasta llegar a la cicatriz que tenía en la pelvis.

—No, ahí no —dijo—. Enseguida empezarás a contarme lo mucho que me quieres por eso y lo mucho que te gusta mi pierna mala. No, Freddy, eso no, por favor.

—Sólo quiero verla, cariño.

—¿Por qué?

—Porque forma parte de ti.

—A ti no te cuesta nada decir eso porque eres perfecto. —Lorna se retorció en la oscuridad—. Cuando era joven, todos los chicos que querían juguetear con mis grandes tetas intentaban llegar a ellas comenzando por la pierna. Era muy desagradable. Mi pierna es horrible, mi vientre también, y me sacaron el útero, por lo que no puedo tener niños.

—¿Y?

—Cuando dormía con un hombre, me tapaba el vientre con una toalla para que no me lo tocara. Y si tenía la oportunidad de taparme la pierna, también lo hacía. —Lorna se echó a llorar. Sequé sus lágrimas con mis besos y me puse a mordisquearle el cuello hasta que se echó a reír.

—Y ahora, ¿somos Freddy y Lorna?

—Si quieres que lo seamos, sí —repuso.

—Sí —corroboré.

Me levanté de la cama y me dirigí a la sala. Encontré el teléfono y llamé a casa de Mike Breuning. Le dije que no pasara a recogerme por la mañana, que ya me encontraría con todos en Sunset con Horn a la hora acordada. «Está bien, chico», dijo entre risas, y colgó.

Fui a la cocina y abrí el frigorífico. En el congelador encontré una bolsa de hielo, de la que extraje media docena de cubitos. Volví al dormitorio. Lorna estaba tumbada boca abajo, muy quieta. Me acerqué a la cama y dejé caer los cubitos sobre sus hombros. Chilló y se echó hacia atrás.

Salté sobre ella y hundí la cabeza en la carne inerte de su abdomen.

—Te amo —dije—. Te amo, Lorna, te amo, te amo.

Intentó soltarse. Su pierna mala colgaba flácida e inútil a pesar de sus esfuerzos por librarse de mí. Rodeé la pierna con los dos brazos y repetí:

—Te amo, Lorna, te amo, te amo, te amo.

Cedió poco a poco y empezó a sollozar.

—Oh Freddy, oh Freddy, oh Freddy. —Puso las manos en la parte de atrás de mi cabeza y la sostuvo con fuerza junto a esa parte de su cuerpo que tanto detestaba.

La mañana y la oscura realidad llegaron muy deprisa.

Lorna se había dormido con la cabeza en mi hombro, pero yo había permanecido despierto, y aunque saboreé la sensación de tenerla a mi lado, no pude dejar de pensar en Eddie Engels y Dudley Smith y las armas y la justicia y mi carrera a la nueva luz de la mujer que amaba.

A las cuatro y media, según la esfera luminosa del despertador de la mesilla de noche, me aparté de ella, la besé en el cuello y fui a la sala a vestirme.

Cuando me puse la sobaquera y toqué la pistola de servicio del calibre 38, un escalofrío recorrió mi cuerpo. Justicia, seguí pensando mientras conducía hacía Sunset Strip, justicia. Justicia, no prodigio. Esta vez no.

Apenas tuve tiempo de tomar café antes de encontrarme con los demás en Sunset y Horn.

Mike Breuning ya estaba allí; había aparcado frente a la entrada del patio de Engels. Me saludó con un gesto, y estacioné al otro lado de la calle. Me acerqué y nos estrechamos la mano a través de la ventanilla del conductor. Mike llevaba la placa en la solapa de la chaqueta y en el asiento del conductor había un fusil de aire comprimido.

—Buenos días, Fred —dijo—. Qué tiempo más agradable para lo que nos traemos entre manos.

—Sí. ¿Dónde están Dudley y Dick?

—Han ido a dar una vuelta a la manzana. Engels está solo. Dick lo siguió toda la noche. Me alegro de ello.

—Yo también.

—¿Estás un poco nervioso?

—Sí, tal vez un poco.

—Pues no lo estés. Dudley lo tiene todo bajo control. —Breuning asomó la cabeza por la ventanilla—. Ahí vienen. Ponte la placa en la solapa —me dijo.

Mientras lo hacía, Dudley Smith y Dick Carlisle cruzaron la calle en dirección a nosotros.

—¡Freddy, muchacho! —me saludó Dudley—. ¡Muy buenos días!

—Buenos días, jefe. Buenos días, Dick.

—Hola, Underhill —dijo Carlisle, con aire inexpresivo.

—Bueno, muchacho, ¿estás preparado?

—Sí.

—Muy bien, magnífico. ¿Y tú, Mike?

—Preparado, Dudley.

—¿Dick?

—Preparado, jefe.

Dudley abrió la puerta trasera del coche de Breuning, sacó una escopeta de dos cañones del calibre 12. Mike se apeó con la Ithaca de aire comprimido, yo desenfundé mi pistola de servicio y Dudley sacó un 45 automático de su cinturón.

—Ahora, caballeros —dijo.

Entramos deprisa en el patio con las armas apuntando hacia el suelo. El corazón me latía muy rápido y miré de reojo a Dudley, cuyos diminutos ojos pardos brillaban más que en cualquiera de sus actuaciones. Aquél era el verdadero Dudley.

—Déjame entrar el primero —le susurré cuando llegamos ante la puerta del bungaló—. Conozco la casa y sé dónde está el dormitorio.

Dudley asintió con la cabeza y, con una seña, indicó que Breuning y yo pasáramos delante.

—Abrid de una patada —murmuró.

Mike alzó su escopeta a la altura del pecho y yo mantuve la 38 por encima de la cabeza a la vez que levantábamos el pie al mismo tiempo y golpeábamos la lisa superficie. El cerrojo cedió y la puerta se abrió violentamente hacia dentro. Corrí directo al dormitorio, con el arma por delante y Breuning y Carlisle detrás de mí. La puerta de la habitación estaba abierta, y distinguí una forma en la cama.

Encendí la luz del techo y cuando Eddie Engels empezó a despertarse apoyé la boca del cañón de mi pistola contra su sien y susurré:

—Somos agentes de policía. No te muevas o eres hombre muerto.

Engels se puso a gritar, con los ojos desorbitados de terror. Dick Carlisle saltó desde atrás, le cogió la cabeza y se la aplastó contra la almohada. Al mismo tiempo, Breuning echó las sábanas hacia abajo y le inmovilizó las manos, sujetándoselas a la espalda.

—¡Freddy, piensa, maldita sea! —gritó Dudley—. Siéntate sobre sus piernas.

Me lancé sobre aquella forma que se retorcía y dejé caer todo mi peso sobre la mitad inferior del cuerpo de

Engels. Mientras Mike conseguía ponerle las esposas, Carlisle seguía doblándole el cuello.

—¡Basta, Dick, o lo matarás! —ordenó Dudley.

Carlisle lo soltó y Engels quedó inerte. Nos levantamos todos de la cama y nos miramos conmocionados. Dudley estaba rojo de ira. Se agachó y abrió el pijama color púrpura de Engels, aplicó el oído a su pecho y se echó a reír.

—¡Ja, ja, ja! Gracias al viejo Dudley aún está vivo. Se recuperará. Y ahora, saquémoslo de aquí de una puta vez.

Carlisle lo levantó y yo me lo cargué al hombro. No pesaba mucho. Lo saqué del oscuro bungaló rodeado por mis tres colegas. Sin dejar huellas, cerramos con cuidado la puerta. Corrí hacia el coche. La cabeza de Engels, que estaba inconsciente, me golpeaba la espalda. El corazón me latía más deprisa que un martinete de torno, y miraba en todas las direcciones en busca de testigos presenciales del secuestro. Dudley abrió la puerta del coche y yo lancé a Engels al asiento trasero. Volvió en sí con un grito entrecortado, y Dudley le pegó en la mandíbula con la empuñadura de su 45.

—Siéntate ahí con él, muchacho —susurró.

Lo hice, empujando a Engels contra la otra puerta. Dick Carlisle ocupó el asiento del conductor y puso el motor en marcha. Dudley montó en el asiento del acompañante y, con voz muy calmada, dijo:

—Ya sabes adonde tenemos que ir, Dick. Freddy, mantén a Eddie tumbado, que no lo vea nadie. Sólo levántale la cabeza para que pueda respirar. Así, magnífico. —Sacó la mano por la ventanilla y mostró el pulgar alzado a Mike Breuning para indicarle que todo iba bien—. A Gardena, muchachos —dijo.

Recorrimos varias calles hasta salir a la autopista de Hollywood. Mike iba justo detrás de nosotros. Como si no pasara nada, Dudley y Carlisle se pusieron a hablar del campeonato de béisbol. Yo miré la cara ensangrentada e hinchada de Eddie Engels y, sin saber por qué, pensé en Lorna.

Enfilamos la autopista de Hollywood en dirección a Vermont y

Vermont Sur. Mientras pasábamos por delante del campus de la Universidad del Sur de California, Engels empezó a volver en sí y se puso a balbucear con expresión de terror. Apoyé un dedo sobre sus labios para que callara.

Y así seguimos, con Engels suplicándome con la mirada, hasta que Dudley se volvió y preguntó:

—¿Cómo está nuestro amigo, muchacho?

—Sigue inconsciente.

—Magnífico. Llegaremos a nuestro destino en pocos minutos. Es un lugar seguro, abandonado, pero no quiero correr ningún riesgo. Cuando Dick detenga el coche, tú despierta a Eddie. Ponte la placa en el bolsillo y esconde la pistola. Lo meteremos en el almacén como si fuera un amigo nuestro que está terriblemente borracho. ¿Has comprendido, muchacho?

—Sí.

—Magnífico.

Eddie Engels y yo nos miramos fijamente. Pasaron unos minutos. Avanzamos entre el tráfico denso de primeras horas de la mañana. Cuando Dick Carlisle detuvo el coche por completo, fingí despertar a Engels. Este comprendió y me siguió la corriente.

—Arriba, señor Engels —dije—. Somos policías y no vamos a hacerle ningún daño. Sólo queremos que conteste a unas cuantas preguntas. ¿Comprende?

—Sí —respondió Engels, con la respiración entrecortada.

—Bien. Ahora le ayudaré a salir del coche. Seguro que se siente débil, de modo que apóyese en mí. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Carlisle y Smith abrieron las portezuelas del coche. Incorporé a Engels hasta sentarlo. Le quité las esposas, él se frotó las muñecas, que estaban amoratadas y empezó a sollozar.

—Ahora tranquilo —le susurró Dudley—. Ya no te pondremos las esposas, ¿entendido?

Al ver la expresión maníaca en el rostro del gran irlandés, Engels comprendió de inmediato. Me dirigió una mirada de súplica. Le sonreí, compasivo, y sentí una vaga inquietud: si el objetivo era la justicia y el método de interrogatorio consistía en el numerito del pasma bueno y el pasma malo, ya llevábamos recorrido un buen

trecho de camino.

Mike Breuning aparcó detrás e hizo sonar la bocina. Miré alrededor. Nos hallábamos en un callejón lleno de basura en la parte trasera de lo que parecía un aparcamiento en desuso.

—Freddy —añadió Dudley—, ve con Mike y abre la habitación. Asegúrate de que no hay nadie a la vista.

—De acuerdo, jefe.

Me apeé y estiré las piernas para desentumecerlas. Mike Breuning me dio una palmada en la espalda y alabó a Dudley con una excitación casi febril.

—Ya te dije que el viejo Dud pensaba en todo, ¿no? Mira este sitio —agregó, al tiempo que me conducía por un estrecho pasaje hasta las diminutas habitaciones de un motel de una sola planta, dispuestas en forma de L, todas pintadas de un descolorido verde vómito—. ¿Verdad que es fantástico? El motel quebró durante la guerra y su propietario no quiere venderlo. Prefiere esperar a que se revalorice. Es perfecto.

Sí, era perfecto. Volví a sentir un escalofrío. Una perfecta representación impresionista del infierno: la planta en forma de L estaba rodeada de un césped seco de color marrón cubierto de botellas de vino barato y envoltorios de condones.

Había carteles de «prohibido el paso» cada dos metros, cubiertos todos ellos de dibujos obscenos, y mierda de perro por todas partes. Una palmera, tan alta como muerta, hacía las veces de centinela del aparcamiento de una fábrica de aeroplanos que se hallaba al otro lado de la calle.

—Sí, es perfecto —admití—. ¿Tiene nombre?

—Se llama motel *Victory*. ¿Te gusta?

—Sí, suena bien.

Mike me señaló la habitación número seis. Abrió la puerta y una rata enorme salió corriendo.

—Es aquí —indicó.

Observé nuestra sala de interrogatorios. Se trataba de una habitación pequeña, perfectamente cuadrada, que olía a podrido y tenía una cama oxidada sobre la que había un colchón con los muelles al aire. Además, vi un escritorio y dos sillas. Un óleo barato sin enmarcar, sobre la cama, que representaba un payaso. Una

fotografía de revista de Franklin D. Roosevelt pegada en la puerta que daba al baño, en el que la bañera y la grifería estaban sucias de óxido. Alguien había dibujado un bigote a lo Hitler en la foto de Roosevelt. Mike Breuning la señaló riendo.

—Trae a nuestro sospechoso, ¿quieres, Mike? —pedí. Quería quedarme solo, aunque sólo fuera un instante, y aunque fuera en un cuchitril como aquél.

Al cabo de un minuto, Dudley, Breuning y Carlisle entraron en la diminuta habitación empujando a nuestro sospechoso en pijama. Carlisle lo lanzó sobre la cama y le esposó las manos. Engels empezó a temblar y a sudar, pero me pareció advertir un levísimo asomo de indignación en su pose mientras se retorcía para encontrar una postura confortable en aquel colchón manchado de orina.

—Quiero llamar a un abogado —dijo, alzando la vista hacia los cuatro hombres que lo habían capturado.

—Eso es un reconocimiento de culpa, Engels —apuntó Carlisle—. Todavía no te hemos acusado de nada, de modo que no tengas prisa por buscarte un leguleyo hasta que te hayamos empapelado.

—Si es que lo empapelamos —intervine, interpretando mi papel de «pasma bueno» sin que me lo hubiesen ordenado.

—Exacto —intervino Mike Breuning—. Tal vez no sea culpable.

—¿Culpable de qué? —preguntó a gritos Eddie Engels, con la voz a punto de quebrársele—. ¡Yo no he hecho nada, joder!

—Ahora calla, muchacho —le dijo Dudley en tono paternal—. Calla. Estamos aquí para que se haga justicia. Tú di la verdad y ayudarás a la justicia y a ti mismo. No tienes nada que temer, así que calla.

La suave voz de Dudley pareció tener un efecto sedante en Engels. Todo su cuerpo se quedó laxo en señal de aceptación.

—¿Puedo fumar? —preguntó.

—Claro —respondió Dudley, al tiempo que metía la mano en el bolsillo trasero del pantalón y sacaba la llave de las esposas—. Freddy, quítale las esposas al señor Engels, ¿quieres?

—Ahora mismo, Dud.

Abrí las esposas y Engels me sonrió agradecido. Representando el papel que nadie me había asignado, se la devolví. Dudley le tiró un paquete de Chesterfield y una caja de cerillas. Intentó encender, pero le temblaban tanto las manos que yo lo hice por él, con una nueva sonrisa, que él me devolvió a su vez.

—Dick, Freddy —dijo Dudley—, quiero que vayáis a la tienda de licores. Eddie, muchacho, ¿cuál es tu veneno favorito?

—¿Está hablando de priva? —preguntó Engels, pasmado—. No soy un gran bebedor.

—¿No? Con lo te gusta frecuentar los bares…

—De vez en cuanto, una ginebra con Coca-Cola no me sienta mal.

—Oh, magnífico. Freddy, Dick, ya habéis oído la orden de este hombre. Deprisa. Hay una tienda de licores más abajo, en esta misma calle.

Cuando salimos, Carlisle me hizo un esbozo del plan.

—Dudley ha explicado que la palabra clave es «tortuosidad». Dice que significa «rodeo». Lo primero que haremos será emborrachar a Engels para que hable abiertamente sobre sí mismo. Se supone que tú eres de los federales, lo cual significa que eres abogado. Dudley y tú lo haréis cantar con el jueguecito del poli bueno y el poli malo. Lo mantendremos despierto toda la noche, hasta que se sienta agotado. Hemos mandado limpiar la habitación de al lado, por lo que podremos turnarnos para echar una cabezada. Y no te preocupes, Dudley tiene amigos en la policía de Gardena. Nos dejarán en paz.

Sonreí y volví a sentir simpatía hacia aquel mago pragmático del prodigio que era Dudley Smith.

—Y tú y Mike, ¿qué haréis?

—Mike tomará notas taquigráficas sobre todo y después de que Engels confiese lo transcribirá. Es un genio. Yo haré de poli malo, como Dudley.

—¿Y si no confiesa?

—Confesará —repuso Carlisle al tiempo que se sacaba las gafas y las limpiaba con la corbata.

Cuando regresamos de la tienda de licores con un litro de ginebra barata, tres botellas de Coca-Cola y una docena de vasos de papel, Dudley le estaba refiriendo a Eddie Engels historias de su vida en Irlanda durante la Primera Guerra Mundial, y Mike Breuning se encontraba en la habitación contigua, preparando emparedados y café.

Mike regresó a la sala de interrogatorios con media docena de blocs de estenografía y un puñado de lápices de punta afilada. Acercó una silla a la cama y dedicó una sonrisa a Engels. Los ojos de éste se posaron en su afable y rubio rostro, luego en la sobaquera con su 38 y a continuación de nuevo en su cara. Eddie fingía valor, pero estaba asustado, y según me parecía también sentía curiosidad por averiguar cuánto sabíamos. Había matado a una mujer como mínimo, pero era obvio que andaba metido en tantas actividades ilegales que no tenía claro por qué lo habíamos detenido. Sin embargo, no actuó como un asesino acorralado ya que incluso su miedo rezumaba una arrogancia decadente. Había recurrido a su encanto y a su atractivo durante treinta años y saltaba a la vista que se creía un ser superior. Su fingida autosuficiencia estaba a punto de terminar, y me pregunté si tendría idea de ello.

Dudley empezó el interrogatorio, golpeando con sus enormes manos la mesita de madera donde estaban los blocs de Mike.

—Engels —dijo—, es probable que te estés preguntando quiénes somos y por qué te hemos traído aquí. —Hizo una pausa, mezcló mitad de ginebra y mitad de Coca-Cola en un vaso y se lo tendió. Engels lo tomó y dio un sorbo al tiempo que sus inteligentes ojos oscuros nos estudiaban a los cuatro—. Permíteme que te presente a mis compañeros —prosiguió Dudley, tras aclararse la garganta—. Este el señor Carlisle, del Departamento de Policía de Los Ángeles; éste, el señor Breuning, de la Oficina del Fiscal de Distrito; yo soy el teniente Dudley Smith, del DPLA, y este caballero —hizo una pausa y se inclinó hacia mí— es el inspector Underhill, del FBI.

Estuve en un tris de echarme a reír ante aquel gran ascenso, pero me mantuve impasible.

—Si tienes alguna pregunta de carácter legal, formúlasela al inspector. Es abogado y te responderá encantado.

Yo intervine, con la esperanza de calmar a Engels antes de que

se desatara la ola de brutalidad que no tardaría en llegar.

—Señor Engels, usted tal vez no lo sepa, pero tiene conocidos que viven en los márgenes del hampa de L.A. Queremos interrogarlo sobre esas personas. Nuestros métodos son indirectos pero funcionan. Limítese a responder a nuestras preguntas y le aseguro que todo irá bien.

Fue un martillazo a ciegas ambiguo y bien informado, pero dio en el clavo. Engels me creyó. Sus rasgos se relajaron y apuró su bebida, aliviado. Dudley le sirvió otra de inmediato, en esta ocasión con dos terceras partes de ginebra por una de Coca-Cola.

Eddie bebió dos buenos tragos y cuando habló, su voz había bajado considerablemente de tono y era casi tan grave como la de un barítono.

—¿Qué quieren saber? —inquirió.

—Háblanos de ti, muchacho —repuso Dudley.

—¿De mí? ¿Qué quieren que les cuente?

—Queremos que nos cuentes tu vida, muchacho. El pasado y el presente.

—¿Y eso qué significa exactamente, teniente?

—Significa que lo cuentes todo.

Engels quedó pensativo por unos instantes. Dio la impresión de que tiraba de sus recuerdos, y bebió otro trago para estimular su pensamiento.

Consulté mi reloj. Eran las siete de la mañana y hacía calor en la pequeña y sórdida habitación. Me quité la chaqueta y me arremangué la camisa. Me sentía cansado, ya que llevaba más de veinticuatro horas sin dormir. Como si me hubiese leído el pensamiento, Mike puso en marcha un ventilador portátil y me tendió una taza de café caliente. Dudley sirvió a Engels un vaso de ginebra pura.

—Cuéntanos tu vida, muchacho —le dijo—. Todos nos morimos por saberla.

—Mamá y papá eran buena gente —empezó Eddie con el tono de voz estentóreo que emplearía alguien que explicase una verdad profunda e intrínseca—. Y supongo que todavía lo son. Yo nací en

Seattle. Mamá y papá nacieron en Alemania. Ambos vinieron antes de la Primera Guerra Mundial. Ellos…

—¿Fuiste un niño feliz, Eddie? —lo interrumpió Dudley.

Engels bebió un sorbo de ginebra y dio un respingo al notar su sabor fuerte y amargo.

—Fui un niño feliz, claro que sí. Un chico despreocupado. Un chaval de primera. Tuve un perro, una casa en un árbol, una bicicleta. Papá era un buen hombre. Nunca me pegó. Era farmacéutico. A mamá y a mí nunca nos mandó al médico. Nos curaba con las medicinas de su farmacia. A veces llevaban droga. En una ocasión, mamá tomó algo que le produjo alucinaciones religiosas. Dijo que había visto a Jesucristo paseando a *Miffy*, un perro que tuvimos y que murió atropellado. Mamá aseguraba que *Miffy* le había dicho que tenía que convertirse al catolicismo y construir un cementerio para animales domésticos a las afueras de la ciudad. Papá nunca volvió a darle aquello, porque odiaba a los católicos. El se portaba de maravillas conmigo, pero era muy duro con mi hermana Lillian. No le permitía salir con chicos y siempre merodeaba cerca de la floristería donde trabajaba para asegurarse de que no se le acercaba ningún moscón. Era un alemán muy anticuado. Detestaba a los chicos que perseguían chochos. No quería que yo lo hiciera. Creía que tenía que casarme con una chica alemana y estudiar Farmacia.

Engels hizo una pausa y apuró la ginebra que le quedaba. Su cuerpo se estremeció, y advertí que estaba emborrachándose. Tenía la sonrisa torcida y todo su rostro rezumaba emoción. Dudley volvió a llenarle el vaso.

—Pero usted quería perseguir chochos, ¿verdad, Eddie? —le pregunté.

—Claro. —Engels rió y bebió—. Y quería largarme de aquella maldita ciudad llena de perros muertos, Seattle. Allí no había otra cosa que lluvia, farmacias y tías horribles. ¡Horriiibles! ¡Jo! Tuve las mejores tías de Seattle y eran peores que la mujer más fea que puedas encontrar en Hollywood. ¡Horriiibles!

—Así que te mudaste a L.A. —intervino Mike.

—¡No, joder! Los putos japoneses bombardearon Pearl Harbor y a mí me llamaron a filas. A la Marina. Mi padre dijo que con el

uniforme me parecía al Pato Donald. Siempre decía que él se parecía a Micky Mouse con aquel guardapolvo que utilizaba en la farmacia. No quería que fuera, e intentó que me quedara en Seattle. Trató de colar certificados de pobreza a la junta de apelaciones, pero no surtió efecto. Sin embargo, consiguió que se hiciera una especie de justicia poética. Me nombraron ayudante de la unidad de farmacia, y comenzó a llamarme Doctor Pato.

Eddie Engels se dobló por la cintura en un ataque de risa y luego, con un espasmo y la cabeza entre las rodillas, vomitó en el suelo de la habitación. Las manos le colgaban laxas a los costados. Había tirado su vaso de ginebra, y cuando alzó la cabeza, dio manotazos de borracho en el colchón para encontrar el vaso. Lo vio en el suelo, en medio de un charco de vómito y lo recogió para que Dudley se lo llenara.

—Otra copa, teniente. El ayudante de farmacia Engels, 416-8395, solicita una ginebra doble, joder.

Dudley lo complació, aunque en esta ocasión sólo le llenó el vaso hasta la mitad. Engels lo vació de un trago. Luego se desplomó en el colchón y, antes de perder la conciencia, gritó:

—¡Muchos chochos, muchos!

Eddie Engels despertó unas seis horas más tarde, muy asustado y deshidratado hasta los huesos. Tenía los ojos enrojecidos y la voz trémula y ronca.

Mientras Engels dormía, Dudley había esbozado su plan: pasma bueno/pasma malo, pero con modificaciones. Los detectives de Hollywood le habían dado una lista de corredores de apuestas, homosexuales y peristas conocidos en la esperanza de que Engels conociera a alguno de ellos. Si le soltábamos esos nombres, no se le ocurriría pensar que estaba bajo custodia. Consideré que era un buen plan, aunque probablemente nos retrasaría mucho. Yo había descansado por la tarde y ya tenía ganas de seguir con aquello, pero de lo que más ganas tenía era de terminar cuanto antes. Quería estar con Lorna.

Cuando Engels despertó, Mike regresaba con dos grandes bolsas de papel repletas de hamburguesas, patatas fritas y café en vasos de

papel. Metimos mano en ella, haciendo caso omiso de nuestro prisionero.

—Tengo que ir al baño —dijo en tono sumiso. Como nadie respondió, lo intentó de nuevo—. Tengo que ir al baño. —Seguimos sin hacerle caso—. ¡He dicho que tengo que ir al baño! —gritó con una voz aguda, presa del pánico.

—¡Pues ve al baño, por el amor de Dios! —bramó Dudley.

Engels se levantó del colchón y se dirigió con paso vacilante al inmundo baño. Oí que vomitaba, luego hacía correr el agua del váter, y a continuación meaba. Regresó al cabo de unos instantes, sin la chaqueta del pijama, empapada de vómitos. Se había lavado el musculoso y magro torso con una pasada rápida de agua y temblaba a pesar del calor del atardecer en aquel apestoso dormitorio.

—Estoy preparado para responder a sus preguntas, agentes —dijo—. Déjenme contestarlas para poder marcharme a casa.

—Calla, Engels —le espetó Dudley—. Ya te interrogaremos cuando nos de la puta gana.

—Tranquilo, teniente —intervine—. No se preocupe, señor Engels, enseguida estaremos con usted. ¿Le gustaría comer una hamburguesa?

Engels negó con la cabeza y nos miró.

Terminamos de cenar. Dick Carlisle anunció que saldría a dar un paseo, se puso en pie y se fue. Mike, Dudley y yo dispusimos tres sillas alrededor del colchón. Engels se había sentado, con la espalda apoyada contra la pared, las piernas cruzadas y las manos debajo de las rodillas para controlar su temblor. Tomamos asiento frente a él y lo miramos un buen rato hasta que Dudley le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Edward Engels —respondió nuestro prisionero tras aclararse la garganta.

—¿Domicilio?

—Horn, 1911, en Hollywood Oeste.

—¿Edad?

—Treinta y dos.

—¿Ocupación?

—Hago de intermediario de bienes inmuebles.

—¿Qué significa «intermediario de bienes inmuebles»? —vociferó Dudley. Engels se esforzaba por encontrar las palabras adecuadas—. ¿Me has oído? —lo apremió Dudley

—Tranquilo, teniente —dije—. Señor Engels, ¿podría explicarnos en qué consiste ese trabajo?

—Yo… ayudo a que se cierren negocios inmobiliarios.

—Lo que supone…

—Poner en contacto a los compradores con los agentes de la propiedad.

—Comprendo. Bien, ¿podría decir…?

—Mentira, inspector. Este tipo es un conocido jugador. Los corredores de apuestas de todo Hollywood me han hablado de él. En realidad, tengo varios testigos que afirman que él también es corredor.

—¡Eso no es cierto! Apuesto a los caballos pero no tengo ninguna relación con los corredores ilegales ni soy uno de ellos. ¡Estoy limpio! ¡No tengo antecedentes policiales!

—¡No digas trolas, Engels! Sé que me estás engañando.

—¡Ya basta! —Alcé las manos para pedir orden— ¡Cállense los dos! Mire, señor Engels, apostar a los caballos no es ilegal. El teniente Smith ha perdido los papeles porque últimamente no ha tenido mucha suerte en las carreras. ¿Diría que es usted un ganador?

—Sí, soy un ganador —respondió Engels.

—¿Gana más con las apuestas que con su trabajo inmobiliario?

—Sí —contestó tras vacilar por un instante.

—¿Incluye esas ganancias en su declaración anual de renta?

—Pues…, no.

—¿Qué ingresos ha declarado este año?

—No lo sé.

—¿Yen 1950?

—No lo sé.

—¿Y en 1949?

—No lo sé.

—¿Yen 1948?

—No me acuerdo.

—¿Yen 1947?

—¡No lo sé!

—¿Y en 1946?

—No lo… En esa época estaba en la Marina. Lo he olvidado.

—Pero tú haces la declaración y pagas tus impuestos, ¿verdad Engels? —intervino Dudley.

—No —respondió Engels, con la cabeza colgando entre las piernas.

—¿Y no sabes que evadir el pago de los impuestos es un delito federal? —Dudley siguió presionando.

—Sí.

—Yo pago mis impuestos, al igual que el inspector aquí presente y todos los ciudadanos que obedecen la ley. ¿Qué tienes tú de especial para no estar obligado a pagarlos, joder?

—No lo sé.

—Tranquilo, teniente —dije—. El señor Engels quiere cooperar. Señor Engels, voy a nombrar a algunas personas. Hábleme de su relación con ellas.

Engels asintió, aturdido. Dudley me pasó una hoja de papel, pulcramente mecanografiada, dividida en tres columnas cuyos títulos respectivos eran «jugadores», «corredores de apuestas» y «delincuentes fichados por la Brigada Antivicio de Hollywood». Empecé por los jugadores. Mike cogió su bloc y se dispuso a escribir. Dudley encendió un cigarrillo para él y otro para Engels, que lo aceptó con expresión de gratitud.

—Muy bien, señor Engels. Escuche con atención: James Babij, Leslie *el Escriba* Tomas, James Gillis, Walter Snyder, Willard Dolphine. ¿Le suena alguno de esos nombres?

—Son jugadores —respondió Engels con seguridad—. Apuestan fuerte en Santa Anita. Se trata de empresarios, ¿sabe lo que quiero decir?

—Sí. ¿Es amigo íntimo de alguno de ellos?

—¿Qué quiere decir con «íntimo»? —Engels entornó los ojos, suspicaz.

—Quiero decir si ha apostado con ellos. Si lo han visitado en su casa.

—No, no. A esos tipos sólo los veo en el hipódromo. A veces me invitan a una copa en el club Turf, a veces los invito yo, cosas de

ese tipo.

—Bien —dije con una sonrisa antes de pasar a la lista de los corredores de apuestas—. William Curran, Louis Washington, Dellacroccio *el Tramposo*, Murphy *el Rápido*, Frank Deffry, Gerald *Sonrisas* Chamales, Bruno Earle, Duane *el Cerebro* Tucker, Fred *el Gordo* Vestal, Marc *el Cojo* McGuire. ¿Le dicen algo, señor Engels?

—Sí, inspector. Todos esos tipos son corredores de apuestas de Hollywood Oeste. Frecuentan las coctelerías. Además, Mark *el Cojo* también es macarra de maricas negros. Pero ninguno de ellos es importante. —Engels dedicó una presuntuosa sonrisa a sus captores. Empezaba a creerse el objetivo de nuestro interrogatorio. Los tres lo miramos con cara inexpresiva y se puso nervioso—. Freddy Vestal pule marihuana, me han dicho —balbució.

—Muy bien. —Esbocé una sonrisa triunfal—. Ahora, probemos con estos: Pat Morneau, Scooter Coleman, Jack Foster, Lawrence Brubaker, Al Bay, Jim Waldleight, Brett Caldwell, Jim Joslyn.

Engels palideció. Tragó saliva varias veces, se recuperó de inmediato y una sonrisa jactanciosa se dibujó en su rostro.

—No sé quienes son esos tipos, inspector. Lo siento.

—¿No lo sabes, Engels? —lo atacó Dudley hablando en voz muy baja.

—No.

—Esos hombres son unos degenerados: afeminados, sarasas, maricones, homosexuales, chaperas, pederastas y psicópatas. Todos ellos tienen abundantes antecedentes en las brigadas Antivicio de los distintos cuerpos de policía del condado de Los Ángeles. Todos frecuentan los mismos bares de maricones de Hollywood Oeste a los que ibas tú, Engels. Muchos de ellos te han identificado mediante fotografías. Muchos…

—¿Qué fotografías? —dijo Engels—. ¡Pero si yo estoy limpio! No tengo antecedentes policiales. ¡Todo es mentira! ¡Esto es una…!

Aproveché el rifirrafe para intervenir:

—Señor Engels, sólo se lo preguntaré una vez, para que conste en nuestros archivos oficiales: ¿es usted homosexual?

—¡No, joder! —respondió Engels, prácticamente gritando.

—De acuerdo. Gracias.

—Inspector —dijo Dudley en tono sereno—, no me lo creo.

Sabemos que es uña y carne con ese marica de Lawrence Brubaker. Sabemos que…

—¡Larry Brubaker es un viejo amigo de la mili! ¡Estuvimos juntos en el campamento de Long Beach durante la guerra! —Engels sudaba a mares. Le tendí un vaso de agua. Dio cuenta del contenido en un segundo, y luego me miró suplicante.

—Le creo —dije—. Usted vivió cerca de ese bar de Venice, ¿verdad?

—Sí, con una mujer. Eramos amantes. Le aseguro que me gustan las mujeres. Pregúntele a Janet, ¡ella se lo dirá!

—¿Janet? —inquirí en tono inocente.

—Janet Valupeyk. Soy intermediario de su agencia inmobiliaria. Ella se lo dirá. Vivimos juntos dos años. Pregúntele y se lo contará.

—De acuerdo, señor Engels.

—No tan de acuerdo, inspector —intervino Dudley, elevando la voz—, no estoy para nada de acuerdo. Tenemos testigos que han identificado a este degenerado como cliente de conocidos tugurios de maricas como el Hub, el Black Cat, el Sergio's Hideaway, el Silver Star, el Knight in Armor, y en la mitad de los garitos de maricones del Valle.

—¡No, no, no! —exclamó Engels, frenético, sacudiendo la cabeza.

—¡En esta ocasión ha llegado demasiado lejos, teniente! —Dirigí a Dudley una mirada furiosa—. Usted está mal informado. El Silver Star no es un punto de encuentro de homosexuales. Yo he estado allí varias veces. No es más que una agradable coctelería de barrio.

—¡Exacto! —Engels se agarró a mis palabras como a un clavo ardiendo—. Yo también he estado ahí, muchas veces.

—¿Para hacer apuestas? —pregunté.

—No, persiguiendo chochos. Allí he ligado con muy buenas tías. —Sin saber que se estaba delatando, Engels siguió hablando, mientras se retorcía en el colchón empapado de sudor—. He ligado en la mitad de coctelerías de Hollywood. ¿Maricón? Y una mierda. Alguien les ha estado suministrando información equivocada. Larry Brubaker es sarasa, pero yo me limité a utilizarlo. Me prestó dinero. No intentó seducirme como hacen los maricones ni nada parecido. ¡Pregúntele a Janet!

Engels hablaba en singular, se dirigía sólo a mí. Me creía su salvador. Con el rabillo del ojo vi que Dudley se pasaba el índice por la garganta.

—Señor Engels —dije—. Vamos a dejarlo por un rato. ¿Por qué no descansa?

Engels asintió. Fui al baño y mojé una servilleta de papel. Se la lancé y él se la pasó por la cara y el torso.

—Descanse, Eddie —musité con una sonrisa a aquel atractivo asesino.

Asintió de nuevo y hundió la cabeza entre las manos.

—Saldré a dar un paseo —anuncié a Dudley y a Mike Breuning. Cogí un vaso de café y una hamburguesa, ambos fríos, y me marché.

Se había levantado el viento característico de Santa Ana y el descuidado porche trasero estaba cubierto de nuevos restos de desechos.

En la acera había hojas de palmera caídas. El viento había limpiado hasta el mínimo vestigio de contaminación y el cielo crepuscular era de un azul intenso teñido con los últimos reflejos de un sol de color fucsia.

Intenté comer la hamburguesa, pero estaba demasiado grasosa y fría y mi estómago, a causa de los nervios, reaccionó con una arcada. La arrojé al suelo y bebí café al tiempo que reflexionaba sobre los rituales de la justicia. Dudley salió al cabo de un minuto.

—Nuestro amigo se ha dormido, muchacho —anunció—. Mike le ha echado un barbitúrico en el agua. Se despertará dentro de cuatro horas, con un dolor de cabeza terrible. Entonces, seguiremos interrogándolo.

—¿Dónde está Carlisle?

—Registrando el apartamento de Eddie. Volverá pronto. ¿Cómo te sientes, muchacho?

—Expectante. Ansioso por que todo esto termine.

—Pronto, muchacho, pronto. Voy a ensañarme con ese monstruo un buen rato. Tú quédate fuera hasta que me quite la corbata. Entonces entras y respondes a la fuerza con la fuerza, ya sea verbal o física. ¿Me sigues?

—Sí.

—Magnífico. Eres un policía muy brillante, para ser tan joven. ¿Lo sabes?

—Sí.

—Hace tiempo que deseaba tener un protegido como tú, muchacho. Mick y Dick son buenos polis, pero no tienen cerebro ni imaginación. Tú posees una mente rápida y despierta.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué estás tan abatido, muchacho?

—Me pregunto si me gustará la Brigada de Detectives.

—Pues claro que te gustará. Es la crema del Departamento. Y ahora, descansa un rato.

Entré en la habitación contigua al cuarto del interrogatorio y me tumbé en un combado camastro del ejército casi un palmo más corto que yo. Me levanté y fui al baño. Estaba relativamente limpio, o al menos lo bastante para utilizarlo. Me miré en el espejo resquebrajado. Necesitaba un afeitado, y se me había olvidado llevarme la cuchilla.

Me tumbé boca arriba. Fui presa del agotamiento antes de quitarme los zapatos y la sobaquera. Intenté combatir el sueño por unos instantes murmurando «Lorna, Lorna, Lorna», hasta que me venció.

Desperté porque alguien tiraba de mí. Me incorporé de inmediato y me llevé la mano a la sobaquera. Dick Carlisle se materializó y me inmovilizó los brazos. La luz de la bombilla del techo se reflejaba en la montura metálica de sus gafas.

Apoyé las piernas en el suelo y de repente advertí que Carlisle no me gustaba. Tenía algo de libertino y tenebroso que me repelía. Y estaba francamente excitado.

—Mira esto —dijo al tiempo que hundía la mano en el bolsillo de la chaqueta y extraía el broche de Maggie Cadwallader.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¿De dónde lo has sacado? ¿Es auténtico?

—Dudley dice que sí. Sabe mucho de piedras preciosas y asegura que es auténtico. Lo he encontrado en casa de Engels, en un colgador de corbatas.

—Jesús. —Fingí asombro al tiempo que ponía en marcha la máquina de pensar—. Cuando registré el apartamento de esa mujer, encontré una pequeña fotografía suya. ¡Llevaba un broche idéntico a éste!

—¡Por Dios, Underhill! ¿Y qué hiciste con ella?

—La perdí cuando hice reimprimir la foto del periódico.

—Mierda. Voy a decírselo a Dudley.

Carlisle se marchó por la puerta que conectaba ambas habitaciones, y aproveché para lavarme la cara y peinarme. Cuando entré en el cuarto, Dick Carlisle estaba abofeteando a Eddie Engels para que despertara y Dudley y Mike Breuning mantenían lo que parecía una conversación privada. Al verme, Dudley me indicó con un gesto que me acercara.

—Freddy, ¿estás seguro de que viste un broche como éste en la foto que encontraste?

—Por completo, Dudley.

—Magnífico. Otra confirmación. Siéntate, muchacho, y recuerda cuál es tu papel.

—¡Despierta, despierta, despierta, maldito degenerado! —Carlisle seguía abofeteando a Engels. No lo consiguió y, frustrado, se quitó el cinturón y comenzó a golpearle la espalda con él.

Engels, que empezaba a recuperarse del estupor inducido por la droga, se enroscó en posición fetal y se tapó la cara con los brazos.

—¡No me pegue! ¡Haré lo que me pida! ¡No me pegue! —gritó.

—¡Queremos la verdad, marica de mierda! ¡La verdad!

—No soy marica.

—¡Demuéstralo! —Carlisle pegó de nuevo a Engels con el cinturón. La gruesa hebilla de metal le arrancó tiras de piel de los omoplatos, y Eddie se tumbó boca arriba para protegerse.

Dudley le arrebató el cinturón a Carlisle y se lo enrolló sobre su gran puño derecho.

—¡Pregunten a Janet! —suplicó Eddie.

—Ya lo he hecho, muchacho. ¿Quieres saber lo que ha contado?

—Di… dígamelo —tartamudeó.

Dudley se acercó a la cama, levantó a Engels por los brazos y lo lanzó al otro lado de la habitación. Cayó hecho un revoltijo de brazos y piernas, soltando un grito. Contuve una exclamación ante

aquella demostración de fuerza. Dudley se acercó a Engels, lo izó de un tirón con la mano izquierda y luego le hundió en el estómago la derecha envuelta en el cinturón. Engels volvió a chillar y se dobló por la cintura, sin llegar a caer, ya que Dudley lo sujetó por el hombro.

—Janet me explicó que eras un mamón de pollas guarro y degenerado —masculló Dudley—, que cambiaste su cama por la de un musculitos bujarrón. ¿Es cierto eso, Eddie?

—¡No!

—¿No? —Dudley le clavó la mano en el hombro hasta que empezaron a brotar pequeños géiseres de sangre—. ¿No, Eddie?

—¡No! —aulló Eddie Engels.

—¿No?

—¡No!

—¿No?

Por el pecho de Engels corrían regueros de sangre que se mezclaban con el sudor. Dudley apretó los dientes y hundió la mano con todas sus fuerzas.

—¿No? —insistió en un tono de voz tan agudo que ésta casi se le quebraba. Apartó la mano y Engels cayó de rodillas, llorando.

—Sí —gimió.

—Bien, muchacho. Y ahora contéstame a estas preguntas: ¿pagas tus impuestos?

—No.

—Por fin. ¿Apuestas a los caballos?

—Sí. —Engels se tocó el hombro. Tenía una gran hinchazón púrpura con heridas profundas en forma de pinchazos.

—Ponte de pie, muchacho —le indicó Dudley, y cuando Engels consiguió incorporarse le pegó en el estómago con un devastador gancho de derecha.

Engels ahogó un grito y cayó al suelo, llevándose la mano al lugar del impacto.

—Más preguntas, muchacho —dijo Dudley—. Janet me dijo que le pegabas. ¿Es cierto eso?

—¡No! —Engels se arrastró hasta la pared cubriéndose la cabeza con las manos para protegerse—. ¡No, no, no! —gritó, al tiempo que se hacía un ovillo.

—¿No? —preguntó Dudley con una sonrisa amenazadora.

—Sí —respondió Engels en voz baja.

—Ah, magnífico. ¿Le pegabas a menudo, muchacho? —Sí.

—¿Y a las otras mujeres?

—Sí.

—¿Por qué, sucio y degenerado mamón?

—No…, no…, no lo sé.

—No lo sabes. —Dudley saboreó las palabras como si se tratase de un buen vino—. Háblame del niñato musculitos.

—Se llama Jerry. Lo conocí en el Larry's Log Cabin. Estaba drogado. Necesitaba ayuda y yo se la proporcioné.

—¿A él también le gustaba pegar a las mujeres?

—¡No!

—¿Os juntasteis los dos para ligar con jóvenes solitarias, pegarles y luego llevarlas a casa y sodomizarlas?

—¡No, Dios mío, no, por favor! —sollozó Engels, implorante.

Dudley se situó detrás de él, lo agarró por los brazos y lo puso en pie. Engels no opuso resistencia y lo miró impasible hasta que la mano derecha de Dudley se estrelló en su plexo solar, derribándolo. Engels vomitó y manchó la camisa de Dudley de una sustancia pegajosa de color rosado que apestaba a ginebra. Dudley torció el gesto y todo su cuerpo se crispó. Sin embargo, siguió donde estaba, mirando a aquel asesino de mujeres por el que tanto odio sentía.

En la habitación se hizo el silencio. Nadie se movió.

Engels permaneció en el suelo, inmóvil, apretándose el castigado vientre con las manos. Detrás de él había una silla de madera de respaldo recto. Dudley levantó a Engels y lo sentó en ella. Dispuso otra silla para él y se sentó tan cerca que sus rodillas respectivas casi se tocaban.

—Mira, Eddie, ahora ya sabemos que pegas a las mujeres, ¿verdad?

—Sí.

—Un muchacho tan atractivo como tú intima sin problemas con jóvenes guapas, ¿no es verdad? Has dicho que frecuentabas coctelerías. ¿Es cierto eso?

—Sí.

—¿Y es ahí dónde ligas con mujeres guapas?

—Sí.

—¿Y para qué ligas con ellas?

—¿Cómo que para qué? Para follar. Para acostarme con ellas. ¡Yo no soy maricón!

—Tranquilo, muchacho. Sabemos que te gustan los chicos.

—¡No, no!

Dudley le dio una bofetada.

—¡No, no, no, no! —repitió Engels.

Dudley lo abofeteó de nuevo, esta vez más fuerte. La nariz le sangró y los regueros le llegaron a la boca. Se lamió los labios y se echó a llorar.

Dudley suspiró y le tendió un pañuelo.

—Tal vez no seas marica, muchacho. Tal vez sea verdad que te gustan las mujeres. Al fin y al cabo, el inspector ha dicho que te había visto en ese local, ¿cómo se llama? ¿Silver Star? Eso no es un antro de maricas.

Engels sacudió la cabeza, manchando a Dudley con sangre y sudor.

—No soy maricón. He follado con más tías que cualquier pasma de Los Ángeles.

—Hablame de eso, Eddie —dijo Dudley al tiempo que encendía un cigarrillo para Engels y se lo ponía entre los labios.

El presumido ligón de mujeres volvió a la vida por unos instantes, superando el terror y la fatiga.

—Me aman, no me dejan en paz. Soy un artista. Sólo tengo que mover un dedo y… Todos los camareros de Hollywood me conocen…

—El camarero del Silver Star dice que eres un sarasa —lo interrumpió Dudley—. Dice que odias a las mujeres. Las odias y por eso las follas, para enamorarlas y luego pegarles, ¿verdad, Eddie? ¿Verdad? Eres un maricón, un chupapollas, ¿verdad?

Engels se lanzó sobre Dudley derribando su silla y cayendo sobre él en un intento de sofocarlo con su maltrecho cuerpo. Breuning y Carlisle lo miraron, pasmados, por unos segundos y luego corrieron hacia Eddie y lo agarraron por los brazos y las piernas, inmovilizándolo contra la pared. Engels gritó y Dick Carlisle empezó a pegarle puñetazos en las costillas y en la ingle. Breuning

le aplastó la cara contra la pared hasta que Engels le mordió la mano. Breuning chilló y retrocedió y Carlisle lo agarró por el cuello y empezó a estrangularlo. Engels soltó la mano de Breuning y comenzó a emitir gorgoteos.

De un salto, cogí a Carlisle por los hombros y lo arrojé sobre el colchón. Breuning intentaba pegar a Engels con su mano buena mientras se sujetaba la mordida entra las piernas para mitigar el dolor. Presioné el cuerpo de Engels con el mío, como si intentase atravesar la pared para acceder a otra realidad. Breuning tiraba de mí por los hombros.

—¡Parad todos! —gritó Dudley por fin—. ¡Parad de una vez, ahora mismo!

Breuning me soltó y yo me separé de Engels, que cayó al suelo, inconsciente.

—Traidor asqueroso —me susurró Carlisle.

Avancé hacia él con los puños cerrados.

—No, muchacho —dijo Dudley, interponiéndose en mi camino.

Me dejé caer en la silla que había ocupado Engels. Estaba agotado y temblaba de la cabeza a los pies. Breuning, Carlisle, Dudley y yo nos miramos en un incómodo silencio.

Al cabo de unos instantes, Dudley sonrió. Sacó una hipodérmica y un frasquito del bolsillo de sus pantalones. Insertó la aguja en el frasquito y extrajo un líquido translúcido; luego se arrodilló junto al inconsciente Engels, le tomó el pulso, asintió y le clavó la aguja en el brazo, justo por encima del codo. Empujó el émbolo, lo mantuvo apretado unos segundos y luego retiró la hipodérmica y tumbó a Engels en la cama.

—Dormirá —dijo Dudley—. Lo necesita. Vosotros también, chicos. Todos lo necesitamos. De modo que id a descansar. Mañana por la mañana volveremos a empezar.

Así lo hicimos. Reparados por el sueño, el mío intermitente y el de Engels inducido por la droga, a las nueve de la mañana del día siguiente comenzamos otra vez. Dudley me había despertado a las siete y media, y me había entregado una cuchilla de afeitar y una camisa de manga corta limpia y planchada. En cierto modo, el

ritual de afeitarme y ducharme me había revitalizado.

Todavía me sentía conmocionado por lo que había pasado. Dudley lo sabía y mitigó mis miedos.

—Ahora, basta de violencia, muchacho. No soportará mucha más. He mandado a casa a Dick Carlisle; se habría pasado de rosca, seguro. A partir de ahora, lo trataremos con guante de seda.

No se me ocurrió otra cosa que asentir como un idiota. No quería ni imaginarme qué sería convertirme en el protegido de aquel irlandés enajenado que a mis ojos se había convertido en un ser detestable.

Fui hasta la esquina, a una casa de comidas frecuentada por los obreros alegres y ruidosos de una fábrica de aviones cercana. La tosca camaradería de aquellos hombres, sentados a mi lado, ante la barra, me reconfortó aún más. Comí un abundante desayuno compuesto de salchichas, huevos y patatas, seguido de casi medio litro de café. Compré una ración triple de huevos escalfados y dos batidos de chocolate para Eddie Engels. Pedir que me lo envolvieran «para llevar» hizo que me sintiera triste y enojado. Aquello trascendía la competencia del prodigio y de la justicia y llevaba a un cierto conocimiento de la naturaleza humana que, en aquel momento, prefería no tener.

Al fondo del restaurante había un teléfono público. Estuve en un tris de sucumbir al impulso de llamar a Lorna, pero no lo hice. Primero quería terminar con aquello.

Cuando volví a la habitación, Eddie Engels continuaba dormido sobre el asqueroso colchón, con la cara contraída de terror.

Dudley, Breuning y yo vimos que se despertaba. Por unos instantes pareció que no recordaba donde se hallaba. Finalmente, su cerebro conectó con la realidad, y cuando sus ojos se posaron en Dudley empezó a sufrir espasmos involuntarios. Cerró de nuevo los ojos y quiso gritar, pero de su garganta no salió sonido alguno.

Dudley y yo intercambiamos una mirada. Mike Breuning jugueteó con su bloc, con los ojos clavados en él, avergonzado. Hice una seña a Dudley para que me siguiera hasta la habitación contigua.

—Déjamelo a mí —le dije, cuando estuvimos a solas—. Te tiene demasiado pánico. Déjame hablar con él. Los dos a solas. Yo lo

reanimaré.

—Quiero una confesión, muchacho. Hoy mismo.

—La tendrás.

—Te concedo dos horas. No más.

Llevé a Engels a la habitación contigua. Le dije que podía aprovechar para ir al baño, que estaba bastante limpio. Lo hizo, cerrando la puerta a sus espaldas. Esperé mientras se lavaba. Al regresar, se sentó en el extremo de uno de los camastros.

Tenía el tórax muy amoratado, y el cardenal que le había hecho Dudley en el hombro al hundir sus dedos en él se había hinchado hasta alcanzar el tamaño de una naranja.

Encendí un cigarrillo y se lo tendí.

—¿Estás asustado, Eddie? —le pregunté.

—Sí —repuso, asintiendo con la cabeza—, muy asustado.

—¿De qué?

—De ese tipo irlandés.

—Te comprendo.

—¿Qué quieren? No soy más que un jugador de poca monta.

—Que además abusa de las mujeres —señalé. Engels agachó la cabeza—. Mírame, Engels. —Cuando alzó la cabeza y me miró a los ojos, le pregunté—: ¿Has maltratado a muchas mujeres, Eddie? —Asintió—. ¿Por qué?

—¡No lo sé!

—¿Desde cuándo te dedicas a esto?

—Desde hace mucho tiempo.

—¿Antes de que te marcharas de Seattle?

—Sí.

—¿Lo saben tus padres?

—No. ¡No los metan en esto!

—Calla. ¿Quieres a tus padres?

—Todo el mundo ama a sus padres —repuso Engels al tiempo que me miraba como si yo estuviera loco.

—Puede amarlos quien los tiene. Yo nunca los he tenido. Me crié en un orfanato.

—Lo siento. Es muy triste. ¿Por eso se ha hecho policía? ¿Para poder localizarlos?

—Nunca he pensado en ello. Tú eres un tipo con suerte, tienes

una buena familia.

Engels asintió y el terror que reflejaba su rostro disminuyó por unos instantes.

—¿Te llevas bien con tu hermana Lillian? —pregunté. Engels no respondió—. Dímelo. —Siguió callado—. ¿Te llevas bien con ella, Eddie? —insistí.

—¡La odio! —Exclamó Engels, rojo como la grana—. ¡La odio, la odio, la odio! —gritó al tiempo que, con frustración, se desfogaba emprendiéndola a puñetazos con el camastro. Aquel arranque cedió tan rápidamente como había comenzado, pero la personalidad de Eddie había cambiado de nuevo—. Odio… odio a Lillian —dijo en voz baja.

—¿Le has pegado alguna vez? —inquirí.

Por toda respuesta sacudió la cabeza.

—¿Se burlaba de ti?

Siguió en silencio.

—¿Tenía poder sobre ti?

—Sí —gimió Eddie, mordiéndose el labio inferior.

—¿Qué te hacía? —pregunté con suavidad.

—Me llevaba fuera de casa —respondió Eddie Engels, con tranquilidad—. Era lesbiana y no quería que amase a ninguna otra chica, sólo a ella.

—¿Y?

—Y me vestía, y me arreglaba y…

—¿Y?

—Y me maquillaba y me obligaba a masturbarla delante de su amiga… —Engels se interrumpió.

—¿Y tú la odias por eso? —pregunté, tras aclararme la garganta. Mi propia voz me sonaba extraña e incorpórea.

—La odio por haberme convertido en lo que soy, agente. Pero también la amo. Y prefiero ser lo que soy que ser lo que usted es.

Sus palabras quedaron flotando en el aire, venenosas como una radiación atómica. Le tendí la bolsa de papel que contenía los huevos y los batidos.

—Desayuna —le dije—. Y descansa un rato. Pronto sabrás por qué te hemos traído aquí.

Tras asegurarme de que aquella habitación sin ventanas estaba

cerrada por fuera, dejé solo a Engels para que recapacitara sobre mi amenaza y fui a informar a Dudley Smith.

—Tendrías que haberte hecho psicoanalista, muchacho —dijo por todo comentario.

Aquel día, a la una y media de la tarde, llevamos de nuevo a Engels a la sala de interrogatorios. Había comido y descansado, pero se le veía agotado y dispuesto a aceptar lo que fuese. Lo senté en el colchón y Dudley, Breuning y yo dispusimos nuestras sillas a su alrededor de modo que sólo pudiera ver a tres fornidos policías. Dudley dejó un cenicero, una caja de cerillas y un paquete abierto de Chesterfield en el colchón, a su lado.

Con cautela, Engels sacó un cigarillo, pero Dudley se lo arrebató de una patada.

—Ya sabes de qué va todo esto, ¿verdad, muchacho?

—Pues no —respondió Engels tras tragar saliva con dificultad.

—En marzo de 1948 vivías en la Veintinueve con Pacific, en Venice, ¿verdad?

—Sí —respondió Engels.

—Pues a dos manzanas de la casa en la que vivías con Janet Valupeyk encontraron a una mujer estrangulada. ¿La mataste tú?

—¡No! —gritó Engels, pálido como el papel.

—Se llamaba Karen Waters. Tenía veintidós años.

—¡He dicho que no!

—Muy bien. Tengo aquí los nombres de dos mujeres jóvenes y solitarias que fueron estranguladas y halladas muertas. Si algún nombre te dice algo, contesta, muchacho, ¿de acuerdo? ¿Mary Peterson?

—No.

—¿Jane Macauley?

—¡Le aseguro que no!

—Eso es lo que tú dices. —Dudley suspiró, exasperado, pero fingió paciencia—. Janet Valupeyk opina de otro modo. Ha identificado a esas tres mujeres y ha dicho que eran conquistas tuyas. Las recuerda muy bien…

—¡Imposible! ¡Janet siempre estaba colocada! Tomó drogas todo

el tiempo que vivimos juntos…

Dudley alzó la mano en un rápido movimiento y dio un bofetón a Engels en la mejilla. Sorprendido, éste lo miró como un niño al que se ha regañado.

—Pensaba que habías ligado con muchas mujeres.

—Claro que sí. Con una cantidad enorme de mujeres.

—Entonces, ¿cómo sabes que no ligaste con ellas?

—Yo no…

—¿A tantas has matado, Eddie?

—Nunca he matado a ningu…

Dudley le pegó más fuerte con la mano abierta, abriéndole las heridas que le había hecho en la cara la noche anterior. Engels sacudió los brazos pero permaneció sentado. En su rostro había aparecido una expresión de terror insondable, que rápidamente había pasado a una de dolor. Sabía que lo teníamos cercado.

—Leona Jensen. ¿Te acuerdas de ella? —preguntó Dudley.

Engels agachó la cabeza al tiempo que negaba con ella. Dudley se aflojó la corbata.

Yo me acerqué al colchón.

—Esta mañana he llamado a Seattle y he hablado con tu padre —dije—. Le expliqué que eras sospechoso de haber matado a cinco mujeres. Repuso que eso era imposible. Que eras un buen chico. Yo le he creído y te creo. Pero el teniente Smith, no. Le he dicho que no hay pruebas de peso que te vinculen con esas mujeres que ha nombrado. Creo que sólo hay una acusación contra ti y que podremos excluirla si respondes sinceramente a las preguntas del teniente.

Engels alzó la cabeza y me miró con tristeza, como un perro que esperase una alabanza o un golpe.

—¿De veras que ha hablado con él?

—Sí.

—¿Y qué ha dicho?

—Que te quiere. Y que tu madre también, y que Lillian te quiere más que nadie.

—Oh, Dios mío… —Engels se puso a sollozar.

—Muy bien, Engels —intervino Dudley—. ¿Significa algo para ti el nombre de Margaret Cadwallader?

El rostro de Engels se contrajo en un espasmo.

—No —respondió con un hilo de voz.

—¿No? Tenemos una docena de testigos que os vieron juntos en el hipódromo y en los clubes nocturnos de Sunset Strip.

Engels sacudió la cabeza de manera frenética.

—La verdad, Eddie. Por el bien de tu familia —insistí.

—Sa…, salimos juntos —balbuceó.

—Pero ¿rompisteis?

—Sí.

—¿Por qué, asesino? —bramó Dudley—. ¿Por qué no te dejaba que le pegases?

—¡Nunca he matado a nadie!

—¡Nadie ha dicho que la mataras, marica de mierda! ¿Le pegaste?

—Yo no… Ella no…

—¿No qué? ¡Venga mamón degenerado! —Dudley echó el brazo hacia atrás y luego lo proyectó hacia Engels a cámara lenta. Yo lo detuve a mitad de camino, sujetándolo por la muñeca.

—¡He dicho que basta de eso, Smith! —exclamé.

—¡Maldita sea, inspector. Este psicópata es culpable y yo lo sé!

—Pues yo no estoy tan seguro. Hay una cosa que me preocupa, Eddie. La noche en que estrangularon a Margaret Cadwallader vieron tu Ford descapotable aparcado en la calle en que ésta vivía.

—Oh, Dios —gimió Eddie.

—¿Qué hacía allí? —proseguí.

—Yo… se lo había prestado.

—¿Y cómo lo recuperaste? —intervino Dudley.

—Yo…, yo…

—¿Follaste alguna vez con ella en su apartamento, chico guapo? —vociferó Dudley.

—¡No!

—Qué curioso. Tenemos huellas tuyas tomadas en su dormitorio.

—¡Eso es mentira! ¡La policía nunca me ha tomado las huellas!

—Eres un mentiroso, guaperas. Los polis de Ventura tienen tus huellas. Te las tomaron cuando hicieron una redada en un tugurio de maricas y tú estabas allí bebiendo.

—¡Eso es mentira!

A Dudley le entró un ataque de risa. Con una modulación perfecta, sus carcajadas ascendieron y descendieron en un diminuendo y un crescendo propios de un Stradivarius en las manos de un maestro.

—¡Jo, jo, jo! ¡Ja, ja, ja! —Tenía las mejillas surcadas de lágrimas y el rostro enrojecido. Rió y rió mientras Engels, Breuning y yo lo mirábamos atónitos. Finalmente, la risa de Dudley se metamorfoseó en un enorme bostezo. Miró a Breuning y le dijo—: Creo, muchacho, que ha llegado la hora de meter a este chico en cintura, ¿no crees?

—Sí, teniente.

Con todas las miradas fijas en él, Dudley Smith hundió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó el broche de diamantes de Maggie Cadwallader. En la pequeña y sórdida habitación, el silencio era absoluto.

Dudley esbozó una sonrisa diabólica y el rostro de Eddie Engels se quebró en una malla de palpitantes venas azules. Hundió la cabeza entre las manos y se quedó muy quieto.

—¿Sabes de dónde hemos sacado esto, Eddie? —pregunté.

—Sí —respondió con voz aguda.

—Era de Margaret Cadwallader, ¿sabes?

—Sí.

—¿Cómo lo conseguiste? ¿Se lo compraste, pagaste por él?

Engels se echó reír con una entonación casi femenina.

—¿Que si pagué por él? Oh, chico, ¡pagar, pagar y pagar! —gritó.

—Yo diría que fue Margaret la que pagó —dijo Dudley—. Pagó con su vida. Les pegas, las matas y ahora, además, les robas. ¿Y no profanas sus cuerpos, niño bonito?

—¡No!

—Entonces, ¿sólo las matas?

—¡Sí! ¡No!

—¿Qué ibas a hacer con ese broche, cabrón? ¿Regalárselo a la tortillera de tu hermana?

—¡Aaagh! —chilló Engels.

—Fue la marimacho de tu hermana la que te enseñó a comer chochos, ¿verdad? ¿La odiabas por eso, y por extensión a todas las

mujeres? ¿Se meaba encima de ti? ¿Te hacía poner de rodillas para que le chupases el chocho? ¿Es por eso por lo que matas mujeres?

—¡Sí, sí, sí, sí, sí! —gritó Engels, en un tono cacofónico de soprano—. ¡Sí, sí, sí, sí, sí!

Dudley se abalanzó sobre él, lo levantó de la cama y lo golpeó una y otra vez contra la pared.

—¡Cuéntame cómo lo hiciste, asesino! ¡Dime cómo te cargaste a la encantadora Margaret y nosotros no diremos nada a tus padres acerca de las otras! ¡Dímelo!

En manos de Dudley, Engels se quedó laxo como un muñeco de trapo. Cuando por fin lo soltó, se desplomó en la cama soltando un terrible gemido.

Dudley señaló el cuarto de baño. Lo seguí hasta allí. Había una cucaracha gigantesca saliendo de la inmunda bañera.

—Malditas cucarachas chupadoras de sangre —masculló—. Por la noche se meten en la cama y te chupan la sangre. Malditas chupapollas. —Se agachó, dejó que el bicho se encaramase a su mano y luego cerró el puño en torno a él hasta convertirlo en una pulpa verde amarillenta. Se limpió los restos en la pernera del pantalón y agregó—: Está a punto de desmoronarse, muchacho.

—Ya lo sé —repuse.

—Y tú le darás el empujón final.

—¿Cómo?

—Tú le gustas. Contigo se pone maricón. Cuando estás cerca le sale un tono de voz muy afeminado. Eres su salvador, pero estás a punto de convertirte en su judas. Cuando me afloje la corbata, quiero que le pegues. Es la única manera, muchacho.

—No…, no puedo.

—Podrá y lo hará, agente —me susurró Dudley acercando su cara a la mía—. ¡Ya basta de juegos de mariquitas! ¡Pegará a ese pervertido en la cara, joder! ¡Muy fuerte! ¿Ha comprendido, Underhill?

Sentí un escalofrío.

—Sí —respondí.

Nos reunimos de nuevo en la pequeña habitación, que se veía

tan machacada como el propio Eddie Engels. Con un gesto, Dudley le indicó a Mike que cogiera el bloc.

—Quiero todas y cada una de las palabras, Mike.

—Bien, jefe.

Tendí un vaso de agua a Engels. Como sabía lo que tenía que hacer, no se trataba de ser amable con él. Me limité a tenderle el vaso, y cuando me sonrió, lo miré sin expresión alguna en el rostro.

—A ver, Engels —empezó Dudley—. ¿Admites haber conocido a Margaret Cadwallader?

—Sí.

—¿Y reconoces haber tenido una historia íntima con ella?

—Sí.

—¿Y haberle pegado?

—No, no la… Ella, mire yo podría ser un buen chivato para usted. Conozco mucha gente a la que podría delatar. Toxicómanos, camellos. Sé muchas cosas de la época en la Marina.

Dudley lo abofeteó.

—Calla, guaperas. Ya casi hemos terminado. Vamos a traer a tu hermana Lillian. Quiere hablarte de la solitaria Margaret. Quiere que confieses y le ahorres a tu familia la angustia de verte acusado de cinco asesinatos.

—No, por favor —gimoteó Engels.

—No, teniente. Así, no —intervine, enfadado—. No tenemos ninguna prueba. Lo único que tenemos es el homicidio de Cadwallader. Podemos acusarlo de eso.

—¡Mierda, inspector! Estamos en situación de culparlo de cinco muertes como mínimo. Que venga Lillian Engels y seguro que infunde algo de inteligencia a su cabecita, como siempre ha hecho.

—¡No, por favor! —imploró Engels, sollozando.

—Eddie —dije—. ¿Tus padres saben que eres homosexual?

—No.

—¿Saben que Lillian es lesbiana?

—No. ¡Por favor!

—Y no quieres que se enteren, ¿verdad?

—¡No! —gritó Engels, con la voz a punto de quebrársele. Se rodeó el cuerpo con los brazos y se balanceó hacia delante y hacia atrás.

—Pues podemos ahorrárselo, Eddie —dije—. Confiesa que has matado a Margaret y no te achacaremos las otras muertes ante el jurado de acusación. Escúchame, soy tu amigo.

—No… ¡No lo sé!

—Calla y escucha. Me parece que hay circunstancias atenuantes. ¿Te humilló Margaret?

—No… ¡Sí!

—¿Te recordaba a Lillian, a todas esas cosas malas del pasado?

—¡Sí!

—¿Cosas perversas, cosas horribles en las que no querías pensar?

—¡Sí!

—¿Quieres que terminemos de una vez?

—Sí, por Dios —respondió, llorando a lágrima viva.

—¿Confías en mí?

—Sí. Es usted una persona dulce y amable.

—Entonces, cuéntame lo de Margaret.

—¡Dios mío! ¡Oh Dios mío, por favor!

—Lo soy, Eddie. —Puse la mano en la rodilla de Engels—. Cuéntamelo.

—¡No puedo!

Con el rabillo del ojo vi que Dudley se aflojaba la corbata. Hice acopio de fuerzas y luego me puse en pie, delante de Engels, que me miraba implorante, con los ojos muy abiertos. Cerré el puño y le pegué con todas mis fuerzas en un lado de la nariz. Se oyó un crujido y volaron fragmentos de cartílago.

Engels se llevó las manos a la cara ensangrentada y se desplomó en el colchón.

—¡Confiesa ya, joder, asesino de mierda! —bramó Dudley.

Me quedé donde estaba. Temblando. Engels se puso de lado, expulsando sangre por la nariz.

—Maté a Maggie —dijo en tono de pesar y resignación—. A nadie más. Todo fue cosa mía. Lo hice yo solo. Nadie más. La maté y ahora tendré que pagar por ello. Maggie no lo merecía, pero también pagó. Todos tenemos que pagar. —Dicho esto, se desmayó.

Breuning escribía a toda prisa.

Dudley sonreía como un amante satisfecho y yo permanecí

inmóvil, intentando encontrar una mínima complacencia en mi amañanada victoria.

Nadie dijo nada, y supe que tenía que moverme deprisa si quería poner a salvo aquella difícil gloria. Salí de la habitación de improviso, crucé la calle corriendo y busqué un teléfono público. Cuando lo encontré, llamé a Lorna al trabajo.

—Lorna Weinberg al habla —dijo.

—Lorna, soy Fred…

—Oh, Freddy, yo…

—Ha confesado, Lorna. Ha confesado haber matado a Margaret Cadwallader. Quedará arrestado. Me parece que lo llevaremos a los calabozos del Palacio de Justicia. No creo que sea un caso para el jurado de acusación. Supongo que alegará enajenación mental. ¿Tendrás los papeles arreglados?

—No puedo hacer nada hasta que me llegue el informe del arresto. Freddy, ¿estás bien?

—Sí…, sí, cariño, estoy bien.

—Pues a mí no me lo parece. ¿Me llamarás cuando el arresto de Engels sea oficial?

—Sí. ¿Podemos vernos esta noche?

—Sí. ¿Cuándo?

—No lo sé. Es posible que esta noche esté liado haciendo informes.

—Pues ven cuando termines, ¿vale?

—Sí.

—¿Freddy?

—¿Sí?

—No…, nada. Ya te lo diré cuando nos veamos. Cuídate.

—Lo haré.

Cuando volví a la habitación, Engels ya estaba esposado. Llevaba unos pantalones de algodón, unas sandalias y una camisa hawaiana que Carlisle había traído de su apartamento. Breuning le tomaba declaración.

—… Y me asusté. Me pareció oír ruidos en el piso de arriba y salté por la ventana de la cocina. Tenía miedo de volver al coche. Corrí hasta unos matorrales que hay cerca de la rampa de entrada a la autopista, me quedé allí escondido… varias horas… y luego

regresé en taxi a casa… —Engels calló. Me miró y escupió sangre en el suelo. Tenía la nariz de color púrpura y muy hinchada y ambos ojos amoratados.

—¿Por qué, Engels? —preguntó Breuning.

—Porque alguien tenía que pagar. Es una lástima que le haya tocado a alguien tal dulce como Maggie, pero así ocurrió.

—Mike y yo llevaremos a Engels al depósito de detenidos del Palacio de Justicia —dijo Dudley, dándome una palmada en la espalda—. Tú vete a casa. Tenemos que ser unánimes en nuestras declaraciones. Has estado fantástico, muchacho, fantástico. El cielo es el único obstáculo a lo alto que puedes llegar una vez que hayamos terminado con este asunto.

—Te equivocas, Dudley —dije—. Iré contigo. Es mi arresto. Tú puedes presentar tu informe y la confesión de Engels, pero este arresto es mío. Yo presenté el mío a la Oficina del Fiscal de Distrito un día antes de que lo detuviéramos. En él cuento toda la verdad, desde el principio. Siempre has querido dejarme fuera de esto y no voy a tolerarlo. Pruébalo e iré a los periódicos. Contaré tu pequeña historia de cuando la investigación de la Dalia y cómo secuestraste a Engels y le pegaste hasta que cantó. Si intentas quitarme este arresto, toda mi carrera se irá a la mierda. ¿Comprendes?

Dudley Smith enrojeció y luego se puso púrpura. Sus enormes manos, pegadas a los costados del cuerpo, empezaron a moverse de manera espasmódica. Sus ojos eran dos puntos diminutos cargados de odio. Por las comisuras de sus labios asomó un poco de saliva, pero no pronunció una sola palabra.

Llegué al centro antes que ellos.

Las escaleras del Palacio de Justicia ya estaban atestadas de reporteros. El viejo Dudley, con su manera de obrar exagerada, los había preparado para cuando hiciese acto de presencia.

Aparqué en la Primera con Broadway y me aposté en la esquina para esperar a mis colegas y a nuestro prisionero. Al cabo de un minuto doblaron la esquina y se detuvieron en el semáforo. Sentado al volante, Breuning me lanzó una mirada fulminante. Abrí la puerta del acompañante y entré. Dudley y Engels iban detrás.

—Estás acabado, judas —masculló Dudley, y Engels bufó con los dientes apretados.

Hice caso omiso de ellos, e imitando el acento de Dudley dije:

—¡Hola, muchachos! He decidido dejarme caer por aquí. Veo que los periodistas ya han llegado. ¡Magnífico! Tengo mucho que contarles. Dudley, ¿te has enterado del último descubrimiento antropológico? ¡El hombre no desciende del mono, sino de un irlandés! ¡Jo, jo, jo! ¿No os parece magnífico?

—Judas Iscariote —dijo Dudley.

—Te equivocas. Soy el Santa Claus irlandés. ¿No se nota?

Aparcamos junto a la acera frente al laberinto de reporteros y yo me prendí la placa en mi arrugada chaqueta.

De un empujón, Dudley hizo salir a Engels del coche y lo cogimos de un brazo cada uno y subimos la escalera del Palacio de Justicia.

—¡Aquí están! —gritó alguien, y como si de buitres se tratara, se lanzó sobre nosotros una manada de reporteros en mangas de camisa, que no cesaban de hacer preguntas en medio de una explosión de flases.

—Dudley ¿a cuántas se ha cargado? ¿Ha confesado, Dudley? ¡Sonríe, asesino! ¡Para el *Daily News* de L.A.! ¡Cuéntanoslo, Dudley! ¡Eh, pero si éste es el poli que mató a esos dos pistoleros mexicanos! ¡Díganos algo, agente!

Nos abrimos paso entre ellos. Engels mantuvo la cabeza gacha. Dudley sonrió para las cámaras y yo puse rostro estoico. En el vestíbulo del edificio nos esperaba el jefe de carceleros, teniente uniformado de la Oficina del Sheriff. Nos llevó hasta el ascensor, donde un ayudante le puso unos grilletes a Engels en los tobillos, y subimos en silencio hasta el piso undécimo. Allí le dieron al prisionero unos pantalones de algodón, le quitaron las esposas y los grilletes y lo metieron en una celda individual. Cuando estuvo encerrado, me miró por última vez y escupió en el suelo.

—Tienen que ir de inmediato a la comisaría central —dijo el teniente—. El mismísimo jefe de detectives me ha llamado para decírmelo.

Dudley asintió con aire impasible. Me excusé, bajé la escalera y salí por la puerta principal, para verme de inmediato rodeado por

los reporteros. Algunos me conocían, ya que el asunto de los mexicanos me había dado cierta fama, y mientras descendía por los escalones hacia la acera, me hicieron preguntas.

—¿Quién lo ha arrestado, Underhill? ¿Qué ha ocurrido? Dudley dice que el tipo está zumbado. ¿Podéis acusarlo de todas las muertes sin resolver?

No les hice caso y me abrí camino hasta la acera. Corrí las cuatro manzanas que me separaban de la División Central en Los Ángeles Street y llegué sudando. Crucé los pasillos a toda prisa y me detuve un momento para tranquilizarme antes de llamar a la puerta de Thad Green, el jefe de detectives. Su secretario me hizo pasar a la sala de espera. Dudley Smith ya estaba allí, sentado en el sofá, fumando. Nos miramos fijamente hasta que sonó el intercomunicador.

—Ya puede pasar, teniente Smith —dijo el secretario.

Dudley entró en el sanctasanctórum, desapareciendo tras una gruesa puerta de cristal. Esperé, nervioso, y para serenarme procuré pensar en Lorna. Dudley salió al cabo de media hora; pasó por mi lado como si no existiese y se marchó.

—¡Underhill! —El jefe me llamaba desde el despacho, y yo entré a afrontar mi destino. Estaba sentado tras su enorme escritorio de roble. Lo saludé y él me devolvió el saludo asintiendo de manera enérgica con su canosa cabeza.

—Su informe, Underhill.

Cuando terminé, sin haberme sentado, el jefe dijo:

—Bienvenido a la Brigada de Detectives, Underhill. Emitiré un comunicado de prensa. La Oficina del Fiscal de Distrito se pondrá en contacto con usted. Quiero un informe por escrito para dentro de dos horas. No hable con ningún periodista. Ahora, vaya a casa y descanse.

—Gracias, señor —dije—. ¿Adonde seré asignado?

—Todavía no lo sé. A alguna patrulla, supongo. —Consultó su calendario—. Dentro de una semana justa, el viernes 12 de septiembre, preséntese a las ocho de la mañana. Ya le habremos encontrado un destino adecuado.

—Gracias, señor.

—Gracias, agente.

Me instalé en un cuarto trastero vacío que encontré al final del pasillo, redacté el informe y se lo dejé al secretario del jefe. Después, fui a recuperar mi coche y me dirigí a casa, donde me esperaban *Night Train*, una ducha y un sueño reparador.

12

Un atardecer resplandeciente me sorprendió esperando la prensa vespertina en un quiosco de Pico y Robertson. Cuando llegaron los periódicos y vi que los titulares gritaban «Corea» en lugar de «Asesinato en L.A.», me sentí decepcionado. Tenía curiosidad por saber hasta qué punto coincidía el comunicado de prensa del Departamento con las primeras declaraciones de Dudley a los periodistas.

Después de mirar las páginas dos y tres para ver si encontraba alguna noticia de última hora, empecé a sentirme aliviado: tenía a Dudley pillado por las pelotas y el respiro momentáneo que nos daba la prensa del día contribuiría a suavizar la que quizá fuese una tensa velada con Lorna.

Mientras aparcaba en Charleville, vi a Lorna en la sala de su casa, fumando y mirando por la ventana, abstraída. Cuando llamé al timbre, toda mi ira y enervación se desvanecieron y empecé a sentir una expectación deliciosa.

Oí el zumbido del portero automático, entré y subí corriendo la escalera para encontrarme a Lorna, en medio de la sala, apoyada en su bastón. Llevaba carmín rosa en los labios, rímel en las pestañas y había cambiado de peinado. Tenía el cabello recogido hacia arriba y echado hacia atrás en los costados. Al verla, me quedé sin aliento. Vestía una falda de tartán y una camisa larga de hombre, de mangas francesas, que realzaba a la perfección sus grandes pechos.

Cuando me vio, su rostro permaneció inexpresivo, y me acerqué a ella despacio. La abracé, con cuidado de no estropearle el nuevo peinado, y lo único que se me ocurrió decirle fue:

—Hola.

Lorna dejó su bastón y me abrazó por la cintura.

—No irá al jurado de acusación, Freddy —anunció.

—Lo suponía. Ha confesado.

—¿Cuántas muertes?

Empecé a soltarla pero ella me agarró con fuerza.

—¿Cuántas? —insistió.

—Sólo la de Margaret Cadwallader. No hablemos de eso, Lor.

—Tenemos que hacerlo.

—Ven, vamos a sentarnos.

Nos acomodamos en el sofá y añadió:

—Te he buscado por todo el Palacio de Justicia. Pensé que estarías allí cuando presentarais los cargos.

—El jefe de detectives me mandó llamar porque quería verme. Supongo que Smith regresó al Palacio de Justicia y presentó los cargos. Yo estaba muerto de cansancio y me fui a casa a dormir. ¿Por qué? —Al ver que Lorna se ponía roja, pregunté—: ¿Por qué? ¿Qué demonios está pasando?

—Estuve allí, conseguí un pase para el depósito. El fiscal de distrito también estuvo. Dudley Smith y él hablaron. Smith le dijo que la muerte de Cadwallader sólo era la punta del iceberg, que Engels era un asesino en serie.

—¡Dios mío!

—No me interrumpas. Engels sólo fue acusado de esa muerte, pero Smith no cesaba de repetir: «¡Este es un caso para el jurado de acusación, este psicópata se ha cargado a muchísimas mujeres!» El fiscal de distrito le seguía la corriente, pero luego me vio y le comentó a Smith que yo era la encargada de leer los posibles casos para el jurado de acusación. Al advertir que yo era una mujer, Dudley empezó a lisonjearme. Luego me preguntó qué estaba haciendo allí, y le conté que tú y yo éramos amigos. Palideció y empezó a temblar. Parecía un loco.

—Es un loco —la corregí, temblando—. Me odia. Le he plantado cara.

—Entonces el loco eres tú. ¡Smith puede arruinar tu carrera!

—Tranquila, cariño. No. Me han ascendido. Smith presentó su informe primero y yo lo hice después. Trabajaré en la Brigada de Detectives, seré asignado a alguna patrulla. El propio Thad Green me lo ha dicho. Lo que Smith le ha contado a Green coincide con el informe que te entregué y con el informe oficial que he presentado como agente que ha efectuado el arresto, y es la pura verdad. Lo que Smith le ha contado al fiscal de distrito es una exageración. Todo lo que yo…

—Freddy, tú me dijiste que no había pruebas de peso para vincular a Engels con los otros asesinatos.

—Eso es absolutamente cierto, pero…

—Pero nada, Freddy. —Lorna estaba cada vez más agitada—. He visto a Engels. Estaba físicamente destrozado. Le pregunté a Smith y me endilgó una mentira, me contó que se había resistido al arresto. Yo no podía dejar de decirme: «Dios mío, ¿es posible que Freddy tenga algo que ver con todo esto? ¿Es esto justicia? ¿Con qué clase de hombre me he liado?»

Me limité a mirar la reproducción de El Bosco que había en la pared.

—¡Freddy, contéstame!

—No puedo, letrada. Buenas noches.

Conduje hasta casa, resuelto a acallar todas las especulaciones sobre Lorna, los asesinos de mujeres y los policías lunáticos. Intenté concentrarme en mi nuevo rango: detective Frederick U. Underhill. Detective Fred Underhill. Con veintisiete años y ya detective. Seguro que era el detective más joven de todo el Departamento de Policía de Los Ángeles. Tenía que averiguarlo. En noviembre, el examen a sargento. Sargento detective Frederick Underhill. Necesitaría comprarme tres trajes y un par de chaquetas deportivas, algunas corbatas y media docena de pantalones de algodón. Detective Fred Underhill. Pero… Pero me seguía acosando aquel hermoso cabello castaño dorado. Lorna Weinberg, doctorada en Derecho. Lorna Weinberg.

«Tranquilo —me dije, intentando escuchar mi propio consejo—, no pienses.»

Al llegar a casa, tras jugar un rato con *Night Train*, me asaltó una

especie de miedo al futuro y para combatirlo me enfrasqué en la lectura de unos libros de texto.

Intenté abstraerme, pero fue inútil; las palabras se me escapaban volando sin asimilarlas, casi sin verlas. No podía dejar de pensar.

Estaba a punto de darme por vencido cuando sonó el timbre de la puerta. Sin atreverme a hacer conjeturas acerca de quién sería, la abrí de inmediato. Era Lorna.

—Hola, agente —dijo—. ¿Puedo pasar?

—Ahora soy detective, Lorna. ¿Serás capaz de aceptar lo que tuve que hacer para conseguirlo?

—Lo que sé es que te he acusado de un delito desconocido sin pruebas suficientes.

—Yo hubiera presentado un recurso de habeas corpus, letrada, pero tú me he habrías ganado ante los tribunales.

—Yo habría apelado, en tu favor. ¿Sabes que eres el único Frederick U. Underhill que aparece en la guía telefónica del condado de Los Ángeles?

—Sin lugar a dudas. ¿Qué haces aquí, Lorna?

—Estoy acechando tu corazón.

—Entonces, no te quedes en la puerta. Entra, que te presentaré a mi perro.

Muchas horas más tarde, felices, saciados y absortos el uno en el otro, demasiado cansados para dormir o pensar e incapaces de dejar de acariciamos, tuve una idea. Saqué mi pobre colección de baladas románticas que antes había utilizado para seducir a mujeres solitarias y puse *You Belong to Me,* dejo Stafford, en el tocadiscos. Subí el volumen para que Lorna lo escuchara desde el dormitorio.

Cuando volví a su lado, reía.

—¡Oh, Freddy, es tan…!

—¿Romántico?

—¡Sí!

—Mis sentimientos también lo son. Esta noche me siento romántico, no es preciso decirlo.

—Ya es de día, querido.

—Buena observación. ¿Lorna?

—¿Sí?

—¿Me concedes el próximo baile?

—¿Baile? ¡Freddy, pero si yo no puedo bailar!

—Claro que sí.

—¡Freddy!

—Puedes saltar sobre tu pierna buena. Yo te sostendré. ¡Vamos, hazlo!

—¡No puedo, Freddy!

—Insisto.

—Freddy, estoy desnuda.

—Yo también.

—¡Freddy!

—Ya hemos hablado bastante, Lor. ¡A por ello!

Lorna, desnuda, reía en mis brazos mientras la llevaba en volandas hasta la sala y la depositaba en el sofá. Luego puse *The Tennessee Waltz*, de Patti Page, en el tocadiscos, y cuando empezó a canturrear la dulzona introducción me acerqué a ella con los brazos extendidos.

Lorna se agarró a ellos. La atraje hacia mí, la tomé por las nalgas y la levanté ligeramente del suelo de forma que su pierna mala quedara suspendida y el cuerpo apoyado en la buena. Me abrazó con fuerza y nos movimos con dificultad, dando pequeños pasos, mientras Patti Page cantaba.

—Freddy —susurró Lorna a la altura de mi pecho—, pienso que…

—No pienses, Lor.

—Iba a decir que…, que pienso que te quiero.

—Pues sigue pensando, porque yo sé que te quiero.

—Freddy, este disco no me parece romántico.

—A mí tampoco.

El sábado por la tarde fuimos a Santa Bárbara por la autopista del Pacífico. El océano azul quedaba a nuestra izquierda y a nuestra derecha se elevaban colinas verdes y riscos marrones. No había ni rastro de nubes ni de contaminación. Circulamos con la capota bajada, relajados y en silencio. Lorna apoyaba la mano en mi pierna

y, de vez en cuando, me daba pellizcos juguetones.

No habíamos hablado del caso en toda la mañana, aunque permanecía, solapado, en algún rincón de mi mente. No habíamos encendido la radio por una especie de acuerdo tácito. El presente era demasiado bueno, demasiado real para estropearlo con la intimidación de la cruda realidad en la que ambos trabajábamos.

Así que, en nuestra primera salida juntos, fuimos hacia el norte. Lorna subió la mano por mi pierna, con pretendida expresión de recato, hasta que exclamé:

—¿Qué demonios estás haciendo?

—¿Tú que piensas? —dijo entre risas.

—Pienso que me gusta.

—Pues no pienses y conduce. —Apartó la mano—. ¿Sabes Freddy? Estaba pensando…

—¿En qué?

—Acabo de caer en la cuenta de que no sé nada de ti, de lo que haces, en tu tiempo libre, quiero decir.

Quedé pensativo unos instantes y opté por la cautela.

—Bueno, cuando Wacky estaba vivo pasaba mucho tiempo con él. En realidad, no tengo amigos. Y antes me dedicaba a perseguir mujeres.

—¿Sólo para acostarte con ellas? —Soltó una carcajada.

—No, era más que eso —repuse, algo sorprendido—. Formaba parte del prodigio, pero eso fue A. de L.

—¿A. de L.?

—Antes de Lorna.

Me dio un pellizco en la pierna y señaló el arcén.

—Para, por favor.

Lo hice, alarmado por la expresión triste y sombría de Lorna. Tomé su rostro entre mis manos y le pregunté:

—¿Qué te pasa, cariño?

—Que yo no puedo tener niños, Freddy —contestó abruptamente.

—No me importa —le aseguré—. Es decir, sí me importa, pero eso no cambia nada las cosas. De veras, yo…

—Quería que lo supieras, Freddy.

—¿Porque piensas que tenemos un futuro juntos? —Sí.

—Lorn, yo no podría imaginar un futuro sin ti.

Se soltó de mi abrazo y se mordió los nudillos.

—Te amo —añadí—, y no nos marcharemos de aquí hasta que me asegures que crees en mis palabras.

—No lo sé. Eso es lo que pienso.

—No pienses.

—De acuerdo, entonces te creo. —Lorna volvió a reír, con los ojos llenos de lágrimas.

—Bien, pues vayámonos de aquí de una puta vez. Estoy hambriento.

Llegamos en perfecta sincronía con el crepúsculo y Santa Bárbara se abrió ante nosotros como un alivio temporal enviado por el cielo a la humedad y la contaminación de Los Ángeles.

Encontramos nuestro refugio de fin de semana en la calle Bath, a pocas manzanas de distancia de State. Se trataba del hotel Mission Bell, una mansión victoriana reformada pintada de un cándido amarillo brillante. Nos registramos como el señor y la señora Underhill. El recepcionista nos miró con desconfianza porque no llevábamos equipaje, pero se tranquilizó cuando, al ir a pagar, saqué mi placa de la cartera.

Con unas risitas de complicidad, tomé a Lorna del brazo y nos dirigimos al ascensor. La habitación tenía las paredes pintadas de amarillo brillante, unos óleos baratos colgando de éstas, unas ventanas panorámicas que daban a la calle, bordeada de palmeras, y una gran cama de latón con una colcha y un dosel amarillos.

—No volveré a probar el limón en mi vida —comentó Lorna.

—Entonces, esta noche no comeremos pescado —apunté, tras darle un beso en la mejilla—. Me he dejado las cosas de afeitar en el coche.

Bajé hasta la planta por una escalera enmoquetada de amarillo. El recepcionista, un hombre delgado, de mediana edad y con un chocante cabello rojo, fingió estar ocupado al verme cruzar el vestíbulo, y tuve la sensación de que quería preguntarme algo. Apagó su cigarrillo y se acercó a mí.

—¿Qué ocurre? —inquirí, para facilitarle las cosas.

Con pose desgarbada, el hombre se plantó delante de mí, metió las manos en los bolsillos de los pantalones, titubeó y, finalmente, dijo:

—No es cosa mía. —Miró alrededor y, bajando la voz, prosiguió —: Pero cuando dicen «degenerado», ¿quieren decir maricón?

—¿Qué demo…? —empecé a decir, y entonces, adivinando el origen de aquella conclusión errónea, suspiré—. ¿Significa eso que ha salido en la prensa de Santa Bárbara?

—Sí, señor. Usted es un gran héroe. ¿Es eso lo que quieren dar a entender?

—No estoy facultado para hablar de ello —respondí, y dejé solo al recepcionista en el vestíbulo amarillo dándole vueltas a la semántica.

Corrí hasta State Street y encontré un quiosco de periódicos en el que compré el *Times* de L.A y el *Clarion* de Santa Bárbara. En ambos periódicos, la noticia aparecía en portada, con grandes titulares y fotos.

Empecé por el *Times*:

UN JUGADOR SE DECLARA AUTOR DEL ASESINATO DE UNA MUJER EN HOLLYWOOD

Se lo relaciona con otras seis muertes por lo menos

Los Ángeles, 7 de septiembre. La policía ha detenido hoy a un sospechoso de la muerte por estrangulamiento, ocurrida el 12 agosto, de Margaret Cadwallader, de 36 años y domiciliada en Harold Way, 2311, Hollywood. El sospechoso se llama Edward Engels, tiene 32 años y está domiciliado en Horn Drive, Hollywood Oeste.

Poco después de su arresto, Engels, un jugador sin medios de subsistencia conocidos, confesó a los detectives del DPLA Dudley Smith, Michael Breuning y Fred Underhill: «¡Yo maté a Maggie! Me trató como si fuera una mierda y se lo hice pagar.»

Se creía que la señorita Cadwallader, que

trabajaba de contable en la empresa de importación-exportación Small World, de Los Ángeles, había muerto a manos de un ladrón al que había sorprendido en la madrugada del 12 de agosto. La policía había llevado a cabo su investigación a partir de esta hipótesis y había interrogado a ladrones conocidos por recurrir a la violencia, sin obtener resultado alguno hasta que el detective Underhill, que hasta el momento trabajaba en una patrulla, Intervino.

En una declaración formal a la prensa, el detective Underhill, de 27 años, ha dicho: «Hace unos meses, trabajando en la patrulla de Wilshire, mi compañero y yo descubrimos el cadáver de una joven. La habían estrangulado. Cuando la muerte de Cadwallader apareció en los periódicos, advertí semejanzas entre los dos crímenes. Empecé a investigar por mi cuenta y presenté mis pruebas, de las que ahora no puedo hablar, al teniente Dudley Smith. El teniente Smith dirigió la investigación que ha concluido en el arresto de Edward Engels.»

El teniente Smith elogió a Underhill por su «magnífico y extraordinario trabajo policial» y añadió que «hemos podido capturar a Engels gracias a un pertinaz trabajo policial; largas vigilancias en muchos bares a los que Engels acudía en busca de mujeres solitarias. Su arresto es una victoria para la justicia y la moral americanas».

Se investiga su relación con otras muertes

En su melodioso tono de voz, el teniente irlandés del DPLA, que ha pasado 23 de sus 46 años en el cuerpo, prosiguió: «Creo que la tragedia de la señorita Cadwallader no es más que la punta del iceberg. Engels es un conocido degenerado que lleva muchos años frecuentando bares de la zona de Hollywood en los que se reúnen los de su especie. Sabemos positivamente que conquista mujeres en coctelerías y les paga para que se dejen pegar. Creo de veras que Engels es responsable, como

mínimo, de seis muertes por estrangulamiento ocurridas en los últimos seis años en el sur de California. Espero convencer al fiscal de distrito de poner en marcha una investigación de gran alcance, basándonos en este supuesto.»

Un repentino ataque de ira me impidió pensar. Leí a toda prisa la portada del periódico de Santa Bárbara. No decía nada nuevo, estaba copiado del *Times* prácticamente al pie de la letra.

Dudley Smith, el engolado traficante de gloria, estaba dando rienda suelta a su monomanía. Yo me hallaba a cubierto, pero él parecía decidido a endilgarle nuevas víctimas a un tipo que sólo había matado una vez.

Volví al hotel corriendo, crucé el vestíbulo a grandes zancadas y subí las escaleras de tres en tres. La puerta de nuestra habitación estaba abierta, y Lorna se encontraba sentada en un sillón, fumando tranquilamente, al tiempo que hojeaba un folleto turístico de Santa Bárbara.

Le lancé los periódicos al regazo.

—Lee esto, Lorna —indiqué.

Ella me miró por un instante con cara de preocupación y leyó. Yo la observé.

—Ya me esperaba todo eso —comentó, al terminar.

—¿Qué quieres decir?

—Sé que Smith explotará el caso al máximo.

—Tú no lo conoces, Lor. Yo, sí. Sé que intentará endosarle a Engels todas las muertas desde las inundaciones de Johnstown hasta la Segunda Guerra Mundial. ¡Está completamente loco!

—Freddy —Lorna sonrió y tomó mis manos entre las suyas—. ¿Eddie Engels mató a Margaret Cadwallader?

—Sí, pero…

—Tranquilo. Está arrestado, como debe ser, pero fuiste tú quien lo arrestó, no Dudley Smith. Si te preocupa que Smith empiece una investigación de gran alcance que acabe implicándote, olvídalo. El fiscal de distrito nunca la autorizará.

—¿Estás segura? —pregunté, algo más calmado.

—Sí. La Fiscalía no puede gastar ese dinero. El fiscal es

partidario de dejar las cosas como están. ¿Crees que es inocente de esas otras muertes?

—Sí, sólo mató a Cadwallader.

Lorna tomó mi cara entre sus manos y me besó varias veces con ternura.

—Empieza a preocuparte la justicia, querido —susurró—, y me alegra mucho que así sea.

—No estoy tan seguro de eso.

—Pues yo sí. ¿Has leído el artículo de la página doce del *Times*?

—No.

—Bien. Yo te lo leeré. —Lorna apagó el cigarrillo y se aclaró la garganta—. El título es: «Hurra por un nuevo héroe de la vida real», y el subtítulo: «Joven policía colabora en el arresto de un asesino.» Vamos allá. El detective Frederick U. Underhill, de veintisiete años, es el agente de policía más joven que jamás haya alcanzado ese rango en la historia del DPLA. No se trata de un policía al uso. Se graduó en el instituto Loyola en 1946 y decidió que no quería seguir estudiando. Luchó con tenacidad para alistarse en el Ejército durante la Segunda Guerra Mundial, elevando numerosas peticiones a la junta de reclutamiento, pese a tener un tímpano perforado. Al ser rechazado, retomó los estudios, doctorándose magna cum laude en Historia. El detective Underhill es huérfano, y consiguió la nota media más alta jamás alcanzada por un niño en el orfanato de St. Brendam. Monseñor John Kelly, director del instituto St. Brendam, al que Underhill asistió, dijo: «Los recientes éxitos de Fred como policía no me sorprenden en absoluto. Era un niño muy trabajador y responsable. Y ya sabía que estaba destinado a hacer grandes cosas. Pero ¿qué cosas? —ha dicho Underhill—. Lo único que he querido ser siempre es policía. Jamás me he planteado otra vida.»

Y nosotros, los ciudadanos de Los Ángeles, somos los afortunados beneficiarios de esa decisión que Fred Underhill tomó de niño, la de dedicar su vida a la desinteresada y abnegada labor de policía. Mientras trabajó como patrullero en la comisaría de Wilshire, Fred Underhill efectuó más arrestos que cualquier otro agente de dicha comisaría. Fred Underhill obtuvo la nota media más alta que jamás se haya logrado en la Academia de Policía. El capitán William Beckworth, su ex superior en la comisaría de

Wilshire, ha dicho de él que «es el mejor policía que ha trabajado a mis órdenes». Una alabanza realmente vehemente, pero respaldada por los hechos: en febrero de este año, el agente Fred Underhill abatió a balazos a dos ladrones armados que acababan de robar en un mercado, ahora, la pasmosa resolución del caso de Margaret Cadwallader, todo ello en menos de un año.

La guerra de Corea se encrudece. En ultramar, estamos en punto muerto con el enemigo comunista. En nuestra ciudad la guerra contra el crimen da sus frutos. Es, lamentablemente, una guerra que estará siempre entre nosotros. Gracias a Dios que también estarán entre nosotros hombres como el detective Fred Underhill.»

Lorna terminó con una reverencia y fingió desmayarse de amor y admiración.

—¿Y bien, agente Fred? —preguntó.

—Han olvidado decir que soy alto, guapo, inteligente y encantador; eso habría sido verdad. En cambio, optaron por todas esas gilipolleces. Queda mucho mejor. No iban a publicar que soy ateo, que me escaqueé del Ejército y que antes de conocerte a ti, era un cazador de chochos.

—¡Freddy!

—Es la verdad. Mierda. Oh, Lorna, estoy tan harto de todo esto.

—¿En serio, querido?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no me haces un par de favores?

—Tú pide.

—No vuelvas a mencionar el caso en lo que queda de fin de semana.

—De acuerdo. ¿Y qué más?

—Que hagamos el amor.

—De acuerdo también. —Abracé a Lorna y caímos en la cama riendo.

Un poco más tarde, llamamos al servicio de habitaciones y pedimos dos platos de trucha con guarnición que llegaron en un carrito cubierto con un mantel y empujado por un botones que llamó discretamente a la puerta y anunció:

—La cena, chicos.

Después de cenar, Lorna encendió un cigarrillo y me dirigió una mirada de cariño y complicidad. No supe por qué, pero esa mirada me intrigó y pregunté:

—¿Intercambiamos nuestros papeles, Lorna?

—¿Papeles? ¿Qué papeles?

—Tú querías saber acerca de mi vida más allá de mi trabajo como policía…

—Muy bien, querido, pues ahora te contaré yo. Después del accidente, sentí una gran lástima de mí misma. Estaba atrapada entre una madre que había muerto santamente, una hermana gorda y un payaso de padre, y todas esas malditas operaciones, y las falsas esperanzas y las especulaciones y la culpabilidad y el asco de mí misma y la ira. Y el distanciamiento. Eso fue lo peor de todo, saber que yo no pertenecía a este tiempo y este lugar; de hecho a ningún tiempo y a ningún lugar. Luego, aprender a caminar otra vez, y estar alborozada al conseguirlo, hasta que el doctor me dijo que no podría tener niños. Entonces sentí una amargura terrible, y con ella aprendí las primeras lecciones de aceptación.

—¿A qué te refieres, Lor?

—Me refiero a no saber cuándo tu pierna mala se desprenderá del todo y yo me caeré de culo. Cuando llevaba un vestido blanco, siempre pensaba que me ocurriría. Aprender a subir las escaleras, a salir antes para ir a clase si tienes que hacerlo. Y luego toda esa gente horrible que quería ayudarme. Los hombres que pensaban que me acostaba con todo el mundo porque era tullida. Y tenían razón, ¿sabes? Me acostaba con todo el mundo.

—Yo también, Lor.

—En fin, y luego la universidad, la Facultad de Derecho, y los libros y la pintura y la música y unos pocos hombres y una cierta reconciliación con la familia, y por último la Oficina del Fiscal de Distrito.

—¿Y?

—¿Y qué, Freddy? —dijo Lorna levantando el tono de voz, exasperada—. ¡Eres tan insistente, caray! Sé que quieres que te hable del prodigio, el «prodigio», que ni siquiera sé bien qué es. Y no tengo ganas.

—Tranquila, cariño. No era mi intención presionarte.

—Sí y no. Sé que quieres saberlo todo de mí, pero dame tiempo. Yo no soy el prodigio.

—Sí que lo eres.

—¡No, no lo soy! Tú pretendes controlar el prodigio, por eso precisamente eres policía. Quiero estar contigo, pero nunca conseguirás controlarme. ¿Comprendes?

—Sí, comprendo que hay cosas que todavía te dan miedo. A mí, ya no.

—¡No te salgas por la tangente, maldita sea!

—Mierda —dije, y de repente sentí que mi tan bien planeada vida se desplomaba bajo el peso de la tensión y la expectación de las últimas tres semanas—. Prodigio, justicia, disparates… Ya no sé nada.

—Sí, sí que lo sabes —replicó Lorna—. Estoy yo. No soy ni el prodigio ni la justicia.

—¿Qué eres?

—Soy tu Lorna.

Ni esa noche ni a la mañana siguiente a primera hora salimos a pasear por la calle State, ni a dar un paseo romántico por la playa ni a visitar la histórica Misión de Santa Bárbara. Estuvimos bailando en nuestra habitación amarillo limón con la música de la radio: los Four Lads, las McGuire Sisters, Teresa Brewer y la inmortal *big band* del fallecido Glenn Miller.

Encontramos una emisora en la que ponían discos solicitados, y telefoneé para que pusieran una serie de éxitos antiguos que me apetecía escuchar junto a Lorna. El pinchadiscos accedió y Lorna y yo nos abrazamos y bailamos muy despacio siguiendo el ritmo suave de *The Way You Look Tonight, Blue Moon, Perfidia, Blueberry Hill, Moments to Remember, Good Night, Irene* y, por supuesto, *The Tenessee Waltz*, cantado por Patti Page.

El lunes por la mañana, al amanecer, nos vestimos y con desgana regresamos a L. A. y a la administración de justicia.

13

Dormía profundamente en mi apartamento cuando sonó el teléfono. Eran las dos de la tarde del lunes y sólo llevaba descansando unas tres horas. Era Lorna.

—Freddy, tengo que verte ahora mismo. Es urgente.

—¿Qué ocurre, Lor?

—No puedo decírtelo por teléfono. —Parecía muy preocupada y su voz poseía un timbre que yo no había oído nunca.

—¿Ha comparecido Engels ante el tribunal?

—Sí. Se ha declarado no culpable. Dudley Smith estuvo presente, con el ayudante del fiscal de distrito. Engels se puso a chillar y los alguaciles tuvieron que contenerlo.

—Jesús. ¿Estás en tu despacho?

—Sí.

—Llegaré en cuarenta y cinco minutos.

Tardé cincuenta y cinco. Me vestí a toda prisa y forcé mi Buick circulando a veinte kilómetros más por hora de lo que permitía el límite de velocidad. En el aparcamiento de Temple, le mostré la placa al empleado, que asintió enérgicamente y puso un papel de aspecto oficial bajo el limpiaparabrisas. Al cabo de dos minutos, irrumpía en el despacho de Lorna.

Lorna tenía compañía. Se trataba de dos hombres muy serios, de algo más de cuarenta años, vestidos con trajes de buena hechura. Uno de ellos, el más robusto, me resultaba familiar. Estaba sentado en el sofá de cuero verde de Lorna, con sus largas piernas estiradas y cruzadas a la altura del tobillo. Rozaba con los dedos un

portafolios de piel colocado a su lado. Intimidaba incluso en aquella postura casual. El otro tenía el cabello canoso, era rechoncho y vestía un jersey de cachemira y una chalina en un día en que la temperatura prometía llegar a los treinta grados. No cesaba de pasarse la lengua por los labios y sus ojos iban del portafolios a mí y de nuevo al portafolios.

Mientras yo acercaba una silla al escritorio, Lorna hizo las presentaciones.

—Detective Fred Underhill, éste es Walter Canfield. —Señaló al hombre del portafolios—. Y éste es el señor Clark Winton. —Volvió la mirada en dirección al hombre de la chalina. Ambos me saludaron con un movimiento de la cabeza, Canfield con hostilidad; Winton con nerviosismo.

—¿Qué puedo hacer por ustedes, caballeros? —pregunté.

Canfield abrió la boca para hablar, pero Lorna se le adelantó en un tono de voz sumamente profesional.

—El señor Canfield es abogado, Fred. Representa al señor Winton. —Hizo una pausa, y añadió, vacilante—: El señor Canfield y yo trabajamos juntos en una época. Confío en él. —Miró a Canfield, que esbozó una sonrisa forzada.

—Seré breve, agente —dijo—. Mi cliente estaba con Eddie Engels la noche en que Margaret Cadwallader fue asesinada. —Esperó mi reacción. Al ver que no me inmutaba, recalcó—: Mi cliente estaba esa noche con Engels.

Recuerda muy bien la fecha. El 12 de agosto es su cumpleaños.

Canfield me miró con aire de triunfo. Winton tenía la vista fija en el regazo y se frotaba las temblorosas manos.

Noté que todo mi cuerpo se ponía rígido, como si lo hubieran pinchado con miles de alfileres.

—Eddie Engels ha confesado, señor Canfield —dije con cautela.

—Mi cliente me ha contado que Engels es un perturbado que tiene un gran complejo de culpa por ciertos hechos de su pasado.

—Eddie es un hombre angustiado, agente —intervino Winton—. Cuando estaba en la Marina se enamoró de un tipo mayor que lo obligó a hacer cosas horribles y consiguió que Eddie se odiase a sí mismo por ser como era.

—Ha confesado —repetí.

—Vamos, agente. Sabemos que la confesión se obtuvo mediante violencia física. Lo he visto esta mañana, cuando compareció ante el tribunal. Tenía unas terribles marcas de golpes.

—Cuando intentó resistirse al arresto hubo que reducirlo por la fuerza.

Canfield soltó una carcajada burlona. En ambiente distinto, habría escupido. Su mirada de desdén se encontró con la mía, y luego observé a Clark Winton.

—¿Es usted homosexual, señor Winton? —pregunté, aunque sabía muy bien cuál sería la respuesta.

—¡Freddy, maldita sea! —me espetó Lorna.

Winton tragó saliva y miró a su abogado en busca de apoyo. Canfield empezó a susurrarle algo al oído, pero lo interrumpí.

—Porque si lo es, y lo que quiere es presentarse con esta información, la policía le pedirá una declaración firmada sobre su relación con Engels y un relato detallado de las actividades que realizó con él la noche del 12 de agosto. ¿Está dispuesto a pasar por eso?

—Eddie y yo éramos amantes —dijo Winton con voz calmada y gran resignación.

—Señor Winton —dije después de preparar mis argumentos unos segundos—, tenemos una confesión firmada. También tenemos testigos presenciales que declararán que vieron el coche de Engels en Harold Way la noche del crimen. Si desea hacer pública su historia, se le investigará como posible cómplice.

Canfield me miró con frialdad. Con el rabillo del ojo vi que Lorna estaba sentada muy rígida y claramente irritada.

—Mi cliente es un hombre valiente —dijo Canfield—. La vida de Edward Engels está en juego. Thad Green es un viejo amigo mío, y el fiscal de distrito también. La declaración jurada del señor Winton será presentada por escrito esta misma tarde. El señor Winton sabe que la policía querrá formularle muchas preguntas; yo estaré presente durante el interrogatorio. El señor Winton es un hombre importante; no podrán hacerlo confesar a fuerza de golpes. He venido aquí a hablar con usted sólo porque Lorna es una vieja amiga y respeto la opinión que tiene de la gente. Ella me ha dicho que usted está de parte de la justicia, y yo le he creído.

—Estoy de parte de la justicia y…

No pude terminar. Mi resistencia se desmoronó de repente y se me nubló la vista. Agarré un pesado sujetalibros de cuarzo que había en el escritorio de Lorna y lo lancé contra la puerta de cristal de su despacho.

Esta se rompió hacia fuera y el sujetalibros cayó con gran estrépito sobre el suelo del vestíbulo. Mis manos deseaban golpear algo, por lo que las uní y cerré los ojos, conteniendo lágrimas y temblores. Oí que Canfield se despedía de Lorna y luego oí ruidos de pasos que salían por la puerta medio destrozada.

—Creo que Winton dice la verdad —comentó Lorna.

—Yo también —dije.

—Freddy, Dudley Smith ha convencido al fiscal de que le deje investigar seis homicidios no resueltos. Quiere endilgárselos a Eddie Engels.

—Dios. Ese Dudley está loco. Y ese tipo, Canfield…, su cara me resulta familiar. ¿Es algún pez gordo?

—Es uno de los abogados criminalistas más conocidos y mejor pagados de la Costa Oeste.

—¿Y Winton tiene dinero?

—Sí, es muy rico. Es el propietario de dos fábricas de tejidos en Long Beach.

—¿Y Canfield es amigo de Thad Green y del fiscal de distrito?

—Sí.

—Entonces Engels quedará en libertad y Dudley Smith y yo nos veremos metidos en un buen lío.

Miré a través del orificio que había hecho en la puerta de cristal a la espera de encontrar algo que tapara el agujero que acababa de formarse en mi vida.

—Siento mucho lo de la puerta —fue todo lo que se me ocurrió decir.

—¿Te sabe mal lo de Eddie Engels? —me preguntó Lorna al tiempo que volvía su silla giratoria hacia mí.

—Sí —respondí.

—Entonces, deja que se haga justicia. Ahora ya no está en tus manos. —Me dio un tierno beso en los labios.

Di un empujón a la silla para apartarla de mí. No quería creer en

lo que decía.

—¿Y Maggie Cadwallader qué, eh? —grité. Me volví hacia la puertá y vi que tres hombres con traje y corbata nos miraban a través del agujero de la puerta.

—¿Estás bien, Lorna? —preguntó uno de ellos.

Lorna asintió. Se marcharon con aire escéptico y oí que alguien barría los cristales.

—¿Y Maggie Cadwallader, qué, eh? —preguntó Lorna a su vez —. ¿Querías vengar su muerte, o toda esta cruzada no era más que un ejercicio de prodigio que ha salido mal?

De repente quise herir a Lorna como nunca había deseado herir a nadie en mi vida.

—Me tiré a Margaret Cadwallader el mismo día que te conocí. Ligué con ella en el Silver Star, la llevé a su apartamento y me la follé. Así fue cómo me vi implicado en este caso, cómo supe dónde encontrar pruebas. Estaba seguro de que si daba con el asesino mi carrera como policía sería meteórica. Te deseé desde el instante mismo en que te vi. Deseé hacerte mía, follarte. Fue por eso por lo que te metí también en esto; sólo eras una conquista más en una larga lista de ellas.

No esperé a que Lorna respondiera. Me puse de pie y salí de su despacho sin volver la cabeza.

Conduje sin rumbo fijo, con la misma inquietud que la noche en que había conocido a Maggie Cadwallader. Compré un ejemplar del *Mirror*. La comparecencia de Engels ante el juez venía en portada. «¡No soy homosexual!, grita el asesino.» Prensa amarilla en su expresión más pura. El artículo contaba que Engels había tenido que ser reducido y sacado a rastras de la sala por tres corpulentos alguaciles después de haberse declarado no culpable.

Tiré el periódico por la ventanilla del coche y me dirigí hacia el este. Desde la autopista, ya cerca de San Bernardino, divisé un campo de golf municipal muy grande y bien cuidado. Tomé la salida siguiente, encontré la entrada del campo, dejé el coche en el aparcamiento vacío, compré dos decenas de pelotas y alquilé un juego de palos, muy machacados, en la tienda. Después de pagar el

tique, pasé agachado por delante del cubículo del juez de partida y me dirigí al corazón del campo.

Pensé, pensé y pensé, y traté de no pensar. Lo conseguí y fracasé en mi intento. Lancé media docena de buenas pelotas a la profunda soledad de la hierba y no sentí nada.

Mea culpa, me dije. ¿Qué ha salido mal? ¿Qué ha ocurrido realmente? ¿Qué ocurrirá a continuación? ¿Me apoyará el Departamento? ¿Volveré a la patrulla de Watts, humillado, catalogado de rebelde que nunca llegará a ningún lado? Falacias lógicas. *Post hoc, ergo propter hoc*: después de esto; luego, debido a esto. Pruebas circunstanciales. Un hombre culpable. No culpable de asesinato sino de culpa. El pobre Eddie, maricón. El elegante Clark Winton, maricón. *Mea maxima culpa*. Perdóname padre, porque he pecado. ¿Qué padre? ¿Eddie Engels? ¿Dudley Smith? ¿Thad Green? ¿El jefe Parker? ¿Dios? No hay Dios, sólo prodigio. Intenté endurecer mi corazón contra Lorna y fracasé. Lorna, Lorna, Lorna.

Cogí el hierro tres y golpeé con furia una sucesión de pelotas hacia una arboleda con la secreta esperanza de que rebotaran y me matasen. No fue así; desaparecieron para no ser vistas más, sacrificadas a un dios del golf en el que había dejado de creer.

Conduje de regreso a casa. Mientras estacionaba en la calzada de acceso, oí el timbré del teléfono. Pensé que quizá fuese Lorna y corrí hacia la puerta.

Al abrirla, el timbre seguía sonando. Alcé el auricular y dije con cautela:

—¿Hola?

—¿Underhill? —inquirió una voz familiar.

—Sí. ¿Capitán Jurgensen?

—Sí. Llevo llamándote desde las seis.

—He salido. He ido a dar una vuelta por San Bernardino.

—Ya veo. Entonces, ¿no te has enterado?

—¿De qué?

—Eddie Engels ha muerto. Esta tarde se ha suicidado en su celda. Iba ser liberado. Se habían presentado unas pruebas que apuntaban a su inocencia.

—Yo… Yo…

—Underhill, ¿estás ahí?

—Sí.

—El propio jefe, como último superior que has tenido, me ha pedido que te informe de ello.

—Yo no…

—Underhill, mañana por la mañana a las ocho deberás presentarte en la comisaría central, sala 219. ¿Me oyes?

—Sí, señor —repuse. El auricular resbaló de mis manos temblorosas y cayó al suelo.

14

En la sala 219 éramos tres. Los dos policías que iban a interrogarme se llamaban Milner y Quinn. Ambos eran sargentos de Asuntos Internos, fornidos, de mediana edad y con la piel bronceada. Al entrar en aquella pequeña estancia, se quitaron la chaqueta. Por extraño que parezca, disfruté de aquel vano intento de intimidación, convencido de que sería capaz de derrotarlos en cualquier modalidad de guerra psicológica.

Los tres llevábamos las armas reglamentarias de la policía, Smith and Wesson del 38, metidas en sus sobaqueras, lo que confería cierto aire de ritual a los prolegómenos. Yo estaba nervioso, en plena descarga de adrenalina, y fingí sentirme justamente indignado. Me había preparado para cualquier cosa, incluso para enfrentarme al fin de mi carrera y eso fortalecía mi decisión de derrotar a aquellos dos policías de aspecto huraño.

Cogí una silla, me senté con los pies apoyados en un montón de carteles de propaganda de reclutamiento y sonreí con aire conciliador mientras Quinn y Milner sacaban sendos cigarrillos de sus chaquetas y los encendían con sus respectivos mecheros Zippo. Milner, que era un poco más alto y más viejo, me ofreció el paquete.

—No fumo, sargento —rehusé con voz áspera, propia de un hombre que no se inmuta por nada.

—Bien hecho. —Quinn sonrió—. Ya me gustaría a mí no hacerlo.

—Yo lo dejé una vez —intervino Milner—, durante la Depresión.

Tenía una novia muy guapa que no soportaba el olor del tabaco. Mi mujer tampoco lo soporta, pero como no es tan guapa…

—Entonces, ¿por qué te casaste con ella? —le preguntó Quinn.

—¡Porque me dijo que me parecía a Clark Gable! —respondió Milner entre risas.

—Pues mi mujer me dijo que me parecía a Bela Lugosi y le pegué un puñetazo —dijo Quinn, divertido.

—Tendrías que haberle mordido el cuello —apuntó Milner tras una sonora carcajada.

—Eso se lo hago cada noche —replicó Quinn al tiempo que me soltaba una gran bocanada de humo. Después, agarró una silla y se sentó ante mí. Milner le rió la gracia y abrió una diminuta ventana en la parte trasera de la habitación, dejando que se colaran los rayos de un sol brumoso y los ruidos del tráfico.

—Agente Underhill —dijo—, mi compañero y yo estamos hoy aquí porque han surgido dudas sobre su capacidad de servir a este Departamento. —Su voz había sufrido una metamorfosis: me hablaba en un tono preciso y profesional. Hizo una pausa efectista y dio una larga calada a su cigarrillo.

—Sargento, tengo serias dudas acerca de los jefes que los han enviado a interrogarme. ¿Dudley Smith ha sido interrogado por Asuntos Internos? —pregunté, imitando las inflexiones de Milner.

Milner y Quinn cambiaron una mirada cargada de la complicidad y el entendimiento de quienes han sido largo tiempo compañeros.

—Agente —dijo Quinn—, ¿cree que estamos aquí porque un maricón se cortó las venas en la prisión del condado? —Al ver que yo no respondía, añadió—: ¿Cree que estamos aquí porque usted llevó a cabo de forma ilegal el arresto de un hombre inocente?

—Agente —lo relevó Quinn—. ¿Cree que estamos aquí porque, por su culpa, el DPLA ha caído en desgracia? —Sacó un recorte doblado de periódico de su bolsillo trasero y procedió a leer—: «¿El heroico policía obró demasiado deprisa? ¿Está el DPLA en un aprieto? Gracias al prestigioso abogado criminalista Walter Canfield y a un valiente testigo anónimo, Eddie Engels estuvo a punto de salir en libertad de la cárcel del contado. En cambio, humillado y torturado por un arresto injusto, salió en una camilla, tapado con

una sábana. Por desgracia, Canfield y el hombre con quien Engels pasó la noche del 12 de agosto, la misma en que presuntamente había asesinado a Margaret Cadwallader, se presentaron demasiado tarde con su información a las autoridades. Eddie Engels se cortó las venas con una cuchilla de afeitar en su celda de la planta undécima del Palacio de Justicia, ayer por la tarde, víctima de la justicia de unos pandilleros.

Nuestro corresponsal en Seattle se ha puesto en contacto con el padre de la víctima, Wilhem Engels, farmacéutico de un barrio periférico de Seattle. 'No puedo creer que Dios haya permitido tal cosa —dijo el hombre, un anciano con el cabello completamente blanco—. Debería abrirse una investigación contra los policías que arrestaron a mi Edward. Mi Edward era un chico dulce y cariñoso que nunca hizo daño a nadie. Tiene que hacerse justicia.' El señor Engels dijo a nuestro corresponsal que Walter Canfield le ha ofrecido sus servicios, sin cargo alguno, para presentar una demanda contra el Departamento de Policía de Los Ángeles. 'El señor Engels tendrá justicia —había dicho Canfield a los reporteros poco antes de conocer la muerte de Engels—, la justicia que se le ha negado a su hijo. Este es un caso claro de policía joven, excesivamente rápido con el gatillo, que ha querido hacerse un nombre…

Milner hizo una pausa. Se me empezaba a nublar la vista, pero sacudí la cabeza y se aclaró.

—Siga —dije.

—El agente Frederick U. Underhill —continuó Milner tras aclararse la garganta—, que este mismo año fue elogiado por el DPLA y los periódicos tras matar a dos atracadores, llevó a cabo la investigación de Eddie Engels con la misma imprudencia. El veterano teniente detective Dudley Smith dijo a nuestro reportero: «Fred Underhill es un joven ambicioso que quiere llegar a jefe de policía cuanto antes. Yo y otros nos vimos implicados en su cruzada para arrestar a Eddie Engels. Reconozco que le seguí la corriente. Reconozco que me equivoqué. Anoche encendí una vela por la familia de Eddie. También encendí una por Fred Underhill y recé para que extraiga una lección de la tragedia que ha provocado.»

Me eché a reír. Mi risa sonó histérica incluso a mis propios

oídos. Milner y Quinn permanecieron muy serios.

—Este artículo —prosiguió Quinn—, que ha aparecido en el *Daily News*, termina diciendo que debería ser expulsado del cuerpo y que tendría que abrirse una investigación contra todo el Departamento. ¿Qué opina de eso, Underhill?

Me tranquilicé y miré fijamente a mis inquisidores.

—Opino que la prosa de ese artículo es muy pobre. Confusa, histérica, hiperbólica. Hemingway la criticaría.

Scott Fitzgerald se revolvería en su tumba. Shakespeare se mostraría consternado. Eso es lo que opino.

—Underhill —dijo Milner—, ¿sabe usted que el Departamento cuida de sí mismo?

—Claro. Mire a ese lunático de Dudley Smith. Saldrá de ésta fresco como una rosa y es muy probable que lo asciendan a capitán. ¡Ah, sí, magnífico!

—Underhill, el Departamento estaba dispuesto a apoyarlo hasta que investigamos un poco sobre usted.

Empecé a sentir frío en aquella pequeña y calurosa habitación. El ruido del tráfico en la calle se oía a ratos muy fuerte y a ratos muy flojo.

—¿Ah sí? —dije—. ¿Y han encontrado algo interesante?

—Sí —respondió Quinn—. Cito textualmente: «Sarah tenía unos pechos grandes y erguidos, con unos pezones oscuros alrededor de los cuales crecían unos pelos gruesos. Era una amante experimentada. Nos acoplamos a la perfección. Ella adivinaba mis movimientos y se amoldaba a ellos con gracia y fluidez.» ¿Quiere que siga, Underhill?

—Asquerosos hijos de puta —mascullé.

—¿Sabía, Underhill, que Sarah Kefalvian es comunista? Está afiliada a cinco organizaciones que han sido clasificadas de tapaderas comunistas. ¿Lo sabía? —Milner se inclinó hacia mí. Agarraba la mesa con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos—. ¿Has follado con muchas rojas, Underhill? —inquirió en un susurro.

—¿Eres comunista, Freddy? —preguntó Quinn.

—Idos al carajo —les dije.

Milner se acercó más a mí. Olí su aliento a tabaco.

—Pues yo creo que sí eres comunista. Y un sucio pervertido,

además. Los hombres decentes no escriben sobre las mujeres a las que se tiran. Los hombres decentes no follan con rojas.

Metí las manos debajo de los muslos para controlar el temblor y evitar que empezaran a pegar a alguien. Notaba unas fuertes palpitaciones en la cabeza y la vista cada vez más nublada.

—Se os ha pasado por alto mencionar que la tapicería de mi coche es roja. Se os ha pasado por alto mencionar que también he follado con coreanas, republicanas y demócratas. Cuando estaba en el instituto tuve una novia pelirroja. Tengo un jersey de lana rojo, eso tampoco lo habéis mencionado.

—Hay una cosa que no has olvidado mencionar —señaló Quinn.

—Le dije a Sarah que me había librado del ejército en el 42. Aparte de Wacky, es la única persona que lo sabe. Decírselo me produjo una extraña sensación de libertad.

—Yo combatí en la guerra —dijo Quinn, tras escupir en el suelo —. Perdí un hermano en Guadalcanal. Todos los buenos americanos sirvieron en el ejército. El que rehúye el servicio militar es un comunista traidor y no es digno de llevar una placa. Por tu culpa, el Departamento ha caído en desgracia. El jefe ya sabe lo que hemos encontrado en tu diario. Fue él quien ordenó la investigación. Disponíamos de muy poco tiempo para registrar tu apartamento, de lo contrario, Dios sabe qué otras perversiones comunistas habríamos encontrado. Te quedan dos opciones: dimitir o afrontar las acusaciones de depravación moral por las que el Departamento quiere que seas juzgado. Si no dimites, llevaré tu diario a los federales. Rehuir el servicio militar es un delito federal.

Milner sacó un impreso mecanografiado del bolsillo de su chaqueta y lo dejó sobre la mesa, junto con un bolígrafo. Luego, salió de la habitación seguido de su compañero.

Miré mi carta de dimisión. Las letras se hicieron confusas. Tenía los ojos arrasados en lágrimas y luché con todas mis fuerzas para contenerlas. Me costó un minuto, pero conseguí evitar derramarlas. Me acerqué a la ventana y miré hacia fuera. Registré el momento y el lugar en mi memoria, me quité la sobaquera y la dejé sobre la mesa. Puse la placa junto a ella y firmé mi salida de un mundo que me permitía acceder al prodigio.

Cuando llegué a casa, había reporteros con cámaras delante del edificio.

No podía enfrentarme a ellos, por lo que seguí conduciendo hasta la esquina, atajé por el callejón, aparqué y salté un par de vallas para entrar en casa por la puerta trasera. Llené una maleta con ropa limpia, le puse la correa a *Night Train* y salí al callejón para regresar al coche.

Conduje hacia el norte sin rumbo fijo. *Night Train* mascaba pelotas de golf en el asiento trasero. Resultaba fácil no pensar en el futuro ya que no tenía ninguno.

Al tomar la carretera de la costa, recordé mi reciente escapada con Lorna, lo cual me permitió recuperar la idea de futuro en una cegadora avalancha de planes y contingencias.

Miré los postes de teléfonos que bordeaban la autopista del Pacífico y experimenté un olvido dulce e instantáneo. Cuando los altos maderos empezaron a parecer el plan definitivo, solté un sollozo apagado y carente de lágrimas y dirigí mi Buick hacia el interior, siguiendo la pequeña carretera sin asfaltar de un cañón. Ascendí por un paisaje cubierto de matorrales hasta descender y llegar, cuarenta y cinco minutos más tarde, al valle de San Fernando.

Volví a tomar hacia el norte, por la accidentada carretera de Chatsword en dirección a Gravepine y Bakersfield. Quería encontrar algún sitio desértico y carente de belleza, una buena llanura donde pasear a mi perro y tomar decisiones sin las distracciones de un entorno pintoresco.

Bakersfíeld no era el lugar. A las tres y media de la tarde, la temperatura se acercaba a los veintisiete grados. Me detuve en un puesto de refrescos y pedí una Coca Cola. La bebida me costó cinco centavos y el hielo que la acompañaba veinticinco. El camarero me miraba con suspicacia. Me tendió la Coca-Cola en un vaso de papel y abrió la boca para hablar. No se lo permití. Con una fuerte palmada, dejé unas monedas en el mostrador y regresé deprisa al coche.

Unos doscientos cincuenta kilómetros al norte de Bakersfíeld, advertí que había entrado en el condado de Steinbeck, y a punto estuve de soltar un suspiro de alivio. Aquél era un lugar para

relajarse, lleno de los matices y las epifanías de mis despreocupados días como universitario.

Pero no fue así. Mi mente venció y supe que estar rodeado de verdes campos cultivados y picarescos e impenitentes bebedores mexicanos me haría evocar intesamente el prodigio, junto con un bagaje de culpa, vergüenza, odio hacia mí mismo y un miedo que no paraba de repetir: «Se ha terminado.»

Me detuve en el arcén. Me apeé y solté a *Night Train*, que echó a correr por lo que parecía un mar interminable de surcos de irrigación. Caminé tras él y lo oí ladrar de alegría. Anduvimos largo rato, y mis pantalones terminaron cubiertos de una capa de tierra a consecuencia del polvo que él levantaba. Caminé hasta llegar a un punto en el que el mundo parecía haberse eclipsado en todas las direcciones. Mirase a donde mirase, todo era de un marrón oscuro y profundo.

Me senté en el suelo. *Night Train* me ladró. Cogí un puñado de tierra y lo dejé caer muy despacio entre mis dedos. Me olfateé las manos. Olían a estiércol y a infinito.

De repente, los tubos de riego que me rodeaban cobraron vida y me rociaron de agua. Me puse en pie sin pensarlo y empecé a correr en dirección al coche. *Night Train* me imitó, adelantándome enseguida. Algún oculto mecanismo de relojería iba disparándolos en una sucesión perfecta justo a mis espaldas. Corrí, corrí y seguí corriendo para escapar, sin conseguirlo, de aquellos chorros de agua de más de tres metros de altura. Agotado, hice una pausa al llegar al borde de la carretera e intenté recuperar el aliento. *Night Train* ladraba, contento, entre jadeos. Yo tenía los zapatos, los calcetines y los pantalones empapados, y apestaban a estiércol. Saqué ropa limpia de la maleta que llevaba en el asiento trasero y me cambié allí mismo.

Cuando terminé de hacerlo, había recuperado el aliento y me invadió una extraña quietud que me impedía moverme o pensar. Al cabo de unos instantes, me eché a llorar. Lloré, lloré y seguí llorando, de pie, junto al campo sembrado, con las manos apoyadas en el capó del coche. Finalmente, el llanto cesó de forma tan repentina como se había presentado la quietud. Me incorporé, con la misma inseguridad que un niño que diera sus primeros pasos.

Llegar a Los Ángeles me llevó cuatro horas, y eso con el acelerador pisado a fondo. Después de dejar a *Night Train* con mi perpleja casera, fui al apartamento de Lorna.

Mientras aparcaba, oí la radio a todo volumen y vi que tenía abierta la ventana de la sala. Para que no se cerrase, había puesto un montón de guías de teléfono contra la puerta. Había dejado encendida la luz de la escalera. Subí los peldaños de uno en uno y vi un resplandor de velas procedente de la sala.

Me aclaré la garganta varias veces a fin de preparar a Lorna para mi llegada. Estaba tumbada en su sofá floreado de cretona, con un brazo colgando a un costado y un vaso de vino en la otra mano. La luz de las velas, situadas estratégicamente en mesitas, estanterías y repisas, la enmarcaban en un halo ambarino.

—Hola, Freddy —dijo al verme entrar.

—Hola, Lor —la saludé al tiempo que acercaba una otomana al sofá.

—Y ahora, ¿qué harás? —preguntó tras beber un sorbo de vino.

—No lo sé. ¿Quién te lo ha dicho?

—La primera edición del *Examiner*. «Underhill dimite a causa de una demanda contra un arresto indebido. Se habla de vinculación con grupos comunistas.» ¿Quieres que te lea todo el artículo?

Le agarré el brazo, pero se soltó.

—Lamento lo de ayer, Lorna. En serio.

—¿Te refieres a lo de la puerta del despacho?

—No, a lo que te dije a continuación.

—Pero ¿era verdad?

—Sí.

—Pues entonces no te disculpes por ello.

A la luz de las velas, el rostro de Lorna era una máscara de hierro. Carecía de toda expresión, y me resultó imposible descifrar lo que sentía.

—¿Qué vas a hacer, Freddy?

—No lo sé. Tal vez pinte mi coche de rojo, o me tiña el cabello, también de rojo. Quizá me aliste en el ejército norcoreano. Nunca he hecho ninguna gilipollez. ¿Por qué no ser un comunista gilipollas?

Lorna encendió un cigarrillo. El humo que soltó la envolvió en

un segundo halo ambarino. Empezaba a caérsele la máscara. Empezaba a enfadarse, y eso me animó.

—Creo que fui presa del prodigio —dije, una frase especialmente concebida para que elaborara ese enfado.

—¡No! —gritó Lorna—. No, cabrón, no. No fuiste presa del prodigio, sino de ti mismo. ¿No te has dado cuenta?

—Sí, y ¿sabes qué es lo que más me duele de todo?

—¿Eddie Engels y Margaret Cadwallader?

—Al diablo con ellos. Están muertos. Lo único que lamento es que te arrastré en mi caída.

—¡Pues no lo lamentes! —exclamó Lorna entre risas—. Caí en unas pruebas circunstanciales y he caído en los brazos del hombre más inteligente, guapo e impetuoso que jamás haya conocido. ¿Qué harás ahora, Freddy?

Le tomé la mano y la apreté con fuerza para que no se soltara.

—No lo sé. ¿Y qué harás tú?

Lorna consiguió liberar la mano y empezó a sacudir la cabeza y a moverla hacia delante y hacia atrás golpeándosela con fuerza contra el sofá.

—¡No lo sé, no lo sé, no lo sé, joder, no lo sé!

—¿Seguirás en la Oficina del Fiscal de Distrito?

—No, no puedo. —Lorna sacudió la cabeza de nuevo—. Quiero decir que si quisiera volver, nada me impediría hacerlo, pero no quiero. No aguanto más la justicia, el derecho penal, el Departamento de Policía… Cuando me llamaste y dijiste que Engels había confesado, fui directa al fiscal de distrito. Tal vez te elogié demasiado, nó lo sé, el caso es que me apoyó, y cuando Canfield llevó a Winton a verlo y más tarde hablamos, supe que mi etapa en la Oficina había terminado. Con Engels muerto, es definitivo. No me apetece volver allí. Freddy. ¿Intentarás encontrar otro trabajo como policía?

Aquella pregunta ingenua constituía todo un desafío.

—Como no sea en Rusia, no —respondí—. Podría ser ayudante de un comisario en Leningrado o algo así. Rellenar comprobantes de aparcamiento para trineos en Siberia…

—¿Qué quieres, Freddy? —inquirió Lorna mientras me acariciaba el cabello.

—Te quiero a ti. Es lo único que sé. ¿Quieres casarte conmigo?

Lorna sonrió a la luz de las velas y respondió:

—Sí.

Decidimos no frenar el impulso. Lorna hizo el equipaje a toda prisa mientras yo subía la capota del coche. Salimos de inmediato hacia la frontera, contando chistes y cantando al son de la música que pasaban en la radio y jugando a pellizcarnos el culo mientras recorríamos la carretera 5 en dirección al sur.

Al llegar a San Diego, Lorna se echó a llorar al advertir que había perdido la vida segura que tenía y que una nueva e incierta se le venía encima. Le pasé un brazo por los hombros y continué conduciendo. A las tres de la mañana cruzamos la frontera de México.

En Revolución, la arteria principal de Tijuana, encontramos una capilla abierta toda la noche. Un cura mexicano, gordo y sonriente, nos casó por diez dólares y nos extendió un certificado del que aseguró que era legal y vinculante ante Dios y los hombres.

Recorrimos en coche las pobres calles de Tijuana hasta que vimos un hotel que parecía lo bastante limpio para pasar en él la noche de bodas.

Pagué tres días por anticipado y llevé las maletas hasta un minúsculo ascensor que nos condujo hasta la última planta. Nuestra habitación era sencilla: suelos de madera encerados, alfombras desgastadas, un cuarto de baño y una gran cama de matrimonio, todo muy limpio.

Lorna Underhill se desnudó, se tumbó y se quedó dormida al instante. Yo me senté en una silla y la contemplé, convencido de que la constancia de mi amor hacia ella podría suplir y solventar todas las contingencias de la vida sin el prodigio.

PARTE III

TIEMPO, FUERA DE TIEMPO

15

Pasaron los años. Años de pesadumbre y de introspección; años de golpear cientos de miles de pelotas de golf, de lectura, de largos paseos por la playa con *Night Train*; años de intentar vivir como el resto de la gente. Años de buscar algo a lo que dedicar la vida. Años de aprender lo que funciona y lo que no. Pero, sobre todo, años de Lorna.

Lorna. Lorna Weinberg Underhill. Mi esposa, mi amante, mi confidente, mi calmante, mi sustituto del prodigio. De hecho mi definición del prodigio: la síntesis del conocimiento absoluto y de la sorpresa continua. Mi tierna, temperamental y frágil Lorna. El auténtico prototipo de la eficacia del amor: si no funciona, prueba con otra cosa; si la nueva tampoco da resultado, vuelve a probar. Si eso fracasa, revisa tus opciones y aprecia tus errores. Tú sigue adelante, Freddie; tarde o temprano, por elección tuya, por azar o por rutina, encontrarás algo que te emocione tanto como el trabajo de policía.

¿Algo? Desde finales de 1951 hasta finales de 1954 no hubo prácticamente un instante en el que no añorase estar haciendo la ronda por Central Avenue, por Western, Wilshire, Pico o cualquier otra calle de L.A. en un coche patrulla blanco y negro, armado hasta los dientes y cargado de ilusión.

Cuando Lorna y yo volvimos de nuestra luna de miel mexicana de tres días, Corea se había adueñado nuevamente de los titulares

de los periódicos y nos trasladamos a una casa laberíntica en Laurel Canyon. Tenía un patio para *Night Train*, un dormitorio grande con balcón y una buena vista, y un salón hundido con magníficas puertas corredizas acristaladas.

Nos quedamos en casa un mes seguido. Leíamos poemas en voz alta, jugábamos al scrabble, hacíamos el amor y bailábamos el *Tennessee Waltz*. Pero Lorna se cansó de todo eso antes que yo y aceptó el primer empleo que se le presentó: consejera legal de Weinberg Productions, Inc. No duró mucho allí, pues no paraba de entrar en disputas con su padre por cuestiones de dinero, moralidad y administración de la «justicia» cinematográfica.

En mayo del 52, dejó el empleo y trabajó para la campaña de Adlai Stevenson. Lorna estaba enardecida con el espíritu del intelectual gobernador de Illinois e incluso consiguió hacerse con un empleo pagado como consejera legal de la campaña. Aquello duró hasta que salió a la luz que estaba casada con un ex policía «comunista». Dolida, pero ni un ápice menos dispuesta a seguir adelante en su carrera, entró en una firma de abogados de Beverly Hills especializada en casos de lesiones personales. Mi Lorna, campeona de los pobres diablos que se pillaban el pulgar en la prensa taladradora.

Esos primeros meses de matrimonio fueron muy buenos. Big Sid aceptó a su yerno, un gentil, con sorprendente magnanimidad. Demostró valentía moral llevándome a Hillcrest a jugar a golf en un momento en que yo aún gozaba de mala fama. Jugábamos por dinero y conseguí más que suficiente para cubrir mi mitad de los costes del nido de amor de Laurel Canyon.

Lorna y yo nunca hablábamos del caso Eddie Engels. Era el suceso central de la vida de ambos, siempre pendía sobre nosotros, pero jamás lo mencionábamos.

Nuestra primera noche en la nueva casa intenté abordar el tema con la intención de disipar la atmósfera enrarecida.

—Pagamos por ello, Lor. Pagamos por lo que hicimos.

—No —replicó—. Yo era una tonta burócrata enamorada. Me libré fácilmente. Tú sí que pagaste, y es una cadena perpetua. No quiero volver a hablar de este tema nunca más.

Afortunadamente para mí, ni Canfield ni la familia Engels se

querellaron contra el DPLA ni contra mí por detención ilegal ni por ningún otro motivo. Durante meses, esperé con temor una citación que desembocara en la apertura al escrutinio público de la inmunda y sórdida caja de los truenos, pero no llegó.

En febrero de 1955 descubrí la causa, de boca de un Mike Breuning borracho y resentido. Coincidí con él en el bar de un restaurante de Hollywood. Descartado una vez más para el ascenso a teniente, se explayó contra el Departamento y contra su mentor, Dudley Smith. Entre efusivas disculpas, me contó que había sido éste quien había cogido mi diario y había puesto a Asuntos Internos en la pista de Sarah Kefalvian el mismo día de la «confesión» de Eddie Engels. También había sido quien había volado a Seattle y hurgado en los archivos de la policía local con el expediente de Lillian Engels, en el que constaba una docena de detenciones por ebriedad en bares de lesbianas de la zona de Seattie. Dudley, me contó Breuning, fue con eso directamente a Wilhelm Engels y lo forzó a retirar la demanda. El viejo Engels había muerto de un ataque al corazón en algún momento del año siguiente.

De vez en cuando, me daba cuenta de que estaba aterrorizado y no tenía el mínimo control sobre mi terror. De repente, el recuerdo cegador del rostro ensangrentado de Eddie Engels se adueñaba de mí y no me soltaba, ni aun cuando seguía conversando con Lorna como si nada ocurriese. Poco a poco, la imagen cambiaba y el rostro de Engels se convertía en el mío, y era yo el que recibía los golpes de Dudley Smith y Dick Carlisle, al tiempo que contemplaba la escena dando sorbos a un café en la habitación número 6 del motel Victory. Yo no lloraba, ni hablaba ni me movía; sólo temblaba cuando Smith o Carlisle me apaleaban. En ocasiones, con cada golpe que recibía, Lorna me abrazaba, y entonces me sumergía cada vez más en ella.

Así, los muertos se cernían sobre mi esposa y sobre mí, y su presencia fue tomando solidez conforme pasaba el tiempo. Durante años nos amamos y mereció la pena el precio en dolor que mi ciega ambición nos hizo pagar a mí y a tantos. Durante mucho tiempo no deseé nada que no tuviera, y me conmovió profundamente la

voluntad de Lorna de dármelo. Cuando le daba vueltas y vueltas y más vueltas e intentaba reducirlo a palabras, Lorna leía mis pensamientos, posaba un dedo en mis labios y me susurraba la frase que yo le había dicho un día: «No pienses, cariño, por favor, no busques que te haga daño.» Lorna sabía en qué momento el prodigio empezaba a insinuarse en mi conciencia y siempre lo circundaba con un amor matizado con un levísimo toque de miedo.

Este miedo corría parejo con nuestro amor; una corriente subterránea de culpabilidad, un tránsito clandestino de muchas almas muertas inquietas que parecían dar un peso casi espiritual a nuestras vidas, como si nuestra alegría fuese una comunión para Eddie, Maggie y la extensa comunidad de los muertos. Los dos lo sentíamos, pero jamás hablábamos de ello. Los dos temíamos que hacerlo matara la alegría por la que tanto habíamos luchado.

Durante mucho tiempo nuestro destino fue, en efecto, una alegría manifiesta. Alegría de tener la compañía del otro, de compartir nuestras sendas soledades, a causa del espíritu de amorosa disputa que hacía que nuestras discusiones terminaran con ambos en la cama, riendo, y con Lorna tapándome la boca con las manos mientras chillaba: «¡No, no, cuéntame un cuento, mejor!»

Y le contaba cuentos, y ella me los contaba a mí, y poco a poco las diferencias entre mis cuentos y los suyos se difuminaron hasta que unos y otros se convirtieron en un vasto panorama de experiencias y en una fantasía nada pequeña.

Porque en nuestra fusión dejamos de vernos como las entidades separadas que éramos, y de algún modo muy extraño fuimos presa fácil de los antiguos muertos, nunca mencionados.

16

Con Lorna las cosas empezaron a ir mal gradualmente, de modo que no hubo ocasión de buscar causas o culpables. La causa fue, sencillamente, una serie de resquemores latentes. Demasiado dar y demasiado tomar; demasiado tiempo perdido separados del otro; demasiada inversión mutua en las cualidades imaginarias del otro. Demasiada esperanza y demasiado orgullo y demasiada poca voluntad de cambiar.

Y demasiado pensar, por mi parte. A principios del 54 le dije a Lorna:

—Nuestros cerebros son una maldición, Lor. Quiero utilizar los músculos, no el cerebro.

Ella alzó la vista del café de su desayuno y me acarició el brazo, inquieta.

—Entonces, adelante —repuso—. ¿Recuerdas que me decías que no pensara?

Trabajar en la construcción y, más tarde, como albañil, no requería inteligencia y producía un efecto euforizante. Los hombres con los que trabajaba y bebía cerveza eran rudos y vitales. Pero Lorna quedó estupefacta cuando pasaron ocho meses y yo seguía en aquel trabajo y lo hacía más a gusto cada día. Para ella, estaba malgastando aquel cerebro hiperactivo que con tanto esfuerzo intentaba acallar. Y su resentimiento creció. No soportaba la anomalía de que el marido de una abogada de éxito fuese un obrero. Un ex policía acusado de comunista, sí; un trabajador manual, jamás. Tomé nota de la contradicción que suponía tener en

la propia casa a un obrero al que se desdeñaba.

—Yo no me casé con un peón —dijo Lorna, fríamente.

Yo empezaba a preguntarme con quién se había casado. Empezaba a preguntarme con quién me había casado. Empezaba a sentir un vacío, un hueco que era cincuenta veces peor que el miedo. Pero me mantuve en mis trece: entre el trabajo en la construcción y los partidos de golf, seguí ganando exactamente lo mismo que Lorna como abogado.

Dividimos los gastos de la casa al cincuenta por ciento y cada cual contribuyó con estipendios mensuales a nuestras cuentas conjuntas y a los pagos a plazos. Al final de cada mes, cuando repasábamos la contabilidad, Lorna sacudía la cabeza, abatida ante la equidad de las sumas. En aquellas reuniones siempre hacíamos la misma broma: dividíamos los gastos en partes iguales, pero yo pagaba todo lo relacionado con *Night Train*. A Lorna, el perro le divertía ligeramente; sin embargo, consideraba mi noble vínculo con Wacky y el pasado una especie de objeto obsceno. Para ella, los perros eran para las granjas. «Y el bicho va por tu cuenta», decía cuando concluíamos el papeleo.

Un día, a principios del 55, no soltó ninguna de sus bromas habituales. Se la veía abatida y malhumorada. Cuando la miré para que hiciera el consabido comentario final, me arrojó un puñado de papeles y exclamó:

—¡Para ti es tan condenadamente fácil…! ¿Cómo puedes vivir contigo mismo, joder? ¿Sabes lo que tengo que trabajar para ganar el dinero que gano? ¿Lo sabes, Freddy, maldita sea? ¿No te parece triste que fuera a clases ocho años para llegar a abogada y ayudar a la gente, mientras que tú, lo único que haces es blandir un martillo y golpear pelotas de golf? ¡Maldita sea!

Por primera vez, sentí que los votos matrimoniales me quedaban estrechos. Empecé a pensar que nunca lograría ser el hombre que Lorna quería que fuese. Y, por primera vez, no me importó, porque la Lorna de 1955 no era la misma con la que me había casado en 1951. Empecé a pensar en mandarlo todo al carajo.

Mientras mi amor hacia Lorna entraba en aquel horrible e

irritador estancamiento, sentí remordimientos de lo que sólo podía calificar de prodigio. El prodigio.

Habían transcurrido los años. Tras la guerra de Corea y el descrédito de Joe McCarthy, el clima político que emergía era ligeramente más sano. El tiempo parecía abrir nuevas heridas en mi presente a la vez que sanaba las viejas. Si Lorna había sido el sucedáneo del prodigio, quizá fuese hora de invertir la situación. Consciente de que nunca me contratarían como agente de policía, solicité una licencia de investigador privado al estado de California, pero rechazaron la petición. Busqué empleo como investigador en más de treinta compañías de seguros, y todas me rechazaron.

Así pues, golpeé miles de pelotas de golf más, recordando la trinidad de mi juventud: el trabajo policial, el golf y las mujeres. Mujeres. La propia palabra me roía como un carnívoro de la jungla, llenándome de una excitación y de un sentimiento de culpa ponzoñosos.

Una noche fui a un bar de Ocean Park y me ligué a una mujer. La charla y las insinuaciones de siempre seguían dando resultado. La llevé a un motel cerca de mi viejo apartamento de Santa Mónica. Jodimos y hablamos.

Le dije que mi matrimonio estaba condenado. Ella se compadeció; también le había sucedido, y ahora estaba «ampliando su mundo».

Por la mañana la llevé hasta donde tenía aparcado su coche y regresé a Laurel Canyon con mi esposa, que no me preguntó dónde había pasado la noche. No era preciso que lo hiciese.

Lo repetí una y otra vez, saboreando la mecánica, el arte de tocar brevemente otra vida solitaria. Lorna lo supo, por supuesto, y entramos en una callada guerra de desgaste: conversaciones de exagerada cortesía, torpes intentos de hacer el amor, recriminaciones silenciosas.

Inexplicablemente, mis andanzas de mujeriego cesaron con la misma brusquedad con que habían comenzado. Estaba en un bar del Valle tomando una cerveza y contemplando a las camareras cuando me invadió la misma frialdad espectral que se había apoderado de mí el día que había dejado la policía. En esta ocasión no me hundí, pero fui presa de una sensación increíble,

inexpresable, de algo que sólo podía concebir como vastedad.

Intenté hablar de ello con Lorna.

—Soy incapaz de explicarlo, Lor. Es sólo una sensación de… misterio, de verdad y fantasía al mismo tiempo, de algo mucho mayor que nosotros o que cualquier otra cosa. Es una sensación de compromiso con algo muy vago, pero decente y bueno. Y no es el prodigio.

—¡Por Dios, Freddy! —exclamó Lorna en tono burlón—. ¿Te estás poniendo religioso conmigo?

—No, no es eso. Se trata de algo completamente distinto.

Busqué palabras, gestos, pero no los encontré. Miré a Lorna, que se encogió de hombros con cierto desprecio.

La semana siguiente descubrí que Lorna tenía un amante. Era un hombre mayor, un socio importante del bufete de abogados en que trabajaba. Los vi tomados de la mano y amartelándose en un restaurante de Beverly Hills. Mientras caminaba hacia el reservado que ocupaban, se me nubló la vista. Por irrazonable que fuera mi comportamiento, cogí al hombre de la corbata, lo tiré al suelo y le arrojé encima una bandeja con una langosta *thermidor*.

—Demándame, letrada —le solté a una Lorna perpleja.

Trasladé el perro, los palos de golf y mis pocas pertenencias a un apartamento de Los Ángeles Oeste. Pagué tres meses de alquiler por adelantado y me pregunté qué diablos iba a hacer en adelante.

Lorna averiguó mi dirección y me envió una petición de divorcio. La rompí en pedazos en presencia del oficial del juzgado que me la había entregado.

—Dígale a la señora Underhill que jamás lo conseguirá —le dije.

Lorna dio con mi número de teléfono y me llamó, amenazadora. Después, suplicó que la liberase de nuestro matrimonio.

—Nunca —respondí—. Los matrimonios en Tijuana son contratos para toda la vida.

—Maldita sea, Freddy, eso ya ha terminado, ¿no lo ves?

—Nada termina definitivamente —repliqué. Después, arrojé el teléfono por la ventana del salón.

No estaba completamente bajo control, pero tenía razón. Fue un

comentario profético. Tres días más tarde, el 23 de junio de 1955, tuve noticia del caso de la enfermera muerta.

PARTE IV

EL CRIMEN CONTRA MARCELLA

17

Los periódicos dieron las primeras noticias del caso sin mostrarse muy interesados, de forma un tanto rutinaria. «Sólo se trata de un asesinato más», parecían decir.

ENFERMERA ENCONTRADA MUERTA EN EL MONTE

Una atractiva madre divorciada aparece estrangulada

Una patrulla de chicos exploradores y su monitor encontraron el cuerpo.

EL MONTE, 22 DE JUNIO. Un grupo de exploradores y su monitor fueron los protagonistas de un hallazgo espeluznante el domingo por la mañana mientras regresaban de una acampada nocturna en las montañas de San Gabriel. Cuando pasaban por delante del Instituto Arroyo en la carretera de South Peck, Danny Johnson, de 12 años de edad, vio un brazo que sobresalía de una hilera de plantas que bordea la valla sur del instituto. Avisó a su monitor, James Pleshette, de 28 años y natural de Sierra Madre. Pleshette fue a investigar, descubrió el cadáver de una mujer desnuda y llamó de inmediato a la policía de El Monte.

Descripción de la víctima

La policía se presentó en la escena del crimen y divulgó enseguida una descripción de la mujer a todas las emisoras de radio y de televisión de Los Ángeles. La respuesta a este comunicado fue satisfactoriamente rápida. La señora Gaylord Wilder, domiciliada en El Monte, pensó que la descripción de la mujer coincidía con su inquilina, la señora Marcella Harris, de quien no se sabía nada desde el viernes por la noche. La señora Wilder fue acompañada al depósito de cadáveres, donde identificó el cuerpo de la señora Harris.

Una buena madre

Al ver el cadáver, la señora Harris se echó a llorar. «¡Oh, Dios mío, qué tragedia!», dijo. «Marcella era tan buena mujer… Era una madre excelente, entregada a su hijo.» La señora Harris, de 43 años, se había divorciado de su marido, William Harris, alias Doc, hacía unos años. Tenían un hijo de nueve años, que estaba pasando el fin de semana con su padre. Cuando se le notificó la muerte, Harris, que ha sido descartado como sospechoso, declaró: «Estoy convencido de que la policía encontrará muy pronto al asesino de mi ex esposa.» Aturdido, Michael, de nueve años, vive ahora con su padre en Los Ángeles. La señora Harris trabajaba como jefa de enfermeras en la fábrica de aparatos electrónicos Packard-Bell de Santa Mónica. Tanto el Departamento de Policía de El Monte como la Oficina del Sheriff del condado de Los Ángeles han iniciado una investigación a gran escala.

Me senté y pensé, presa de una extraña calma, aunque al dejar el

periódico experimenté una especie de hormigueo en todo el cuerpo. Había pasado demasiado tiempo desde los hechos, me dije, era una forma de asesinato demasiado prosaica. Se trataba, estrictamente de una conclusión errónea. No quería ser víctima de otra falacia lógica.

Necesitaba estadísticas, y la única persona que podía dármelas era un empleado de la asesoría jurídica de la empresa de Lorna, un tipo cuya pasión eran los crímenes. La recepcionista reconoció mi voz y se mostró antipática, pero me pasó la comunicación. Tras varios minutos de conversación afable, le solté mi pregunta:

—Bob, ¿cuáles son las estadísticas de los casos de mujeres estranguladas y en los que el asesino no es amigo íntimo de la víctima?

—Son los casos más comunes —respondió Bob sin pensarlo un instante—, aunque, por lo general, detienen al asesino enseguida. Se trata de peleas de bares, borrachos que estrangulan prostitutas, esa clase de cosas. A menudo, el asesino tiene remordimientos, confiesa y se declara culpable. ¿Es ésta una pregunta convencional, Fred?

—Sí, estrictamente. ¿Y qué sabes de los estrangulamientos premeditados?

—¿Incluidos los de los psicópatas?

—No, dando por supuesto que el asesino está relativamente en sus cabales.

—Relativamente en sus cabales, ésta es nueva. Pues esos casos son muy raros, chico. ¿A qué viene todo esto?

—Viene a que soy un ex policía que dispone de tiempo libre. Muchas gracias, Bob. Adiós.

Esa noche vi la tele, pero el seguimiento de la noticia por parte de la televisión fue escaso. Mostraron una foto de la muerta, tomada hacía unos veinte años, en su graduación en la escuela de enfermeras. Marcella Harris había sido una mujer muy atractiva, con unos pómulos altos y prominentes, unos ojos grandes y separados y una boca que reflejaba firmeza y resolución.

Con voz lúgubre, el comentarista hacía un llamamiento a todos los ciudadanos «que tal vez pudieran ayudar a la policía» y los instaba a ponerse en contacto con la brigada de detectives de la Oficina del Sheriff del condado de Los Ángeles. Durante breves

instantes, en la parte inferior de la pantalla apareció un número sobreimpreso, antes de que el locutor siguiera adelante con el anuncio de una empresa de venta de coches de segunda mano. Apagué el televisor.

Empecé a recopilar todos los artículos de prensa que encontraba sobre el asesinato. El martes, la muerte de Harris ya había quedado relegada a la tercera página. Del *Times* de Los Ángeles, 24 de junio de 1955:

RECONSTRUIDAS LAS ÚLTIMAS HORAS DE LA VIDA DE LA ENFERMERA MUERTA

Los Ángeles, 24 de junio. Marcella Harris, que la mañana del domingo apareció estrangulada en El Monte, fue vista con vida por última vez en una coctelería del cercano Valley Boulevard en El Monte Sur, entre las 20.00 y las 23.30 horas del sábado por la noche. Se marchó sola del local, pero fue vista en íntima conversación con un hombre moreno de unos cuarenta años y una mujer rubia que no debía de llegar a los treinta. Los dibujantes de la policía trabajan en la confección de unos retratos robot de la pareja, hasta el momento, son los únicos sospechosos en el espeluznante caso de estrangulación.

El padre y el hijo, juntos

«Estoy seguro de que a Michael siempre le quedarán secuelas de esto —declaró ayer William Doc Harris, un atractivo hombre de unos cincuenta y cinco años—. Pero sé que puedo suplir el amor que ha perdido con la muerte de su madre.» Harris acarició con cariño el cabello de su hijo de nueve años. Michael, un chico alto y con gafas, dijo: «Lo único que espero es que la policía atrape al tipo

que mató a mamá.»

En el apartamento de los Harris en Beverly Boulevard se respiraba serenidad y también tristeza. Tristeza porque la policía no sabe cómo afrontar el dolor de un niño de nueve años que ha quedado huérfano de madre. El sargento A. D. Wisenhunt, portavoz de la policía de El Monte, ha dicho: «Estamos haciendo todo lo posible para encontrar al asesino. No sabemos dónde asesinaron a la señora Harris, pero suponemos que tuvo que ser en la zona de El Monte. El forense sitúa la muerte entre las dos y las cinco de la mañana, y el cadáver fue hallado a las siete y media. Tenemos detectives y agentes mostrando los retratos robot de las dos personas con las que la señora Harris fue vista por última vez. Hay que tener paciencia, este caso sólo logrará resolverse con un diligente trabajo policial.»

Una parte de mí me decía que debía de estar loco por seguir los artículos de aquel caso en la prensa, pero otra parte gritaba cada vez que la palabra «coctelería» saltaba a mis ojos desde la página impresa. Dudé, vacilé y me machaqué por dentro durante unas cuantas horas, hasta que advertí que no tendría ni un instante de paz si no me ponía en marcha. Entonces, agarré el teléfono y llamé al sargento Reuben Ramos, de la comisaría de Rampart.

—Reuben, soy Fred Underhill.

—¡Por todos los santos! ¿Dónde demonios has estado?

—Fuera.

—Eso seguro, tío. Dios mío, ¿te jodieron en serio? ¿Qué ocurrió? He oído montones de rumores, pero todo me sonaba falso.

Suspiré. No había contado con tener que recordarle el pasado a un antiguo colega.

—Detuve a un tipo que no era, Rube, y el Departamento se vio obligado a dejarme muy mal para verse libre de responsabilidades. Eso es todo.

—Vamos a dejarlo así, tío —replicó Reuben, escéptico. Era obvio

que no se lo había creído—. Y ahora, ¿qué pasa? Necesitas que te haga un favor, ¿verdad?

—Exacto. Quiero que compruebes por mí unos datos en Recepción e Inspección.

—¿Estás haciendo algún trabajo de aficionado? —preguntó Reuben tras un suspiro.

—Más o menos. ¿Preparado?

—Dispara.

—Marcella Harris, mujer blanca, cuarenta y tres años.

—Es la estrangulada de…

—Sí —lo interrumpí—. ¿Puedes hacer esas comprobaciones y llamarme en cuanto sepas algo?

—Estás como una cabra, joder —dijo Reuben antes de colgar.

El teléfono sonó a los tres cuartos de hora, y levanté el auricular al primer timbrazo.

—¿Fred? Aquí Reuben. Coge un lápiz.

—Ya lo tengo. Canta, Rube.

—Bien, Marcella Harris, nombre de soltera DeVries. Nacida en Tunnel City, Wisconsin, el 15 de abril de 1912. Cabellos rojos y ojos verdes. Uno sesenta y nueve de estatura, sesenta y cinco kilos de peso. Enfermera, sirvió en la Marina de Estados Unidos entre 1941 y 1946, licenciada como teniente del cuerpo auxiliar femenino. Impresionante, ¿verdad? Ahora, fíjate en esto: arrestada en el 48 por posesión de marihuana. Puesta en libertad sin cargos. Arrestada en el 50, sospechosa de ser receptora de bienes robados. Puesta en libertad sin cargos. Arrestada por ebriedad dos veces en el 46, una vez en el 47, tres veces en el 48, una en el 49 y una en el 50. Bonito, ¿eh?

—Sí —respondí tras soltar un silbido—. Interesante.

—¿Y qué piensas hacer con esta información, tío?

—No lo sé, Rube.

—Ve con cuidado, Fred. Es lo único que voy a decirte. Una mujer aparece estrangulada en El Monte y bueno… Freddy, no tiene nada que ver con la otra, tío. Esa historia está muerta.

—Probablemente.

—Ve con cuidado. Ya no eres policía.

—Gracias, Rube —dije antes de colgar.

A la mañana siguiente, me levanté temprano, me puse un traje de verano y me dirigí a El Monte por la autopista de Santa Mónica y luego la de Pomona, hacia el este.

Dejé atrás la mortaja de contaminación que envolvía L.A., pasé por las míseras y pintorescas Boyle Heights y por una sucesión de espantosos suburbios empobrecidos, y sentí que mi impaciencia crecía conforme dejaba atrás cada nueva comunidad, producto de la explosión demográfica de posguerra. Para mí, se trataba de un territorio totalmente nuevo que, si bien se hallaba en los confines del condado de Los Ángeles, parecía otro mundo. Las calles de viviendas que vislumbré desde mi elevado punto privilegiado tenían un aspecto taciturno en su uniformidad y reflejaban el gran estallido de decepción y malestar que había seguido a la contienda.

El Monte estaba encajonado en medio del valle de San Gabriel, rodeado de autopistas por todas partes. Las montañas de San Gabriel, envueltas en la niebla, bordeaban el límite norte.

Tomé la salida de Valley Boulevard y me dirigí hacia el oeste hasta encontrar el Hank's Hot Spot, al que los periódicos calificaban de «simpático abrevadero». No tenía aspecto de serlo; en realidad, parecía lo que probablemente fuera: un centro de reunión de borrachos solitarios.

Aparqué junto al bordillo. Eran las ocho y media de la mañana y el local ya estaba abierto. Aquello resultaba alentador. Encajaba a la perfección en el escenario que mi mente había diseñado: Maggie Cadwallader y Marcella Harris, borrachas solitarias. Deseché la idea. «No pienses, Underhill —me dije mientras cerraba el coche—, o lo que seguramente no es más que una coincidencia acabará por devorarte.»

Mientras tomaba asiento ante la estrecha barra de falsa madera, me apresuré a inventar una historia que me sirviera de tapadera. El local se encontraba vacío, y un solitario camarero que cuando entré estaba secando vasos se acercó a mí con cautela. Dejó el paño sobre la barra y me saludó con un movimiento de la cabeza.

—Una cerveza de barril —dije.

Asintió y me la sirvió. Le di un sorbo. Tenía un sabor amargo. Yo no estaba para beber tan temprano por la mañana. Decidí no perder el tiempo con trivialidades y fui directo al grano.

—Soy periodista —dije—. Escribo sobre crímenes desde el punto de vista de su interés humano. Hay veinte dólares de recompensa para todo aquel que me de información confidencial interesante sobre esa tal Marcella Harris que fue estrangulada el pasado fin de semana. —Abrí la cartera, llena de billetes de veinte, y los desplegué en forma de abanico ante los ojos del camarero, que quedó impresionado—. Información confidencial y verídica, quiero decir —añadí, enarcando las cejas—. Esas habladurías de bar que hacen tan interesante el estar detrás de una barra.

El hombre tragó saliva con dificultad y dijo en tono vacilante:

—Ya le he contado a la policía todo lo que sé sobre esa noche.

—Repítalo para mí —pedí, al tiempo que sacaba un billete de veinte y lo ocultaba debajo de la servilleta.

—Bueno —comenzó el camarero—, esa noche, esa tal Harris llegó sobre las siete y media. Pidió un Early Times doble, sin hielo. Se lo bebió prácticamente de un trago. Pidió otro y se quedó junto a la barra, sola. Puso algunas canciones en la máquina de discos y hacia las ocho y media llegaron ese tipo de aspecto seboso y la rubia de la cola de caballo. Entablaron conversación con la Harris y los tres se sentaron en un reservado. El tipo bebió vino tinto y la rubia Seven-Up. La tal Harris se marchó antes que ellos, sobre las once. El tipo seboso y la rubia de la coleta se marcharon hacia medianoche. Eso es todo.

Tiré del billete para que asomara unos centímetros por debajo de la servilleta.

—En su opinión, ¿Marcella Harris ya conocía a esos dos o acababa de conocerlos?

—La poli me preguntó lo mismo, y no lo sé —respondió el hombre, sacudiendo la cabeza.

—¿Marcella Harris era cliente habitual de este local? —inquirí, llevando la conversación hacia otros derroteros.

—En realidad, no. Venía muy de vez en cuando.

—¿Era una mujer fácil? ¿Se había marchado del bar con muchos hombres distintos?

—Que yo sepa, no.

—Bien. ¿Era habladora?

—Realmente, no.

—¿Había hablado con ella alguna vez largo y tendido?

—Quizás un par de veces, no lo sé con seguridad.

—¿Y de qué hablaron?

—De nada importante, conversaciones triviales.

—Aparte de eso.

—Bueno…, una vez me preguntó si tenía hijos. Le dije que sí. Me preguntó si me causaban problemas y respondí que los normales. Entonces empezó a contarme cosas de su hijo, que no sabía cómo tratarlo, que había leído un montón de libros y seguía sin saber qué hacer.

—¿Qué problemas le causaba su hijo?

El camarero volvió a tragar saliva y pareció algo confuso.

—Oh, señor, venga ya…

—Venga ya, usted. Hable. —Le metí el billete de veinte dólares en el bolsillo de la camisa.

—Bueno —dijo—, me contó que su hijo se metía en peleas y que hablaba de porquerías y que…, y que se exhibía ante los otros chicos.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Le habló a la policía de esto?

—No.

—¿Por qué?

—Porque nadie me lo preguntó.

—Una buena razón —admití. Le di las gracias y regresé a mi coche.

Repasé los recortes de prensa que había recopilado y encontré la dirección de Marcella Harris en el *Mirror* del lunes: Maple Avenue, 467, El Monte. Llegar hasta allí sólo me tomó cinco minutos.

Contemplé El Monte mientras conducía. Las calles estaban sin asfaltar y las viviendas que daban a ellas eran unos feos edificios cúbicos de apartamentos que alternaban con granjas de cultivo y desguaces de coches, residuos de unos tiempos no tan lejanos en los que la zona aún era campo abierto.

Aparqué en la loma sin asfaltar de la esquina de Claymore y Maple. El número 467 estaba justo en la esquina, enfrente del lugar donde había aparcado. En un patio delimitado por un muro de

piedra de más de un metro de alto había dos casas pequeñas. Ambas se veían bien cuidadas, y por el lugar correteaba un cachorro de sabueso.

No quería abordar a la casera ya que, probablemente, la policía la había interrogado hasta la saciedad acerca de su inquilina, por lo que me quedé sentado en el coche, pensando. Finalmente, tuve una idea. Saqué mi portafolios del maletero y eché a andar. El curso escolar había terminado y los niños que jugaban en los patios se veían contentos gozando de aquella libertad estival. Me acerqué caminando por Maple y los saludé con la mano. Me miraron con cierta suspicacia; resultaba obvio que mi traje de verano de color claro no era un atuendo habitual en El Monte.

Maple terminaba unos cien metros más adelante, en un callejón sin salida donde los niños estaban jugando un partido de softball. Era probable que conocieran al hijo de Marcella Harris, por lo que decidí preguntarles.

—Hola, colegas —dije.

Cuándo me adentré en aquel improvisado campo de juego, los chicos se detuvieron de repente. A las miradas suspicaces se unieron miradas hostiles y miradas de curiosidad. Eran seis en total, y todos llevaban camiseta blanca y vaqueros. Uno de ellos, que se hallaba junto a la base meta, lanzó la pelota a la primera base. Dejé caer el portafolios, corrí y di un audaz salto para coger la pelota. Fingí que se me escapaba y caí al suelo. Para ponerme en pie, monté un auténtico número. Los chavales me rodearon y yo me sacudí el polvo de los pantalones.

—Creo que no soy Ted Williams, colegas —dije—. Debo de estar haciéndome viejo. Antes era un jardinero de primera.

—Ese intento fue excelente, señor —comentó uno de los chavales, sonriendo.

—Gracias —repuse—. Dios, qué calor hace aquí y cuánto polvo que hay… ¿Nunca vais a la playa, chicos?

—No, pero tenemos la piscina municipal.

Los chavales empezaron a hablar todos a la vez.

—La playa queda muy lejos y está llena de latas de cerveza.

—Mi padre nos llevó una vez.

—Jugamos a béisbol.

—Voy a ser tan buen lanzador como Bob Lemon.

—¿Quiere ver uno de mis lanzamientos?

—¡Eh, callad un momento! ¿Y qué hay de los chicos exploradores? ¿Alguno de vosotros sale de excursión con ellos?

Mi pregunta fue acogida con silencio y cabezas gachas. Estaba claro que había puesto el dedo en la llaga.

—¿Qué os pasa, colegas?

—No, nada —respondió el base, que era un muchacho muy alto —, pero mi madre la ha tomado con nuestro grupo por algo que ni siquiera fue culpa nuestra.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Qué mala pata! —intervinieron los otros chicos.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté con aire inocente.

—Bueno —respondió un chico alto—, nuestra patrulla fue la que encontró a esa mujer muerta.

Lancé al aire la gastada pelota de softball y volví a cogerla.

—Qué lástima. ¿Os referís a la señora Harris?

—Sí —contestaron todos a coro.

Decidí proceder con cautela, aunque sabía que los chicos querían hablar.

—La señora Harris vivía en esta calle, ¿verdad?

—Sí —dijeron—. Oh, tenía que haberla visto, señor. Toda desnuda. Fue realmente repugnante. Sí, qué asco.

Lancé la pelota al chico que estaba más callado.

—¿Alguno de vosotros conocía a la señora Harris?

Se produjo un embarazoso silencio.

—Mi mamá me ha dicho que no hable con desconocidos —respondió el chico más callado.

—Mi padre me ha dicho que no cuente cosas malas de la gente —señaló el primera base.

—Bueno, sólo era curiosidad. —Bostecé y fingí exasperación—. Tal vez pueda hablar con vosotros en otro momento. Soy el nuevo entrenador de béisbol del Instituto Arroyo. Me habéis parecido unos jugadores muy buenos. Dentro de pocos años, seguramente estaréis en mi alineación inicial. —Hice como que me marchaba.

No podía haber escogido palabras más apropiadas, ya que fueron acogidas con un torrente de exclamaciones de excitación.

—¿Qué tenía de malo la señora Harris? —pregunté al primera

base.

El chico agachó la cabeza y luego alzó la vista y me miró, confuso.

—Mi padre dice que la había visto muchísimas veces en Medina Court. También comentó que ninguna mujer honesta iría a un sitio como ése, que era una madre inepta y que por eso Michael se comportaba de una manera tan extraña. —El chico se apartó de mí como si el espectro de su padre estuviera justo allí, entre nosotros.

—Espera, compañero —le dije—. Soy nuevo en el vecindario. ¿Qué tiene de malo Medina Court? Y ¿cuál es ese comportamiento extraño de Michael?

—Medina Court es territorio mexicano —respondió un chico pelirrojo que tenía en la mano un guante de receptor—. Está lleno de espaldas mojadas de los malos. Mi padre dice que jamás me acerque por ahí. Odian a los blancos. Es una zona peligrosa.

—Mi padre es cartero y reparte correspondencia en Medina —intervino el primera base—. Ha dicho que vio por ahí a la señora Harris haciendo guarradas.

—¿Y qué hay de Michael? —Un escalofrío me recorrió la espalda.

Nadie respondió. Mi expresión y mis modales debían de haber cambiado y alertado algún sexto sentido en los jóvenes jugadores.

—Tengo que irme —dijo el chico callado.

—Yo también —añadió otro.

Antes de que me diera tiempo a reaccionar, todos se habían marchado corriendo por Maple, lanzándome miradas furtivas por encima del hombro. Entraron en los jardines de sus respectivas casas y yo me quedé allí, en medio de la calle, preguntándome qué demonios había pasado.

Medina Court sólo ocupaba una manzana.

En la entrada, una deslustrada placa de latón atornillada en la resquebrajada pared de la acera explicaba el motivo: la calle y las viviendas de cuatro plantas que la bordeaban habían albergado a los obreros chinos que, en 1885, construyeron la vía férrea.

Aparqué el coche en la loma sin asfaltar de Peck Road, la única calleja de acceso a Medina Court, y miré alrededor. Los edificios, que habían sido blancos en otro tiempo, tenían el mismo color

marrón grisáceo que la nube de contaminación que tomaba sofocante el aire estival. Media docena de ellos habían ardido, y los restos chamuscados nunca habían sido recogidos. En las escaleras delanteras de aquellas casas desvencijadas y abrasadas por el sol se sentaban mujeres mexicanas y sus hijos, buscando un alivio del horno que debía de ser el interior de las viviendas.

Toda la calle sin asfaltar de Medina Court estaba cubierta de escombros y basura, y a ambos lados había coches abandonados de antes de la guerra. Del interior de algunas de las viviendas salía música de mariachis que competía con las agudas voces que gritaban en español. Un perro flacucho de mirada hambrienta me siguió renqueando. El abandono y la miseria de Medina Court eran sobrecogedores.

Tenía que encontrar al cartero que era padre del primera base, por lo que me dediqué a entrar en los portales de las viviendas para comprobar si ya habían entregado el correo. La disposición de los buzones era idéntica en todos los edificios: unas hileras interminables de cajetines metálicos con apellidos españoles y los números de los apartamentos escritos en una pobre caligrafía. Entré en tres edificios de cada lado de la calle, y me llevé un montón de miradas desagradables. Los buzones estaban vacíos. Era mi día de suerte.

Medina Court terminaba en un callejón sin salida formado por un desguace de coches en el que crecían altas hierbas y donde jugaban al escondite un grupo de niños mexicanos, harapientos pero de aspecto feliz. Regresé a Peck Road, agradecido de no vivir ahí.

Esperé tres horas, durante las cuales me dediqué a contemplar a los transeúntes: viejos borrachos que merodeaban entre las ruinas de los edificios incendiados en busca de un lugar donde beber a la sombra sus botellas de vino barato; mexicanas gordas que perseguían a su berreones hijos por la calle; abundantes altercados entre hombres en camiseta que se lanzaban palabras obscenas en inglés y en español; dos peleas a puñetazos, y un desfile constante de pachucos que pasaban por la calle en sus coches trucados.

A la una en punto, justo cuando el sol alcanzaba su cénit abrasador y la temperatura bordeaba los treinta y ocho grados, un cartero viejo y de aire abatido entró en Medina Court. Era el vivo retrato de su hijo, el rubio primera base. Entró en el portal del primer edificio del lado meridional de la calle; me dirigí hacia allí y esperé a que saliera.

Sus andares cansinos se animaron un poco cuando me vio allí, un blanco con traje y corbata y aspecto de funcionario. Esbozó una sonrisa, inquieta y nerviosa, propia de alguien sediento de compañía, me miró de arriba abajo y preguntó:

—¿Es usted policía?

—No. ¿Por qué me lo pregunta? —Fingí sentirme asombrado.

El cartero rió y se cambió de hombro la bolsa de cuero.

—Porque cualquier hombre blanco de más de metro ochenta, que lleve traje y corbata en Medina Court un día como hoy, tiene que ser pasma.

—Se equivoca, pero no demasiado. —Reí—. Soy investigador privado. —No le mostré ninguna prueba de ello, porque no la tenía. El cartero silbó y percibí olor de priva en su aliento. Le tendí la mano y añadí—: Me llamo Herb Walker.

—Yo soy Randy Rice —repuso él, al tiempo que me la estrechaba.

—Necesito cierta información, Randy. ¿Podemos hablar? ¿Quiere que lo invite a una cerveza, o no puede beber mientras está de servicio?

—Las normas están hechas para transgredirlas —repuso Randy Rice—. Usted espéreme aquí. Voy a repartir el correo y en veinte minutos estaré de vuelta.

Cumplió su palabra y al cabo de media hora me hallaba en un bar cutre cercano a la autopista, escuchando educadamente a Randy Rice, que me exponía su teoría sobre la «plaga de espaldas mojadas que azota América».

—Sí —lo interrumpí al cabo de un rato—, y es una vida muy dura para el blanco trabajador; conozco el tema de sobra. Ahora tengo entre manos este difícil caso y ninguno de los mexicanos con los que he hablado ha querido darme una respuesta clara.

A Randy Rice se le pusieron unos ojos como platos de pura

sorpresa.

—He querido hablar con usted precisamente por eso —proseguí—. Creo que un hombre blanco y listo familiarizado con Medina Court podría darme alguna que otra pista.

Pedí otra cerveza para Rice. Le dio un trago y torció el gesto, fingiendo desinterés.

—¿Qué quiere saber? —preguntó.

—Me han dicho que Marcella Harris solía rondar por

Medina Court. En mi opinión, una mujer blanca con un hijo no tiene nada que hacer en un sitio tan horrible.

—Yo vi a esa Harris por aquí —dijo Rice—. Muchas veces.

—¿Cómo sabe que era ella? ¿La reconoció en la fotografía que publicó la prensa cuando la asesinaron?

—No, vivía en mi calle. En la misma manzana que yo. Cada mañana la veía salir hacia el trabajo, y también la veía en la tienda, paseando el perro y jugando a pelota en el patio de su casa con ese majara de hijo suyo. —Rice tragó saliva—. ¿Quién lo ha contratado? —inquirió de repente.

—Su ex marido. Tiene ganas de venganza. Cree que la estranguló uno de sus novios. ¿Por qué ha dicho que el chico está loco?

—Porque lo está. Ese chaval es la peste, señor. Por un lado, sólo tiene nueve años y ya mide metro setenta, como mínimo. Además, odia a los otros chicos. Mi hijo me ha contado que Michael siempre interrumpe los partidos de softball de la escuela y no para de buscar pelea. Pero siempre es el que recibe; aunque sea un chico enorme, no sabe pelear y se lleva todas las tortas, luego se echa a reír como un poseso y…

—¿Y entonces le da por el exhibicionismo?

—Exacto.

—Veo que no le ha sorprendido que hablara de los novios de Marcella Harris. —Con una reverencia, pedí otra cerveza para Rice, que se había ruborizado—. Cuénteme que sabe de eso.

—La he visto durante meses por Medina, conduciendo su Studebaker, y haraganeando en el Parque de los Muertos.

—¿El Parque de los Muertos?

—Sí, ese callejón sin salida en el que acaba Medina.

Perros muertos, borrachos y cementerio de coches. Un par de veces la vi por allí con Joe Sánchez. Estaban muy amartelados; él con su traje de petimetre y ella con el uniforme de enfermera. En una ocasión, la mujer salió del apartamento de Sánchez con los ojos vidriosos, caminando como si pisara puré de patatas, y a punto estuvo de chocar contra mí. Dios mío, me dije, esa mujer está muy drogada. Ella…

—¿Y qué hay de ese Sánchez? —lo interrumpí—. ¿Vende droga?

—¡Por descontado! —exclamó Rice—. Es el principal camello del valle de San Gabriel. He visto montones de drogotas saliendo de su casa; parecía que estaban en el séptimo cielo. La pasma lo registra habitualmente, pero siempre está limpio. El no consume y tiene el material escondido fuera de Medina. He oído lo que muchos de esos desgraciados dicen de él: que es un cholo muy listo. En mi opinión, a esa escoria humana deberían mandarla a la silla eléctrica.

—¿Le ha contado todo esto a la policía? —pregunté, sopesando esa última información.

—No. Qué demonios, no es asunto mío. Seguro que Sánchez no mató a la señora Harris; lo hizo algún majara, es evidente. Yo he de velar por mí mismo. Tengo que venir a Medina a entregar el correo. Me importa un carajo lo que Sánchez haga.

—Ese Sánchez, ¿es un tipo duro, Randy?

—No, no tiene pinta de duro. Se le ve grasiento. Un pillo mexicano.

—¿Dónde vive?

—Tres uno uno, Medina, apartamento sesenta y uno.

—¿Vive solo?

—Creo que sí.

—¿Por qué no me lo describe, por favor?

—Bueno, pues un metro setenta, sesenta y cinco kilos, muy delgado, con un corte de pelo de culo de pato. Lleva pantalones militares y una chaqueta de seda color púrpura, con la imagen de la cabeza de un lobo en la espalda, siempre, incluso en verano. Tendrá unos treinta años.

Me puse de pie y le estreché la mano. Randy Rice dio un respingo y empezó otro elíptico monólogo sobre el problema de los

espaldas mojadas. Lo interrumpí con un guiño y unas palmaditas en la espalda. Mientras salía del bar, lo oí soltar su discurso a otros bebedores solitarios.

Al cabo de veinte minutos, me hallaba de nuevo en Medina Court, en el vestíbulo del número 311, donde el calor era abrasador. Miré la hilera de buzones en busca del apartamento 61, lo encontré y arranqué el cierre metálico. El cajetín estaba lleno de cartas con sellos mexicanos.

Confiando en mi rudimentario español, abrí tres sobres al azar y leí. Las cartas estaban escritas en caligrafías ilegibles, pero después de echar un vistazo a las tres, conseguí descifrar el principal asunto de que trataban. El primo Joe Sánchez estaba trasladando la rama mexicana de su familia a Estados Unidos, con cautela, de uno en uno, a cambio de dinero en efectivo. Las cartas estaban llenas de gratitud y de esperanzas de una buena vida en el nuevo país. Se alababa al primo Sánchez de manera muy efusiva, y se le prometía que los recién llegados pagarían lo acordado una vez que encontraran trabajo. Empecé a detestar al primo Joe.

Me presenté a las seis y media, justo cuando Medina Court empezaba a escapar de los martillazos del sol. Me aposté en el portal hasta que llegó un Mercury 1950 de color púrpura y con unos guardabarros horteras, que aparcó ante la casa y del cual se apeó un mexicano flacucho, de expresión taciturna, que vestía una chaqueta de seda púrpura. Tras cerrar el coche, subió la escalera del portal en dirección a mí.

Yo miraba fijamente su cara, a la espera de captar alguna señal de miedo o violencia cuando advirtiese mi presencia. No obstante, al verme levantó las manos en una parodia de rendición y preguntó, esbozando una sonrisa:

—¿Me estaba esperando, agente?

—Estás limpio, Joe —respondí, sonriendo a mi vez—. Siempre lo estás. Sólo quería hablar contigo un ratito.

—Entonces, ¿por qué no subimos a mi apartamento? —preguntó sin dejar de sonreír.

Asentí con la cabeza y dejé que abriera el camino en aquel

caluroso vestíbulo. Subimos hasta el tercer piso. Con cierto nerviosismo, Sánchez abrió el doble cerrojo de la puerta y cuando empujó ésta, le pegué un puñetazo en el cuello que lo hizo caer de bruces en su inmaculada y modesta sala de estar. Me miró desde el suelo, temblando de ira. Cerré la puerta a mis espaldas y nos miramos fijamente. Sánchez se recuperó enseguida, se puso de pie y se sacudió la chaqueta de seda.

—Esto no me había ocurrido en mucho tiempo —comentó, recuperando su sonrisa sarcástica—. ¿Es de la Oficina del Sheriff?

—Del DPLA —dije, en honor a los viejos tiempos. Saqué las cartas del bolsillo de la americana, intentando que no se me abriera y que Sánchez no viese que iba desarmado. Se las arrojé a la cara—. Has olvidado tu correspondencia, Joe.

Esperé su reacción. Se encogió de hombros y se dejó caer en un sofá cubierto de mantas mexicanas. Acerqué una silla y me planté a un palmo de distancia de su rostro.

—Droga y permisos de residencia, muy bonito —musité.

Volvió a encogerse de hombros y me miró con expresión de desafío.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—Quiero saber qué hacía en Medina una mujer de clase media y tan atractiva como Marcella Harris —respondí—, aparte de comprarte droga.

Al oírme, Sánchez pareció aliviado, pero de inmediato se puso tenso de miedo.

—Yo no la he matado, tío —dijo.

—Ya lo sé. Mira, simplifiquemos las cosas. Tú me cuentas lo que sabes y yo te dejo en paz… para siempre. Si no me lo cuentas, dentro de quince minutos estarán aquí los federales y la policía de Inmigración. ¿Comprendes?

—La trajo un amigo mío —explicó Sánchez tras asentir con la cabeza—. Quería comprar maría. Y luego siguió viniendo. Para ella, Medina Court era un lugar excitante. Estaba loca, era una pelirroja calentorra. Le gustaba fumar hierba y bailar. Le gustaba la música mexicana. —Volvió a encogerse de hombros, esta vez para dar a entender que había terminado su relato.

Pero no me bastaba, y se lo dije.

—Quiero más, Joe. Por lo que has contado es como si tú sólo la tolerases. No me lo creo. Me han dicho que pasaba muchos ratos contigo y otros pachucos ahí abajo, en el desguace de coches.

—De acuerdo, tío. Me gustaba. La llamaba la Roja¿

—¿Te la tirabas?

—¡No, hombre! —Sánchez parecía verdaderamente indignado—. Ella me deseaba, pero estoy comprometido. Además, nunca me lío con gringas.

—Perdona mi indiscreción. ¿Estaba enganchada a alguna droga?

—Bueno… —Sánchez dudó—. Tomaba pastillas. Como era enfermera podía conseguir codeína. Cuando se colocaba de codeína hacía locuras y actuaba de manera estúpida. Decía que podía…

—¿Qué decía, Joe?

—De… decía que podía ganar a cualquier mexicano con quien peleara, que podía beber y follar más que una puta. Decía que había visto cosas que te harían…

—¿Que te harían qué? —grité.

—Que te harían caer los cojones al suelo —respondió Sánchez a voz en cuello.

—¿Salía con otros tipos de Medina? —pregunté.

—No —Sánchez negó con la cabeza—. Sólo le interesaba yo. Yo decía a los demás que la dejaran en paz, que les traería problemas. Me gustaba, pero no me inspiraba ningún respeto. Dejaba solo a su hijo por las noches. En fin, que empecé a pasar de ella, lo notó y dejó de venir por aquí. De eso hace ya seis meses.

Me puse de pie y caminé por la sala. Las paredes estaban adornadas con carteles de corridas de toros y láminas baratas de paisajes.

—¿Quién te la presentó?

—Mi amigo Carlos, que trabajaba en la misma fábrica en que ella hacía de enfermera.

—¿Dónde puedo encontrar a Carlos?

—Ha regresado a México, tío.

—¿Vino alguna vez Marcella Harris acompañada de alguien?

—Sí, una vez. Llamó a la puerta a las siete de la mañaña. Iba con un tipo, abrazada a él muy fuerte, como si hubiesen estado…

—Sí, ya lo sé, sigue.

—Pues eso, que empezó a largar sobre el tipo, que si lo habían ascendido a capataz del turno de noche de la fábrica… Les vendí algo de hierba y se largaron.

—¿Qué aspecto tenía el tipo?

—Era rubio y gordo. Con pinta de estúpido. Le faltaba el pulgar de la mano izquierda. Eso me llamó la atención, porque soy muy supersticioso y…

—¿Y qué, Joe? —suspiré.

—Y supe que Marcella iba a morir de una manera oscura. Que quería morir de una manera oscura.

—¿Nunca viste a Marcella con un hombre de cabello moreno y una rubia con coleta?

—No.

Me dispuse a marcharme.

—Pobre Roja —dijo Sánchez mientras yo salía por la puerta.

La señora Gaylord Wilder, casera de Marcella Harris, tenía unos nerviosos ojos grises y unos ademanes de histeria a duras penas controlada. No sabía como abordarla. Hacerme pasar por policía con una ciudadana honrada era demasiado arriesgado, y si la intimidaba podía tener problemas con los polis auténticos.

Se me ocurrió de repente, mientras estaba en el umbral de la puerta bajo su mirada escrutadora. La señora Wilder tenía aire de avara por lo que probé con un descabellado gambito: fingí ser investigador de una compañía de seguros interesado en el pasado reciente de la fallecida Marcella. Se lo creyó todo, y me miró con los ojos como platos y la mano apoyada nerviosamente en la jamba de la puerta.

—…Y hay una recompensa sustancial para todo el que pueda ayudarnos.

Al oír esas palabras, abrió la puerta de par en par con vehemencia y señaló un sofá de piel de imitación.

Se fue a la cocina y me dejó solo. Aproveché para echar un vistazo a aquella habitación atestada de objetos, y al cabo de un minuto volvió con una caja de bombones. Me llevé a la boca un pequeño cilindro de pegajoso chocolate y exclamé:

—¡Delicioso!

—Gracias, señor…

—Carpenter, señora Wilder. ¿Está en casa su marido?

—No, está en el trabajo.

—Comprendo. Permítame que le sea sincero. Marcella Harris, su inquilina fallecida, tenía suscritas tres pólizas con nosotros. Su hijo Michael era el beneficiario de las tres. Sin embargo, ahora una mujer, surgida de la nada, ha presentado una reclamación. Esa mujer, que asegura haber sido amiga íntima de la señora Harris, ha firmado una declaración jurada en la que sostiene que la señora Harris le había dicho que ella era la beneficiaría de esas pólizas. Ahora mismo, estoy investigando si es cierto que esa mujer conocía siquiera a Marcella Harris.

La señora Wilder, excitada, movió las manos en el regazo, y un brillo de codicia apareció en sus ojos.

—¿Y cómo puedo ayudarlo? —preguntó en tono vehemente.

—Señora Wilder… —Hice una pausa en la que fingí concentrarme—. Puede ayudarme contándome todo lo que sepa acerca de las amistades de Marcella Harris.

—Bueno, a decir verdad… —empezó.

—Tiene que jurarme que dice toda la verdad —la interrumpí en tono severo.

—Bien, señor Carpenter, las amistades de Marcella eran casi todas masculinas. Quiero decir que era una buena madre y todo eso, pero salía con muchos hombres.

—Eso no es ningún delito.

—No, pero…

—Me han contado que Michael Harris era un niño terrible. Que provocaba peleas. Que le daba por el exhibicionismo, cuando estaba delante de otros niños del barrio…

—Ese chico era el demonio —gritó la señora Wilder, roja como un tomate—. Sólo le faltaba tener cuernos. ¡Que un niño carezca de padre es un pecado!

—Bueno, ahora Michael está con su padre.

—¡Oh, sí! Marcella ya me había hablado de él. Un tipo muy guapo, sí, pero un inútil que no servía para nada.

—Y sus amigos masculinos, señora Wilder…

—Pensaba que había dicho que la que ha reclamado es una mujer.

—Sí, pero esta mujer afirma que Marcella no tenía amigos masculinos, que Marcella era una persona tranquila dedicada a su trabajo y a su hijo.

—¡Ja! Las mujeres como Marcella atraen a los hombres igual que los dulces a las moscas. Lo sé. ¡También tuve muchos pretendientes antes de casarme, pero nunca me comporté como esa desvergonzada!

—Sea más concreta —dije, tras hacer una pausa para permitirle coger aliento.

—Bueno… —prosiguió, con más cautela—, cuando se mudó a vivir aquí, le ofrecí una pequeña fiesta de bienvenida e invité a otras damas del barrio… Marcella me dijo que no quería intimar con mujeres, que las mujeres estaban bien para tomar café con ellas de vez en cuando, pero que prefería los hombres. Yo le dije: «Eres divorciada, ¿todavía no has aprendido la lección?» Nunca olvidaré su respuesta: «Sí, la he aprendido. He aprendido a utilizar a los hombres de la manera que ellos nos utilizan a nosotras, y no voy más allá de eso.» Me quedé pasmada, señor Carpenter, pasmada, se lo aseguro.

—Sí, es pasmoso. ¿Le habló alguna vez largo y tendido de su ex marido, o de alguno de sus novios?

—No, sólo me dijo que *Doc* Harris era una serpiente cautivadora que no servía para nada. En cuanto a sus novios…, si yo hubiera sabido que se los traía a dormir, no lo habría permitido desde el principio. ¡No tolero la promiscuidad!

—¿Y cómo se enteró de la… promiscuidad de la señora Harris? —pregunté. La señora Wilder empezaba a hartarme.

—Por Michael. Solía dejar notas. Notas anónimas. Notas obscenas… No sé…

—¿Todavía las tiene? —inquirí, animándome de repente.

—¡No, no, no! —chilló de nuevo la señora Wilder—. ¡No quiero hablar de ello! Desde que se mudó aquí supe que no era trigo limpio. Me dio referencias falsas, absolutamente falsas. Si lo que quiere es que…

En aquel momento sonó el teléfono. La señora Wilder fue a la

cocina a responder. En su ausencia, eché un vistazo más detenido a la sala. Miré el contenido de las estanterías y de la librería. Encima del televisor vi un montón de cartas sin abrir. El destinatario de una de ellas era Marcella Harris. Alguien, probablemente la señora Wilder, había escrito a lápiz: «Fallecida. Reenviar a William Harris, 4968, Beverly Boulevard, Los Ángeles 4, California.»

Oí a la mujer parlotear en la cocina. Me metí el sobre en el bolsillo y me marché sin hacer ruido.

Era casi de noche. Conduje hacia la autopista y me detuve unas cuantas manzanas antes de la rampa de salida para leer la carta. No era más que una reclamación por impago de una factura del dentista. La tiré por la ventanilla, pero encajaba bien en el cuadro: Marcella Harris había vivido muy deprisa, desatendiendo los compromisos pequeños. Me pregunté qué clase de enfermera habría sido. Me dirigí hacia Santa Mónica con la intención de averiguarlo.

Aquella noche, las autopistas se veían surreales, unas interminables hileras de coches con faros blancos y rojos que llevaban viajeros a sus casas, al trabajo, a divertirse, a citas con amantes, a destinos desconocidos. Aquel Los Ángeles por encima del que circulaba no era el mío, como tampoco era asunto mío la enfermera muerta, pero cuando los suburbios orientales dieron paso a las viejas calles familiares del centro, fui presa de un viejo instinto y se apoderó de mí una excitación suscitada por el hecho de encontrarme allí, tras la pista de lo inmutable y, sin embargo, siempre cambiante. En mi vida no ocurría nada, y buscar a un asesino era una manera como cualquier otra de llenar el vacío.

Me esforcé en recordar la imagen desnuda de Maggie Cadwallader. Y cuando lo conseguí, por primera vez en años no me conmovió.

La fábrica de componentes electrónicos Packard-Bell estaba en Olympic Boulevard, en el centro del distrito industrial de Santa Mónica.

Al doblar la esquina de Bundy, había un cine al aire libre, y al aparcar vi que estaban proyectando una extravagante película de terror de Big Sid. Eso me deprimió, pero la expectación que

suscitaba mi búsqueda acabó de inmediato con ese estado de ánimo.

La fábrica era un edificio de ladrillo rojo de una sola planta que parecía extenderse en varias direcciones. Cerca de la zona de carga y recepción había dos aparcamientos separados por una cadena a poca altura del suelo. El aparcamiento delimitado por la cadena, y que se extendía delante de la entrada principal, estaba vacío, bien iluminado y bordeado de pequeñas plantas equidistantes entre sí. El otro era más grande y estaba cubierto de colillas, envoltorios de caramelo y periódicos. Tenía que ser el aparcamiento de los trabajadores de la categoría más baja.

Pasé por encima de la cadena para echarle un vistazo. Casi todos los coches, que se hallaban aparcados en diagonal, eran viejos y estaban destartalados. En unos postes había unas pequeñas placas de metal que indicaban a quienes estaban asignadas las plazas de aparcamiento, algo que dependía de la jerarquía que ocupaban en la empresa. Así, los lugares más alejados de la entrada correspondían a los encargados de la limpieza, luego venían los de los cargadores y, más cerca aún, los de los trabajadores de la cadena de montaje.

Encontré lo que buscaba junto a la entrada de mercancías, pobremente iluminada: una sola plaza de aparcamiento con la palabra «capataz;» estarcida en el asfalto.

Consulté mi reloj. Eran las nueve y media pasadas. Los trabajadores del turno de noche debían de empezar a las doce. No podía hacer otra cosa que esperar.

Era ya muy tarde cuando mi espera se vio recompensada. Pasarme casi tres horas agachado en el rincón más oscuro de un aparcamiento me había puesto de un humor de perros. El último turno diurno se marchó a las doce en punto, quemando goma. Los trabajadores parecían felices de recuperar la libertad.

Durante la media hora siguiente fue llegando el turno de noche, cuyos integrantes no se mostraban tan felices. No aparté la mirada del aparcamiento asignado al capataz, y a la una menos diez vi que entraba un cuidado Cadillac del 46 y ocupaba esa plaza. Un hombre gordo y rubio se apeó del coche. Desde donde me encontraba, no

podía ver si le faltaba un pulgar.

Esperé cinco minutos y lo seguí al interior. Al final de un pasillo largo y mal iluminado había un comedor para los trabajadores. Entré y miré alrededor. Un joven con el pelo cortado estilo cola de pato me miró con curiosidad, pero ninguno de los otros trabajadores reparó en mí.

El capataz gordo y rubio estaba sentado a la mesa, con una taza de café en la mano derecha.

Saqué un refresco de la máquina expendedora y me lo bebí con toda la calma. El capataz tenía la mano izquierda en el bolsillo. Siguió sin sacarla, y consiguió ponerme nervioso. Por fin lo hizo, para rascarse la nariz. Le faltaba el pulgar, una confirmación más que suficiente.

Salí y encontré un oxidado colgador de metal tirado en el suelo, justo donde empezaba la zona de aparcamiento. Con él, me confeccioné un gancho y, como quien no quiere la cosa, me acerqué al Cadillac del capataz.

El coche estaba cerrado, pero la ventanilla del lado del conductor estaba abierta.

Miré hacia todos los lados y luego metí el colgador doblado para enganchar el abridor de la puerta. La primera vez resbaló, pero a la segunda conseguí tirar de él hasta abrirla.

Me metí rápidamente en el coche y me acurruqué en el asiento delantero. Intenté abrir la guantera, pero estaba cerrada. Pasé una mano por encima de la barra de dirección y encontré lo que buscaba: la documentación del vehículo, dentro de una cartera de cuero, sujeta con hebillas. La cogí y pasé al asiento trasero, donde me acurruqué aún más.

En el documento oficial plastificado se leía: Henry Robert Hart, Hurlburt Pl., 116414, CulvertCity, California.

Era todo cuanto necesitaba saber. Volví a dejar los papeles sobre la barra de dirección, me apeé del coche de Henry Hart y corrí hacia el mío.

Hurlburt Place era una tranquila calle de casas pequeñas a unas cuantas manzanas de los estudios de la MGM. El número 116414

correspondía a una vivienda en un garaje.

Aparqué al otro lado de la calle y hurgué en el maletero en busca de alguna herramienta que me permitiese forzar la cerradura. Lo único que encontré fue un destornillador y una regla metálica de carpintero.

Crucé la calle despacio y me dirigí al camino de acceso a la parte trasera del garaje. En la zona delantera de la vivienda no había ninguna luz encendida.

Las escaleras de madera que conducían al apartamento de Henry Hart crujieron tan fuerte que debieron de oírse en toda la calle, pero los latidos de mi corazón seguramente ahogaron el sonido. La cerradura era pan comido, y la hice saltar utilizando simultáneamente el destornillador y la regla.

Cuando la puerta se abrió, permanecí inmóvil, sin atreverme a entrar. No entraba ilegalmente en una vivienda desde mis tiempos de policía, y en esos momentos era un civil. Respiré hondo y me colé en el apartamento, envolviendo la mano con un pañuelo mientras buscaba el interruptor de la luz.

Tropecé en la oscuridad, choqué contra una lámpara de pie, que se soltó de su base y a punto estuvo de caer al suelo. Conseguí sujetarla a la altura de la cintura, la encendí y vi una horrorosa estancia que era dormitorio y sala a la vez: sillas y una cama desvencijada, una alfombra raída y cuarteados cuadros al óleo en las paredes, todo ello seguramente heredado de los inquilinos anteriores.

Decidí dedicar un minuto a registrar la habitación. Puse de nuevo la lámpara en su soporte y eché una rápida ojeada al lugar. Vi una mesa de jugar a cartas cubierta de platos sucios, un montón de ropa sucia en el suelo, junto a la cama, unas cuantas novelas baratas sobre la repisa de una ventana, entre dos botellas vacías y varios paquetes de cigarrillos, también vacíos.

Mi minuto estaba a punto de agotarse cuando vi una pila de periódicos que asomaba debajo de la cama. Todos eran de Los Ángeles, y en todos ellos había artículos sobre el asesinato de Marcella Harris.

Los márgenes estaban llenos de notas escritas a mano, súplicas llenas de dolor y plegarias: «Dios mío, por favor, detén a ese

maníaco que mató a mi Marcella.» «Oh, Dios, te lo ruego, haz que todo esto sólo haya sido un sueño.» «La cámara de gas es demasiado buena para el degenerado que mató a mi Marcella.» Junto a la foto del detective de la Oficina del Sheriff que dirigía la investigación se leían las palabras: «¡Este tipo es un desgraciado! Me dijo que me perdiera, que los policías no necesitaban la ayuda de los amigos de Marcella. Yo le dije que éste era un caso para el FBI.»

Hojeé el resto de los diarios. Estaban ordenados cronológicamente, y el dolor de Henry Hart aumentaba con el paso de los días. En las noticias de los últimos días había garabateado frases ilegibles, e incluso se veían manchas de lágrimas.

Consulté mi reloj: la luz llevaba diez minutos encendida. Con el pañuelo todavía en la mano, revolví todos los cajones de las tres cómodas que ocupaban unas de las paredes. Estaban vacíos o contenían ropa sucia y guías telefónicas.

Abrí el último cajón y lo que vi me hizo temblar; estaba forrado de seda, y en uno de los rincones habían bragas y sujetadores de encaje negro, cuidadosamente doblados. En medio vi una caja de puros llena de marihuana, y debajo de ella una colección de fotografías en blanco y negro de Marcella Harris, desnuda, con el cabello recogido en un par de trenzas, tumbada en una cama. Su sensual boca transmitía un «ven aquí» que era a la vez el «ven aquí» definitivo y la parodia de todos los «ven aquí».

Contemplé las fotos y sentí que mis temblores pasaban a ser internos. En los ojos de Marcella Harris percibí la inteligencia más dura, perspicaz y burlona que jamás había visto. Su cuerpo era una exuberante invitación a grandes placeres, pero yo no podía apartar mis ojos de los suyos.

Debí de pasar varios minutos mirando ese rostro antes de volver a la realidad. Cuando finalmente advertí dónde estaba, dejé la caja de puros en su sitio, cerré el cajón forrado de seda, apagué la luz y salí de aquel pequeño apartamento antes de que Marcella Harris obrara en mí el mismo hechizo que había obrado en Henry Hart.

18

Acudí preparado a mi cita con William *Doc* Harris. Antes de encontrarme con él para interrogarlo, me detuve en una imprenta y encargué cien tarjetas de visita falsas. En las tarjetas ponía: «Frederick Walker. Seguros Prudential.» El logotipo de la aseguradora ocupaba el centro, y debajo, en unas cursivas de aire oficial, había una única palabra: «Investigador.» Un número de teléfono ficticio completaba el simulacro. La tinta de las tarjetas aún no estaba completamente seca cuando me las guardé en el bolsillo y me dirigí al 4968 de Beverly Boulevard.

—… Ya ve, pues, señor Harris. Se trata de repasar el pasado de su difunta esposa para que pueda certificar al departamento de pagos que esa reclamación es fraudulenta. Estoy seguro de que lo es, y llevo ocho años como investigador de reclamaciones, pero aun así hay que cubrir el papeleo.

Harris asintió, pensativo, agitando entre los dedos mi tarjeta de visita sin apartar la mirada de mis ojos ni por un instante. Sentado frente a mí con una desvencijada mesilla por medio, Harris era uno de los hombres más impresionantes que había visto en mi vida: medía un metro ochenta, rondaba los sesenta y tenía una abundante cabellera canosa, un cuerpo de atleta y un rostro, que parecía cincelado, que constituía una mezcla entre los elementos más finos de una severa rectitud y de un humor áspero. No me costó apreciar qué había visto Marcella en él.

Sonrió y sus facciones se relajaron en una expresión de calidez contagiosa.

—Bien, señor Walker —me dijo—. Marcella poseía un don especial para atraer a gente solitaria y hacerle promesas ridiculas que no tenía intención de cumplir. Sea sincero conmigo, por favor, señor Walker: ¿qué ha descubierto de mi ex esposa, hasta el momento?

—Para ser sincero, señor Harris, que era promiscua y alcohólica.

—Cuando alguien habla conmigo, no tiene por qué mentir —declaró Harris—. Doy y espero completa sinceridad. Dígame, pues, cómo puedo colaborar.

Me eché hacia atrás en la silla y crucé los brazos. Era un gesto intimidatorio, pero no funcionó.

—Señor Harris…

—Llámeme Doc.

—Está bien, Doc. Necesito nombres, nombres y más nombres. Todos los amigos y conocidos que recuerde.

Harris sacudió la cabeza.

—Señor Walker…

—Llámeme Fred.

—Fred, Marcella escogía sus amantes y su círculo de amistades, si se las puede llamar así, en los bares. El único objetivo de su vida social eran los bares. Punto. Aunque puede probar también entre los empleados de Packard-Bell, donde trabajaba.

—Ya lo he hecho. Me han respondido con evasivas.

—Por buenas razones —dijo él con amargura—. No habrán querido hablar mal de los muertos. Marcella visitaba bares por todo L.A. No quería hacerse conocida en ninguno. Tenía un miedo tremendo a terminar como una vulgar parroquiana de algún local, y por eso rondaba mucho. Creo que la detuvieron varias veces por conducir bebida. ¿Cómo se llama esa falsa reclamante?

—Ama Jacobsen.

—Bien, Fred, le contaré lo que sucedió, a mi entender: Marcella debió de conocer a esa mujer en algún abrevadero, borracha. Con su personalidad y su uniforme de enfermera debió de apabullar a la mujer, que probablemente también estaba medio bebida, y de mostrarle algún papel con aspecto de oficial. Marcella la

convencería de lo desesperadamente sola que estaba y de que necesitaba a alguien para que continuase su labor contra la vivisección en el caso de que ella muriese. Marcella era una gran amante de los animales. Probablemente, en su efúsividad alcohólica, montaría un gran número en el que tomaría el nombre y la dirección de esa mujer y firmaría ostentosamente tales documentos. Era una actriz consumada y la mujer debió de creérselo todo. Cuando los periódicos se hicieron eco de la muerte de Marcella, Alma seguramente pensó que le había caído un chollo. ¿Le suena posible todo esto, Fred?

—Completamente, Doc. La gente solitaria suele hacer cosas extrañas.

—¡Desde luego que sí! —exclamó Harris, carcajéandose—. ¿Y usted, qué suele hacer?

Solté una carcajada exactamente igual a la suya.

—Yo busco mujeres, ¿y usted?

—Tenía fama de lo mismo —apuntó con otra carcajada.

Me puse serio.

—Doc, ¿le molestaría que hable de esto con su hijo?

Creo que su teoría es válida, pero quiero cubrir todos los ángulos en el informe. Quizá su hijo pueda decirme algo que desacredite definitivamente a esa tal Jacobsen. Seré suave con él.

Doc Harris meditó mi petición.

—Está bien, Fred. Creo que Michael ha ido al parque con el perro. ¿Por qué no vamos allí a hablar con él? Está a un par de calles de aquí.

Eran tres, y el parque no era tal, sino apenas un solar cubierto de hierbajos. Doc Harris y yo conversamos relajadamente mientras avanzábamos entre hierbas altas hasta la rodilla en busca de su hijo y el perro de éste.

Cuando los encontramos, casi tropezamos con ellos. Michael Harris se hallaba tumbado boca arriba sobre una toalla de playa con los brazos extendidos como si estuviera crucificado. El cachorro de sabueso que había visto en el patio de Maple Street, en El Monte, masticaba hierba a su lado.

—¡Arriba, Coronel! —exclamó Harris en tono jovial.

Michael Harris se puso de pie sin sonreír y se sacudió los

vaqueros. Cuando se incorporó, me quedé asombrado. Era casi tan alto como yo.

El chico dirigió una mirada nerviosa a su padre y, luego, a mí. El tiempo se congeló por un segundo, y evoqué a otro chico muy brillante, de pelo castaño, que jugaba en el desolado solar trasero de un orfanato. Habían transcurrido más de veinte años desde entonces, pero tuve que obligarme a volver al presente.

—…Y éste es el señor Walker, Coronel —decía Doc Harris—. Es representante de una casa de seguros. Quieren darnos un dinero, pero hay una chiflada que dice que tu madre se lo prometió a ella. No podemos dejar que eso suceda, ¿verdad, Coronel?

—No —respondió Michael en un susurro.

—Bien. —Harris asintió—. Michael, ¿querrás hablar con el señor Walker?

—Sí.

Empezaba a sentirme manipulado y controlado. La actitud de Harris era irritante. El muchacho estaba intimidado, y a mí comenzaba a ocurrirme otro tanto. Tenía la impresión de que Harris percibía que yo no estaba a su altura. Intelectualmente, estábamos igualados, pero hasta aquel momento su determinación era la más fuerte, y eso me encrespaba. Si no me ponía en mi sitio, sólo sabría lo que Harris quisiera que supiese.

Le di una palmadita en la espalda a Harris y dije:

—¡Hay que ver, qué calor hace aquí! ¿Por qué no vamos a tomar unos refrescos a Western? Yo invito.

—¿Podemos, papá? —suplicó Michael—. Me muero de sed.

Doc no perdió un ápice de su considerable aplomo. Me dio una palmada en la espalda, tan fuerte como la anterior.

—Vamos allá, amigos —fue su respuesta.

Anduvimos los cuatro bloques bajo el cálido sol veraniego: tres generaciones de varones norteamericanos unidos por la oscuridad y la duplicidad. El perro trotaba detrás de nosotros, deteniéndose con frecuencia a investigar olores interesantes. Yo avanzaba en el centro, con Doc a la izquierda, junto al bordillo. Michael caminaba a mi derecha, pegado a mi hombro debido a los setos que protegían

los costados de las casas de Beverly Boulevard. El chico parecía disfrutar del contacto.

Le pregunté a Doc la razón de su apodo y, con una carcajada, respondió:

—En mis tiempos estudié medicina, Fred; pero lo encontraba demasiado sangriento, demasiado abstracto, demasiado parsimonioso, demasiado liberal…

—¿Dónde estudió?

—En la Universidad de Illinois.

—¡Suena horroroso! ¿Y había muchos hijos de granjeros que querían ser médicos rurales?

—Sí, y muchos chicos ricos de Chicago dispuestos a ser médicos de la alta sociedad. Ya no encajaba.

—¿Por qué? —inquirí. Era un desafío.

—Corrían los años veinte. Yo era un iconoclasta. Me di cuenta de que pasaría el resto de la vida tratando a relamidos pueblerinos que no sabían un pimiento. De que me dedicaría a prolongar la vida de unas personas que mejor estarían muertas. Lo dejé en el último curso.

Me reí. Michael, también. La voz del chico, prematuramente grave, sonó algo más aguda al reír.

—Cuéntale lo del caballo muerto, papá.

—Es la historia favorita del Coronel. —Harris soltó una carcajada—. En esa época tenía en marcha cierto asunto. Conocía a unos gángsteres que dirigían un local con restaurante, un auténtico garito de tercera al que acudían todos los chicos ricos de la facultad. Bebida barata y comida más barata aún. El local tenía un plato estrella: grandes y jugosos bistés a un cuarto de dólar. Solomillos estofados con cebolla y salsa de tomate. ¡Ja! No eran filetes de vaca, sino de caballo. Yo era el carnicero. Me dedicaba a recorrer los campos con un colega, robando caballos. Los atraíamos hasta la parte trasera del camión con pienso y azucarillos, volvíamos a la ciudad, a cierto matadero, y allí inyectábamos a los animales pequeñas cantidades de morfina que yo me encargaba de robar. Luego, les cortaba el cuello con un escalpelo. Mi colega se encargaba del trabajo realmente sucio. Yo no tenía estómago para eso. El también era el cocinero.

»Pero, como suele suceder, el negocio acabó mal. Los propietarios intentaron estafarme en mis asuntos ganaderos. Eso fue por la época en que decidí dejar los estudios, y también el trabajo, éste a lo grande. Sabía que los tipos no me pagarían, de modo que pensé el mejor modo de darles por saco. Una noche, había una fiesta privada en el local. Mi colega y yo nos hicimos con dos pencos decrépitos, los subimos al camión y arrimamos la caja del camión a la puerta principal del garito. Dimos la contraseña, la puerta se abrió y los animales entraron directamente en la sala. ¡Dios, qué espectáculo! Mesas destrozadas, gente chillando, botellas rotas por todas partes… Me largué de la ciudad y de Illinois, y no he vuelto nunca.

—¿Adonde fue, entonces? —quise saber.

—Me dediqué a vagabundear —respondió—. ¿Usted no lo ha hecho nunca, Fred?

—No, Doc.

—Pues debería. Es instructivo.

Se trataba de un desafío. Lo acepté.

—He estado demasiado ocupado haciendo cosas… —dije—, lo cual es mucho mejor que andar haciendo el vago, ¿verdad, Michael?

Pasé un brazo por los hombros del chico y lo estreché contra mí.

—¡Verdad! —exclamó con una amplia sonrisa.

Doc fingió encontrar divertida mi salida, pero ambos sabíamos que el guante había sido arrojado.

Tomamos asiento en el Tiny Naylor Drive-In de Beverly y Western. El salón tenía aire acondicionado y Michael y Doc se relajaron, aliviados del calor, al tiempo que los tres estirábamos las piernas bajo la mesa.

Michael se ubicó a mi lado y Doc lo hizo frente a los dos. Pedimos sendos refrescos de regaliz. Cuando llegaron, Michael dio cuenta del suyo en un abrir y cerrar de ojos, eructó y miró a su padre pidiéndole permiso para tomar otro. Doc asintió con expresión indulgente y la camarera trajo otro vaso alto de líquido marrón y blanco. Michael se lo bebió en un visto y no visto, eructó

de nuevo y me sonrió como una amante saciada.

—Michael, tenemos que hablar de tu madre —anuncié.

—Bien —repuso.

—Háblame de los amigos de tu madre.

Michael torció el gesto.

—No tenía ninguno —dijo—. Era una furcia de bar.

Hice una mueca y Michael miró a Doc en busca de confirmación. Doc asintió, muy serio.

—¿Quién te ha dicho eso, Michael? —le pregunté.

—Nadie. No soy tonto. Ya sabía que tío Jim, tío George, tío Bob y tío tal y cual sólo eran ligues.

—¿Y amigas? ¿Tenía alguna?

—No, ninguna.

—¿Has oído hablar alguna vez de una mujer llamada Alma Jacobsen?

—No.

—¿Tu madre era amiga de los padres de algún amigo tuyo?

—No tengo ningún amigo —declaró el chico tras titubear por un instante.

—¿Ninguno en absoluto?

Michael se encogió de hombros.

—Los únicos que tengo son los libros que leo. Además de *Minna*.

Señaló al cachorro, atado a un poste de teléfono al otro lado de la cristalera del local.

Asimilé aquella información. Michael apoyó el hombro contra mí y contempló con añoranza mi refresco a medio terminar.

—Acábalo —le dije.

Lo hizo, de un trago.

Abrí otra línea de interrogatorio.

—Michael, tú estabas con tu padre cuando mataron a tu madre, ¿verdad?

—Sí. Estábamos jugando a patopelota.

—¿Qué es eso de la patopelota?

—Es un juego que consiste en atrapar la pelota. Si se te cae, tienes que ponerte de rodillas y graznar como un pato.

—Suena divertido —dije con una risa—. ¿Qué sentías por tu madre? ¿La querías?

Michael se sonrojó de pies a cabeza. Sus largos brazos flacos enrojecieron, igual que el cuello, y el rostro se le encendió hasta la raíz de los cabellos castaños, cortados a cepillo. Se puso a temblar y, de pronto, barrió la mesa con el brazo y arrojó al suelo todos los vasos y utensilios que había sobre ella. Se apartó de mí con un empujón y echó a correr en dirección a su cachorro de sabueso.

Doc me miró fijamente mientras una camarera alarmada recogía los restos de los vasos.

—¿Esto sucede a menudo? —inquirí.

—Mi hijo es un chico imprevisible —dijo Doc.

—Ha salido a su padre.

Era a la vez un desafío y un cumplido. Doc lo entendió así.

—En cierto modo. —Asintió.

—Creo que es un chico maravilloso —apunté.

—Yo, también. —Doc sonrió.

Dejé un billete de cinco dólares sobre la mesa. Nos levantamos y salimos. Michael estaba jugando con la perra. El animal tenía la trailla de cuero entre los dientes y estiraba, feliz, contra la fuerza de los brazos flacos de Michael. Doc lo llamó.

—Vamos, Coronel. Es hora de irnos a casa.

Michael y la perra nos precedieron corriendo al cruzar Western Avenue y se mantuvieron más de cuarenta metros por delante de nosotros mientras volvíamos hacia el oeste bajo el caluroso sol de la tarde. Doc y yo no cruzamos palabra. Pensé en el chico y me pregunté en qué estaría pensando Harris. Cuando llegamos al edificio de apartamentos de Beverly e Irving, le tendí la mano.

—Gracias por su colaboración, Doc —le dije.

—Ha sido un placer, Fred.

—Creo que ha sido usted de gran ayuda. En mi opinión ha demostrado, de forma concluyente, que la reclamación de esa señora Jacobsen es infundada.

—Ignoraba que Marcella tuviera una póliza con Prudential. Me sorprende que no me contase nada.

—La gente hace cosas sorprendentes.

—¿En qué año contrató la póliza?

—En el 51.

—Nos divorciamos en el 50.

Me encogí de hombros.

—Cosas más extrañas han sucedido.

—Muy cierto —dijo, y también se encogió de hombros. Luego, metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó la tarjeta de visita que le había dado al llegar. Me la devolvió. La tinta estaba corrida. Meneó la cabeza y añadió—: Un hábil investigador de seguros como usted debería llevar a imprimir sus tarjetas a un sitio mejor.

Nos estrechamos la mano otra vez. Noté que empezaba a sonrojarme.

—Hasta otra, Doc —le dije.

—Vaya con cuidado, Fred —repuso.

Me dirigí al coche. Estaba a punto de abrir la puerta cuando, de pronto, Michael corrió hasta mí y me envolvió en un fuerte abrazo. Antes de que pudiera responder, me puso en la mano un pedazo de papel doblado y se marchó a toda prisa. Desplegué el papel. Sólo ponía: «Eres mi amigo.»

Volví a casa emocionado con el chico y perplejo con el padre. Tenía la extraña sensación de que Doc Harris se había dado cuenta de quién era yo y, de algún modo, se alegraba de mi intromisión. También tenía el presentimiento, igualmente extraño, de que estaba estableciéndose un vínculo entre Michael y yo.

Cuando llegué a casa, llamé a Reuben Ramos y le pedí unos favores. A regañadientes, hizo lo que le decía: buscó a Doc Harris en los archivos de Recepción e Inspección. Sin antecedentes policiales en California. Después, buscó las direcciones que había declarado Marcella Harris en ocasión de sus numerosas detenciones. En 1946, hacía nueve años, vivía en Sweetzer Norte, 618, Los Ángeles. En 1947 y 1948, la dirección era Terra Cotta, 17901, Pasadena. En 1949, Howard Street, 1811, Glendale. En la época de su última detención por ebriedad, 1950, vivía en Hibiscus Canyon, 9619, Sherman Oaks.

Tomé cuenta de todo y pasé largo rato contemplando la información antes de acostarme. Tuve un sueño agitado y desperté

repetidas veces, esperando encontrarme la habitación poblada de fantasmas de mujeres asesinadas.

Al día siguiente, viernes, me dediqué a reconstruir el pasado de Marcella DeVries Harris. Primero fui a la umbrosa Sweetzer Avenue, una calle arbolada de Hollywood Oeste, y obtuve los resultados que esperaba: en el número 618, un edificio de apartamentos de estilo español, nadie recordaba a la enfermera pelirroja con su hijo, entonces un bebé. Pregunté a la gente del vecindario y sólo recibí negativas y miradas de perplejidad. Marcella, la desconocida.

En Terra Cotta Avenue, Pasadena, los resultados fueron idénticos. Marcella había alquilado una vivienda; su dueño me contó que el anterior propietario había muerto hacía un par de años. Los vecinos de los bloques contiguos no recordaban a Marcella ni a su hijito.

De Pasadena, me dirigí al cercano Glendale. Hacía calor y el aire estaba impregnado de humos. La casa de 1949 no me dio la menor oportunidad: recientemente habían demolido el conjunto de bungalós en que Marcella había vivido aquel año para construir en su lugar un moderno complejo de apartamentos.

Pregunté a un par de docenas de vecinos de Howard Street por «Marcella Harris, de treinta y tantos años, pelirroja y atractiva, enfermera, con un hijo de tres años». Nada. Marcella, el fantasma.

Tomé la autopista de Hollywood hasta Sherman Oaks. El empleado de una gasolinera próxima a la salida de la autopista me indicó la dirección de Hibiscus Canyon. Tardé cinco minutos en localizarlo; estaba disimulado en un callejón sin salida al final de una calle serpenteante llena, muy apropiadamente, de enormes matas de hibiscos. El número 9619 era un edificio de cuatro plantas, sólo accesibles por escaleras exteriores, en el estilo de un castillo moro en miniatura.

Aparqué y, mientras cruzaba la calzada hacia el 9619, me fijé en un cartel clavado en el jardín delantero de la casa de al lado. «En

venta. Contactar con Janet Valupeyk, Inmobiliaria Valupeyk, Ventura Boulevard, 18369, Sherman Oaks.»

Janet Valupeyk era la ex amante de Eddie Engels. La mujer que Dudley Smith y yo habíamos interrogado en el 51 en relación con Engels. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Me olvidé de Hibiscus Canyon, 9619, al instante y me dirigí, en cambio, a Ventura Boulevard.

Recordaba perfectamente a Janet Valupeyk. Cuando Smith y yo la habíamos interrogado, cuatro años atrás, estaba casi comatosa.

En el tiempo transcurrido, había cambiado; lo advertí en cuanto la miré a través de la cristalera del despacho de su inmobiliaria. Estaba sentada detrás de un escritorio de metal, cerca de la ventana, revolviendo unos papeles mientras fumaba un cigarrillo con aire de nerviosismo. Durante los cuatro años que habían pasado desde que la viera por última vez, había envejecido diez. Su rostro se había vuelto enjuto y su piel había adquirido un color blanco ceniciento. Mientras revisaba los papeles, un tic hacía que una de sus cejas no parara de moverse.

No vi a nadie más en la oficina, y me dispuse a entrar. Abrí una puerta de cristal y oí el sonido de unas campanillas. Janet Valupeyk casi dio un brinco en el asiento. Dejó la estilográfica y cogió el cigarrillo con dedos torpes.

Fingí que no había reparado en su reacción.

—¿Señorita Valupeyk? —pregunté inocentemente.

—Sí. ¡Oh, Dios, ese condenado timbre! No sé por qué lo puse. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Estoy interesado en la casa de Hibiscus Canyon.

Janet Valupeyk esbozó una mueca de crispación, apagó el cigarrillo y encendió otro inmediatamente.

—Es una propiedad espléndida —dijo—. Permítame que le enseñe los datos.

Se desplazó del escritorio a una fila de archivadores metálicos, abrió el cajón superior y revolvió los sobres con los documentos. Me uní a ella y observé que sus dedos nerviosos repasaban los expedientes ordenados por el nombre de la calle y, dentro de ellos,

por números. Encontró Hibiscus Canyon y empezó a murmurar:

—9621,9621, ¿dónde diablos se ha metido el muy…?

Mi mirada estaba fija en los números de la calle, y cuando apareció el 9619 metí la mano en el archivador y saqué el expediente casi arrancándolo.

—¡Eh!, ¿qué diablos hace?

—¡Silencio —exclamé—, o llamo a los detectives de Narcóticos y se presentan aquí en un cuarto de hora!

Era un palo a ciegas, pero dio resultado: Janet Valupeyk se derrumbó en su asiento y hundió el rostro entre las manos.

Dejé que sollozara y repasé el expediente.

Los inquilinos aparecían registrados por orden cronológico, junto al alquiler que pagaban. La lista se remontaba hasta 1944, y mientras la repasaba sentí que la sangre se me agolpaba en la cabeza y se me nublaba la vista.

—¿Quién es usted? —preguntó Janet Valupeyk entre hipidos.

—¡Silencio! —repetí.

Finalmente, lo encontré. Marcella Harris había alquilado el apartamento 102 de Hibiscus Canyon, 9619, desde junio de 1950 hasta septiembre de 1951. Residía allí en la época en que Maggie Cadwallader había sido asesinada. Junto a la lista había unos comentarios escritos en letra minúscula: «Subarriendo al hermano de la señora Groberg, 2/7/51… (?)», y al lado una señal de visto bueno con tinta de diferente color y unas letras: «OK J.V.»

Dejé a un lado el expediente y me arrodillé junto a la temblorosa Janet Valupeyk. En tono apremiante, le pregunté:

—Janet, ¿quién le dijo que alquilara el apartamento a Marcella Harris?

Sacudió la cabeza con vehemencia. Levanté la mano para golpearla, pero me lo pensé mejor y, cogiéndola por los hombros, la sacudí.

—¡Hable, maldita sea —la apremié—, o llamo a la pasma!

Janet Valupeyk se puso a temblar.

—Eddie —balbuceó—. Eddie, Eddie, Eddie.

Su voz se hizo un susurro. La mía también lo era cuando insistí:

—¿Eddie, qué?

Janet me miró detenidamente por primera vez.

—Yo…, yo lo conozco a usted.

—¿Eddie, qué? —repetí a gritos, y de nuevo la sacudí por los hombros.

—Eddie Engels. Yo… lo conozco. Usted es…

—Pero usted rompió con él, ¿no?

—Eddie todavía me tenía. ¡Oh, Dios, todavía me tenía!

—¿Quién es la señora Groberg?

—No lo sé. No lo recuerdo…

—No me mienta, Janet. Marcella está muerta. ¿Quién la mató?

—No lo sé. ¡Usted es el que mató a Eddie!

—¡Silencio! ¿Quién es la señora Groberg?

—Vive en el 9619. Es una buena inquilina. No le haría daño a…

Me marché antes de que terminara. La dejé sollozando por su pasado, corrí a mi coche y me sumergí de cabeza en el mío.

Cinco minutos más tarde, aparqué en batería al fondo del callejón sin salida de Hibiscus Canyon. Bajé por la calle hasta la casa de apartamentos de estilo morisco, abrí la puerta de cristal emplomado y revisé los buzones del vestíbulo. La señora de John Groberg vivía en el número 419. Subí la escalera de dos en dos hasta el cuarto piso. Al otro lado de la puerta, oí el vocerío de un programa concurso en televisión. Llamé. No hubo respuesta. Volví a llamar, más fuerte en esta ocasión, y oí una queja contenida al tiempo que descendía el volumen del televisor.

—¿Quién es? —preguntó una voz malhumorada.

—Agente de policía, señora —respondí, imitando conscientemente a Jack Webb en *Redada*.

A mis palabras respondieron unas risillas. Un instante después la puerta se abrió de par en par y topé con la mirada de veneración de una oronda matrona. De inmediato pensé que la mujer debía de estar al día de los sucesos, y con este pensamiento empecé mi actuación.

Antes de que tuviera tiempo de preguntarme por mi inexistente placa, dije en tono de urgencia:

—Necesito su colaboración, señora.

La mujer jugueteó con la bata y con los rulos. Tenía poco menos

de sesenta años.

—Sí…, sí, agente.

—Señora, una antigua inquilina de aquí fue asesinada recientemente. Quizá lo sepa, pues parece usted una persona que está al corriente de las noticias.

—Bueno, yo…

—Se llamaba Marcella Harris.

La mujer se llevó las manos al cuello. Estaba agitada, e incrementé su sensación de espanto:

—Exacto, señora Groberg. Murió estrangulada.

—¡Oh, no!

—Pues sí, señora.

—Bueno, yo…

—¿Puedo pasar, señora?

—¡Oh! Sí, claro, agente.

El apartamento era caluroso, recargado de muebles y abigarrado. Tomé asiento en el sofá próximo a la señora Groberg, me pareció lo mejor para ir rápidamente al asunto.

—Pobre Marcella —murmuró.

—En efecto, señora. ¿Usted la conocía bien?

—No. Para ser sincera, no me gustaba nada, en realidad. Creo que bebía. Pero su chiquillo era encantador, tan adorable…

Le brindé un rayo de esperanza:

—El chico está bien. Vive con su padre.

—¡Ah, doy gracias a Dios!

—Tengo entendido que Marcella le subarrendó el apartamento a su hermano, señora Groberg, en el verano del 51. ¿Usted se acuerda de eso?

—¡Claro que sí! —respondió la mujer, y se echó a reír—. Fue idea mía, ¡y vaya equivocación! Mi hermano Morton tenía problemas con la bebida, como Marcella. Vino de Omaha para entrar a trabajar en la Lockheed y dejar la botella. Le presté dinero para que viniera y para alquilar el apartamento, ¡pero encontró el licor de Marcella y se lo bebió todo! Estuvo dócil durante tres semanas.

—¿Cuánto tiempo tuvo Morton el apartamento?

—¡Dos meses! Se fue de parranda y terminó en el hospital. Yo…

—¿Marcella estuvo fuera tanto tiempo?

—Sí.

—¿Le contó adonde iba?

—No, pero, cuando volvió me dijo: «Nunca se regresa a casa.» Es el título de un libro, ¿verdad?

—Sí, señora. ¿Marcella había llevado consigo a su hijo?

—Pues…, pues no. No lo llevó con ella. Lo dejó con unos amigos. Recuerdo que hablé con el pequeño cuando Marcella volvió. No le gustó la gente con la que estuvo.

—Marcella se trasladó después de eso, ¿verdad?

—Sí.

—¿Sabe adonde se marchó?

—No.

—Cuando regresó del viaje, ¿parecía preocupada?

—No sabría decirle. ¡Esa mujer era un misterio para mí! ¿Quién…, quién la mató, agente?

—No lo sé, pero voy a averiguarlo —respondí a modo de despedida.

Sin apenas controlar mi euforia, conduje con manos temblorosas hasta Hollywood por Cahuenga Pass. Encontré un teléfono público y llamé a Doc Harris. Respondió al tercer timbrazo:

—Hable —dijo—. El dinero es suyo.

—Doc, soy Fred Walker.

—Fred, ¿cómo está? ¿Qué tal el mundo de los seguros?

La falsa cordialidad de su tono de voz me indicó que Harris sabía que yo no trabajaba en seguros, pero que quería seguir el juego de todos modos.

—Regular. Es una mafia como cualquier otra. Escuche, ¿les apetecería a Michael y a usted salir a dar una vuelta mañana? Una salida al campo, a alguna parte. Iremos en mi coche. Tengo un descapotable.

Tras una pausa, Doc dijo:

—Desde luego que sí. ¿Por qué no pasa a recogernos a mediodía?

—Hasta entonces —dije, y colgué el auricular.

Me desplacé a Beverly Hills.

El despacho de Lorna se encontraba en un edificio alto, contiguo al teatro Stanley-Warner, en Wilshire, cerca de Beverly Drive. Aparqué calle abajo y anduve hasta la entrada. Antes, eché un vistazo en el aparcamiento trasero; temía que Lorna ya hubiera terminado la jornada, pero tuve suerte: el Packard del 50 seguía en su sitio. Eran las seis y media pero Lorna, tan trabajadora, aún estaba en su puesto.

El cielo estaba poniéndose dorado y la gente ya empezaba a hacer cola para asistir a la primera sesión de tarde de *The Country Girl*. Esperé una hora junto a la entrada del aparcamiento, hasta que el cielo tomó un color cobre bruñido y Lorna dobló la esquina de Canon Drive, siempre pegada a la fachada del edificio con la punta de su contundente bastón de madera en el ángulo que formaban la pared y la acera.

Cuando la vi, noté que me atenazaba el mismo temblor de siempre. Avanzó hacia mí con la cabeza gacha, abstraída. Antes de que alzara la cabeza y advirtiera mi presencia, guardé en la memoria la expresión de su rostro, su postura encogida y su vestido veraniego azul claro. Cuando por fin alzó la vista fue como si tuviera ante ella al Freddy Underhill enamorado de otro tiempo: la expresión de su rostro se suavizó hasta que cayó en la cuenta de que estábamos en 1955 y no en 1951, y de que unos muros muy altos se habían levantado entre nosotros desde entonces.

—Hola, Lor —la salude.

—Hola, Freddy —respondió fríamente. Con gestos rígidos, suspiró y se apoyó contra el mármol del edificio—. ¿Por qué, Freddy? Todo terminó.

—No, Lor, nada terminó.

—No voy a discutir contigo.

—Estás muy guapa.

—No es verdad. Ya tengo treinta y cinco y empiezo a engordar. Y sólo han pasado cuatro meses.

—Toda una vida.

—No me digas eso, Freddy. No eres sincero y no me importa lo que digas. ¡No me importa! ¿Lo oyes?

Dio un paso atrás y estuvo a punto de trastabillar. Tendí el brazo

para sostenerla, y ella hizo un torpe intento de hincarme la punta del bastón.

—No, maldita sea —masculló—. No dejaré que me encandiles otra vez. No permitiré que hagas daño a mis amigos y no volveré a aceptarte.

Entró renqueando en el aparcamiento. Permanecí donde estaba, preguntándome si me creería, si me tomaría por loco o si le importaba algo, quizá.

Dejé que anduviera hasta el coche. La observé mientras buscaba las llaves en el bolso y, entonces, eché a correr y se las arrebaté de la mano cuando se disponía a abrir la puerta. Intentó resistirse, pero pronto desistió. Con una sonrisa de paciencia, apoyó el peso del cuerpo sobre el bastón.

—Nunca escuchabas, Freddy.

—Escuchaba más de lo que imaginas —puntualicé.

—De eso, nada. Oías lo que querías oír. Pero me convenciste de que escuchabas lo que te decía. Eras un buen actor.

No se me ocurrió réplica alguna, ni súplica, ni protesta, de forma que, retrocediendo unos pasos para obtener cierta objetividad, le dije:

—Vuelve a estar en marcha. He relacionado a Eddie

Engels con una mujer a la que han asesinado recientemente. Voy a revisarlo, me cueste lo que me cueste. Tal vez, cuando todo haya terminado, podamos estar juntos de nuevo.

Lorna se quedó absolutamente quieta.

—Estás loco —me dijo.

—Aún tenemos una asignatura pendiente, Lor. Quizá consigamos un poco de paz cuando termine.

—Estás loco.

—Lorna…

—No. No podremos estar juntos nunca más. Y no por lo que sucedió hace cuatro años. No podemos estar juntos porque eres lo que eres. No, no me toques ni intentes encandilarme con tu labia. Voy a subirme al coche y, como intentes detenerme, haré que lamentes haberme conocido.

Le devolví las llaves del coche.

Su mano temblaba cuando las cogió. Subió al coche, puso el

motor en marcha y se alejó, escupiendo gases de escape contra mis perneras.

—Nada se acaba nunca, Lorna —dije, pero ni yo mismo estaba seguro de que así fuese.

Nos dirigimos al este por la autopista de San Bernardino con la capota bajada, alejándonos de las calurosas calles de Los Ángeles, bañadas por un sol cegador, cruzando una sucesión de barriadas de clase obrera conectadas a través de un terreno que iba desde llanuras de arena desértica a bosques de pinos. Yo iba al volante, Michael estaba a mi lado y Doc venía repantigado en el asiento trasero, con las largas piernas apoyadas en el quicio de la puerta del acompañante, donde Michael rodeaba sus tobillos con un brazo protector y marcaba el ritmo de un boogie-woogie que interpretaba una gran orquesta en la radio.

El aire que nos acariciaba se hizo más cálido y enrarecido conforme ascendimos las carreteras serpenteantes rodeadas de bosques de abetos. Nuestro destino teórico era el lago Arrowhead, pero a ninguno de los tres parecía importarle si, finalmente, llegábamos allí o no. Avanzábamos en silencio. Doc y yo sabíamos que el otro sabía, pero ¿qué sabía? Y los dos éramos reacios a profundizar en ello, por el momento. Michael, por su parte, estiraba el largo pescuezo por encima del parabrisas, recibía de pleno las ráfagas de viento veraniego y las engullía como si fueran combustible para la que, estaba seguro, tenía que ser una imaginación brillante.

El lago apareció ante nosotros de repente, al final de una carretera de acceso salpicada de matojos. Era una extensión de agua de un azul claro que brillaba tenuemente, como un espejismo producto del calor, salpicada de barcas a remo y de bañistas. Detuve el coche en la cuneta y me volví hacia mis acompañantes.

—Bueno —dije—, ¿aquí o seguimos un poco?

—¡Seguimos! —exclamaron al unísono. Aceleré, pues, bordeando aquel oasis azul, y tomé por un camino serpenteante que discurría por pequeñas sierras que parecían apiladas las unas encima de las otras.

Pronto, sin embargo, mi mente empezó a centrarse. Estábamos varios kilómetros lejos de Los Ángeles y tenía trabajo que hacer. Empecé a impacientarme y a mirar alrededor en busca de un lugar tranquilo y umbrío en el que detenernos a tomar el almuerzo que había preparado. Casi como en respuesta a mi inquietud, el rótulo apareció en la distancia: «Parque de animales y área de descanso Jumbo's.» Parecía el decorado de una película del Oeste: una única calle de edificios desvencijados de madera de dos plantas y, detrás, una pequeña zona arbolada llena de mesas de picnic. Un rótulo en la entrada, desgastado por las inclemencias del clima, proclamaba: «¡Navidad en verano! ¡Vea el reno de Santa Claus en Jumbo's!»

Le di un leve codazo a Michael al tiempo que me detenía en la zona de aparcamiento.

—¿Tú crees en Santa Claus, Mike?

—No le gusta que lo llamen Mike —apuntó Doc.

—No me importa —replicó Michael—, pero Santa Claus me la trae floja.

Se rió de su comentario, y yo reí con él.

—Un muchacho descarado —intervino Doc agudamente desde el asiento trasero.

—¿Como su padre?

—Casi idéntico a su padre. Al menos en algunos aspectos. Supongo que ése es nuestro destino, ¿no?

—Votemos. ¿Mike?

—¡Sí!

—¿Doc?

—¿Por qué no?

Saqué del maletero una gran bolsa de papel llena de bocadillos y un enorme termo de té helado y paseamos por el pueblo. Yo estaba en lo cierto: las fachadas de los edificios eran decorados de cine: la cárcel de Dodge City, el almacén general Miller's, el *saloon* de Diamond Jim, el local de baile Forty-niners… Pero seguían intactos los tejados; las fachadas habían sido arrancadas y sustituidas por barrotes, tras los cuales reposaba un surtido de animales salvajes flacuchos y enfermizos. La cárcel de Dodge City contenía un par de leones en los huesos.

—El rey de las fieras —murmuró Doc.

—Yo soy el rey de las bestias —apuntó Michael, que caminaba a mi lado unos pasos por delante de su padre.

El *saloon* acogía a un elefante abotargado que yacía, comatoso, sobre un suelo de cemento cubierto de heces.

—Se parece a cierto republicano que yo me sé —comenté.

—¡Cuidado! —saltó Michael—. Papá es republicano y no tolera las bromas.

Michael soltó unas risillas y se apoyó contra mí. Le pasé el brazo por los hombros y lo estreché con fuerza.

Nuestra última parada antes de la zona de picnic fue en la «Casa de Fiestas y Club Social de Diamond Lil» (sin duda, un eufemismo de película de serie B para referirse a un prostíbulo). Diamond Lil y sus chicas no estaban en casa. En su lugar había unos mandriles de caras rosadas, feos y charlatanes.

Michael se apartó de mí y empezó a temblar como había hecho en el *drive-in* un par de días antes. Recogió del suelo grandes puñados de tierra y los arrojó con fuerza a los monos.

—¡Malditos puercos borrachos! —exclamó—. ¡Guarros, asquerosos, malditos borrachos de mierda!

Soltó otra tanda de insultos y empezó a chillar de nuevo, esta vez sin palabras. Los gritos de los animales enjaulados se alzaron en un galimatías cacofónico.

Michael se había agachado para coger otro puñado de tierra cuando lo así por los hombros. Mientras se debatía por soltarse, oí que Doc le decía suavemente:

—Tranquilo, Michael, no pasa nada, tranquilo…

El chico me hundió un codo huesudo en la boca del estómago. Lo solté y escapó, veloz como un antílope, en dirección a la zona de descanso. Le di una buena ventaja y lo seguí. El chico era rápido, y comprendí que, en aquel estado, seguiría corriendo hasta que cayera agotado al suelo.

Cruzamos la zona arbolada en dirección a un cañón en miniatura, salpicado de pinos. De repente, no quedó espacio por el que correr. Michael se dejó caer al pie de un pino de gran tamaño y rodeó el tronco enérgicamente con sus delgaduchos brazos, hincado de rodillas y con un balanceo. Cuando llegué hasta él, oí que dejaba escapar un gemido ronco. Me arrodillé a su lado y, con cierta

vacilación, posé una mano en su hombro y dejé que llorase hasta que se soltó del árbol y me rodeó con sus brazos.

—¿Qué sucede, Michael? —le pregunté suavemente, mientras le revolvía el pelo—. ¿De qué se trata?

—Llámame Mike —dijo entre sollozos—. No quiero que me llamen Michael nunca más.

—¿Quién mató a tu madre, Mike?

—¡No lo sé!

—¿Has oído hablar de alguien llamado Eddie Engels?

Mike negó con la cabeza y enterró ésta aún más en mi pecho.

—¿Y de Margaret Cadwallader?

—No.

—Mike, ¿recuerdas cuando vivías en Hibiscus Canyon, cuando tenías cinco años?

Alzó la cabeza y me miró.

—Pues…, sí —respondió.

—¿Recuerdas el viaje que hizo tu madre mientras vivíais allí?

—¡Sí!

—No grites. ¿Sabes adonde fue?

—No.

Lo ayudé a incorporarse y pasé el brazo en torno a sus hombros.

—¿No sería a Wisconsin? —inquirí.

—Creo que sí. Volvió con ese queso pegajoso y con ese chucrut maloliente. ¡Jodidos alemanes cabrones!

El chico tenía la cabeza gacha, y se la levanté tomándolo por la barbilla.

—¿Con quién estuviste mientras ella estaba fuera?

Mike volvió la cara y clavó la mirada en el suelo.

—Dímelo, Mike —insistí.

—Estuve con esos tipos con los que mamá solía andar.

—¿Te trataron bien?

—Sí. Le daban al juego y a la bebida. Se portaron bien conmigo, pero…

—Pero ¿qué, Mike?

—¡Me trataban bien porque querían follar con Marcella! —respondió él a voz en cuello. Las lágrimas habían cesado y su cara de odio lo envejecía diez años.

»No lo sé… Tío Claude, tío Pelmazo, tío Jodido… ¡Yo qué sé!

—¿Recuerdas la dirección donde vivías?

—Sí que la recuerdo: Scenic Avenue, 6481. Era cerca de Franklin y Gower. Papá decía…

—¿Qué decía, Mike?

—Decía que…, que iba a joder a todos esos novios de Marcella. Yo le decía que me habían tratado bien, pero él insistía. ¿Fred?

—¿Sí?

—Anoche papá estuvo contándome cosas. Me contó la historia del tipo que antes era policía. ¿Tú eras policía, antes?

—Sí. ¿Qué…?

—Michael, Fred, ¿dónde diablos estáis?

Era la voz de Doc, y sonaba muy próxima. Un segundo después, lo vi. Michael se alejó de mí cuando apareció su padre.

Harris se acercó a nosotros. Cuando vi su rostro más de cerca, advertí que había desaparecido de su expresión toda pretensión. Sus facciones eran una máscara de aborrecimiento; los rasgos duros y atractivos de su rostro estaban retraídos hasta el punto de que cada plano encajaba perfectamente en un cuadro general de absoluta frialdad.

—Creo que deberíamos volver a Los Ángeles —dijo.

Nadie pronunció una palabra mientras regresábamos por un laberinto de autovías y calles. Mike iba sentado atrás y Doc ocupaba el asiento contiguo al mío, con los ojos absolutamente fijos al frente durante las dos horas del viaje.

Cuando al fin llegamos a la casa, dio la impresión de que los tres respirábamos por primera vez. Fue entonces cuando percibí aquel olor acre y penetrante que invadía el coche incluso con la capota bajada. Era el olor del miedo.

Michael se apeó de un salto y corrió a su patio trasero de cemento sin decir palabra. Doc se volvió hacia mí.

—¿Y ahora qué, Underhill? —dijo.

—No lo sé. Me marcho de la ciudad una temporada.

—¿Y luego?

—Luego, volveré.

Harris se apeó del coche y me miró. Comenzaba a esbozar una sonrisa, pero se lo impedí.

—Harris, si le hace daño al chico, lo mato —le advertí. Luego, aceleré el coche en dirección a Hollywood.

Scenic Avenue era una calle secundaria a casi dos kilómetros de Hollywood Boulevard. El número 6481 correspondía a una casita de piedra con un pequeño jardín de zarzas rodeado por una valla blanca de madera. Estaba desierta, como yo esperaba; todos los cristales de la fachada estaban rotos y la débil puerta delantera de madera se hallaba medio hundida.

Doblé la esquina del edificio. El jardín trasero era como el delantero: la misma valla y los mismos hierbajos. Junto a la valla encontré una caja de circuitos sujeta a un poste de teléfonos, e introduje una astilla de madera de buen tamaño bajo la bisagra hasta reventarla. Probé con los interruptores durante cinco minutos hasta que el interior en penumbra de la casa se iluminó como si fuera de día.

Crucé con decisión el porche de madera y la puerta trasera. Después, recorrí despacio toda la casa, saboreando cada matiz del mal que percibía en ella.

Se trataba de una casa normal para una sola familia, desprovista de muebles, de la mínima señal de que estuviese habitada y aun de los vagabundos alcohólicos que solían ocupar lugares como ése. Sin embargo, en sus estancias permanecía vivo un halo inexplicable de enfermedad y terror que impregnaba cada pared, cada tabla del suelo y cada rincón invadido de telarañas.

En el suelo de tablones de roble del dormitorio, al lado de un colchón, descubrí una gran mancha de sangre seca. Podía haber sido cualquier cosa, pero de inmediato supe de qué se trataba. Di la vuelta al colchón. El fondo estaba empapado de una sustancia de color marrón.

También descubrí manchas, que enseguida identifiqué como de sangre seca, en la bañera, en el armario del salón y en las paredes del comedor. Por alguna razón, cada señal de la carnicería hacía que aumentase mi sensación de calma. Así fue hasta que entré en el

cuchitril anexo a la cocina y vi la cuna, sus barras salpicadas de sangre, el colchoncito empapado y el osito de peluche que yacía muerto sobre él, con las tripas de algodón desparramadas y embadurnadas de sangre de otros tiempos alzándose para agarrarme.

Cuando salí, sabía que aquélla era la comunión de los muertos de la que Wacky Walker había escrito tantos años antes.

PARTE V

LOS HOLANDESES DE WISCONSIN

19

Miré por la ventanilla y vi que las hélices agitaban un ondulante banco de nubes sobre el Pacífico. Entonces el avión se inclinó hacia la izquierda y se dirigió tierra adentro para emprender el largo viaje hacia el centro del país, a una zona que yo nunca había visto: primero Chicago y de allí, en otro avión, hacia el sur de Wisconsin, la tierra natal de Margaret Cadwallader y de Marcella DeVries Harris.

Mientras California, Arizona y Nevada discurrían a mis pies, dejé de mirar el árido paisaje y me fijé en las hélices, cuyo movimiento giratorio me hiptonizó. Al cabo de un rato se produjo un proceso de sincronización y mi mente empezó a moverse en círculos perfectos, de manera lógica y cronológica, y en una única dirección: Marcella DeVries Harris había nacido en Tunnel City, Wisconsin, en 1912. Tunnel City se hallaba a ciento cincuenta kilómetros de Waukesha, donde Maggie Cadwallader había nacido en 1914, dos años después y a ciento cincuenta kilómetros de distancia.

«No soy más que una chica de campo de Wisconsin», me había dicho Maggie. También se había puesto histérica al ver mi arma reglamentaria. «¡No, no, no! —había gritado—. ¡No permitiré que me hagas daño. Sé quién te ha enviado!»

Seis meses más tarde había muerto estrangulada, en el mismísimo dormitorio en el que habíamos hecho el amor. La época de su muerte coincidió con el inesperado viaje de Marcella Harris, cuyo destino se desconocía.

«Nunca se regresa a casa», le había dicho Marcella a su vecina,

la señora Groberg.

«Queso pegajoso y chucrut maloliente», había recordado su hijo, alimentos típicos de la población de origen alemán, holandés y polaco que predominaba en el estado de Wisconsin.

Una amable azafata me sirvió café, pero sólo obtuvo un distraído gruñido a modo de agradecimiento. Miré la hélice más cercana, la observé cortar el aire y experimenté una simbiosis cada vez más profunda entre el pasado y el presente, al tiempo que una lógica nueva iba cobrando forma. Eddie Engels y Janet Valupeyk habían sido amantes. Eddie había intimado con Maggie Cadwallader. A principios de verano del 51, Eddie le había dicho a Janet que le alquilara a Marcella Harris el apartamento de Hibiscus Canyon. Todo ello tenía que estar relacionado, era demasiado perfecto para no estarlo.

Cuando el avión aterrizó en Chicago y volví a pisar tierra firme, cambié de planes y decidí alquilar un coche para recorrer los doscientos kilómetros que me separaban de Wisconsin. Elegí un Ford de aspecto eficiente y me puse en camino. Era casi de noche y el calor seguía apretando. Soplaba una leve brisa procedente del lago Michigan, pero no bastaba para refrescar el ambiente.

Conduje hasta el centro de la ciudad y vi turistas que pasaban y gente que miraba escaparates. Yo no sabía exactamente qué buscaba. Cuando vi una imprenta en el lado norte, supe que ése era mi destino. Gasté cinco dólares en material de tapadera: doscientas tarjetas de visita falsas en las que constaba como investigador de una compañía de seguros, éstas con mi nombre verdadero, una dirección de Beverly Hills que sugería una posición acomodada y un número de teléfono.

En una tienda de baratijas cercana compré tres placas que parecían, hasta cierto punto, auténticas y que me nombraban «ayudante del Sheriff», «agente de policía estenógrafo» e «investigador internacional» respectivamente. Al estudiar esta última más de cerca, la arrojé por la ventanilla del coche, ya que tenía el aire inconfundible de las placas que vienen como regalo en las cajas de cereales. Las otras, sin embargo, parecían de verdad, al

igual que mis tarjetas y la 38 automática que llevaba en la maleta. Encontré hotel en la orilla norte y me acosté temprano. Tenía una importante cita con la historia y quería llegar a ella descansado.

El sur de Wisconsin estaba teñido con todos los tonos concebibles de verde. Crucé la frontera con Illinois a las ocho de la mañana, salí de la amplia autopista interestatal de ocho carriles y seguí hacia el norte en mi sedán Ford del 52 por una estrecha carretera asfaltada de dos direcciones que pasaba por delante de una sucesión ininterrumpida de granjas de productos lácteos con pequeños lagos intercalados entre ellas cada pocos kilómetros.

Casi pasé de largo de Tunnel City, ya que vi la señal de desvío en el último instante. Hice una brusca maniobra y entré en una carretera de dos carriles que atravesaba un vasto campo de coles. Al cabo de un kilómetro, encontré un indicador en el que se leía «Tunnel City, Wis, Pob. 9818 hab.». Esperaba ver un túnel, pero no fue así, y de repente, me encontré en un valle llano y pensé que la población debía de haber tomado el nombre de algún sistema de regadío subterráneo que proporcionaba agua al interminable campo de coles que la rodeaba.

Lo más probable era que la población siguiese igual que cincuenta años antes: el palacio de justicia de ladrillo rojo, silos de ladrillo rojo y tiendas de pienso de ladrillo rojo, un almacén de artículos diversos de ladrillo rojo, una farmacia de ladrillo blanco, una tienda de comestibles y la biblioteca pública. El centro de mayor actividad de aquella pequeña comunidad parecía ser las dos tiendas de piezas de recambio para tractores, simadas una frente a la otra y ambas con grandes escaparates tras los cuales se exhibían los modelos más modernos de maquinaria agrícola.

Ante ambas tiendas había pequeños grupos de hombres muy bronceados, con monos de trabajo, charlando animadamente. Aparqué, me apeé del coche y me acerqué a uno de los grupos. Hacía mucho calor, por lo que me quité la chaqueta. De inmediato advertí que me tomaban por un listillo de ciudad y que se hacían señales sutiles. Sabía que iba a ser víctima de algunas bromas y me resigné a ello.

Estaba a punto de decir «buenos días» cuando el más fornido de los tres que tenía delante sacudió la cabeza con aire de abatimiento y dijo:

—Pues de buenos no tienen nada, joven.

—Eso es cierto, hace mucho calor —reconocí.

—¿Es usted de Chicago? —preguntó un hombrecillo cejijunto. Por el brillo que detecté en sus diminutos ojos azules comprendí que me consideraba un pardillo. No quise decepcionarlo.

—Soy de Hollywood —contesté—. En Hollywood uno puede encontrar lo que quiera excepto un buen chucrut. Por eso he venido a Wisconsin, porque no puedo permitirme un viaje a Alemania. Llevadme a donde tengan las mejores coles. —Hundí la mano en el bolsillo de la chaqueta, saqué unas cuantas tarjetas y di una a cada uno—. Fred Underhill —añadí—, compañía de seguros Amalgamated, Los Ángeles. —Al ver que aquellos campesinos de aire impasible no se mostraban en absoluto impresionados, solté la bomba—: ¿Nunca leéis la prensa de L.A.?

—¿Para qué? —dijo el más grande—. No hay ninguna razón para ello.

—¿Por qué? —preguntó el cejijunto.

—¿Qué tiene eso que ver con el precio del queso en Wisconsin?

Aquello me dio la entrada.

—El mes pasado —conté—, una chica de Wisconsin fue asesinada en Los Ángeles. Se llamaba Marcella DeVries, su apellido de casada era Harris. No han dado con el asesino. Estoy investigando una reclamación y colaboro con la policía de L.A. Marcella vino aquí hace cuatro años, y es posible que incluso volviera después. Quiero hablar con personas que la hayan conocido. Quiero capturar al hijo de puta que la mató. Quiero… —me interrumpí a propósito.

Los hombres me miraban con rostro inexpresivo. Aquella inexpresividad me indicaba que conocían a Marcella DeVries y que no se sorprendían de que hubiese muerto asesinada. También me decía que para ellos Marcella DeVries era una anomalía, algo que iba más allá de los límites de la jurisdicción de su pueblecito.

Nadie pronunció palabra. Los miembros del otro corrillo habían interrumpido su conversación y me miraban. Señalé un edificio

blanco de tres plantas en el que había un letrero que rezaba: «Hotel Badger, siempre habitaciones limpias.»

—¿Es verdad que las habitaciones están siempre limpias? —pregunté a mi cautivado público.

Nadie respondió.

—Me alojaré ahí —añadí—. Si alguno de vosotros quiere hablar conmigo o conoce a alguien que desee hacerlo, allí estaré.

Cerré el coche, saqué mi equipaje del maletero y eché a andar hacia el hotel Badger.

Me tumbé en una cama limpia y pasé cuatro horas en calzoncillos esperando que llegara una horda de campesinos dispuestos a contarme todos los detalles de la vida de Marcella DeVries Harris, pero no se presentó nadie. Me sentí como un policía al que le han ordenado que limpie el poblado de camorristas y de repente descubre que los habitantes le tienen un miedo inexplicable.

Consulté mi reloj. Eran las cinco y media. El calor y la humedad empezaban a disminuir, y decidí salir a dar un paseo. Me puse unos pantalones y una camisa deportiva y crucé a grandes zancadas el limpio vestíbulo del hotel Badger, suscitando una mirada de desconfianza en el recepcionista de la limpia recepción antes de salir a las limpias calles de Tunnel City, Wisconsin.

Como era de esperar, Tunnel City tenía una calle comercial que, como solía ocurrir, se llamaba Main. Todas las tiendas de la población estaban en ella. Las viviendas se extendían a partir de este centro comercial hacia las huertas que rodeaban la población.

Caminé hacia el sur, en dirección a los campos de coles, y me sentí por completo fuera de lugar. Todas las casas por delante de las que pasé eran blancas, con unos jardines delanteros perfectamente cuidados y árboles bien podados. Todos los automóviles aparcados frente a las casas estaban limpios y relucientes. Las personas sentadas en los porches se veían fuertes y decididas.

Caminé hasta donde terminaba la población y empezaban los campos de cultivo. Al regresar al hotel comprendí por qué Marcella DeVries había tenido que marcharse de allí y por qué había tenido

que regresar.

Paseaba por Main en busca de algún lugar donde comer cuando un hombre cruzó la calle en dirección a mí, procedente del hotel. Era un tipo alto de unos cuarentá años, vestido con vaqueros y camisa a cuadros. Había algo en él que lo diferenciaba de los otros habitantes, y cuando nuestras miradas se cruzaron, supe que quería hablarme.

Al llegar a la acera, se plantó ante mí y me tendió una mano grande y huesuda para que se la estrechase. Lo hice.

—Me llamo Will Berglund, agente —se presentó.

—Me llamo Fred Underhill, señor Berglund, y no soy policía, sino investigador de una compañía de seguros.

—No me importa. Yo conocía a Marcy DeVries mejor que nadie. Yo… —Era evidente que el hombre estaba muy afectado.

—¿Dónde podríamos hablar tranquilos, señor Berglund?

—Soy el encargado del cine del pueblo. —Señaló hacia Main—. El último pase termina a las diez menos cuarto. Espéreme allí. Hablaremos en mi despacho.

Cuando entré en el vestíbulo del teatro Badger, Will Berglund hacía salir a los últimos espectadores. Luego, cerró la puerta con llave y, sin pronunciar una sola palabra, me condujo hasta su despacho del piso de arriba, una pequeña habitación llena de butacas destartaladas y proyectores estropeados.

—Me gusta hacer chapuzas —dijo, a modo de explicación.

Tomé asiento sin que me lo indicara y él se ubicó frente a mí. Mi mente bullía con las preguntas que nunca había tenido ocasión de formular. No fue necesario que lo hiciese. Berglund abrió todas las ventanas de la habitación para que entrase el fresco y empezó a hablar.

Habló sin interrupción durante siete horas, con un estado de ánimo en el que se alternaron el tono quejoso y el mal humor, pero que siempre y por encima de todo, reveló una trágica aceptación de los hechos. Me contó una historia íntima, un relato de la vida de un pueblo pequeño, de las conversaciones de un pueblo pequeño, de las esperanzas de un pueblo pequeño y de los castigos y

recompensas de un pueblo pequeño. Era la historia de Marcella DeVries.

Habían sido amantes desde el principio, primero sólo espirituales y luego carnales.

La familia Berglund había emigrado de Noruega el mismo año que los DeVries habían dejado Holanda. Una red de primos y amigos del Viejo Continente habían conseguido empleo para las dos familias en los mataderos de Chicago.

Corría el año 1906 y había trabajo en abundancia. Los fornidos Berglund se hicieron capataces, los DeVries, más ingeniosos, contables. Los tres hermanos Berglund y Piet y Karl DeVries compartían un sueño común a todos los emigrantes, el sueño del poder en el Viejo Continente: poseer tierras.

Los cinco hombres, todos ellos de unos treinta años, eran impacientes. Sabían que el poder feudal que con tanta desesperación deseaban no se conseguía pidiendo préstamos, tacañeando y matando ganado con una almádena de cinco kilos. Ni el tiempo ni la historia estaban de su lado, pero sí lo estaban su cerebro y su crueldad, amalgamado todo ello por un fervor religioso calvinista, los cinco se lanzaron a una carrera criminal con un único objetivo en mente: conseguir veinticinco mil dólares.

Les costó tres años y dos vidas, una de cada familia. Los Berglund y los DeVries se dedicaron a los robos y a los atracos a mano armada. Piet DeVries era el líder y tesorero, y Willem Berglund, su ayudante. Hacían planes y supervisaban con astucia al impetuoso Karl DeVries y los violentos Hasse y Lars Berglund.

Piet era un intelectual romántico y un ardiente admirador de Beethoven. Le encantaban las alhajas, y el dinero en efectivo que conseguía de los robos de la banda, lo convertía en diamantes y rubíes, que a su vez vendía a cambio de un pequeño beneficio en el mercado del sector, guardándose siempre unas cuantas piedras preciosas para él. Deseaba convertirse en ladrón de joyas, tanto por lo que tenía de romántico como por las ganancias, y maquinó el atraco a una vieja matrona de Chicago que poseía muchas alhajas y las lucía en la ópera, a la que asistía sin compañía. Su hermano Karl

y Lars Berglund harían el trabajo. Corría el año 1909 y con el dinero que consiguieran superarían el objetivo de veinticinco mil dólares que se habían marcado.

La mujer iba y venía de su casa, simada en la orilla norte, en un coche tirado por caballos. Los hombres esperaron bajo la escalera de la vivienda de tres plantas, armados con revólveres. Cuando la mujer llegó ante la casa y el cochero la ayudó a subir las escaleras, Karl y Lars salieron de su escondite, esperando vencer enseguida a su presa. Sin embargo, el cochero les disparó a quemarropa en la cara con una Derringer de seis balas hecha por encargo.

Los tres miembros supervivientes de la sociedad Berglund-DeVries huyeron a St. Paul, Minnesota, con dieciocho mil dólares en efectivo y joyas. Hasse Berglund quería matar a Piet DeVries. Una noche que estaba borracho lo intentó. Willem Berglund intercedió y golpeó a Hasse con un bastón relleno de plomo hasta dejarlo sin sentido. Hasse sufrió una lesión cerebral irreparable y Willem quedó destrozado por la culpa. Para consolar a Willem, Piet llevó a Hasse, que se había vuelto como un niño, a un asilo y pagó dos mil dólares al director por dejarlo allí de por vida.

¿Dónde podían ir dos inmigrantes, uno noruego y el otro holandés, con dieciséis mil dólares, sin esposa ni hijos, pero sobre todo sin tierras? Soñaban tener una granja de productos lácteos, pero aquello era imposible. Con dieciséis mil dólares no podían comprar dos granjas, y ni siquiera se planteaban tener una a medias, pues aunque estaban vinculados por la sangre derramada, debajo de ese vínculo subyacía un odio latente. Así pues, siguieron viajando, llevando una vida frugal, y recorrieron Minnesota y Wisconsin hasta que en 1910 recalaron en una pequeña población, a cincuenta kilómetros del lago Geneva, situada en medio de un campo de coles.

Se casaron con las primeras chicas de sus países de origen que les gustaron: Willem Berglund Con Anna Nyborg, de diecisiete años, nacida en Oslo, alta y rubia, con un cuerpo frágil y una cara tan encantadora como la de un camafeo. Piet DeVries con Mai Hendenfelder, hija de un magnate arruinado de Rotterdam, porque era una enamorada de Brahms y Beethoven, tenía un cuerpo hermoso y robusto y sabía cocinar.

En 1910, Tunnel City tenía coles, pero también aspiraciones en el principal negocio de Wisconsin, el queso. Piet DeVries, un holandés de treinta y siete años que trabajaba en una granja de lácteos, y Willem Berglund, un noruego de treinta y nueve que era contable de un banco y lechero a tiempo parcial, no aspiraban a otra cosa que poseer una granja propia, pero como sus fondos se habían agotado, no les quedó más remedio que buscar, a regañadientes, otras salidas.

Sin embargo, quien ríe el último ríe mejor, y en este caso la última carcajada fue de la tierra. Unos ricos granjeros fabricantes de queso compraron hectáreas y más hectáreas, hasta orillas del lago Geneva, que por sus características enseguida se revelaron totalmente inadecuadas para la cría de vacas lecheras. Sin embargo, era un tipo de suelo ideal para cultivar coles.

Así, Piet DeVries y Willem Berglund, de mala gana, hicieron lo que todo el mundo: invirtieron los dieciséis mil dólares en tierra para cultivar coles, en dos terrenos colindantes, separados sólo por un polvoriento camino local.

Las coles les reportaron una prosperidad moderada y la vida de familia, al menos al principio, una discreta felicidad. Muy pronto, Willem y Anna tuvieron mellizos, Will y George, mientras que Piet y Mai tuvieron primero a Marcella y, al cabo de dos años, a John.

Willem resolvía problemas de ajedrez y salía a correr solo por los caminos locales, una actividad de la que regresaba agotado. Piet aprendió sin maestro a tocar el violín y escuchaba unos rayados discos de Beethoven en la Victrola que acababa de adquirir. Los dos hombres establecieron una tregua, amarga y a la vez arraigada en el respeto mutuo. Aunque no eran de la misma sangre, estaban unidos por vínculos muy profundos. Pese a la proximidad de sus tierras, apenas se relacionaban, y cuando lo hacían se trataban con una cortesía exagerada, que delataba el miedo mutuo que se tenían.

Los otros habitantes del pueblo los consideraban tipos raros. Recibían un trato distinto, el motivo del cual, según la gente, no era su retraimiento sino algo que brillaba en sus ojos, algún conocimiento fascinante y secreto.

Fue ése un conocimiento que se transmitió a la segunda generación. Los habitantes de Tunnel City lo advirtieron tan pronto

como los pequeños Will y Marcella aprendieron a caminar, a hablar y a reaccionar ante un entorno que sabían que no era lo bastante bueno para ellos.

Marcella DeVries y los gemelos Will y George Berglund habían nacido en 1912. Marcella lo hizo primero, y a los tres meses llegaron los hermanos Berglund. Piet no cabía en sí de contento. Había deseado una niña y ya la tenía, regordeta, rosada y pelirroja como él. Willem Berglund había deseado un heredero varón y lo tuvo, por partida doble. Sin embargo, George era un bebé enfermizo, que al nacer había pesado la mitad que su hermano, y enseguida se diagnosticó que sería retrasado mental. A los tres años, cuando Will ya empezaba a desarrollar su lenguaje en los tonos perfectamente modulados de un adulto educado, George aún no se sostenía en pie, babeaba como un idiota y aleteaba con los brazos como si fuera un pollo.

Willem aborrecía a su hijo. Lo consideraba un castigo horrible, perpetrado por un Dios odioso que ya no le servía de nada. Odiaba a su mujer, odiaba a Dios, odiaba las coles, y odiaba Tunnel City, Wisconsin. Pero por encima de todo, odiaba a Piet DeVries.

A Piet todo le iba viento en popa: amaba a su mujer, amaba su violín, amaba su Victrola y amaba a sus hijos. La precoz Marcella, de cabellos rojos y transparentes ojos verdes, y cuyas pecas parecían flotar sobre su cara bonita, se mostraba testaruda y consentida hasta el extremo de ser tiránica cuando no se salía con la suya. Sin embargo, era la hija cariñosa y apasionada con la que siempre había soñado. En cuanto al pequeño Johnny, que había pesado más de cinco kilos al nacer, era un niño risueño, feliz, desmañado debido a su enorme tamaño y que adoraba a su familia. Siempre estaba riendo. «Mi pequeño dinosaurio», lo llamaba Piet. Entonces, fingía tirar de una cola inexistente en la rabadilla del chico y a ambos les caían las lágrimas de tanto reír.

George Berglund, que nunca caminó ni emitió sonido humano alguno, murió de escarlatina. Tenía siete años. Willem lo metió en un saco de arpillera, cavó una pequeña fosa y lo enterró junto al cobertizo de herramientas contiguo a la casa.

Piet cruzó el camino para darle el pésame a un hombre con el que no había hablado desde hacía un año. Willem lo abofeteó sin

darle tiempo a pronunciar palabra.

Al año siguiente Hasse Berglund murió en el asilo. Sodomizado repetidas veces por otros internos, no pudo soportar más los abusos y se arrojó, desde lo alto de un precipicio, a una cantera de granito en la que se obligaba a trabajar a los internos.

El director del asilo envió una carta a Willem pidiéndole doscientos dólares para que «el chico tuviera una digna sepultura cristiana». Willem no mandó el dinero porque se olvidó de hacerlo. Tenía otra cosa en la mente: quería destruir a Piet DeVries. Una noche, muy tarde, se lo contó a Anna. El joven Will lo oyó desde detrás de la puerta: Piet era responsable de las muertes de Lars y de Hasse, y también de la de George, el pequeño idiota. Aquello había ocurrido en el pasado y ya estaba bien. Pero en esos momentos, Piet y aquella zorra de hija pelirroja que tenían estaban intentando destruir al rubio Will, el único superviviente de su propia sangre, a fuerza de poesía, música y Dios sabía qué otras cosas. Entonces, Willem, entre exclamaciones histéricas, le dijo a la llorosa Anna que no había Dios aparte de sus tierras y su familia, y que eso era lo que iba a enseñarle a Piet.

Marcella y Will se conocían instintivamente, mentalmente y de memoria. Con el discernimiento de unos animales muy sincronizados, se encontraban al otro lado del camino polvoriento que separaba las dos granjas, más allá del legado de ambición y violencia que vinculaba a sus padres. El carácter inevitable de esos encuentros era tan correcto que Willem Berglund y Piet DeVries se limitaron a esperar que ocurriese.

Y ocurrió. Cuando los niños tuvieron cuatro años, jugaban juntos en el campo de coles y construían mansiones con el oscuro suelo de los surcos de regar. A menudo, después de un día de juegos al aire libre, volvían a la granja de los DeVries y tocaban de oído alegres melodías en el piano de Mai.

Al cumplir siete años, y tras la muerte de George, descubrieron la población. Recorrían la calle Main tomados de la mano, camino de la biblioteca, donde pasaban horas leyendo juntos, sacando montones de libros a la pérgola que estaba en la parte trasera del

edificio de ladrillo blanco. En invierno, se escondían en el viejo cobertizo de madera que se encontraba en uno de los extremos de la finca de los Berglund, hacían un fuego con ramas y se contaban historias hasta que el sueño los vencía.

Nadie, ni Willem ni Piet, ni sus esposas ni los vecinos se opusieron a aquello. En cierto modo, estabá implícitamente aceptado que aquellos dos niños simbolizaban la incómoda tregua entre las familias, y que si ellos seguían unidos no habría más tragedias.

Pero llegaron los años veinte, a Willem le dio por beber y sus peroratas nocturnas contra Piet adquirieron renovada vehemencia. Will, que ya tenía diez años, no podía creer que su padre fuese a cumplir ninguna de aquellas amenazas, pero las cosas estaban cambiando, al igual que Marcella y él. Sus conversaciones eran cada vez más frecuentes y eso los llevó, inevitablemente, a tocarse, a besarse y a explorarse. Muy pronto fueron amantes carnales y todo el mundo pareció saberlo, detestarlo y temerlo de inmediato.

A los doce años, Marcella era más alta que Will, tenía los pechos formados y abundantes, la piel tersa y pecosa y unas caderas anchas. Los hombres del pueblo la miraban y al instante se sentían culpables de los pensamientos que los asaltaban. Esos mismos hombres miraban a Will y lo odiaban, porque sabían lo que tenía.

Los niños rubios amantes de la naturaleza y aficionados a la poesía que recorrían la calle Main absortos el uno en el otro llamaban mucho la atención en aquella pequeña comunidad campesina. Los cotilleos, atizados por la rivalidad y el distanciamiento de Piet y Willem, alimentaron la curiosidad y el resentimiento, y los amantes empezaron a expresarse su amor de manera clandestina cuando encontraban un montículo herboso o un campo cubierto de arbustos donde yacer juntos.

En 1926 Willem dio el primer paso contra Piet, tirando grandes pilas de compost en sus surcos de riego. Piet lo supo y no hizo nada para vengarse. Al cabo de una semana, el perro collie de Piet fue hallado muerto a palos. Piet seguía sin reaccionar.

Por las noches, Will oía a su padre reír borracho mientras

hablaba con su esposa, que había llegado a odiarlo. Piet era un cobarde, decía, un tipo que se había vuelto blando de tanto escuchar aquella música para afeminados. Un hombre que no vengaba su tierra, mascullaba Willem entre juramentos, era peor que un perro muerto, un cobarde que no tenía derecho a poseerlas.

Will lo escuchaba y lo veía todo por un agujero que había hecho en el techo hacía mucho tiempo a instancias de Piet. A Will no se le escapaba que en esta ocasión las cosas eran distintas, que la timidez de su padre, tanto tiempo controlada debido al temor que Piet le inspiraba, estaba desapareciendo. Willem se quedó pasmado al ver que Piet no tomaba represalias, y el joven Will supo que su padre llevaría su venganza lo más lejos posible.

Will quería a Piet, y le contó lo que sabía. Piet sacudió la cabeza y le dijo dos cosas: que no le contara nada a Marcella y que le dijera a su madre que se fuera a pasar una temporada con su familia en Green Bay.

Al día siguiente, Anna Berglund partió hacia el norte de Wisconsin, y Marcella, a causa de la relación casi telepática que la unía a Will, se enteró de todo enseguida.

Fue precisamente Marcella quien se desquitó. Sabía que Willem pasaba los jueves por la mañana en la población, adonde iba para sacar dinero del banco con que pagar a sus labradores y comprar provisiones. Lo esperó allí, en el vestíbulo del hotel Badger, movida por el odio contra el padre de su amante y por el amor ardiente y el desdén que sentía a la vez por el suyo propio.

La gente del pueblo supo que algo iba a ocurrir: Marcella DeVries, una estudiante que siempre sacaba las mejores notas, no estaba en la escuela; se encontraba sentada en un sillón excesivamente mullido, en encolerizado silencio, y con la piel, normalmente pálida, casi tan encendida como su brillante cabello rojo, al tiempo que se retorcía las manos y miraba fijamente por la ventana hacia la sucursal del National Bank. En la puerta del hotel se congregó un grupo de curiosos.

Willem apareció a las nueve, justo cuando el banco abría sus puertas. Marcella esperó a que llevara a cabo sus transacciones y luego cruzó la calle para esperarlo delante de la puerta. El hombre salió al cabo de unos minutos con una bolsa de papel marrón llena

de dinero. Cuando vio a Marcella se produjo un silencio cargado de miedo, y entonces ella se abalanzó sobre él, le quitó la bolsa de papel y la arrojó al suelo desparramando su contenido. Los billetes verdes volaron por la calle Main arrastrados por la brisa de abril y la gente contempló horrorizada cómo Marcella DeVries, con sólo catorce años, consumaba su venganza. Golpeó, arañó, mordió y pateó a Willem Berglund hasta derribarlo. Luego, le quitó la botella de whisky que llevaba en el cinturón y derramó el líquido sobre su cabeza al tiempo que lo maldecía en inglés, en holandés y en alemán hasta que su ira cedió.

Sin embargo, reservó su cólera más dura para su padre, su madre y su amante. Ellos también se habían comportado como unos cobardes, y eso era peor, porque los amaba.

Esa verdadera noche de Walpurgis en Wisconsin, Marcella informó a su dulce madre de que aquella granja no era lugar para una persona débil, que tenía que marcharse de allí hasta que su padre fuera lo bastante fuerte para dar refugio a una mujer como ella. Piet no hizo nada por intentar frenar a su hija. Por mucho que amara a su esposa, había quedado pasmado ante aquella chica pelirroja que había heredado sus rasgos.

Mai Hendenfelder DeVries se marchó esa noche a casa de unos amigos en el lago Geneva. Marcella también tenía órdenes para su padre: debía dejar de tontear con el violín, o de poner la Victrola o de leer, para ponerse a trabajar en el campo hasta caer exhausto, como hacían los jornaleros alemanes que contrataba por cuatro perras. Avergonzado y humillado, Piet asintió en silencio. Marcella siguió amenazándolo: tenía que renunciar a Dios, a Jesucristo y a la Iglesia Holandesa Reformada. Piet se negó. Marcella se enfureció. Piet continuó negándose hasta que la chica, con mala intención brutal, le dijo: «Si no lo haces, nunca volverás a vernos, ni a Johnny ni a mí.»

Con unos sollozos abyectos y absolutamente abatido, Piet aceptó.

Will no había ayudado a Marcella a humillar a su padre. Para ella, ésa fue la traición que colmó el vaso.

Su romance concluyó, claro, y la elite rubia quedó reducida a unos fragmentos deslustrados, pero a Marcella no le bastó con eso. Quería más venganza, algo que diera cohesión a su desdén por la familia Berglund y por todo Tunnel City, Wisconsin.

Will y Marcella habían intercambiado cartas de amor durante años. Eran unas cartas muy explícitas, llenas de referencias a sus encuentros carnales y cargadas de desprecio hacia la mojigatería imperante en Tunnel City. En esas cartas se ridiculizaban los genitales de ínclitos habitantes de la población, los profesores del instituto eran vituperados como bufones y Willem Berglund satirizado y diseccionado con todo lujo de detalles.

Marcella saboreó las cartas que su timorato amante le había enviado. Pensó en las posibilidades que éstas le brindaban, pero decidió reservarlas para más adelante.

Las habladurías en el pueblo continuaron mientras Willem se dedicaba a beber hasta caer redondo al suelo, Piet trabajaba junto a sus jornaleros, y Marcella y Will iban al instituto sin cruzarse palabra.

Marcella tenía una nueva causa: su hermano Johnny. A los catorce años, Johnny medía un metro ochenta y era rubio como su madre. Se trataba de un niño asilvestrado pero tranquilo que prefería la compañía de los animales y que a menudo saqueaba las despensas de las granjas vecinas para robar carne de buey y de cerdo con la que alimentaba a una legión de perros y gatos callejeros que malvivían en los aledaños de la población.

Marcella, privada de amante, se convirtió en la benefactora, consejera, tutora y apaciguadora de aquel gigante sin oficio ni beneficio. En los días que siguieron a sus pérdidas, ató corto a su inteligente pero perezoso hermano materias tan variadas como la poesía, la historia medieval y el álgebra. Despertó en él mucho más de lo que el chico sabía que tenía, y al hacerlo se establecieron entre ellos unos fuertes vínculos.

El nuevo tándem DeVries tenía un sueño, el cual tanto colmaba el desdén elitista de Marcella como el amor de Johnny hacia los animales: la medicina. Marcella, la cazadora de microbios, se convertiría en doctora y se dedicaría a la «investigación pura» mientras que Johnny sería el veterinario que se rodearía del amor

de los animales expósitos y callejeros que necesitaran que los curasen. Era un sueño poderoso, que los llevaría más allá de los odiados confines de Tunnel City Wisconsin. Pero antes Marcella se vengaría de la población.

En junio de 1928, y con dieciséis años, se graduó en el Instituto de Tunnel City, siendo la miembro más joven de su clase. Piet estaba muy orgulloso de ella. Mai, que seguía alejada de su familia, volvió del lago Geneva a instancias de Piet para contemplar a la hija que odiaba recibir su título en el escenario del auditorio, luciendo toga y birrete y con una sonrisa despectiva en el rostro, en una hipérbole pueblerina de sus logros académicos. Después de la ceremonia, Mai volvió al lago Geneva para no ver nunca más a su familia.

Con el diploma en la mano, Marcella se puso manos a la obra. Tenía ochenta y tres cartas de Will. La mañana del lunes siguiente a su graduación, dedicó varias horas a decidir qué carta era la que contenía más insultos y más generalizados y mayor daño haría. Cuando lo hubo hecho, salió a llevar a cabo su misión. Primero la calle Main, donde Marcella repartió paquetitos de vitriolo contra el alcalde, el concejal, el bibliotecario, el sheriff, el barbero y todos los hombres de negocios de las cuatro manzanas comerciales de Tunnel City.

—Lea esto —decía a los receptores de la carta—, a ver si reconoce a algunos de sus amigos.

Su siguiente objetivo fueron las iglesias: la Holandesa Reformada, la Católica, la Presbiteriana y la Baptista. Todas ellas recibieron mensajes cargados de odio y ofensivos tanto en el plano de la fe como en el plano visceral.

A continuación recorrió las calles de viviendas de Tunnel City de acuerdo con un itinerario bien trazado hasta que la bolsa marrón estuvo vacía. Entonces volvió a casa y le dijo a su hermano que hiciera el petate porque se iban de allí a hacer realidad su sueño.

La partida se retrasó. Marcella decidió que esperaría dos días, para poner en orden sus pensamientos y saborear las primeras oleadas de conmoción y reacción en el pueblo antes de robar el escondite de joyas de su padre y dirigirse a la ciudad de Nueva York con Johnny.

Se encerró en su habitación a leer a Baudelaire y a hojear catálogos de escuelas universitarias de la Costa Este. El martes por la noche, oyó que su padre lloraba en el dormitorio, lo cual significaba que ya estaba al corriente.

Marcella decidió dar un último paseo por el campo de coles. Tomó el camino polvoriento que separaba las granjas de los DeVries y los Berglund. Willem Berglund la esperaba. Estaba sobrio, frío como una piedra y llevaba una cuchilla recta en la mano. Agarró a Marcella, la arrojó al suelo y la violó, con el filo de la cuchilla pegado a su garganta. Cuando terminó, se quedó tumbado sobre ella y Marcella clavó la vista en el cielo, con los dientes apretados y negándose a emitir sonido alguno. Cuando él recuperó el aliento, se puso en pie y orinó sobre el cuerpo postrado de Marcella. Luego, desapareció en la oscuridad de sus campos de coles.

Marcella permaneció allí tumbada durante una hora. Se obligó a llorar. Cuando volvió, su padre aún estaba despierto, tocando el violín. Marcella le contó lo que había ocurrido y luego se fue a la cama. Piet, no. Se quedó despierto toda la noche, puso las sinfonías de Beethoven en su Victrola, en orden cronológico, y ejecutó con su instrumento los pasajes más difíciles de la sonata *A Kreutzer*.

Por la mañana, mientras Marcella y Johnny aún dormían, Piet fue a casa de uno de sus jornaleros a pedirle prestado una escopeta calibre diez de doble cañón. Zorros, explicó. El hombre le dio el arma a su jefe, además de la munición, y le deseó buena suerte. Piet se acercó a la finca de los Berglund, con la escopeta cargada bajo el brazo. Llamó a la puerta de su vecino. Willem la abrió enseguida, como si esperara a alguien.

Piet le disparó a quemarropa, partiéndolo en dos a la altura de la cintura. La mitad superior de Willem salió volando hasta la sala, mientras que la mitad inferior se desplomó a los pies de Piet. Piet cargó el arma otra vez, recogió las dos mitades de lo que había sido Willem y las dejó, la una encima de la otra, junto a la chimenea. Mojó los dedos en la sangre de Willem y escribió en la pared: «Dios se apiade de nosotros.» Luego se metió los cañones de la escopeta en la boca y apretó los dos gatillos.

Marcella nunca le dijo a nadie si las cosas habían llegado más lejos de lo que deseaba, ni siquiera a Will, con quien se reconcilió años más tarde y con el que intercambió una voluminosa correspondencia.

La noche del mismo día en que murió su padre, cogió a su hermano, las joyas de aquél y se dirigió a pie hacia el sur, en dirección a Chicago. Mientras cruzaban los lindes de lo que habían sido las tierras de los Berglund y los DeVries, agarró un hacha y cortó los puntos de conexión de los conductos de agua que regaban ambas granjas. No sabía si con eso los campos se inundarían o quedarían secos, pero no le importaba; lo único que quería era que sufrieran como ella había sufrido.

Viajaron hacia el sureste, en tren y en autocar. Marcella decidió seguir la ruta más larga para dar tiempo a Johnny a asimilar la muerte de su padre. Aunque sólo tenían dieciséis y catorce años, nadie los molestó. Marcella tenía un aire de suficiencia propio de una mujer de veintitantos, y Johnny era demasiado corpulento como para pensar que en realidad se trataba de poco más que un chiquillo.

Llegaron a Nueva York al cabo de dos semanas. A Marcella no le habría sorprendido que los siguiera una cuadrilla armada de habitantes de Tunnel City, con el sheriff a la cabeza, pero nada de eso ocurrió. Nueva York se derretía bajo una ola de calor y Marcella vendió las joyas e intentó matricularse en las facultades de Medicina de las universidades de Columbia y Nueva York. No la aceptaron en ninguna de las dos, como tampoco lo hicieron en el colegio universitario de Brooklyn, en el de Nueva York y en la otra media docena en que lo solicitó.

La razón de esas negativas era muy sencilla: el instituto de Tunnel City no quería enviar su expediente escolar, y ella no podía volver a buscarlo a menos que quisiera que la encerrasen en un reformatorio. Marcella recapacitó. Tenía siete mil trescientos dólares en una cuenta bancaria, tenía a Johnny y tenía ganas de triunfar. También tenía un apartamento de dos habitaciones cerca de Prospect Park, en Brooklyn, y un cerebro.

Decidió que el destino estaba de su lado. Acertó. El día de la Independencia de 1928, mientras paseaba por Jamaica Avenue, en

Queens, vio la Escuela de Enfermeras Fletcher. En la puerta contigua estaba la Escuela de Farmacología Fletcher. Ambas estaban «oficialmente reconocidas», como rezaba la placa que había encima de la puerta. Marcella tuvo la corazonada de que aquél era su destino, al menos en ese instante. Volvía a tener razón.

Willard Fletcher echó un vistazo a la joven pelirroja de mirada dura sentada al otro lado de su escritorio y supo que podría darle cosas que su mujer no le daba. En su primera noche en la cama, se lo contó a Marcella.

Aquel día, la oficina de admisiones estaba tranquila mientras Marcella relataba cómo su instituto, en un pueblo pequeño, había sido víctima de un incendio y su expediente se había quemado. Era una alumna aventajada, lo mismo que su hermano John, y quería estudiar enfermería en la Escuela Fletcher antes de pasar a una prestigiosa Facultad de Medicina. John quería estudiar Veterinaria, pero por el momento, era imposible. La Escuela de Farmacología Fletcher supondría una buena preparación para la Facultad de Veterinaria. ¿No lo veía el señor Fletcher de ese modo?

El señor Fletcher, evidentemente, lo veía de ese modo.

Cobró el importe de la matrícula a Marcella y ésta y su hermano empezarían las clases en el semestre de otoño. Así de sencillo. Excepto que, explicó, por lo que se refería a los expedientes, la escuela tenía una reputación que mantener y quería asegurarse de que Marcella era lo bastante competente y brillante para vérselas con aquellas asignaturas. Tal vez si salían juntos alguna vez podría hacerle algunas preguntas sobre su pasado académico, conocerla mejor y asegurarse de que tenía nivel para estudiar en la Escuela de Enfermeras Fletcher. ¿Sería eso posible? Marcella sonrió al comprender de qué iba el juego.

Marcella jugó de maravilla. Su rendimiento académico fue tan excelente y su poder sobre William Fletcher tan absoluto que, al cabo de tres semestres de estudio, había convencido a su amante benefactor de que le falsificara un expediente académico que se remontara a los doce años, conforme el cual había estudiado en distintas escuelas secundarias de Brooklyn.

Con el expediente falso en la mano, solicitó que la admitieran en la escuela de enfermeras de la Universidad de Nueva York, donde

fue aceptada de inmediato.

Marcella siguió siendo la amante nominal de Willard Fletcher hasta que estuvo en la carrera. Entonces, lo abandonó como si fuera un vaso desechable, provocando una escena terrible en la sala de banquetes de un gran hotel de Atlantic City, donde asistían a una convención de mayoristas de material médico.

Marcella se licenció en junio de 1931. Johnny se graduó en la escuela de Farmacología un año más tarde, con honores académicos y enganchado a la codeína.

Era el peor momento de la Depresión, y aunque había sido muy prudente a la hora de gastar el dinero, éste se estaba terminando. Marcella recapacitó de nuevo sobre las posibilidades que se le presentaban. Por el momento, debía olvidarse de la Facultad de Medicina, pues no tenía con qué pagarla. Se puso a trabajar en el hospital Bellevue, cosiendo y pegando trozos de accidentados en la sala de urgencias. Johnny consiguió un empleo en la farmacia del hospital, preparando las mezclas sedantes que se utilizaban para inducir en los pacientes un estado de olvido inofensivo. En sus horas libres también se sumía en ese estado de olvido, pero en su caso nada inofensivo. Él en otro tiempo sosegado gigante, que ya medía más de dos metros de estatura, se había convertido en un temible camorrista en todos los bares que frecuentaba. Marcella tenía que pagarle constantemente fianzas para sacarlo de la cárcel y llevárselo a su casa de Brooklyn Heights, donde le acariciaba la golpeada cabeza mientras él lloraba a su padre muerto.

El 7 de diciembre, cuando el bombardeo de Pearl Harbor, Will Berglund era un profesor de Inglés de veintinueve años en la Universidad de Wisconsin en Madison, Marcella DeVries era jefa de enfermeras de un hospital católico de Staten Island, y Johnny DeVries era el principal proveedor ilegal de codeína de la ciudad de Nueva York.

La guerra despertó en estos personajes tan dispares la misma oleada de patriotismo que movió a millones de americanos. Will se alistó en el Ejército y fue enviado al Pacífico. Su carrera como soldado terminó enseguida; recibió heridas de mortero en ambas

piernas y fue repatriado al hospital naval de San Diego, California, donde lo sometieron a varias operaciones y a una larga terapia para recuperar su destrozado tejido nervioso.

Fue allí, en el hospital, donde volvió a reunirse con Marcella, que por entonces tenía treinta años y era teniente del cuerpo auxiliar femenino de la Marina. Dejaron de lado los acontecimientos de los últimos quince años. Will amó a Marcella tan apasionadamente con su uniforme blanco como la había amado cuando llevaba los vestidos de zaraza de su infancia. El tiempo, el lugar y la necesidad de curarse desvanecieron el derramamiento de sangre de ambas familias en Tunnel City, y Marcella y Will fueron de nuevo amantes. Los cambios de vendajes y el vaciado de los orinales se metamorfoseó en un ritual amoroso de medianoche que los limpió y los curó a los dos. Por primera vez en sus vidas, su fantasma pueblerino mutuo había quedado confinado al olvido.

Johnny DeVries fue el tercer miembro del triunvirato de San Diego. Era ayudante de la Unidad de Farmacia y fue destinado al hospital, donde despachaba sustancias paliativas a los barcos anclados en el puerto naval de San Diego, y en sus ratos libres iba a Tijuana en busca de marihuana para vender. El alborotador de más de dos metros disfrutaba con las veladas que pasaba en el apartamento de Coronado Bay que compartía con Marcella y Will.

Marcella y Will se quedaban hablando. El caminaba de un lado a otro de la habitación para fortalecer sus piernas llenas de clavos, mientras Johnny fumaba hierba en su cuarto y escuchaba discos de Glenn Miller.

El feliz trío permaneció unido hasta finales de la primavera de 1943, cuando Marcella conoció a un hombre que iba a destrozar sus ilusiones y su vida.

«Cuando llegó y habló, supe que sabía, que comprendía todos los secretos oscuros de la vida. Poseía un instinto animal, mucho más fino que el de cualquier ser humano —le escribió Marcella a Will años después—. Es el hombre más guapo que he conocido; y lo sabe, y sabe que tú lo sabes y te respeta por tu extraordinario buen gusto y te trata como a un igual por querer saber lo que él sabe.»

La curiosidad y el enamoramiento de Marcella le dieron alas, y a los tres días de conocer a Doc Harris le anunció a Will: «No puedo

estar contigo. He conocido a un hombre al que deseo con toda mi alma, aunque eso signifique excluir todo lo demás.» Fue brutalmente definitivo. Will, que siempre había sabido que Marcella acabaría por alejarse de él, lo aceptó. Se marchó del apartamento y volvió al hospital. Al cabo de una semana recibió el alta médica y regresó a Wisconsin.

Marcella llegó a la conclusión de que Doc Harris era un genio. Cuando ella iba, él ya estaba de regreso, pese a que ella también bordeaba la genialidad. Doc hablaba cinco lenguas, mientras que ella sólo tres; sabía de medicina más que ella; podía beber más que ella sin emborracharse; bailaba como Gene Kelly y a los cuarenta y cinco años era capaz de hacer cien flexiones con una sola mano. Era un dios. Durante la época de Jack Dempsey, había ganado veintiocho combates en la categoría de los pesos ligeros. También sabía imitar y ridiculizar a los pueblerinos mucho mejor que ella y Will, y sabía preparar comida china.

Además, era enigmático, y lo era de una manera deliberada. «Soy un eufemismo con patas —le dijo a Marcella—. Cuando te explico que tengo un negocio de coches de alquiler con chófer, puede ser literalmente cierto o no serlo. Cuando te digo que utilizo mi entorno médico para favorecer al hombre, has de averiguar dónde está el intríngulis. Cuando te asombres de mis contactos con los altos mandos aquí en San Diego, pregúntate qué puedo conseguir para ellos que sean incapaces de conseguir por sí mismos.»

La mente de Marcella corrió en pos de las muchas posibilidades que cabían en la vida de su amante: era un gángster, un oficial desertor de la Marina, un provinciano que recibía dinero de casa y se dedicaba a hacer el bien de manera anónima. Ninguna explicación le satisfacía, y siempre pensaba en las verdades literales que conocía de ese hombre que se había adueñado de su vida. Sabía que había nacido en 1898 cerca de Chicago, que allí había asistido a la escuela pública, que había sido un héroe de la Primera Guerra Mundial. Sabía que no se había casado porque nunca había encontrado una mujer que estuviera a la altura de su fuerte personalidad. Sabía que tenía mucho dinero y ningún empleo. Sabía que había realizado trabajos esporádicos y que había adquirido

experiencia de la vida después de terminar los estudios de medicina al principio de la Depresión. Sabía que aquel pequeño apartamento en primera línea de mar estaba lleno de libros que ella también había leído y le habían entusiasmado. Y sabía que lo amaba.

Una noche del verano de 1943, los amantes paseaban por una playa cercana a San Diego. Doc le contó a Marcella que iba a instalarse de nuevo en la zona de Los Ángeles, pues allí tenía la «oportunidad de su vida». Lo único que lamentaba, dijo, era que deberían separarse. Temporalmente, por supuesto, él bajaría a San Diego a visitarla. Quería pasar con ella todos los ratos libres que tuviese; era la única mujer que casi había llegado a tocar el núcleo de su corazón.

Marcella, conmovida hasta el núcleo de su corazón, decidió mover ciertos hilos para poder estar cerca del hombre que amaba. Era una experta moviendo hilos: al cabo de dos semanas la trasladarían al hospital naval de

Long Beach, a media hora en coche de Los Ángeles. Su hermano Johnny, que era ayudante en la compañía de farmacia, sería allí su enlace hospitalario, y procuraría medicinas y material de hospital a los mayoristas de la zona de Los Ángeles.

Sonrió a Doc, que se mostró maravillado con la capacidad de manipulación de Marcella. Después le tomó la mano y le preguntó si quería casarse con él. Marcella respondió que sí.

Fueron de luna de miel a San Francisco y luego se instalaron en un espacioso apartamento del barrio de Los Feliz, en Los Ángeles. Marcella, a quien acababan de ascender a capitán de corbeta, se reincorporó al trabajo en el hospital naval, lo mismo que el suboficial John DeVries, que había alquilado un apartamento cerca de donde vivían los recién casados.

Durante un tiempo, las cosas fueron bien. Los aliados ya tenían la sartén por el mango y era sólo cuestión de tiempo que Alemania y Japón capitularan. Marcella se sentía feliz en su puesto de supervisora y Johnny y Doc se habían hecho buenos amigos.

Doc se convirtió en el padre que Johnny había perdido. Salían los dos en el descapotable LaSalle del primero a dar largos paseos sin rumbo por la hoya de Los Ángeles. Ese era el problema, decidió Marcella. Doc nunca estaba en casa, y cuando estaba se comportaba de una manera deliberadamente misteriosa, oscura y elíptica.

Pronto advirtió que la «oportunidad de su vida» era hacer de perista para una banda de L.A. Una noche, Johnny, que iba muy colocado, le contó que Doc tenía garajes por toda la ciudad llenos de mercancías robadas, pieles, joyas y antigüedades que vendía a los oficiales del Ejército y de la Armada, a apéndices de la industria del cine, a ludópatas y a demás artistas que frecuentaban Hollywood Park y el hipódromo de Santa Anita.

Cuando estaba presente, Doc se comportaba como un marido cariñoso y solícito, pero Marcella empezó a preocuparse. Empezó a beber en exceso y a escribir largas cartas a Will para aplacar los temores que crecían en su interior acerca del hombre al que amaba. Doc parecía reírse de ella, siempre iba dos o tres pasos por delante y no paraba de sonreír de esa manera siniestra con una luz malvada y absolutamente fría en los ojos.

Marcella resolvió que necesitaba tomarse unas vacaciones. Tenía que reducir su consumo de alcohol y poner en orden las ideas. Se lo dijo a Doc, quien se mostró de acuerdo. Había acumulado un mes en días libres y sus superiores estuvieron encantados de que aquella ardiente y competente enfermera se tomase un respiro y se relajara.

Fue en coche a San Juan de Capistrano, nadó en el mar y escribió unas larguísimas cartas a Will, que, sorprendentemente, había vuelto a instalarse en Tunnel City. Marcella se asombró al saberlo, y lo llamó por teléfono. Will le dijo que había considerado necesario afrontar su trágico pasado. Había decidido emprender un camino espiritual. Funcionaba, le contó; allí estaba tranquilo, regentaba el cine del pueblo, iba de vez en cuando a Chicago a comprar libros para la biblioteca pública de Tunnel City y meditaba mientras caminaba por los campos de coles que tanto había llegado a odiar.

Marcella regresó a Los Ángeles y descubrió que estaba embarazada y que Johnny había vuelto a engancharse a la codeína. Se había enrollado con una mujer que a Doc le parecía inapropiada,

motivo por el cual le prohibió que volviese a verla. Acobardado por su padre en funciones, Johnny accedió y la mujer se marchó de Los Ángeles.

Marcella se enfadó por el dominio que Doc ejercía sobre su hermano y se sintió dolida. Ella había tenido autoridad sobre Johnny, pero de manera mucho más bondadosa. Doc se limitaba a darle órdenes, pedirle que lo llevara en coche a algún sitio, decirle qué comer o cómo vestirse, siempre con esa fría sonrisa en los labios.

Marcella estaba preocupada, pero cuando le comunicó a su marido que esperaba un hijo, asistió emocionada al reencuentro con el Doc tierno, ingenioso y risueño de su época de noviazgo. Fue solícito, considerado, captaba sus estados de ánimo a la perfección. Nunca había sido tan feliz, le contó a Will en una carta.

Michael nació en agosto de 1945 y las cartas de Marcella se espaciaron. Nunca mencionaba a su hijo y pasaba por alto las preguntas que Will le formulaba al respecto.

«Problemas, problemas —le escribió a Will en octubre de ese mismo año—. A John y a mí nos están interrogando acerca de un robo de fármacos en un portaaviones. Han decidido hacerlo debido a la adicción de Johnny. Es algo terrible, realmente terrible.»

«Problemas y más problemas en todos los frentes», escribió en noviembre de 1945, tres meses después de finalizada la guerra. Fue su último contacto en casi seis años.

Will y Johnny se habían encontrado casualmente en Chicago a finales del 49. Johnny tenía un aspecto terrible; estaba demacrado y su piel era de un gris fantasmal, Will intentó confortarlo, le habló de la Orden del Corazón Clandestino a la que pertenecía. Johnny se mostró interesado, pero se puso nervioso cuando Will lo presionó en ese sentido.

John DeVries fue asesinado en Milwaukee en 1950.

Nunca se detuvo al autor del crimen. Cuando Will leyó sobre la muerte de Johnny en la prensa de Milwaukee, intentó ponerse en contacto con Marcella. No lo consiguió: todos los telegramas que envió a su última dirección conocida le fueron devueltos. Llamó a

todos los William Harris que encontró en la guía telefónica de Los Ángeles, también sin éxito. Finalmente, se acercó a Milwaukee y habló con los dos detectives asignados al caso.

Encontraron muerto a Johnny en un parque, al amanecer, a pocas manzanas de los bajos fondos de Milwaukee. Lo habían rajado repetidas veces con un cuchillo de carnicero. Era un conocido adicto a la morfina y a veces también hacía de camello. Resultaba evidente que su muerte estaba relacionada con el submundo de la droga. Kraus y Lutz, los detectives, fueron muy considerados y amables con Will, pero se mostraron reacios a ampliar la investigación. Aunque le dijeron que lo mantendrían informado de cualquier novedad, Will volvió a Tunnel City consternado y con una sensación de impotencia.

Iba a ver a Marcella una vez más. En el verano del 51 llamó a su puerta. Fue el acontecimiento más sorprendente de su vida. Marcella había perdido peso y estaba al borde de la histeria. Hablaron de la muerte de John y ella lloró en brazos de Will. Este le habló del Monasterio del Corazón Clandestino, y ella pareció escucharlo, como si encontrara un breve solaz en sus palabras.

Aquella noche, Marcella bebió hasta perder la conciencia en el sofá de la sala. Cuando Will se levantó, a la mañana siguiente, advirtió que ella ya no estaba. Había dejado una nota. «Gracias. Pensaré en lo que me has dicho. Buscaré lo que tengo que buscar. Envidio tu paz. Intentaré conseguir toda la paz que me sea posible.»

—Llamaré a esos policías de Milwaukee y les diré que pasará a verlos —anunció Will Berglund, anticipándose a mi pregunta.

Asentí a aquel granjero-amante-indagador espiritual. Fue como si mi leve movimiento de cabeza significase para él una absolución, y de sus ojos brotaron lentos regueros de lágrimas.

Eran las cinco de la mañana cuando llegué al hotel Badger. Mi habitación había sido registrada, las revistas estaban tiradas por el suelo y la cama deshecha. Pasé revista al contenido de mi maleta. No se habían llevado nada salvo la munición de mi arma. Recogí mis cosas, bajé a la planta baja y crucé el vestíbulo, despertando miradas curiosas y hostiles de algunos madrugadores. Caminé por

Main sintiéndome pasmado y humilde, pero también poderoso. Me habían servido el prodigio en bandeja; en mi mano estaba ponerlo en orden.

20

Tardé dos horas en llegar a Milwaukee. La autopista Wisconsin Dell estaba desierta y dejé atrás pequeños pueblos entre pastos de un verde intenso. Llevaba despierto más de veinticuatro horas, acababa de atravesar cincuenta años de historia y, sin embargo, no estaba cansado en absoluto.

En lo único que podía pensar era en la historia que me esperaba en Milwaukee y en cómo sintetizar todo el conocimiento que sólo yo estaba en condiciones de ordenar.

Me pregunté si John DeVries y Eddie Engels habrían sido colegas farmacéuticos. ¿Se habrían conocido en el hospital Naval de Long Beach? ¿Eddie habría conocido allí a Marcella? ¿Cuál era la génesis de la sucesión de muertes que había hecho irrupción en 1950 para continuar hasta el último verano?

Cuando entré en Milwaukee por la autopista de Blue Mound, una cinta de asfalto de cuatro carriles envuelta en humos industriales, me dije: «No pienses.»

Milwaukee era todo ladrillos rojos, ladrillos grises, ladrillos blancos, humo de fábricas y filas y filas de casitas blancas con pequeños jardines delante, acariciados por la brisa procedente del lago Michigan. Aparqué en el subterráneo de la estación de autobuses de la Greyhound, en la calle Wells; a continuación, me afeité y me cambié de ropa en el enorme aseo.

Comprobé mi aspecto en el espejo. Decidí que era un

antropólogo equipado para rebuscar en las ruinas de unas vidas marchitas. Tras llegar a esta conclusión, me abrí paso hasta un teléfono público por un corredor salpicado de borrachos dormidos, marqué el servicio de telefonistas y pedí que me pusieran con el Departamento de Policía.

Los detectives Kraus y Lutz aún eran compañeros y trabajaban en la comisaría número ocho, situada en Farwell Avenue, a pocas manzanas del río Milwaukee, lodoso y cargado de residuos. La vetusta comisaría, de tres plantas, era de ladrillo rojo y quedaba emparedada entre una fábrica de embutidos y una escuela parroquial. Aparqué delante y entré. Sentí que la nostalgia se me echaba encima en un abrazo de oso: así había sido mi vida, en otro tiempo.

Mostré mi tarjeta de falso agente de seguros al sargento de la puerta, que ni se inmutó, y le pedí por la brigada de detectives. «Tercera planta», dijo, y señaló en dirección a la sala de revista, con su olor a desinfectante.

Subí los peldaños de dos en dos en medio de una oscuridad casi total y salí a un pasillo pintado del amarillo chillón de los autobuses escolares. Allí, una larga flecha pintada en la pared subrayaba las palabras: «Brigada de Detectives: Lo más Granado de Milwaukee.» Seguí la flecha hasta una sala de brigada abarrotada de escritorios y sillas desparejadas. La nostalgia me atenazó con más fuerza todavía: aquello era a lo que había aspirado en otro tiempo.

En la estancia había dos hombres, charlando junto a un escritorio bajo un gran ventilador colgado del techo. Eran rubios y corpulentos y portaban idénticas y llamativas sobaqueras hechas a mano que contenían sendas automáticas del 45 con empuñadura de nácar. Cuando oyeron mis pasos, alzaron la vista y sonrieron.

Sabía que iba a ser el público de una típica comedia de policías, de forma que levanté los brazos en un gesto burlón de rendición y exclamé:

—¡Eh, socio! Soy amigo.

—Ni por un instante he pensado que no lo fuera —repuso el más rubicundo de los dos—; pero ¿cómo ha conseguido pasar del

mostrador de la entrada? ¿Es usted de lo más granado de Milwaukee?

—No —contesté, y solté una carcajada—, pero represento una de las mejores compañías de seguros de Los Ángeles.

Saqué dos tarjetas del bolsillo de la chaqueta y entregué una a cada policía. Ambos asintieron al mismo tiempo.

—Floyd Lutz —se presentó el rubicundo, tendiéndome la mano. La estreché.

—Walt Kraus —dijo su compañero. Procedimos al mismo ritual.

—Fred Underhill —me presenté.

Nos miramos. Para romper el hielo, comenté:

—Supongo que Will Berglund ya les habrá hablado de mí.

Para romper el hielo, Floyd Lutz respondió:

—Sí, ha llamado. ¿Quién estranguló a la hermana de Johnny DeVries, Underhill?

—No lo sé. Y la policía de L.A., tampoco. ¿Quién acuchilló a Johnny?

—Lo ignoramos —contestó Walt Kraus, ofreciéndome una silla —. Y nos gustaría saberlo. Floyd y yo estuvimos en el caso desde el principio. Johnny era una bestia…, una bestia encantadora, no me malinterprete. Medía más de dos metros y pesaba más de ciento treinta kilos…; eso sí que es ser una bestia. Pero el tipo que lo rajó tuvo que ser una bestia aún peor. ¡Johnny tenía el vientre reventado desde las costillas hasta el ombligo, Dios santo!

—¿Sospechosos? —pregunté.

—DeVries vendía morfina —repuso Floyd Lutz—. Más exactamente, la regalaba. Era un blando. Nunca consiguió mantenerse en el negocio por mucho tiempo. Siempre terminaba en el arroyo, durmiendo en el parque, repartiendo propaganda y vendiendo sangre como los demás vagabundos. Era un muchacho agradable, pasivo la mayor parte del tiempo, que solía dar la morfina gratis a los pobres diablos que se habían quedado enganchados durante la guerra. Floyd, yo y la mayoría de los demás policías hacíamos lo posible por no detenerlo, pero a veces teníamos que hacerlo, porque cuando se volvía loco era el animal más terrible que haya visto nunca. Arrasaba bares y volcaba coches, rompía cabezas y llenaba de pánico los bajos fondos. Era el terror

en persona. Walt y yo imaginamos que el asesino fue algún tipejo del arroyo al que había molido a palos o algún traficante que no quería tipos blandos en su territorio. Investigamos a todos los traficantes conocidos de morfina y de heroína, grandes y pequeños, de Milwaukee a Chicago. Nada. Revisamos los antecedentes policiales de Johnny y comprobamos las víctimas de todos los atracos que había realizado. Mas de treinta tipos; la mayoría de ellos, transeúntes. Emitimos órdenes de búsqueda por todo el Medio Oeste. Ocho de ellos estaban en la cárcel, de Kentucky a Michigan. Hablamos con todos: nada. Hablamos con los indigentes que no estaban demasiado borrachos como para responder. Y, a los que lo estaban, los pusimos sobrios. Nada. Nada de nada por ninguna parte.

—¿Evidencias físicas? —pregunté—. ¿El informe del forense?

Lutz suspiró.

—Nada. Causa de la muerte: fractura de la médula espinal o pérdida masiva de sangre o shock, escoja lo que prefiera. El forense dijo que Johnny no estaba colocado de morfina cuando lo rajaron. Fue una sorpresa. Y por eso Walt y yo imaginamos que el tipo que se lo había cargado tenía que ser una bestia o un amigo de Johnny, alguien que lo conocía. ¿Quién pudo acuchillar a un tipo como ése, que, cuando estaba sobrio, tenía que ser un monstruo…?

—¿Tenía Johnny algún amigo?

—Sólo uno —contestó Lutz—. Un profesor de Química de Marquette. Era profesor; ahora es un borracho. El y Johnny solían emborracharse juntos por ahí. El tipo estaba majara. Acostumbraba a dar clases un semestre para dedicarse, el siguiente, a ir de parranda. Finalmente, los curas de Marquette se hartaron de aquello y lo echaron. Probablemente, todavía está en el arroyo; la última vez que lo vi, estaba oliendo gasolina delante de la Misión de Jesús el Salvador.

Lutz meneó la cabeza.

—¿Cómo se llama el tipo? —pregunté.

Lutz miró a Kraus y se encogió de hombros. Kraus hizo una mueca en su intento de recordar.

—¿Melveny? Sí, eso es: George Melveny, conocido como el Profesor, o el Potingues. Tiene una docena de alias en los bajos

fondos.

—¿Ultima dirección conocida? —inquirí.

Kraus y Lutz rieron al unísono.

—El banco del parque —respondió uno.

—La zanja del arroyo —puntualizó el otro. „

—Ni un duro.

—Ni un mendrugo.

Los dos detectives soltaron una carcajada.

—Me hago una idea —dije—. Permítanme una pregunta: ¿dónde conseguía morfina un indigente de barrios bajos como Johnny DeVries?

—Bueno —apuntó Floyd Lutz—, antes de que se enganchara a la droga era farmacéutico de profesión. Siempre imaginé que usaba el laboratorio del Potingues para fabricarla. Lo investigamos una vez, sin resultado. No acabo de entender dónde conseguía la droga; Johnny resultaba formidable, en algunos aspectos; uno tenía la impresión de que, en otro tiempo, había sido un tipo importante. —Sacudió la cabeza otra vez y miró a Kraus, que asintió.

Suspiré y dije que necesitaba un favor.

—Adelante —repuso Kraus—. Los amigos de Will Berglund son mis amigos.

—Gracias, Walt. Mire, Will me ha dicho que Johnny DeVries y su hermana tal vez participaron en un robo de drogas en el hospital Naval de Long Beach, California, durante la guerra. Los dos estaban destacados allí. ¿Podría usted llamar a la oficina de la Policía Militar del hospital? Una petición oficial por parte de la policía tendría cierto peso. Yo sólo soy un investigador de seguros y no querrán darme ni la hora. Si…

—¿Quiere usted pescar en el mismo río que nosotros, Underhill? —me interrumpió Lutz.

—Hasta el final. Una importante cantidad de morfina fue robada, lo sé a ciencia cierta. Y eso explicaría de dónde conseguía Johnny las partidas que vendía.

Kraus y Lutz cambiaron una mirada.

—Usa el teléfono del despacho del jefe —indicó Lutz.

Kraus se puso en pie y se encaminó hacia un cubículo situado en un rincón de la sala y festoneado de banderines de los Milwaukee

Braves.

—Todos los detalles, Walt —le gritó Lutz.

—Desde luego —dijo Kraus.

Miré a Lutz y le solté mi siguiente petición:

—¿Podría ver el expediente de DeVries?

Asintió y se dirigió a una hilera de archivadores situados al fondo de la sala. Hurgó en ellos durante cinco minutos y, finalmente, extrajo una carpeta y volvió hasta mí.

Me estaba poniendo nervioso. Kraus llevaba un buen rato al teléfono y sólo eran las seis de la mañana en Los Ángeles. La duración de la conversación a aquella hora temprana me resultó de mal agüero.

La carpeta llevaba una leyenda mecanografiada que decía: «DeVries, John Piet; 6-11-14.» La abrí. Cuando vi la serie de fotos policiales sujetas con grapas a la primera página, mis manos empezaron a temblar y mi mente se encogió y saltó al mismo tiempo. Tenía ante mis ojos el rostro de Michael Harris. Cada curva, cada plano y cada ángulo eran idénticos. Era más que un parecido de familia; se trataba de un parecido paterno-filial. Johnny era el padre de Michael, sin duda, pero ¿quién era la madre? No podía haber sido Marcella, era imposible. Con manos temblorosas pasé la primera hoja y sufrí un doble shock: cuando John DeVries había sido detenido por asalto y agresión en 1946, había indicado a Maggie Cadwallader, de Waukesha, Wisconsin, como familiar más cercano.

Dejé la carpeta y, de pronto, me di cuenta de que me faltaba el aire. Floyd Lutz ya había corrido al dispensador y en aquel instante me arrojaba agua a la cara con un vaso de papel.

—¿Underhill? —decía—. ¿Underhill? ¿Que carajo le sucede? ¿Underhill?

Salí del trance. Me sentí como un loco a quien hubiera devuelto la razón alguna visita divina. Como alguien que viera la realidad por primera vez.

Me obligué a hablar con calma.

—Estoy bien. Ese tipo, DeVries, me ha recordado a alguien que conocí de pequeño. Eso es todo.

—¿Trata de ocultarme algo, Underhill? Amigo, da la impresión

de que acabase de volver de Marte.

—¡Ja, ja!

Mi risa sonó falsa incluso a mis oídos y, para evitar más preguntas, repasé los antecedentes de John DeVries: montones y montones de detenciones por ebriedad, por asalto y agresión, por robos menores y por invasión de la propiedad privada y una decena de encarcelamientos de treinta y cuarenta y cinco días en la cárcel del condado de Milwaukee, pero ningún delito de sangre. No había más menciones a Maggie Cadwallader y ninguna a Marcella, ni a hijos.

Cuando terminé levanté la mirada y vi que Walt Kraus me observaba.

—He tocado varias teclas y he dado con lo que usted quería —me informó—. El robo fue un asunto grande; sucedió en un portaaviones con destino al Pacífico. Cuarenta kilos de morfina, suficiente para suministrar a todos los barcos-hospital de la flota y más. Tres enlaces de la Marina lo custodiaban. Alguien les administró algo y perdieron el conocimiento. El robo se produjo a las tres de la mañana. La enfermería fue saqueada. El hecho no se hizo público porque los jefazos de la Marina consiguieron ocultarlo. Las sospechas recayeron sobre DeVries, su hermana y dos tipos más; todos ellos estaban asignados a los suministros farmacéuticos, pero tenían coartadas sólidas. Fueron interrogados repetidas veces, encarcelados como testigos materiales y, finalmente, puestos en libertad. Nunca consiguieron recuperar la droga. Ellos…

—¿Cómo se llamaban los otros dos sospechosos? —lo interrumpí.

Kraus consultó unos papeles que tenía en las manos.

—Los auxiliares de farmacia Lawrence Brubaker y Edward Engels. Underhill, ¿qué demonios le sucede?

Me puse en pie y Kraus, Lutz y el resto de la sala de brigada formaron un remolino ante mis ojos.

—¿Underhill? —dijo Lutz mientras empezaba a marcharme—. ¡Underhill!

—Llamen a Will Berglund —creo que respondí.

No sé cómo, salí de la comisaría y me encontré bajo el intenso sol de Milwaukee. Cada coche y cada transeúnte de la calle, cada

fragmento de escena por el que pasaba, cada inundación del paisaje urbano de ladrillo rojo típico del Medio Oeste, me resultó tan asombroso e increíble como la primera visión de la vida para un bebé al asomar la cabeza fuera del útero.

21

En la guía telefónica de la zona Milwaukee-Waukesha aparecía un solo Cadwallader: la señora Marshall Cadwallader, Cutler Park Avenue, 311, Waukesha. En vez de llamar, fui directamente hacia allí por la autopista de Blue Mound.

Cutler Park Avenue era una manzana de casas de pueblo, antaño elegantes, convertidas en apartamentos y bloques de cuatro pisos. Al otro lado de la calle, se hallaba Cutler Park, «la mayor exposición de auténtica artesanía india de todo Wisconsin».

Aparqué mi coche de alquiler y busqué el 311. Advertí que, inexplicablemente, la numeración de las casas no seguía un orden lógico. El 311 estaba al final de la manzana y correspondía a un edificio de dos plantas vigilado por un jinete de yeso con el brazo extendido. La puerta delantera estaba abierta, y el directorio del pequeño vestíbulo me indicó que la señora Marshall Cadwallader vivía en el apartamento 103.

Intuía que la señora Marshall Cadwallader era una viuda, lo cual me convenía, ya que siempre resultaba más fácil interrogar a una mujer sola.

Al recordar las fotos que Maggie me había mostrado de su padre y la audacia de su expresión, mi corazón se aceleró. Recorrí un pasillo decorado con pinturas baratas de plantaciones sureñas hasta que encontré el número 103. Llamé y abrió la puerta la mismísima imagen de Margaret Cadwallader si hubiera llegado a los sesenta y cinco años.

Sobresaltado por esta transposición de tiempo y espacio, mi ya

habitual tapadera de investigador de una agencia de seguros se vino abajo y tartamudeando, dije:

—Se… señora Cadwallader, soy amigo de su difunta hija. Inves… investigué su… —La mujer palideció mientras yo vacilaba. Parecía asustada y creí que iba a cerrarme la puerta en las narices. Recobré la compostura y proseguí—: Investigué su muerte para el Departamento de Policía de Los Ángeles en el año 51. Ahora trabajo para una aseguradora. —Le tendí una de mis tarjetas, autosugestionándome para creer que era realmente a eso a lo que me dedicaba.

—Y usted cree… —dijo la mujer al tomar la tarjeta.

—Creo que la muerte de Margaret está relacionada con otras.

La señora Cadwallader me hizo pasar a su modesta sala de estar. Me senté en un sofá cubierto con una manta de los indios navajos y ella tomó asiento en una silla de mimbre, delante de mí.

—¿Fue amigo de Margaret? —preguntó.

—No, lo siento… Quiero decir que… No, que no es así. Yo fui uno de los cuatro detectives asignados al caso. Nosotros…

—Ustedes arrestaron a un inocente y el tipo se suicidó —me interrumpió la señora Cadwallader en tono prosaico—. Recuerdo su foto en los periódicos. Perdió su trabajo. Lo acusaron de comunista. Recuerdo que, en esos momentos, pensé lo triste que era todo, que usted había cometido un error y que tenían que librarse de usted y por eso lo llamaron comunista.

Fui presa de una sensación de absolución de lo más peculiar.

—¿Por qué ha venido? —preguntó la señora Cadwallader.

—¿Conoció a una mujer llamada Marcella DeVries Harris? —pregunté a mi vez.

—No. ¿Era hermana de Johnny DeVries?

—Sí. La asesinaron en Los Ángeles el año pasado. Creo que su muerte está relacionada con la de Margaret.

—Dios mío.

—Señora Cadwallader, ¿tuvo Margaret algún hijo fuera del matrimonio?

—Sí —repuso en tono grave, pero sin avergonzarse.

—¿En 1945, más o menos?

—El 29 de agosto de 1945.

—¿Un chico?

—Sí.

—Y el niño…

—¡Lo entregaron en adopción! —gritó inesperadamente la señora Cadwallader—. ¡Johnny era un toxicómano, pero Maggie tenía muy buen corazón! ¡De la familia Cadwallader-Johnson! Habría podido encontrar un buen marido que la amase, incluso con el bebé de otro hombre. ¡Maggie era buena chica! ¡No tenía por qué liarse con drogadictos! ¡Era una buena chica!

Me acerqué a la abuela de Michael Harris y rodeé sus temblorosos hombros con mi brazo.

—Señora Cadwallader, ¿qué ha sido del niño de Maggie? ¿Dónde nació? ¿A quién lo entregaron?

—Mi nieto nació en Milwaukee —respondió la mujer, soltándose de mi abrazo—. Un médico sin título asistió en el parto. Yo cuidé de Maggie después del nacimiento. Mi marido murió el año pasado, he perdido a Maggie y ni siquiera he visto nunca a mi nieto.

—¿Qué fue del niño?

—Johnny lo llevó a un orfanato cerca de Fond du Lac —explicó la señora Cadwallader entre unos sollozos entrecortados que le impedían derramar lágrimas—. Era de una secta religiosa en la que él creía y nunca volví a ver al niño.

—Tal vez algún día lo vea —dije en voz baja.

—¡Oh, no! ¡Sólo la mitad de él es de mi Maggie! ¡La mitad muerta! ¡La otra mitad es de ese holandés gigantesco, drogadicto y asqueroso, y ésa es la parte que sigue viva!

No pude discutir con su lógica, estaba más allá de mi incumbencia. Encontré un bolígrafo en una mesa baja, escribí mi número de teléfono auténtico en la parte trasera de mi tarjeta falsa y le tendí ésta a la señora Cadwallader.

—Llámeme a casa dentro de un mes, aproximadamente —le dije—. Le presentaré a su nieto.

La señora Cadwallader miró mi tarjeta con expresión de incredulidad. Le sonreí, pero no reaccionó.

—Créame —le dije. Era obvio que no me creía. La dejé en silencio, con la vista clavada en la alfombra de la sala, intentando excavar una vía para escapar de su pasado.

Mi bebé. Mi amor.

¿Dónde está?

Se lo llevó su padre.

¿Estás divorciada?

No era mi marido, era mi amante. Murió a causa de su amor por mí.

¿Cómo es eso posible, Maggie?

No puedo decírtelo.

¿Qué le ocurrió al niño?

Está en un orfanato en el Este.

¿Por qué, Maggie? Los orfanatos son lugares terribles. ¡No digas eso! ¡No puedo tenerlo conmigo!

Recorrí Cutler Park en busca de un teléfono público. Cuando lo encontré, consulté mi reloj. Las diez y cuarto. Las ocho y cuarto en Los Ángeles. Cincuenta por ciento de posibilidades. O Doc o Michael responderían al teléfono.

Marqué el número de la operadora y me indicó que introdujera noventa centavos. Inserté las monedas y oí la señal de llamada.

—¿Hola? —Era la inconfundible voz de Michael. Toda mi alma se ensanchó, aliviada.

—Mike, soy Fred.

—¡Hola, Fred!

—Mike, ¿te encuentras bien?

—Sí.

—¿Dónde está tu padre?

—Durmiendo, en su habitación.

—Entonces, habla en voz baja.

—¿Qué ocurre, Fred?

—Mike. ¿Dónde has nacido?

—¿Qué? En Los Ángeles. ¿Por qué?

—¿En qué hospital?

—No lo sé.

—¿Cuándo es tu cumpleaños?

—El 29 de agosto.

—De 1945.

—Sí. Fred…

—Mike, ¿qué ocurrió en la casa de Scenic Avenue? —¿La casa…?

—Ya lo sabes, Mike, la casa donde estuviste mientras tu madre salió de viaje, hace cuatro años…

—Fred, yo…

—¡Dímelo, Mike!

—Papá hizo daño a los tipos. Papá dijo que esos tipos nunca volverían a hacer daño a los niños pequeños.

—Pero a ti no te hicieron daño, ¿verdad que no?

—¡No! Conmigo fueron muy amables. Se lo dije a papá. —La voz de Michael se había convertido en un agudo lamento. Temí que fuera a despertar a Doc.

—Ahora tengo que irme, Mike. ¿Me prometes que no le contarás a tu padre que he llamado?

—Sí, lo prometo.

—Te quiero, Mike —le dije, sin dar crédito a mis oídos y antes de que él pudiera responder.

En esta ocasión, me tomó veinticinco minutos escasos recorrer el camino de vuelta a Milwaukee. La autopista de Blue Mound se había convertido en una vieja amiga en el transcurso de tres atormentadas horas.

Dentro una vez más de los límites de la ciudad, donde la autopista se convertía en Wisconsin Avenue, me detuve en una gasolinera y pregunté dónde quedaban la Universidad Marquette y los bajos fondos de Milwaukee.

—Están uno al lado del otro —me informó el joven dependiente —. Siga Wisconsin Avenue hasta la Veintisiete, doble a la izquierda y siga recto hasta llegar a la calle State. No deje de respirar, pero tápese la nariz.

La Universidad Marquette ocupaba diez grandes manzanas en la periferia de unos bajos fondos comparables a la calle Cinco de L.A. en miseria y desesperación: bares, licorerías, bancos de sangre y misiones religiosas de todos los credos y sectas imaginables, dedicadas a salvar almas. Aparqué el coche en la Veintisiete con State y caminé, esquivando corros de borrachos y traperos que se pasaban botellas de vino y gesticulaban entre sí de manera

frenética, barboteando en un lenguaje de ebriedad cargado de soledad y resentimiento.

Aparté la vista de la calle cinco segundos y caí al suelo; había tropezado con un viejo, desnudo de cintura para arriba, y de cintura para abajo envuelto en un abrigo de tweed empapado en gasolina. Me puse en pie, me sacudí el traje y luego intenté ayudar al viejo. Quise levantarlo tomándolo por los brazos y vi que los tenía cubiertos de llagas, lo cual me hizo dudar. El lo advirtió y se puso a cloquear. Entonces quise agarrarlo por el abrigo pero rodó por el suelo, alejándose de mí para caer en una zanja, llena de agua de alcantarilla y colillas. Me soltó una maldición y me mandó a la mierda con un gesto.

Lo dejé y seguí caminando. Al cabo de tres manzanas, advertí que no tenía un destino concreto y que, además, los habituales de aquel barrio marginal me habían tomado por poli: mi tamaño y mi traje de verano despertaron miradas de odio y de miedo, y si jugaba bien aquella baza quizá se convirtiera en una ventaja que no perjudicaría a nadie.

Recordé lo que Kraus y Lutz me habían dicho: George Melveny, *el Profesor*, George Melveny, *el Potingues*, antes profesor de Química, visto por última vez inhalando gasolina frente a la Misión de Jesús el Salvador. Era casi mediodía y hacía un calor insoportable. Me apetecía quitarme la chaqueta pero no podía: los habitantes de los bajos fondos verían que no iba armado. Me detuve sobre mis pasos y miré la calle en todas direcciones: ni rastro de la Misión de Jesús el Salvador. Me dejé llevar por un impulso, entré en una licorería y compré veinte botellas pequeñas de moscatel Golden Lake. Mientras pagaba, mi hígado se sobrecogió, y el dueño, que metía aquel veneno en una gran bolsa de papel, me miró de la forma más extraña que nadie me había mirado jamás. Le pregunté dónde estaba la Misión de Jesús el Salvador, y con una risita tonta señaló hacia el este, donde la calle terminaba a la orilla del río Milwaukee.

Al acercarme a la misión, divisé una cola de indigentes de aspecto hambriento, de media manzana de longitud, a la espera de su comida del mediodía. Algunos de ellos advirtieron mi llegada y

se dieron codazos, señalando aquella invasión violenta de mal agüero. Se equivocaban. Era Navidad en pleno mes de junio.

—¡Ha llegado Santa Claus! —grité—. Santa Claus ha hecho una lista, la ha repasado dos veces y ha decidido que todos vosotros os merecéis un trago.

Cuando vi que todos me miraban asombrados, saqué una botella y añadí:

—¡Vino gratis para todos! ¡Dinero gratis para el que me diga donde puedo encontrar a George Melveny, *el Potingues*!

Se produjo una estampida hacia mí. La Misión de Jesús el Salvador y su triste almuerzo quedaron olvidados. Yo era el que tenía lo bueno, y mendigos borrachos de ambos sexos empezaron a alzar los brazos, con trémulas manos, en dirección a la bolsa de papel marrón que yo había puesto fuera de su alcance sobre mi hombro. Me dieron información, pistas, conclusiones erróneas, epítetos.

—Joder, tío.

—El Potingues, el Cola.

—¡La Hermana Ramona!

—¡Un pellejo!

—¡Dame, dame, dame!

—¡Habla con la hermana!

—¡Repartidores!

—¡El Cola!

—Dios mío, Dios mío.

—¡Guau!

La multitud amenazaba con tirarme a la alcantarilla por lo que dejé la bolsa de papel marrón en la acera y retrocedí mientras los borrachos se lanzaban sobre ella como buitres. Hubo empujones y codazos y dos hombres se enzarzaron en una lucha, rodando por el suelo y clavándose las uñas en la cara.

Al cabo de pocos instantes, las botellas que no se rompieron ya tenían dueño y la triste horda de borrachínes se dispersó a ingerir su medicina, salvo uno de ellos, un hombre de aspecto especialmente débil y abatido, con unos pantalones harapientos, una camiseta de los Braves de Milwaukee y una gorra de béisbol de los Chicago Cubs. Se quedó mirándome y esperó a la cabeza de la

cola para la comida, junto con otros pocos indigentes a los que no les había interesado mi oferta.

Me acerqué a él. Era rubio y su piel blanca se había quemado hasta alcanzar un brillante rojo canceroso de tantos años de vivir a la intemperie.

—¿Tú no bebes? —le pregunté.

—Puedo beber o no beber —repuso—. A diferencia de muchos otros.

—Bien dicho. —Reí.

—¿Para qué quiere ver al Potingues? No hace mal a nadie.

—Sólo quiero hablar con él.

—Lo único que quiere es inhalar su trapo en paz. No necesita que ningún pasma lo moleste.

—Yo no soy un pasma. —Me abrí la chaqueta para que viese que no iba armado.

—Eso no demuestra nada —dijo.

—Trabajo para una compañía de seguros —mentí tras soltar un suspiro—. Marquette le debe algo de dinero a

Melveny de una antigua reclamación laboral. Por eso quiero verlo.

Advertí que el hombre me creía. Saqué de la cartera un billete de cinco dólares y se lo pasé por delante de la cara. El lo agarró.

—Vaya a ver a la Hermana Ramona. Está a cuatro manzanas de aquí, hacia el oeste. Tiene un letrero en la puerta que pone «Se necesitan repartidores de propaganda». Ultimamente, el Potingues trabajaba para ella.

Le creí. Su orgullo y su dignidad transmitían autoridad. Me encaminé hacía donde me había indicado.

La Hermana Ramona era una médium cuyas presas se hallaban en la supersticiosa clase media baja de Milwaukee. Eso me lo explicó un tal Waldo, un viejo indigente que mataba el rato frente al establecimiento donde la Hermana reclutaba borrachos y desechos del banco de sangre que transmitían su mensaje a los enclaves más pobres de la ciudad mediante unos boletines entregados en mano. Les pagaba en botellas de dos litros de vino

que compraba al mayor, tiradas de precio, a un inmigrante italiano que elaboraba el brebaje en Chicago. El tipo aumentaba la graduación con alcoholes puros de cereales, con lo que el vino adquiría la fuerza de un licor de cincuenta grados.

La Hermana Ramona quería tener contentos a sus chicos. Les proporcionaba sitio para dormir a la intemperie en el aparcamiento del cine del que era propietaria, los alimentaba con tres emparedados de queso al día, los trescientos sesenta y cinco días del año, y les pagaba la fianza para que salieran de la cárcel si prometían devolver el dinero donando sangre gratis en el banco que poseía su hermano, un ginecólogo al que recientemente habían desposeído de su licencia por meter el dedo en el agujero indebido a demasiadas pacientes.

Toda esa información me llegó en un torrente de palabras que yo no había pedido. Waldo siguió explicando que lo único malo de la Hermana Ramona era que sus chicos la palmaban de cirrosis y congelados de frío en el invierno cuando el aparcamiento quedaba cubierto de una nieve que ella nunca se molestaba en quitar. La buena Hermana tenía muchas bajas, sí señor, dijo Waldo, pero siempre había más personal que reclutar: la Hermana era una especialista en buenos vinos y les daba emparedados de queso calientes. Y no tenía prejuicios, no señor. Daba trabajo tanto a los negros como a los blancos, los alimentaba por igual y todos dormían en el mismo sitio: el aparcamiento.

Cuando saqué un billete de cinco dólares y pronuncié las palabras «George Melveny, *el Potingues*», Waldo abrió los ojos como platos y, en un tono de voz reservado para Shakespeare y Beethoven, dijo:

—El Genio.

—¿Por qué es un genio, Waldo? —pregunté, mientras él, con toda destreza, me quitaba el billete de la mano.

—¡Porque es listo, por eso! —exclamó—. ¡Profesor de la Universidad de Marquette! La Hermana lo hizo jefe de una brigada de repartidores hasta que ya no pudo conducir más. No duerme en el aparcamiento, sino en la playa del lago, y en invierno en el cuarto de las calderas de Marquette. Es tan listo que la Hermana no le paga con priva, pues ha dejado de beber. Le paga con maquetas

de aviones, porque le gusta mucho construirlas y darle a la cola. ¡El Potingues es un genio!

Sacudí la cabeza.

—¿Qué pasa, tío? —preguntó Waldo.

—¿Tú crees que esa información vale cinco dólares?

—¡Pues claro que sí!

—Yo también. ¿Quieres otros cinco?

—¡Sí, tío!

—Entonces, llévame a ver al Potingues.

—¡Seguro, tío!

Recorrimos las callejas de los barrios bajos de Milwaukee achicharrados de calor dentro del coche hasta que encontramos parejas de pordioseros lanzando propaganda a los jardines y porches delanteros. Algunos de ellos, los más arriesgados, las metían en los buzones.

—Esto es lo que la Hermana llamaría un «bombardeo de saturación». Bombardearlos hasta llevarlos a su consulta, dice.

—¿Cuánto cobra?

—¡Tres dólares! —gritó Waldo.

—La vida es como una patada a la lógica, ¿no crees, Waldo? —pregunté, sacudiendo la cabeza.

—Para mí es más como una patada en el culo —respondió.

Seguimos recorriendo la zona media hora más. Vimos a todos sus colegas repartidores, pero el Potingues no se encontraba con ellos. El cansancio se estaba apoderando de mí, pero sabía que no podía dormirme.

—¡La tienda de juguetes! —exclamó Waldo finalmente, al tiempo que empezaba a indicarme direcciones. Lo único que entendí fue «lago Michigan», por lo que dirigí el coche hacia una gran extensión azul marino, visible desde el punto elevado en el que nos hallábamos. Enseguida encontramos Lake Drive, y Waldo empezó a asomar la cabeza por la ventanilla en busca del Pontigues.

—¡Ahí! —gritó, indicando una hilera de tiendas de un moderno centro comercial—. Eso es.

Me detuve y por fin divisé una tienducha llamada El Refugio del

Maquetista de Harry. A mi cerebro cansado y aturdido le costó lo suyo, pero finalmente comprendió que Harry era el proveedor de cola de George Melveny.

—Quédate aquí, Waldo —dije. Aparqué, me apeé y entré en la pequeña tienda.

Harry *el Contento* no tenía pinta de estar contento. Era un tipo gordo, de mediana edad y con aire de odiar a los niños. Miraba desconfiadamente a unos cuantos de ellos que jugaban a bombardearse con sus aviones de madera de balsa y gritaban «Zuuum, crrrc, psss». De repente me sentí muy cansado y con muy poco humor para aguantar al gordo que, por expresión, parecía que quisiera vender su alma al diablo a cambio de una conversación con un adulto.

—George Melveny, *el Potingues* —dije, plantándome ante él.

—Oh, mierda —replicó él.

—¿Por qué «oh, mierda»? —inquirí.

—Por nada. Había imaginado que era usted policía o algo así y que el Potingues se había quemado otra vez.

—¿Le ocurre a menudo?

—No, le ha ocurrido un par o tres de veces. Se le olvida y enciende un cigarrillo cuando tiene la barba cubierta de cola. Por culpa de eso ya no le queda mucha cara, y tampoco es que le quede mucho cerebro, pero qué más da, ¿verdad, agente?

—No soy policía. Investigo para una compañía de seguros. Al señor Melveny se le acaba de conceder una indemnización laboral. Si me dice dónde encontrarlo estoy seguro que le agradecerá el detalle comprándole cola al por mayor.

Harry se lo creyó todo sin cambiar de expresión.

—El Potingues ha comprado tres modelos esta mañana. Supongo que habrá ido a la playa a jugar con ellos.

Sin darle tiempo a decir nada más, salí de la tienda y le dije a mi guía turístico que íbamos a peinar la playa.

Lo encontramos sentado en la arena, mirando las pequeñas olas blancas y revoltosas del lago Michigan con un montón de piezas de plástico en el regazo. Le tendí cinco dólares a Waldo y le pedí que

se perdiera. Antes de marcharse, me dio las gracias efusivamente.

Miré al Potingues por un instante. Era alto, y su rostro, anguloso y demacrado hasta lo indecible, estaba surcado de capas de piel blanca bajo unas cicatrices que terminaban en unos bordes de color rojo encendido. Su cabello rubio y enmarañado le caía a un lado de la cabeza y en su barba rojiza brillaba una sustancia transparente y pegajosa que él se arrancaba con expresión ausente. Con un calor de más de treinta grados y sin brisa, vestía unos pantalones de lana y un jersey de marinero de cuello alto.

Me acerqué hasta él y observé lo que tenía en el regazo mientras él miraba, boquiabierto, a unos niños que hacían castillos de arena. Sus manos huesudas y con cola incrustada sostenían el chasis de plástico de un Ford de 1940 pegado al fuselaje de un bombardero B-52. En la panza del avión había pegados, boca abajo, unos diminutos guerreros indios con arcos, flechas y tomahawks, que se peleaban entre sí.

El Potingues reparó en mi presencia y debió de advertir cierta tristeza en mi mirada porque dijo en voz baja:

—No estés abatido, hijo. La Hermana tiene un agradable refugio para ti, y yo también estuve en la guerra. No estés triste.

—¿Qué guerra, señor Melveny?

—La que vino después de la de Corea —repuso—. Por aquel entonces, yo estaba en el Proyecto Manhattan. Me dieron ese trabajo porque era quien solía preparar los manhattans para los padres. Los vasos bien llenos, con pequeñas cerezas al marrasquino. Poníamos velas de cera virgen por todas partes. Los propios padres eran vírgenes, y podrían haberles dicho a las hermanas que se enrollaran, pero ellas también eran vírgenes. Como Jesús. Podrían haberlos despedido, como a mí, y dejar que las hermanas trabajaran para la Hermana. —Alzó el trozo de plástico que tenía en la mano para que yo lo viera—. ¿Te gusta mi barco? —preguntó.

—Muy bonito —respondí—. ¿Por qué te despidieron, George?

—Yo antes era George, así me llamaba, pero ahora soy el pájaro de la cola, el Potingues. ¡Cua, cua, cua! Antes yo era George, lo juro por George, y según yo, era George, pero los padres no lo sabían. ¡No les importaba!

—¿Qué no les importaba, George?

—¡No lo sé! Antes, cuando era George, lo sabía, pero ya no lo sé.

Me arrodillé junto al viejo y le pasé la mano por el hombro.

—¿Te acuerdas de Johnny DeVries, George?

El Potingues enrojeció y empezó a temblar.

—El gran John, el gran John, cabeza cuadrada, comedor de chucrut. Podía recitar la tabla de elementos al revés. ¡Tenía la polla del tamaño de un bratwurst! ¡Dos metros y medio de estatura! ¡El gran John! ¡El gran John!

—¿Era amigo tuyo?

—¡Amigo muerto! ¡Hombre muerto! Guy Fawkes. ¡Bienvenida de nuevo, Amelia Earthart! ¡El gran John redivivo! ¡El gran John resucitado! ¡No sabía un pijo, un pepino ni un carajo, pero yo le enseñé, lo juro por George, le enseñé!

—¿De dónde sacaba la morfina?

—¡El negrata tenía el material, tenía todo el pastel! ¡Johnny sólo tenía las migajas!

—¿Quién mató a Johnny, George? —le pregunté, sacudiéndole los hombros.

—¡El negro de mierda tenía el pastel y johnny sólo las migajas! ¡Johnny sólo migajas! ¡Johnny dijo que el rebanador pagó al pato, que el rebanador vendría por mí, pero yo tengo mis diarios en el monasterio! ¡Buda apresará al asesino! ¡Y convertirá mis memorias en un bestseller!

Sacudí más fuerte al Potingues hasta que su barba pringada de cola quedó ante mi cara.

—¿Quién es el rebanador, maldita sea?

—No hay Dios, Johnny, amiguito. Los budistas tienen el libro y no creen en Jesús. ¡Y claro, donde las dan las toman, y Jesús no cree en Buda! ¡George no cree en George, lo juro por George y lo dice George!

Solté al Potingues. Graznó a las gaviotas que volaban a la orilla del lago y agitó los enclenques brazos anhelante de unirse a ellas. En el caso improbable de que Dios existiera, elevé una pequeña plegaria por él. Caminé de regreso al coche sabiendo que había expurgado lo suficiente en su devastada mente para que me llevara, como mínimo, hasta Fond Du Lac.

22

Alquilé una habitación en un hotel de la autopista de Blue Mound y dormí dieciséis horas seguidas. Soñé que Michael y Lorna flotaban en botes salvavidas en un mar de pegamento de avión. Desperté casi al alba y llamé a Will Berglund, a Tunnel City. ¿Tenía el Corazón Clandestino algún monasterio cerca de Fond Du Lac? Sí, respondió con voz adormilada. ¿Tenía allí un orfanato? La respuesta fue que no. Antes de colgar, conseguí que me explicara al detalle la ruta más recta para dar con la orden. Will Berglund se desperezó al notar la ansiedad de mi tono de voz y dijo que llamaría al prelado del monasterio para anunciarle mi llegada.

Me detuve a poner gasolina y a tomar un desayuno rápido y salí hacia el norte en dirección a los lagos, convencido de que lo que me esperaba en el Monasterio del Corazón Clandestino no tendría nada de aburrido.

Dos horas más tarde, rodeaba un lago azul, liso como un cristal, salpicado de pequeñas embarcaciones de placer. La gente tomaba el sol apretada en la estrecha orilla arenosa y los bosques de pinos que rodeaban Fond Du Lac estaban repletas de familias de turistas con las cámaras colgando del cuello.

Seguí las instrucciones que me había dado Will Berglund: seguir el lago entre colinas hasta unas tierras de cultivo, dejar atrás tres casas de campo y continuar un par de kilómetros hasta la carretera en que había un rótulo con los símbolos de los grandes credos.

Encontré la carretera de montaña, las tierras de cultivo y las tres casas. Hacía calor, casi treinta y cinco grados, pero cuando tomé la carretera mi sudor se debía más a la expectación y al nerviosismo que sentía. Atajé medio kilómetro por un bosque de pinos hasta salir a un claro donde se alzaba un sencillo edificio de cemento encalado, de tres pisos de altura, sin ornamentación alguna, sin estilo arquitectónico y sin carteles de bienvenida. Junto al edificio había una zona de aparcamiento. Los vehículos estacionados eran también tan ascéticos como el edificio: viejos jeeps de la Segunda Guerra Mundial y un sedán Willys de antes de la guerra. Todos parecían en buen estado.

Contemplé el gran portón de madera como si esperara algún milagro austero. Poco a poco, me di cuenta de que estaba asustado y de que no quería entrar en el monasterio. El descubrimiento me sorprendió y, en un reflejo, salté del coche y corrí hasta la puerta y llamé a ella con toda la fuerza de mi puño.

El hombre que respondió tenía un aspecto fresco, muy aseado. Menudo y de aire refinado, me dio la impresión, en cambio, de que había conocido tiempos peores y los había remontado. Asintió con modestia y me invitó a entrar en un largo pasillo del mismo cemento encalado que el exterior del edificio.

Al fondo del pasillo distinguí una especie de sala de reuniones o de adoración.

El hombre, cuya edad podía oscilar entre los treinta y los cuarenta y cinco, me explicó que el prelado estaba con su esposa y que me recibiría en unos minutos.

—Así, ¿ustedes pueden casarse? —pregunté.

No respondió. Se limitó a empujar una puertecita de madera y a invitarme a entrar.

—Espere aquí, por favor —me dijo, y cerró la puerta cuando hube pasado. Se trataba de una celda monacal, sin adornos y con muy poco mobiliario. Comprobé la puerta. Estaba abierta. De hecho, no tenía ningún mecanismo para cerrarla. Era libre de marcharme si quería. Había también una ventana sin barrotes, más o menos a la altura de los ojos de un hombre alto. Me asomé y vi un jardín detrás del monasterio. Un hombre con un sucio mono de trabajo estaba cavando un campo de rábanos. Me llevé los dedos a

la boca y le lancé un silbido. El labriego volvió la cabeza hacia mí, me dirigió una ancha sonrisa, agitó la mano y volvió al trabajo.

Durante cinco minutos, contemplé la bombilla desnuda que iluminaba la celda. Por fin, mi escolta regresó y me anunció que Will Berglund se había puesto en contacto con el prelado y que éste estaba impaciente por recibirme y ofrecerme toda la ayuda posible. Añadió a ello que, si bien los miembros de la orden del Corazón Clandestino renunciaban a las pompas del mundo, reconocían su deber de participar en los asuntos urgentes de éste. De hecho, dicho deber era, en muchos aspectos, el dogma central de su fe. Toda su palabrería era tan ambigua como la del resto de discursos religiosos que había oído en mi vida, pero no se lo dije al hombre. Me limité a asentir en silencio y esperé que mi expresión pareciese adecuadamente reverente.

El me indicó el camino. Pasamos por una sala de ceremonias y entramos en otra salita, casi el doble de grande que la celda de antes, amueblada ésta con dos sillas plegables metálicas en cuyo respaldo llevaban grabado «Hospital General de Milwaukee». Mi acompañante me dijo que el prelado se reuniría conmigo en unos instantes y salió por la puerta, que dejó ligeramente entornada.

El prelado apareció un minuto después. Era un hombre robusto, macizo, de cabello negro azabache y perilla muy oscura. Probablemente pasaba de los cuarenta, pero también en su caso resultaba difícil precisar su edad. Cuando entró en la salita, me puse de pie. Nos estrechamos la mano y mientras me indicaba que me sentara otra vez, me dirigió una mirada que indicaba que estaba muy interesado. Tomó asiento y soltó un sonoro eructo. Era una manera perfecta de romper el hielo.

—Jesús —exclamé espontáneamente, y el hombre se rió.

—No, no. Yo soy Andrew, Andrés, que ni siquiera era uno de los apóstoles. ¿Está usted versado en las Escrituras, señor Underhill?

—Lo estuve. Me obligaron a ello, pero no soy lo que podría llamarse un creyente.

—¿Y su familia?

—No tengo familia, y mi esposa es judía.

—Entiendo. ¿Qué impresión le ha causado Will Berglund?

—La de un hombre corroído por la culpa, decente y cortés.

Quizá muy inteligente.

Andrew sonrió.

—¿Qué le ha contado Will de nuestra orden? —inquirió.

—Nada —respondí—, pero reconozco que debe de significar cierto desafío al intelecto, o un hombre con su inteligencia no se habría mostrado tan entusiasmado con ella. Pero lo que me interesa es saber por qué John DeVries…

—Hablaremos de John más tarde —me interrumpió Andrew—. Y lo que a mí me interesa es qué piensa hacer con la información que yo pueda darle.

El entorno ascético y la voz paciente de Andrew empezaron a irritarme, y noté que empezaba a nublárseme la vista.

—Escuche, maldita sea —mascullé—. John DeVries fue asesinado. Su hermana, también. Estamos hablando de vidas, no de homilías bíblicas. Ab…

Me detuve.

Andrew se había puesto pálido, y sus enormes ojos pardos se nublaron de pena.

—¡Oh, Dios, Marcella…! —susurró.

—¿Usted la conocía?

—Entonces, era cierto que…

—¿Qué era cierto, maldita sea?

Andrew titubeó mientras yo intentaba controlar mi excitación. Se miró las manos. Le di unos momentos para que se calmara y luego añadí, con suavidad:

—¿Qué es lo que era cierto, Andrew?

—El mes pasado, Marcella nos dijo a mí y a mi esposa que corría peligro, que su marido quería la custodia de su hijo, que iba a secuestrarlo.

—¿El mes pasado? ¿Vio usted a Marcella Harris el mes pasado? ¿Dónde?

—En Los Ángeles. En una población horrible al este de la ciudad, El Monte. Marcella telefoneó a mi esposa. Dijo que necesitaba vernos, que necesitaba consejo espiritual. Nos mandó el dinero para los pasajes y volamos a Los Ángeles. Nos reunimos con Marcella en un bar de El Monte y…

—¿Un sábado por la noche? ¿El 21 de junio? ¿Su esposa lleva

una cola de caballo rubia?

—Sí, pero ¿cómo sabe eso?

—Lo leí en los periódicos. La policía de Los Ángeles los buscaba a ustedes como sospechosos del asesinato de Marcella. La mataron aquella misma noche, un rato después de que los dejara en el bar. Debería haberla escuchado, Andrew.

Dejé que mis palabras penetraran en él, y vi que se hundía en la pena. La calma de aquel pesar resultaba irritante. Tuve la sensación de que ya estaba negociando con Dios una manera de salir del apuro.

—¿Cuándo conoció a Marcella? —le pregunté con suavidad—. Cuénteme cómo fue que le pidió ayuda el mes pasado.

Andrew adoptó una postura casi suplicante. Cuando habló, lo hizo con voz suave:

—Marcella llegó a la orden hace cuatro años. Will Berglund le había hablado de nosotros. Estaba inquieta. Me dijo que iba a suceder algo terrible y que no tenía forma de detenerlo. Le dije que la Orden del Corazón Clandestino es una disciplina espiritual basada en las buenas obras anónimas. Contamos con unos cuantos patrocinadores ricos que poseen una imprenta que publica nuestros pequeños folletos, pero, fundamentalmente, nos ocupamos de nuestros campos, que nos sirven para mantenernos y dar de comer a los hambrientos. Realizamos tres horas de meditación en silencio al día y una jornada de ayuno a la semana. Pero, sobre todo, viajamos a las ciudades. Distribuimos nuestros folletos en las misiones de los barrios bajos, en las capillas de las cárceles, allí donde hay personas solitarias y desesperadas. Recorremos las calles y recogemos a los borrachos, los alimentamos y les damos consuelo. No buscamos nuevos miembros de forma activa; la nuestra es una disciplina severa, no es para los caprichosos. Y somos anónimos: no nos vanagloriamos del bien que hacemos. Le expliqué todo esto a Marcella cuando hablamos en el 51. Ella dijo que lo comprendía y así fue. Era una trabajadora infatigable. Cogía mendigas de la calle, las bañaba y las vestía y gastaba de su bolsillo para comprarles ropa. Ofrecía amor como nunca había visto hacerlo a nadie. Esperaba a la puerta de la cárcel de Milwaukee County y conducía a los presos liberados a la ciudad y hablaba con ellos y los invitaba a

cenar. Montaba guardias de veinticuatro horas a la puerta de la sala de urgencias del Hospital General de Waukesha, ofreciendo sus servicios de cuidadora y rezando por las víctimas de accidentes. Se entregaba, y, al hacerlo, se transformaba.

—¿En qué, Andrew?

—En alguien que aceptaba la vida y a ella misma en paz con Dios.

—¿Y luego?

—Y luego se marchó bruscamente, tal como había llegado.

—¿Cuánto tiempo estuvo en la orden?

—Unas seis semanas.

—¿Se marchó en agosto del 51?

—Sí… Sí, exacto.

Algo se rompió en mi interior.

—Lamento si he sido ofensivo… —dije.

—No se lamente. Usted quiere que se haga justicia.

—No sé qué quiero. Johnny DeVries acudió aquí sin relación con su hermana, ¿me equivoco?

—No. También lo envió Will Berglund. Creo que fue en la Navidad del 49. Él no se parecía en nada a Marcella. Era un drogadicto inestable con un gran odio hacia sí mismo. Intentó quedarse aquí pagando. Dinero sucio que ganaba vendiendo droga. Hizo algún tímido intento de escuchar nuestro mensaje, pero…

—¿Alguna vez han tenido aquí un orfanato? —lo interrumpí.

—No. Para eso se precisa un permiso. Nuestro servicio es anónimo, señor Underhill.

—¿Mencionó John DeVries en alguna ocasión a una mujer llamada Margaret Cadwallader, o al hijo que tuvo con ella fuera del matrimonio?

—No; John hablaba, sobre todo, de fórmulas químicas y de las mujeres con las que había tenido relaciones sexuales y…

Hurgué en una oscuridad que estaba haciéndose cada vez más brillante.

—Y dejó sus recuerdos aquí, ¿verdad, Andrew?

El prelado titubeó.

—Sí, dejó una caja de efectos personales.

—Quisiera echarle un vistazo.

—No, no. Lo siento, es imposible. Definitivamente, no. John la confió a la orden. Yo mismo inspeccioné el contenido para asegurarme de que no había droga, de modo que di a John la seguridad de que aquí sus cosas estarían siempre a salvo. No puedo dejar que las vea.

—John ha muerto, Andrew, tal vez haya otras vidas comprometidas…

—No. Traicionaría su confianza. No se hable más.

Me llevé la mano a la cintura, por debajo del gabán, y desenfundé mi 38. Me incliné y le apoyé la boca del cañón del arma en su frente.

—Enséñeme esa caja o lo mato —le dije.

A Andrews le llevó un momento creerme.

—Tengo una labor que hacer que me obliga a acceder a su exigencia.

—Entonces, comprenderá por qué he de hacer lo que estoy haciendo —respondí.

La caja estaba húmeda, mohosa y cubierta de telarañas. Contenía resmas y resmas de papel empapado de humedad. La trasladé con esfuerzo hasta el coche bajo la mirada atenta de Andrews. Mientras la metía en el maletero, el prelado me dirigió una especie de bendición con ambas manos.

—¿Tengo que devolvérsela? —inquirí.

—No —repuso sacudiendo la cabeza—. Creo que usted me ha liberado de mi promesa, por lo que a Dios se refiere.

—¿Qué ha sido ese gesto que ha hecho?

—Le he pedido a Dios que tenga piedad con los lectores de oscuros secretos.

—¿Ha leído algo de lo que contiene la caja?

—No.

—Entonces, ¿cómo sabe lo que hay en ella?

—Si esas hojas contuvieran palabras alegres, no habría venido usted hasta aquí.

—Gracias —dije. Andrew no respondió; se limitó a observar cómo me alejaba.

Alquilé una habitación en un motel de Fond Du Lac y me dediqué a leer las memorias de John DeVries.

Vacié el contenido de la mohosa caja sobre la cama y dispuse los papeles en tres montones ordenados, cada uno de un palmo de altura.

Eché una breve mirada a cada montón para comprobar si la letra era legible. Lo era. La tinta negra estaba corrida a causa de la humedad y el tiempo, pero DeVries tenía una caligrafía limpia y precisa, así como un estilo narrativo que se contradecía con su adicción a las drogas y con su rabia. En sus escritos había unidad, tanto cronológica como temática. Las páginas no estaban ordenadas, pero cada hoja iba encabezada por una fecha. Repasé los tres montones y los ordené por meses y años.

Los diarios de John DeVries cubrían los años de guerra y, sobre todo, detallaban su fascinación y su subordinación ante Doc Harris, que había sabido encauzar la vida de su dominante hermana, que se había convertido en su padre, su maestro y más, que había cogido su rabia espontánea y le había dado forma. «Johnny, el ejecutor» sólo tenía que mantenerse al lado de su avatar y ofrecer un aspecto intimidatorio y, con ello, conseguía más respeto del que nunca había gozado.

A Johnny le había correspondido la tarea de volver a imponer orden entre los ladrones y peristas recalcitrantes con los que trataba Doc como intermediarios:

5 de noviembre de 1943.

Esta mañana, Doc y yo hemos ido a Eagle Rock con la excusa de trasladar un pedido de radios desde el garaje que tenemos allí hasta el de nuestro comprador, en San Bernardino. Mientras conducía, Doc me ha dado una lección sobre terror moral. Hablaba de la pequeñez del 99,9 por ciento de las vidas y de cómo esta pequeñez se genera y regenera hasta que crea un efecto bola de nieve que conduce a «un apocalipsis de mezquindad». Luego, ha dicho que la elite natural (por ejemplo, nosotros y otros como nosotros) debía enviar mensajes a la elite potencial «mediante la obstaculización permanente de los mecanismos de la maquinaria de la mezquindad». Me ha explicado que nuestro comprador de San Bernardino siempre trataba de que rebajáramos el precio mediante la táctica intimidatoria de amenazar con

buscar las radios en otra parte. Doc ha dicho que eso no podía tolerarse un día más y que yo debía visitar al hombre con un mensaje espiritual que le enseñara un poco de humildad. Doc no ha dicho nada más hasta que hemos tenido cargadas las radios en el camión y hemos llegado cerca de San Bernardino. Allí, me ha confiado: «Ese mezquino tiene un gato que le encanta. Los mezquinos adoran a los animales irracionales porque, comparados con ellos, son aún más impotentes. Quiero que estrangules a ese gato delante de su mezquino dueño. Si coges al gato por la cabeza, lo levantas del suelo y le rodeas el cuello con el meñique y el pulgar y aprietas bruscamente mientras tienes el índice y el corazón apoyados con fuerza por encima de las cejas del bicho, los ojos le saltarán de las órbitas mientras lo estrangulas. Haz eso por mí, Johnny, y te enseñaré otras maneras de consolidar tu poder, el auténtico poder mental que sé que tienes.» Lo hice. El comprador nos suplicó, prometió que haría negocios en exclusiva con nosotros y le ofreció a Doc trescientos dólares como prima. Doc no aceptó el dinero y respondió: «Mi prima es la lección que acabas de aprender y el bien que os hará a ti y a muchos otros.»

Continué leyendo todo lo relativo al 43 y observé que Doc Harris iba consolidando su dominio sobre John DeVries y lo trasladaba a un ambiente de violencia cada vez mayor, entremezclado con consejos sobre la filosofía y la psicología del terror. Por órdenes de Doc, Johnny robó y dio palizas a homosexuales, rompió brazos y piernas a estafadores en las apuestas y machacó a golpes de pistola a ladrones que, según creía Doc, se quedaban con un botín que no les correspondía. Y nunca, jamás, puso reparos a su mentor. La filosofía con que Doc lo dominaba era hitleriana utópica, hecha a medida para ajustarse a la historia de excesiva dependencia de figuras autoritarias que manifestaba Johnny:

«Tú, Marcella y yo somos la elite natural. Debes respetar a Marcella por haberte salvado de Tunnel City, Wisconsin, y porque lleva tu misma sangre; pero ella sabe que tiene sus defectos. Es más débil que nosotros en lo que hace a la acción; tú y yo, en cambio, hemos buscado la bestia que llevamos dentro y la hemos exteriorizado. Siempre haremos lo que debemos hacer, no importa las consecuencias que eso tenga para otros o si hemos de pasar por encima de todas las leyes y ataduras morales de los hombres, destinadas a mantener a raya esa bestia. Marcella nunca alcanzará ese punto, pero es

una camarada valiosa para nosotros como esposa y hermana. Respétala y ámala, pero mantén cierta distancia emocional. Recuerda que, en el fondo, carece de tu moralidad.

»Ahora estás sometido a la Marina, John, pero pronto la Marina estará sometida a nosotros. Lleva siempre el uniforme en perfecto estado de revista y saca brillo a los zapatos. Desempeña bien tu papel y serás un hombre rico de por vida. Tu hermana está embarazada del niño que será tu sobrino y mi hijo y el heredero moral de los dos. Controla tu consumo de drogas y tendrás el poder de la droga sobre millones de seres. Escucha y confía en mí, John. Tienes que aceptarme más y, cuando lo hagas, te hablaré del poder sobre la vida y la muerte, en palabras textuales, que he ejercido, sobre tanta gente.»

Advertí adonde me llevaba aquel párrafo y proseguí en el tiempo hasta agosto de 1945. Lo que yo sabía quedaba rotundamente confirmado allí: John DeVries, Eddie Engels y Lawrence Brubaker habían robado cuarenta kilos de morfina pura en el portaaviones *Appomatox*. Doc había sido el cerebro del golpe. DeVries, Engels y Brubaker fueron interrogados y salieron en libertad. La intimidación que empleaba Doc con Johnny era tan absoluta que éste no dijo una sola palabra en el interrogatorio. El diario indicaba que Engels y Brubaker estaban tan acobardados y sometidos como él al increíble poder de Doc Harris. Las hojas confirmaban lo que yo había sospechado: Marcella Harris no había participado en el delito. Por aquellos días estaba en el Hospital Naval de Long Beach, donde había perdido el hijo que esperaba.

Esa fue la primera ocasión en que Johnny vio conmovido a Doc. Debido a las complicaciones, Marcella quedaría estéril de por vida. Fue entonces cuando Johnny salió en ayuda de su mentor para ofrecerle lo que Doc nunca podría conseguir de Marcella. Johnny le contó al doctor que en aquel momento la novia a la que Doc no había dado su visto bueno estaba embarazada en Wisconsin y que el parto se esperaba para dos semanas después.

Doc y Johnny volaron a verla. Doc ayudó en el parto en una casa remolque aparcada en un campo de trigo al sur de Waukesha. Maggie quiso quedarse con el niño, pero Doc, asistido en el parto por Larry Brubaker, la aterrorizó tanto que la convenció de que dejara el niño en sus manos y que se encargaría de llevarlo a un

orfanato «especial» para niños «especiales». Doc regresó a Los Ángeles y a su esposa con el hijo que ella deseaba con tanta desesperación y que él convertiría en su «heredero moral».

Di otro salto en el tiempo y advertí que dicho tiempo acababa bruscamente, poco después de que Johnny describiera los acontecimientos de agosto del 45.

Con todo, todavía quedaba un centenar de hojas, sin fechar pero repletas de palabras. Inexplicablemente, Johnny había cambiado a tinta roja. Al cabo de unos instantes entendí la razón: había pedido ese conocimiento absoluto a Doc y éste se lo había concedido en agradecimiento por haberle dado su heredero moral. Allí estaba la historia del «poder textual de vida o muerte» que Doc había ejercido sobre tanta gente. Allí estaba escrita, en una tinta roja muy adecuada porque era el relato de los diez años de carrera homicida del desquiciado Doc Harris como abortista ambulante en la clandestinidad de los bajos fondos de todo el Medio Oeste, armado de escalpelo para cortar, de whisky como anestésico y de su propio odio elitista y loco como motivación.

Johnny continuaba citando a su maestro al pie de la letra:

> *«Si las chicas me las enviaba un amante o un chulo, debía dejar que vivieran, naturalmente. Si eran brillantes y encantadoras, realizaba el trabajo aplicando toda mi habilidad y mis considerables conocimientos. Si las chicas eran feas, si gimoteaban o se mostraban procaces u orgullosas de su promiscuidad, sin duda el mundo estaba mejor sin ellas y sin su descendencia. A tales criaturas las asfixiaba con cloroformo y les hacía el aborto después de muertas; al tiempo, perfeccionaba mi habilidad para salvar la vida de las jóvenes infortunadas que sí merecían vivir. Después, me marchaba al campo con la mujer muerta y el hijo nonato y enterraba los cuerpos, entrada la noche, en un rincón de suelo fértil. Me sentía muy próximo a esas jóvenes y muy seguro en mi conocimiento de que habían muerto para que otras pudieran vivir.»*

Doc Harris explicaba luego sus técnicas abortivas, pero no pude continuar. Sin poder evitarlo, me eché a llorar por Lorna. Alguien llamó a mi puerta y agarré la almohada de la cama, amortigüé mi

llanto y caí al suelo. Debí de quedarme dormido, porque cuando desperté la habitación estaba a oscuras. La única luz procedía de una lámpara de escritorio. Tardé varios segundos en recordar dónde me encontraba y qué había sucedido. Un grito surgió de mi garganta, y lo acallé conteniendo el aliento hasta casi desmayarme.

Sabía que tendría que leer el resto del diario. Despacio, me puse en pie y me preparé para la tarea. Unas lágrimas de miedo y cólera salpicaron las hojas restantes mientras leía los escalofriantes relatos de vida, de muerte, de sangre, de pus y de excrementos, y de vida, de muerte, de muerte, de muerte.

Finalmente, Johnny se había asqueado de todo aquello tanto como lo estaba yo y había escapado a los bajos fondos de Milwaukee con un suministro privado de morfina. Su prosa, por esa época, había degenerado en una retahila incoherente entremezclada con fórmulas químicas y símbolos que me resultaban incomprensibles. El miedo a Doc —«¡El rebanador! ¡El rebanador! ¡Nadie está a salvo del rebanador!»— impregnaba las últimas hojas.

Conmocionado, salí a dar un paseo. Necesitaba estar con gente que ofreciera un aspecto medianamente saludable. Encontré una ruidosa coctelería y entré. La sala estaba bañada de una luz ámbar que suavizaba los rostros de la clientela. «Para bien», pensé.

Pedí un bourbon doble, luego otro y otro más; demasiado para alguien que no bebía. Todavía pedí uno más, y descubrí que estaba llorando y que la gente del local me miraba en un embarazoso silencio. Apuré la copa y decidí que no me importaba. Hice un gesto al camarero para que me pusiera otra y él sacudió la cabeza y miró a otro lado. Me abrí paso entre un laberinto de parejas que bailaban hasta un teléfono público que había al fondo del local. Di el número de Lorna en Los Ángeles a la telefonista y empecé a meter monedas hasta que intervino la operadora para decirme que había introducido el triple de lo necesario.

Cuando Lorna respondió, me quedé tartamudeando como un borracho hasta que ella preguntó:

—¿Freddy? Maldita sea, ¿eres tú?

—Lor… ¡Lorna!

—¿Estás llorando, Freddy? ¿Estás bebido? ¿Dónde carajo estás?

Conseguí controlarme lo suficiente para hablar.

—Estoy en Wisconsin, Lor. Sé muchas cosas que tengo que contarte, por ejemplo sobre ese chiquillo grandullón que podría acabar como Maggie Cadwallader… Lorna, Lor, por favor. Necesito verte.

—No sabía que te emborracharas, Freddy. No es propio de ti. Y nunca te había oído llorar… —El tono de voz de Lorna era muy suave, y parecía sorprendida.

—No me emborracho. No lo entiendes, Lor.

—Claro que sí. Siempre he entendido. ¿Vuelves a Los Ángeles?

—Sí.

—Pues llámame entonces. No me cuentes nada de chiquillos grandullones ni del pasado. Vete a dormir, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Buenas noches, Freddy.

—Buenas noches.

Colgué antes de que Lor me oyera romper a llorar otra vez.

No sé cómo, conseguí dormir. Por la mañana metí la historia de terror de Johnny en el maletero y me dirigí a Chicago.

Me detuve en un almacén del Loop y compré una caja de embalaje de cartón reforzado; luego, pasé una hora en el aparcamiento, revisando documentos y anotando recuerdos. Desde un teléfono público, llamé a Información de Los Ángeles y averigüé que la dirección de Larry's Little Log Cabin coincidía con la de Lawrence Brubaker. Eso me dio tranquilidad, sobre todo al recordar que, cuando Dudley Smith y yo lo habíamos interrogado en el 51, había una estafeta de correos justo enfrente del bar.

Antes de traspasar la masa de papeles de la caja mohosa a la nueva, repasé mi trabajo: todas las referencias a Brubaker y al robo de drogas estaban subrayadas. Saqué unas hojas de papel de carta en blanco de la guantera y escribí una nota:

Querido Larry:

Es hora de que pagues tus deudas. Ahora me perteneces a mí, no a Doc Harris. Me mantendré en contacto.

Agente Frederick U. Underhill

A continuación, conduje hasta una oficina de correos. Allí, pedí prestada cinta adhesiva. Sellé la caja con ella hasta dejarla firme como un tambor, y la dirigí a:

Lawrence Brubaker
Larry's Little Log Cabin Bar
58 Windward Avenue
Venice, California

Con el siguiente remitente:

Edward Engels
U.S.S. Appomattox
Calle del Fuego, 1
Infierno

Un buen toque. Un toque justo, que gustaría a Lorna y demás amantes de la justicia.

Expliqué varias veces lo que quería al paciente empleado postal: entrega certificada, a la oficina de correos de Windward Avenue, donde el receptor debería presentar su identificación y firmar un recibo antes de llevarse el paquete. Y quería que éste llegara tres días después, no antes. El empleado asintió; estaba habituado a las excentricidades.

Dejé la oficina postal y me sentí ligero como el aire y sólido como el granito. Conduje hasta el aeropuerto O'Hare y devolví el coche de alquiler. Después, tomé un vuelo vespertino de regreso a Los Ángeles y a mi destino.

PARTE VI

LA PARTIDA POR LA SALVACIÓN

23

Tres días después, a las siete de la mañana, aparqué en Windward Avenue frente a una licorería, desde donde veía la estafeta de correos de Venice y Larry's Little Log Cabin.

Aguardé, nervioso, a que la estafeta abriera la puerta, totalmente consciente de que mi plan sólo alcanzaría la perfección psicológica si el cartero pasaba lo suficientemente temprano como para encontrarlo solo en el bar. Aquel garito ya no abría, como años atrás, el máximo de horas permitido por la ley y el horario que había en la puerta rezaba que estaba abierto desde las diez de la mañana hasta medianoche. Aquello sólo podía beneficiarme: me lanzaría sobre Brubaker en cualquier circunstancia, pero deseaba que él y su Little Log Cabin fueran lo más míos posible. Así que, me quedé aparcado ante la licorería pensando que tal vez me esperaba una larga jornada.

Pensé muchísimo en Lorna. Al llegar a Los Ángeles no la había telefoneado porque quería, en cierto modo, recuperar la credibilidad que había perdido la noche que la había llamado llorando. Después pasé dos días encerrado en mi apartamento, intentando no pensar en ella, pero tuve la sensación de que habían sido dos días de completa derrota. Apenas pensé en nada más e imaginé todas las posibles resoluciones de lo nuestro a la luz de lo que sabía que iba a ocurrir antes de que volviéramos a estar juntos. Allí, en Windward, la sórdida calle de los borrachos, llevando un cutre cortavientos para que no se me viera la pistola, tuve que obligarme a no pensar en lo que más quería y a no pensar en

mujeres muertas, en niños muertos antes de nacer y en un pasado mío que no moriría.

Ese intento mío de no pensar se vio interrumpido a las ocho de la mañana cuando un cartero de uniforme pasó trotando por la calle, camino del bar de Larry. Vi que el hombre leía un comprobante que llevaba en la mano y que llamaba sonoramente a la puerta. Al cabo de un instante, ésta se abrió y apareció un negro de piel clara con una bata de seda que parpadeaba ante la luminosidad de la mañana. Brubaker y el cartero hablaron y desde la distancia, advertí que el aviso postal había despertado la curiosidad del viejo Larry.

Brubaker volvió a salir al cabo de cinco minutos, vestido con unos pantalones de algodón y un polo deportivo. Cruzó la calle directamente, sin hacerlo por el semáforo, entró en la estafeta y yo empecé a sentir escalofríos.

Pensé que tardaría otros cinco minutos. Me equivoqué. Al cabo de tres minutos, Brubaker volvía a cruzar la calle con la misma imprudencia y con mi paquete en las manos. Su rostro era la mismísima imagen del pánico. No corrió hacia la puerta delantera, sino que pasó de largo y siguió hasta el aparcamiento contiguo a su edificio. Yo estaba justo detrás y, mientras metía la caja en el maletero de su Pontiac de dos plazas y hundía la mano en el bolsillo en busca de las llaves, saqué la pistola y le hundí el cañón en la espalda.

—No, Larry —dije, mientras dejaba escapar un sonido a medio camino entre un grito y un lamento—, ahora no.

¿Comprendes? —Amartillé la pistola y hundí con más fuerza el cañón en la zona carnosa de su espalda. Brubaker asintió levemente con la cabeza—. Bien —añadí—. Eddie está en el infierno, pero yo no, y si juegas bien tus cartas, tú tampoco lo estarás. ¿Me sigues, Larry? —Brubaker asintió de nuevo—. Bien. ¿Sabes quién soy?

Brubaker torció ligeramente la cabeza para verme la cara. Cuando sus ojos azul claro me reconocieron, se echó a llorar y luego se tapó la boca con la mano y se mordió los nudillos.

Lo empujé hacia la puerta trasera del local y le dije:

—Coge la caja, Larry. Tenemos que leer unas cosas y hablar.

Brubaker obedeció, y al cabo de unos instantes nos

encontrábamos en su modesta vivienda en la trastienda del bar. Brubaker temblaba, pero mantenía la dignidad, igual que el día en que Smith y yo lo habíamos interrogado. Señalé la caja con el cañón de la pistola.

—Ábrela y lee las diez primeras páginas, más o menos —indiqué.

Brubaker dudó y luego arrancó la cinta adhesiva, claramente ansioso por terminar lo antes posible. Lo observé mientras leía las hojas que yo había subrayado, dejándolas a un lado con manos temblorosas para seguir leyendo. Al cabo de diez minutos se había hecho una composición de lugar y empezó a reír de manera histérica en la que se adivinaba una cierta ironía.

—Vaya, vaya —dijo—. Vaya, vaya, vaya…

—¿Alguna vez has matado a alguien, Larry? —pregunté.

—No —respondió Brubaker.

—¿Sabes a cuántas personas se ha cargado Doc Harris?

—A muchas, muchísimas.

—Eres un hijo de puta sarcástico. ¿Tienes ganas de sobrevivir a esto o quieres que te joda como joderé a Doc?

—Yo sí que jodí con Doc en 1944. Lo mismo que Eddie y lo mismo que Johnny DeVries, para sellar nuestro pacto, ¿sabes? A mí no me importó, Doc era un tío que estaba muy bueno. A Eddie no le importó, porque era bisexual, pero a Johnny le comió el coco, sí, porque le gustó, y por eso se odió a sí mismo hasta el día de su muerte.

—¿Quién lo mató?

—Doc. Doc también lo amaba, pero Johnny hablaba demasiado. Nunca se dedicó a vender su material, sino que lo regalaba a todos los adictos de los bajos fondos de Milwaukee. Luego empezó a decir que quería desengancharse. Eramos amigos y me llamó para pedirme que le guardara el material hasta que saliese del hospital. Quería desengancharse, pero no quería renunciar al dinero que sacaba haciendo de camello. ¿Comprendes?

—Comprendo. Y por eso temiste que se desenganchara, empezara a hablar y te implicara, y se lo contaste a Doc.

—Exacto. Se lo conté al bueno de papá, y el bueno de papá se hizo cargo de ello. —Brubaker intentaba conservar el orgullo,

aunque resultaba obvio que estaba aceptando su servilismo y su odio hacia sí mismo. A decir verdad, yo no sabía si deseaba seguir viviendo o quería morir con su pasado. Lo único que podía hacer era continuar interrogándolo y esperar que conservara aquel desapego.

—¿Y qué pasó con el resto de la droga, Larry?

—La vendemos Doc y yo, en pequeñas cantidades. Llevamos años haciéndolo.

—¿Te está chantajeando?

—Tiene fotos mías y de un concejal del Ayuntamiento en lo que podríamos calificar de situación comprometida. —Rió—. Yo hice que Eddie se liase con ese concejal. Eddie era un adicto a la posición, estaba enamorado de los caballos y de la buena posición social, y el concejal ofrecía las dos cosas. Doc les tomó fotos también a ellos, pero el concejal nunca se enteró. Eddie, en cambio, sí. Y es por eso por lo que Doc le hizo cargar con lo de Maggie.

—¿Doc mató a Maggie? —pregunté, temblando.

—Sí, Doc la mató. Cuando detuvisteis a Eddie, os equivocasteis, pero bueno, ya has pagado por eso, ¿no? Es curioso, tú no pareces comunista. —Brubaker se rió, en esta ocasión de mí.

—¿Por qué? —inquirí—. ¿Por qué lo hizo?

—¿Por qué? Bueno, Maggie vivía en Los Ángeles sin que ninguno de nosotros lo supiera. Su madre le escribió para contarle que se habían cargado a John en Milwaukee. Maggie coincidió con Eddie en algún sitio, por casualidad, y empezó a largar sobre la cuestión. Eddie se lo contó a Doc y Doc le dijo que fuera cariñoso con ella, que se la follara y que la vigilase. Luego Doc empezó a ponerse nervioso, y una noche tomó prestado el coche de Eddie, fue al apartamento de Maggie y la estranguló. Era un apaño, pues Doc sabía que siempre podría confiar en mí, pero de Eddie ya no estaba tan seguro. Sabía que a Eddie le daba un pánico terrible que corriera la voz de que era homosexual, que prefería morir antes de que su familia se enterase, y por eso le enseñó esas fotos en que aparecía con el concejal, y así le tapó la boca. O la pasma nunca descubriría quien había estrangulado a Maggie, lo cual sería el chollo máximo, o Eddie se comería el marrón. Y se lo comió. Y fuiste tú quien se lo hizo comer.

Mi menté volvió de repente a aquella noche del 51 en la que seguí a Engels por primera vez y en la que presencié su violenta confrontación con un hombre mayor en un bar de homosexuales de Hollywood Oeste. En mi confusa memoria algo saltó como un resorte: ese hombre era Doc Harris. Como si de un cáncer se tratase, empecé a sentir que se apoderaba de mí un terrible asco hacia mí mismo y cambié de tema.

—Y Marcella Harris, ¿conocía a Maggie? ¿Sabía que Doc iba a matarla?

—Creo que sí, que lo intuía. Maggie siempre le había caído bien y sabía que era la madre de Michael. Doc le dijo a Marcella que no se acercase a Maggie. Doc y Marcella estaban divorciados, pero las relaciones eran cordiales. Marcella salió de viaje y dejó a Michael con unos amigos suyos. Mira, Marcella siempre supo que Doc era un poco frío. Cuando descubrió que Maggie había muerto, confirmó que lo era pero no fue hasta más tarde, ese mismo año, que descubrió que Doc era el tren nocturno a la ciudad de los fiambres.

—¿De qué demonios estás hablando? ¿Marcella no sabía que Doc había matado a Johnny?

Brubaker negó con la cabeza y me dedicó una sonrisa irónica.

—No —respondió—. De haberlo sabido, lo habría matado o se habría suicidado. ¡Esa mujer adoraba a ese chalado de hermano suyo y siempre se salía con la suya! Yo era la coartada de Doc. Estaba conmigo en una timba de póquer y priva que duró tres días cuando, en realidad, estaba en Milwaukee cargándose al gran John.

Me estremecí, porque, en cierto modo, ya sabía la respuesta a la siguiente pregunta que iba a formular.

—Entonces, ¿qué fue lo que descubrió Marcella más tarde, ese mismo año?

—Mira, para ser justo con ese gélido Doc, hay que admitir que éste ama muchísimo a su «heredero moral», como llama al chico. Cuando en el 51 Marcella se dedicó a pindonguear y dejó a su hijo con sus colegas de farra, Doc se puso frenético porque no sabía dónde estaba el chico. Cuando Michael y él se encontraron y el chaval le contó que vivía con unos tipos de Hollywood la mar de simpáticos, Doc se puso hecho una fiera. Fue a la casa armado con un cuchillo de carnicero y se cargó a tres. Apareció todo en la

prensa, pero probablemente tú no te enteraste porque hacía muy poco que el que había salido en titulares habías sido tú y debías de estar escondido. ¿Qué pasa? Se te ve un poco pálido. —Brubaker fue al fregadero y llenó un vaso de agua. Me lo tendió y bebí un sorbo, pero al darme cuenta de lo que hacía, lo arrojé contra la pared—. Tranquilo —dijo—. ¿Te estás enterando de cosas que preferirías no saber?

Casi me atraganté con las palabras pero conseguí, en parte, articularlas.

—¿Por qué Doc…?

—¿Mató a Marcella? Por el chico. Intuía que Marcella sabía en qué marrón estaba metido, que sospechaba incluso que había matado a Johnny. Pero no se le escapaba que si iba con el cuento a la policía, no volvería a ver al niño. Eso hizo mella en ella. Empezó a tomar píldoras y a beber más que nunca, con lo que se quedaba dormida en cualquier lugar. Doc tenía un detective privado muy cutre que la controlaba. Le dijo que la mujer tenía más recorrido que la autopista de Pomona. El detective desapareció al cabo de poco. Y Marcella también.

Brubaker se pasó un dedo por la garganta con el que indicaba el final de la vida potencialmente espléndida de Marcella. Yo estaba enfurecido hasta lo indecible, pero no con él.

—Pero cuando Marcella fue estrangulada, Michael estaba con Doc —apunté.

—Exacto —admitió Brubaker con calma—. Sí, estaba con él. Doc fue en coche hasta El Monte. Sabía que, por lo general, Marcella volvía a casa haciendo eses desde el Hank's Hot Spot por Peck Road, pasando por delante del instituto. Sabía que nunca iba en coche. Aparcó el suyo junto a aquél, la recogió, estuvieron hablando un par de horas y luego la estranguló. Michael estaba dormido en el asiento trasero. Doc le había dado tres pastillas de Seconal. Al día siguiente, cuando despertó en casa, no sabía dónde había pasado la noche. El amor paterno es como un enganche, ¿verdad?

Me puse en pie de un salto y con una mano temblorosa acerqué la pistola amartillada a pocos centímetros de la cara risueña de Brubaker y puse el dedo en el gatillo.

—Adelante, tío, dispara —dijo Brubaker—. No me importa. No

me dolerá mucho tiempo. Venga, dispara.

Me quedé inmóvil.

—¡Dispara, maldita sea! ¿No tienes huevos para hacerlo? ¿Tienes miedo de un negro maricón? ¡Mátame!

Alcé la mano y, con todas mis fuerzas, lo golpeé en la cabeza con el cañón. Brubaker soltó un grito y empezó a sangrarle la nariz. Alcé otra vez el brazo y en esta ocasión fui yo quien gritó, antes de lanzar el arma contra la pared. Miré a Brubaker, que se secaba la sangre de la cara con la manga, y me sostuvo la mirada.

—¿Estás conmigo o estás con Doc? —conseguí decir.

—Estoy contigo —respondió Brubaker—. Tienes todos los ases en la mano. En realidad, eres el único en la ciudad que tiene buen juego.

24

Era la única partida en la ciudad. Lo sabía, pero no pensaba que me hubieran servido ases. Me sentía como si me hubiesen repartido la peor mano del posible, y era consciente de que incluso cuando todo hubiese acabado, Doc Harris se reiría de mí dondequiera que estuviese, con la absoluta certeza de que yo no podría volver a llevar una vida normal, si acaso alguna vez la había tenido.

Larry Brubaker y yo fuimos al norte, a la zona de cultivos al este de Ventura. Yo iba armado con una carabina de diez tiros, una pistola del 38 y una jeringuilla hipodérmica; él, con un placer masoquista ante el apuro en que se encontraba. Larry sabía que iba armado para matar: él me había suministrado la jeringuilla y era consciente de lo que yo tenía que hacer. Brubaker conducía, pero apenas sabía una mínima parte del plan; sólo conocía el territorio en el que iba a jugarse la partida.

Lo observé con el rabillo del ojo. Era un buen conductor. Se abría paso hábilmente entre el tráfico, como un yóquey maniobrando para ganar los palos, y mantenía una calma helada incluso con la cabeza vendada como consecuencia de mi rabia.

Me había suministrado los detalles y había accedido a firmar una confesión de todo lo que sabía de las fechorías de Doc Harris y de su propia participación en él robo de la morfina. Era un testigo principal de asesinato y mucho más. En aquel momento, cuatro días más tarde, dicha confesión estaba guardada en mi caja de seguridad del Bank of America. Después de firmar y rubricar las veintitrés páginas de denuncia que yo había redactado en su abarrotada

trastienda, Brubaker había dicho:

—Sólo hay una manera de jugar esta partida y ganar. Doc tiene una parcela de terreno al este de Ventura. No es más que una finca polvorienta, fea e inútil. Es su excusa fiscal. Como respetable traficante de drogas de clase media, carece de medios visibles de sustento. Entonces, compra esas tierras y paga cien dólares al año como impuesto de la renta. Allí es donde esconde su botín. Él me lo da y se lo distribuyo. Nos encontramos allí una vez al mes, el día quince, para hacer el trapicheo: yo le doy a Doc los ingresos del mes y él me da el material. Ese es el lugar para encontrarlo. ¿Lo captas, encanto?

Lo captaba, y quise cerciorarme de que él también.

—Sí, lo capto —respondí—. Y tú, ¿captas que si esto no resulta voy a matarte allí mismo?

—Claro que sí. Es la única partida de la ciudad.

Al pasar por Oxnard vi un reloj. Eran las 8.42 de la mañana; anoté hora, lugar y fecha —sábado, 15 de julio de 1955—, y pensé en lo que quería de Doc Harris en el mejor día de mi vida y último de la suya. Quería dialogar con él antes de que la morfina mezclada con estricnina penetrara en sus venas. Doc era incapaz de arrepentirse, pero yo buscaba, como venganza personal, que se desmoronase siquiera un poco o al menos una expresión de pesar por su parte. Y algo más importante: quería información sobre el estado mental de su «heredero moral». ¿Hasta dónde había llegado en su esfuerzo por pervertir la mente de Michael? ¿Hasta qué punto eran conscientes y sutiles sus métodos de lavado de cerebro? Deseaba que Doc se fuese de este mundo sabiendo que Michael viviría libre y cuerdo gracias a su muerte.

Cruzamos los límites de Ventura County y seguimos hacia el este. Pensé por un instante que iba a vomitar y, como un reflejo, observé la fría expresión de Larry Brubaker buscando alguna señal de tensión. La búsqueda obtuvo su fruto: Larry había apretado las manos en torno al volante hasta que sus nudillos de un marrón pálido habían adquirido un tono blanco lacerante.

—¿Quieres que te cuente un chiste, Larry? —pregunté.

—Claro.

—Es mi definición de sádico. ¿Estás preparado? Un sádico es alguien que es bueno con un masoquista.

Brubaker soltó una risotada, primero estruendosa y, después, obscena.

—¡Esa es la historia de mi vida, chico! Sólo que yo hacía los dos papeles. Es una lástima que no vayas a tener ocasión de conocer a Doc. A él le habría encantado tu actuación.

—Háblame de la cita. ¿Cómo funcionáis tú y Doc?

—El llega solo; yo, también. Tiene el material enterrado en una caja impermeable en una arboleda junto a un cobertizo. Hacemos el trapicheo y tomamos un par de tragos y hablamos de política, de deportes o de los viejos tiempos, y eso es todo.

—¿El coche de Doc cabría en ese cobertizo?

—Probablemente. ¿Cómo esperas mantener quieto a Doc para clavarle la aguja? Porque eso es lo que piensas hacer, ¿no?

—No te preocupes por eso. Y la hora del encuentro es siempre a las diez y Doc nunca llega antes, ¿verdad?

—Exacto, encanto. Pero tranquilo, porque verás llegar a Doc desde medio kilómetro de distancia. Yo siempre llego antes. Para observar la naturaleza, ¿me captas?

—Te capto.

Llegamos al lugar diez minutos después.

Doblamos el recodo y avanzamos cuatrocientos metros por un camino de tierra. Cuando llegamos al lugar, resultó exactamente como Brubaker lo había descrito: una tierra marrón claro con rocas, polvo y un cobertizo de tablones blanco en la linde de una arboleda de eucaliptos que parecían muertos.

Aparcamos junto al cobertizo. Brubaker echó el freno y me sonrió. No supe a qué se debía su sonrisa y, de pronto, me sentí aterrorizado.

Brubaker consultó el reloj.

—Son las nueve y cuarto —me informó—. Tenemos tres cuartos de hora, pero será mejor que desaparezcas de la vista ahora mismo, para aseguramos. Yo esperaré fuera del coche como hago siempre. Calor, ¿eh? Pero el lugar es bonito. ¡Dios, cómo me gusta el campo!

Saqué la carabina del asiento trasero, pensando que ojalá fuera

automática, y me adentré en la arboleda. Dejé el arma detrás del árbol más próximo al coche de Brubaker, donde pudiera cogerla enseguida cuando Doc Harris llegara. Saqué la 38 y comprobé el *seguro*; después, me la puse en la cintura y avancé hacia un claro de bosque umbrío en mitad de los eucaliptos.

—Cuando aparezca, silbaré —me gritó Brubaker. Por primera vez, advertí que estaba tenso.

—Bien —repuse, y noté que lo hacía con un hilo de voz.

Me apoyé contra un tronco en un lugar desde donde veía a Brubaker, el coche y también el camino. Estaba tan excitado que no me costaba no pensar. Tenía la mente en blanco y me sorprendí siendo presa de un estado de absoluto agotamiento nervioso. Carraspeé repetidas veces y empecé a rascarme y a pellizcarme, como para comprobar que aún seguía allí.

Oí un crepitar de hojas secas a mi espalda. Me volví al tiempo que llevaba la mano a la pistola. No era nada; *seguramente un ratón* que se escurría entre la hojarasca. El mismo ruido se repitió y esta vez no me volví y entonces, de pronto, oí el estampido de un disparo y unas astillas saltaron del tronco por encima de mi cabeza. Me arrojé al suelo y rodé en dirección a un gran montón de ramas caídas. Saqué la 38 de la cintura, quité el seguro y contuve el aliento. Me protegí tras las ramas, me agazapé y busqué un lugar por el que disparar. Encontré un pequeño claro iluminado que me proporcionaba protección y espacio para apuntar, me agazapé más aún y miré en la dirección de la que había procedido el disparo.

No vi movimiento alguno, ni oí más ruidos que el frenético galope de mi propio corazón y el del agudo silbido de mi respiración. Me arriesgué a asomar la cabeza por encima del montón de ramas y escruté brevemente la arboleda. Nada. ¿Acaso era Brubaker el francotirador?

—¡Brubaker! —grité. No obtuve respuesta.

Miré a mi izquierda. La carabina seguía apoyada contra el tronco del árbol. *Gateé hasta donde pudiera ver el* coche de Brubaker y el cobertizo. Ni vi a Brubaker y no advertí el menor movimiento. Empezaba a tranquilizarme un poco y, al mismo tiempo, a sentirme furioso. Mientras retrocedía a rastras hacia mi escondrijo, entrevi por un instante a mi izquierda, con el rabillo del ojo, las perneras de

un pantalón. Sonaron tres disparos y la tierra delante de mí me saltó al rostro. Empecé a rodar hacia la carabina cuando vi una silueta que avanzaba en mi dirección. Supe vagamente que se trataba de Doc Harris. Estaba a unos centímetros del arma, rodando por el suelo todavía, cuando me disparó dos veces más desde diez metros. El primer tiro falló por poco; el segundo me rozó la sien. Apunté a un lado y a otro con mi 38, perdiendo así unos segundos preciosos. Doc vio lo que estaba haciendo y me apuntó de lleno. Apretó el gatillo, pero el cargador se había vaciado. Rojo de furia, se lanzó hacia mí y me dio una patada en la cara en el momento en que le apuntaba, con lo que me hizo disparar tres tiros en la dirección equivocada.

Se abalanzó sobre el brazo con el que empuñaba el arma y me agarró la muñeca con ambas manos. Como precaución, disparé las tres balas restantes contra el suelo. Esto lo enfureció, y me dio un rodillazo en la entrepierna. Solté un alarido y vomité sobre su camisa. En un acto reflejo, Doc alargó la mano para desviar el vómito y, al hacerlo, relajó un poco la presión que ejercía sobre mi pecho. Me desasí en parte y me volví en dirección a la carabina. En el momento en que ya tenía ésta entre las manos, Harris reanudó su ataque. Le lancé un culatazo, pero apenas le rocé la barbilla. Intentó cogerme de la mano con la intención de que disparase contra mí mismo, pero yo cubría firmemente el guardamonte con la diestra. Rodamos hasta dar con un tronco y lo presioné a la altura del pecho con el cañón del arma que había entre nosotros. Resultó inútil; Doc era demasiado fuerte. Pasé el dedo corazón en torno al gatillo y disparé. La carabina escupió fuego y el cañón golpeó a Harris en pleno rostro. Doc tuvo un instante de pánico y retiró la mano ligeramente, con expresión de desconcierto. Por un momento, se asustó, retiró la mano unos centímetros, claramente perplejo.

Los dos nos pusimos en pie a duras penas. Harris volvió a agarrar el arma con todas sus fuerzas, pero pronto se dio cuenta de que era inútil y la soltó, haciéndome caer al suelo. Me miró y, esbozando una sonrisa, sacó una navaja del bolsillo trasero, oprimió un botón de la empuñadura y asomó una hoja brillante, afilada como un bisturí. Avanzó hacia mí. Aún estaba incorporándome cuando vi a Larry Brubaker, que se acercaba por su espalda

blandiendo un desmontador de neumáticos. Harris estaba a un metro de mí cuando Brubaker le propinó un golpe demoledor en los hombros con la barra de hierro. Cayó al suelo ante mí y se quedó allí quieto, mudo.

Brubaker me ayudó a incorporarme. Tomé el pulso a Harris, comprobé que era normal y recogí del suelo las dos armas cortas. Harris tenía un revólver Colt del 32. Lo guardé en el bolsillo trasero del pantalón, cargué de nuevo mi 38 y me la metí en la cintura. Brubaker se había arrodillado sobre Harris y le acariciaba con ternura los cabellos canosos, mirándolo con una expresión en la que se mezclaban por igual la añoranza y el asombro.

Caminé hasta él.

—Coge la jeringa de la guantera, Larry. En el asiento delantero hay una bolsa de papel con una botella de agua, una cuchara, unas cerillas y una ampolla. Tráemelo todo.

Brubaker asintió y se dirigió hacia el coche.

Arrastré a Doc Harris hasta un árbol de buen tamaño y lo coloqué sentado de espaldas contra el tronco. Conseguí hacerlo a duras penas, con los brazos entumecidos y todavía aturdido por el balazo que había rozado mi sien. Brubaker regresó con la bolsa de papel.

—Tú sabes dónde está enterrado el material —le dije.

—Sí —repuso.

—Ve a buscar un puñado. Un buen puñado. Y vuelve aquí. Quiero que le prepares un pequeño cóctel a Doc.

Harris volvió en sí un momento después de que Brubaker se alejara. Cuando sus párpados empezaron a vibrar, eché mano a la 38 y apunté.

—Hola, Doc —dije.

—Hola, Underhill. —Harris sonrió—. ¿Dónde está Larry?

—Ha ido a buscar una sorpresa para ti.

—Pobre Larry. ¿Qué hará ahora? ¿A quién seguirá? Nunca ha tenido a nadie más.

—Sobrevivirá. Igual que Michael.

—A Michael le caes bien, Underhill.

—Y él a mí.

—A las personas siempre les atrae lo mismo. Tú y yo somos

hombres renacentistas. A Michael le gustan los hombres así.

—¿Qué le has hecho?

—Le he contado historias. A los tres años le enseñé a leer. Tiene un coeficiente de inteligencia sorprendente y un sentido de la narrativa asombroso, de modo que he estado administrándole parábolas desde que tenía edad suficiente para escucharlas. Iba a escribir mis memorias para él, para cuando tuviera unos años más y fuera capaz de entenderlas. Ahora, claro, eso no sucederá nunca. Pero ha recibido suficiente de mí para formarse el carácter, creo.

—Has perdido, Harris. Tu vida, tu heredero moral, tu «filosofía», todo ello. ¿Cómo sienta eso?

—Me apena. Pero he llegado a cimas que tú y el resto del mundo ni sabéis que existen. Eso me da cierto consuelo.

—¿Cómo has sabido que estaría aquí?

—No estaba seguro, pero sí sabía qué sabías de mí. Desde que leí lo que apareció en la prensa sobre ti y el pobre Eddie, en el 51, tuve la sensación de que algún día vendrías por mí. Cuando apareciste en mi puerta, no me sorprendió. Imaginé que quizás utilizarías a Larry como cuña, de modo que vine aquí temprano y, como precaución, sin el coche.

Brubaker regresó con las manos rebosantes de polvo blanco. Probé la mínima parte que pude ponerme en la yema del dedo. Era pura, purísima.

—Iba a pegarte un tiro, Doc —le dije—, pero no tengo corazón para hacerlo. —Sin soltar el arma, cogí un puñado de morfina de las manos abiertas de Brubaker y saqué la botella de agua de la bolsa de papel. La destapé y me acerqué a Harris—. Cómetela —murmuré, al tiempo que le metía la morfina en la boca.

Harris abrió la boca y tomó estoicamente su comunión letal. Volqué la botella de agua en sus labios en un último acto de misericordia. Doc se estremeció y sonrió.

—No quiero morir así, Underhill.

—A la mierda. Tienes cinco minutos hasta que te reviente el corazón y te asfixies. ¿Unas últimas palabras? ¿Una última petición?

—Sólo una. —Harris señaló el suelo, detrás de mí—. ¿Querrías pasarme mi navaja?

Asentí. Brubaker cogió el arma y se la entregó.

Harris nos miró y, con una sonrisa, dijo:

—Adiós, Larry. Sé benévolo en la victoria, Underhill. No es tu estilo, pero hazlo de todas maneras. Sélo tanto en la victoria como yo en la derrota.

Se desabrochó la camisa y se la quitó lentamente. Luego, cogió la navaja con ambas manos, se la clavó en el vientre y tiró hacia arriba hasta las costillas. Se estremeció y la sangre comenzó a brotar de su abdomen, de su boca y de sus fosas nasales. Luego, cayó al suelo sin soltar la navaja.

Lo enterramos en el lugar donde había guardado su morfina, encajándolo en el profundo y estrecho espacio que había creado para guardar un enorme baúl de barco lleno de muerte. Cubrimos el cuerpo con tierra mezclada con piedras y una capa de hojas secas por encima.

Arrastré el baúl hasta el coche de Brubaker, lo rocié con gasolina que saqué del depósito haciendo sifón y llevé el vehículo a una distancia prudencial. A continuación, encendí una cerilla y prendí fuego al baúl. Brubaker, que había permanecido callado desde el momento de la muerte de Doc, contempló las llamas con aire pensativo.

—¿Tienes algún discurso de despedida, Larry? —le pregunté.

—Sí —respondió, y citó a Colé Porter—: «¡Adiós ahora y amén, espero que nos veamos alguna vez; tuvimos horas deliciosas, pero sólo fue una de esas cosas!» ¿Te ha gustado?

—No, eres demasiado moderno para mí, Larry —respondí mientras arrojaba tierra sobre los restos carbonizados del baúl—. Vámonos de aquí. Conduciré yo.

Volvimos por la autopista Pacific Coast. Brubaker seguía callado y eso me preocupaba.

—Me has salvado la vida —le dije—. Gracias.

—Sabía perfectamente que Doc iba a matarme. Se abalanzó sobre mí, me llevó aparte y me dijo que eras hombre muerto y que, en adelante, todo marcharía a pedir de boca. Pero yo sabía que iba a matarme. —Brubaker se volvió en el asiento para mirarme a la cara y añadió—: De lo contrario, te habría dejado morir.

—Lo sé. Estabas enamorado de él, ¿verdad?

—Desde el momento en que lo conocí. —Brubaker empezó a

sollozar en silencio y sacó la cabeza por la ventanilla para evitar mirarme. Finalmente, se volvió de nuevo hacia mí—. Pero también me importaba. Cuando tú y ese policía irlandés grandullón me interrogasteis hace años, supe que eras un tío legal. Lo único que pasaba es que no tenías suficiente idea de lo que estaba sucediendo. ¿Me captas?

—Supongo que sí. Si te sirve de consuelo, hace tiempo tuve un amigo, un borracho que, en cierto modo, vivía adelantado a su tiempo; solía decirme que hay una ciudad de los muertos, que existe justo aquí, entre nosotros, pero invisible a nuestros ojos. Decía que cuando la gente llega allí, sigue haciendo exactamente lo mismo que hacía en nuestro mundo. Para mí no es mucho consuelo, pero creo que quizá sea verdad.

Brubaker no hizo ningún comentario. Se limitó a sollozar con la cabeza encajada con fuerza contra el marco de la portezuela. Todavía sollozaba cuando lo dejé en su bar de Venice.

25

Vigilé el edificio de apartamentos de Beverly Boulevard durante tres días. Agazapado en el asiento del coche, vi a Michael leyendo cómics en el jardín delantero y advertí que utilizaba unas gruesas gafas. Lo vi arrojar una pelota de tenis contra la pared de su casa y pescarla cuando volvía rebotada. Lo vi tocarse los granos de acné y lo vi machacar la pelota de tenis con un viejo *putter* oxidado. Lo vi tumbarse en la hierba seca y soñar. Noté que los otros niños del barrio lo evitaban como si fuese la peste. Advertí que, a su edad, era casi tan alto como yo.

Al final de esos tres días, supe que lo amaba.

Cuando llamé a la puerta, abrió y me miró a los ojos. Le sostuve la mirada unos segundos y luego rompí el silencio.

—Hola, Mike. ¿Puedo pasar?

—Seguro.

Entré en aquel apartamento de aspecto modesto, en busca de algo que me inspirase qué decir.

—¿Dónde está la perrita? —pregunté por fin.

—Se ha escapado.

Eso me dio la entrada.

—Tu padre ha muerto —anuncié.

—Me lo imaginaba —susurró Michael, y desvió la mirada hacia la ventana, a la hilera de coches que circulaban por Beverly Boulevard—. Sabía que moriría por culpa de sus historias. El pensaba que yo era un chico muy listo, pero no sabía hasta qué punto. Creía que me engañaba, que yo no sabía cuáles de esas

historias eran reales.

—¿Y cuáles eran, Mike?

—No te lo diré —respondió Michael, volviendo la cabeza hacia mí—. Nunca en la vida, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. ¿Echas de menos a la perra?

—Sí, era mi amiga.

—Yo tengo un perro. Una maravilla de perro.

—¿De qué tipo?

—Es un labrador, negro y muy grande. La gente le gusta mucho, pero odia a los gatos.

—A mí tampoco me gustan los gatos. Son escurridizos. ¿Qué va a pasar ahora, Fred?

—Vendrás a vivir conmigo, ¿quieres?

—¿Estás casado?

—No lo sé. Creo que sí.

—¿Cómo es tu esposa?

—Es muy inteligente, muy fuerte y muy hermosa.

—¿Y el labrador también será mío?

—Sí.

—Entonces, vale.

—Recoge tus cosas. Deja las de tu padre. Ya me desharé de ellas en otro momento.

Diez minutos más tarde, en el asiento trasero del coche habíamos cargado un surtido más bien escaso de ropa y objetos diversos y un gran número de libros. Conduje hasta encontrar un teléfono público, llamé a casa de Big Sid y le dije que quería que me cuidase a un huésped por unos días. El magnate se mostró desconcertado, pero al saber que se trataba de un joven inteligente al que le encantaban las películas de horror, aceptó de inmediato.

Cuando llegamos a la gran mansión de Canyon Drive, Sid nos estaba esperando en el jardín delantero. Le presenté a Michael, con el que se puso a bromear, ofreciéndole un cigarro. Michael se tiró al suelo de risa y luego se levantó y me abrazó antes de salir corriendo en dirección a la casa.

Llamé a Lorna desde un teléfono público. Su secretaria me dijo que había bajado a San Diego para una convención. Estaba en el hotel El Cortez y volvería al cabo de dos o tres días. No pude

esperar, llené el depósito de gasolina y salí zumbando hacia el sur por la autopista de San Diego.

Cuando llegué, estaba anocheciendo. Un marinero borracho me indicó dónde estaba El Cortez, un edificio de estilo español de color rosa con un ascensor externo de paredes de cristal.

Dejé el coche en el aparcamiento y a grandes zancadas crucé el vestíbulo en dirección a recepción. El empleado me dijo que los huéspedes que asistían a la convención de la Asociación de Abogados Americanos estaban celebrando un banquete en el salón Galleon, y señaló hacia la izquierda. Entré corriendo y vislumbré a un hombre de aspecto severo que, de pie en el estrado, hablaba de manera ambigua de algo llamado justicia.

Caminé pegado a las paredes, mirando las caras, aburridas o extasiadas, que había alrededor de cada mesa. Lorna no estaba allí. Vi una puerta de salida al fondo del salón y me dirigí hacia allí, con la esperanza de que condujese a algún ascensor del hotel.

Abrí la puerta que daba a un pasillo justo en el momento en que Lorna salía cojeando del baño de señoras, hablando con otra mujer.

—Sólo he venido por la comida, Helen —decía. La otra mujer me vio primero y debió de notar que pasaba algo, porque le dio un codazo a Lorna, que se volvió. Al verme, el bolso y el bastón se le cayeron al suelo.

—Freddy, ¿qué demo…?

—Excúsame, Lorna —dijo Helen, antes de marcharse a toda prisa.

—Estás loco. ¿Qué te ha ocurrido? Estás muy distinto.

—Soy muy distinto. —Me agaché y recogí el bolso y el bastón. En un impulso, la atraje hacia mí—. Se ha terminado, Lor. Se ha terminado. —La tomé por la cintura y la levanté del suelo muy por encima de mi cabeza.

—¡Freddy, maldita sea! ¡Bájame!

La levanté aún más, hasta que su cabeza casi tocó el techo.

—¡Maldita sea, Freddy! ¡Por favor!

Volví a posar a mi mujer en el lujoso suelo alfombrado. Sin soltarme, me miró a los ojos con severidad y dijo.

—Así que se ha terminado… ¿Y ahora, qué?

—Estamos nosotros. Hay un chaval enorme y maravilloso que

nos necesita. Ahora está con tu padre.

—¿Qué chaval enor…?

—Es el hijo de Maggie Cadwallader. No voy a decirte nada más. Quiero que vuelvas, pero sin él no está bien.

—Por Dios, Freddy.

—Tú puedes enseñarle de qué va la justicia y yo puedo enseñarle todo lo que sé.

—¿Es huérfano?

—Sí.

—Pues entonces hay una serie de cuestiones legales…

—¡A tomar por culo las cuestiones legales! El chico nos necesita.

—No lo sé.

—Pues yo sí. Quiero que vuelvas.

—¿Por qué? ¿Crees que esta vez será diferente?

—Pues claro que lo será.

—Oh, Dios mío, Freddy.

—Si no hacemos la prueba, nunca lo sabremos.

—Eso es cierto pero…, no sé. Además, me quedan dos días más de convención y…

—Si no hacemos la prueba, nunca lo sabremos.

—Estamos empatados, Freddy.

—Siempre lo hemos estado.

Lorna metió la mano en su bolso y sacó sus llaves. Separó las de la casa de Laurel Canyon y me las tendió. Sonrió y se enjugó unas lágrimas de los ojos.

—Si no hacemos la prueba, nunca lo sabremos.

Seguimos abrazados unos minutos hasta que oímos aplausos procedentes de la sala de banquetes.

—Ahora tengo que irme —dijo Lorna—. Me toca hablar dentro de unos minutos.

—Nos veremos en casa.

—Sí.

Nos besamos, Lorna se retocó el cabello, abrió la puerta y entró en la sala de banquetes cuando cesaban los aplausos dedicados al último conferenciante.

Mientras caminaba cojeando hacia el estrado, pensé en Wacky Walker y en el prodigio y en la comunidad de los muertos y en el

demente Dudley Smith y en el pobre Larry Brubaker y en la orfandad y en las angosturas de mi corazón de antaño, cuando aún estaba intacto. Luego, pensé en la redención, fui al coche y tomé la autopista de regreso a Los Ángeles.